

Selección RNR

*En algún lugar  
del mar*



V.M. CAMERON



*Romance Histórico*

En algún lugar del mar

V. M. Cameron



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mi tío Luis,  
que camina, invisible, a mi lado  
y me guía cuando me pierdo.*

## PRÓLOGO

*1679, Mar Caribe*

Ni siquiera en un momento como ese, en el que la muerte se encontraba frente a ella cara a cara, dejó que nadie pudiera entrever que estaba asustada. ¿De qué servía tener miedo? ¿Iba a hacer que morir fuera menos doloroso? ¿Iba a acortar su sufrimiento de algún modo? No, en absoluto, tan solo lograría entorpecerla y hacer aún más amargos sus últimos momentos.

Pero aun así lo sentía: tenía tanto miedo que le costaba incluso respirar. Su corazón latía con fuerza y sentía sus manos temblando con impresionante violencia, por lo que optó por entrelazar sus dedos antes de que alguien más pudiera notarlo. Definitivamente, Joanna Taylor iba a morir con la cabeza alta y sin entrar en pánico, pues esa era la única forma que ella tenía de vivir. ¿Por qué iba a actuar de forma diferente con la muerte?

Una ola particularmente grande zarandeó el barco hasta el punto de que este amenazó con volcar. Por suerte, unos segundos después, el mar volvió a ese estado que, aunque tan solo podía ser calificado de infernal, al menos mantenía el navío en pie.

Joanna contemplaba desde una ventana en su camarote las enormes olas negras que azotaban el galeón, a la vez que una tormenta inmensa se desarrollaba justo encima de su cabeza. A su lado, Janet rezaba con los ojos cerrados y el cabello rubio y apelmazado recogido en un pequeño moño.

—Deberían dejarnos salir a ayudar —dijo Joanna y su tono de voz fue completamente natural. Desde luego, tenía un gran autocontrol—, somos

completamente inútiles aquí dentro.

Escuchaba la fuerza de la tormenta en la cubierta del barco, así como también oía gritos y órdenes prodigados por el capitán de ese barco de la Marina Real, Ronald Finchley, un hombre fuerte y robusto como un árbol... pero que nada podía hacer contra un temporal tan impresionante como ese.

—¿Cómo habríamos de ayudarlos? —musitó Janet, sorbiendo por la nariz enrojecida por el llanto que ya comenzaba a dejar de brotar de sus ojos—. No hay salida, vamos a morir, señora. ¡Que Dios se apiade de nuestras pobres almas!

—Oh, ¡Janet! —la reprendió Joanna, irritada—. No digas tonterías. Todo va a salir bien, se trata de una pequeña tormenta... —El barco volvió a dar un nuevo salto sobre las aguas y la mesa de madera que se encontraba junto a Joanna venció sus sujeciones al suelo y se movió casi un metro a la derecha. Ella lo observó durante unos segundos y suspiró, volviendo a dirigirse a la ventana—. Todo va a salir bien.

Parecía más centrada en convencerse a sí misma, porque en realidad sabía que sus palabras no eran ciertas. Que la tormenta era verdaderamente fuerte y que cientos de barcos ingleses como ese habían naufragado en esas aguas... y el suyo tan solo sería uno más que añadir a la inmensa lista.

El cielo pareció contorsionarse y un rayo iluminó la tormenta durante un instante, un momento en el que Joanna contempló el mar tan embravecido que parecía concentrarse por completo a su alrededor, queriendo absorber el galeón, ansiando devorarlos a todos...

—No puedo seguir aquí parada —dijo finalmente y por primera vez en su voz se pudo detectar cierto nerviosismo. Era curioso, puesto que Joanna tenía el talento de ocultar sus emociones con una facilidad francamente pasmosa—. Tengo que salir.

Los ojos claros y acuosos de Janet se abrieron como platos al escuchar eso. Desde luego, no era lo que se esperaba de una dama inglesa que había sido educada para ser un sujeto pasivo en situaciones que «debían ser resueltas por

hombres», pero también era típico de Joanna que, cuando algo se le antojaba, nada pudiera sacarla de esa idea.

—¡No! ¡Señora, quédese aquí! Ahí fuera... ahí fuera va a morir. ¡El mismísimo infierno se encuentra tras esa puerta!

La muchacha se acercó a su dama de compañía y, posando una suave mano en el hombro de la adolescente, le ofreció apoyo. Tras unos segundos y al ver que sus dedos temblaban en contacto con la piel de Janet, se aclaró la garganta con dignidad y apartó los dedos de su doncella. La joven tan solo tenía catorce años y Joanna podía verlo entonces mejor que nunca en su rostro totalmente contraído por un profundo pavor; nunca antes le había parecido tan niña como en ese momento.

—Tan solo echaré un vistazo —le dijo con voz más suave—. Quizás todo se vea mucho mejor desde allí, puede que no sea tan grave.

Janet tragó saliva, acongojada.

—Iré con usted... —musitó y fue evidente que tan solo pretendía hacerlo porque su obligación era velar por su dama.

—No —la interrumpió Joanna—. No tardaré, tú solo tranquilízate, Janet. Todo va a ir bien.

La realidad era que repetir esa frase no la ayudaba en absoluto a creer que eso fuera verdad, pero escuchar su propia voz con ese tono calmado le causaba cierto alivio.

Joanna avanzó hasta la puerta del camarote y comprobó que la cerradura estaba ligeramente atascada, por lo que no pudo abrirla hasta que se decidió por golpear con una patada nada femenina aquel pedazo de madera húmeda y esta venció. Al instante, el ruido del exterior, que antes había sido moderado, se hizo insoportable. Joanna abrió la puerta hasta conseguir que su cuerpo y su voluminoso vestido pudieran salir hasta un estrecho y oscuro pasillo. Cerró la puerta de un solo golpe seco y, con decisión, se encaminó a la cubierta. Tan solo había caminado un par de pasos cuando el barco dio otro tumbo y ella perdió el equilibrio, pero por suerte logró sostenerse de la pared de madera y

prosiguió caminando con rapidez. Se negaba a seguir observando lo que sucedía en el agua a través de esa lujosa cristalera, tenía claro que la muerte no iba a alcanzarla mientras estaba encerrada y muerta de miedo en un camarote.

Tan pronto como llegó a las escaleras que conducían a la cubierta superior del barco, alguien apareció tras ella. Era un joven marinero que aparentaba su edad, unos veinte años. El chico estaba completamente empapado y sus facciones aniñadas se mostraron sorprendidas y casi escandalizadas al verla allí.

—Lady Taylor, ¡vuelva ahora mismo al camarote! —dijo—. ¿No ve lo que está sucediendo?

Joanna alzó su rostro con orgullo y pudo ver que incluso en esa situación podía causar cierta coacción a ese muchacho, pues él bajó la cabeza un tanto intimidado. No era la primera vez que lo veía, sabía que se llamaba Brendan y varias veces, desde que habían salido de Inglaterra un par de meses atrás, lo había sorprendido mirándola con una especie de platónica adoración masculina que brillaba en sus ojos verdes. Nada que ella no hubiera experimentado ya antes en Inglaterra.

—Quiero decir... si usted lo desea —se corrigió el chico.

—Quiero ayudar —le dijo Joanna—. ¿De qué sirvo en un camarote?

—Debe mantenerse a salvo...

—¿A salvo? —lo increpó ella, cortándolo a mitad de la frase—. ¿Cuál es la diferencia entre morir encerrada allí y morir en cubierta?

Brendan se quedó callado unos segundos y, cuando una nueva sacudida azotó el barco con gran violencia, pareció reaccionar de nuevo y se dirigió a la escalera de cubierta.

—Sígame, le encontraré algo que hacer.

Algo más relajada, Joanna asintió con la cabeza y lo siguió con dificultad por todas las zonas de ese galeón que esa misma mañana había sido el barco más bonito y lujoso que ella había visto nunca. El Reina Mary Jane había



vivido muchos viajes antes, pero se derrumbaba ante esa tormenta como lo habría hecho cualquier otro navío.

Arriba, el capitán Finchley corría de un lado para otro, dando órdenes y con la peluca de cabellos blancos ladeada sobre la cabeza. Una pequeña ola, apareciendo de pronto, caló el cabello oscuro de Joanna e hizo que este se pegara de forma molesta a su piel. Saboreó por primera vez la intensa sal del mar en sus labios. La muchacha los apretó y se enfrentó a ese panorama en el que todos los hombres corrían, gritaban, tiraban de las velas y trataban de hacerse con el control de una nave totalmente descontrolada. Una nueva y grandiosa ola golpeó el lado de babor e inclinó el barco con fuerza hacia estribor. Joanna se agarró a la barandilla junto a la que se encontraba y con un vistazo al otro lado del barco alcanzó a ver que un par de tripulantes caían al agua entre gritos.

Tragó grueso y trató de respirar, pero el aire estaba demasiado húmedo y salado. Se colaba por sus fosas nasales y llegaba de nuevo hasta su boca de una forma muy desagradable. Las velas se movieron violentamente y el barco se estabilizó de nuevo una vez más, aun sin dejar de tambalearse de un lado a otro, crujiendo y formando un aullido lastimero que atravesaba el aire. Y, de pronto, Joanna alzó la vista hacia el frente y obtuvo una visión aterradora; olvidó la razón por la que había subido a cubierta, así como olvidó cualquier otra cosa que estuviera con ella en ese barco y en ese momento.

Pensó en su familia: su hermano, su padre, sus tíos... Todos ellos acudieron a su mente en ese instante, al igual que lo hizo su madre, que había muerto hacía años. Pensó en el contraalmirante Evans, ese prometido que la esperaba en Port Royal y que no volvería a verla nunca más, pero que, sin duda, creía que tampoco la extrañaría especialmente. Con la cabeza alzada al frente, sus ojos reflejaron la que seguramente era la peor parte de la tormenta; esa que no había pasado todavía y que se acercaba al Reina Mary Jane a una velocidad inaudita, con forma de olas tan inmensas como cinco barcos apilados unos sobre otros.

Y Joanna sintió miedo, en esa ocasión se trataba de un miedo verdadero, no tan solo un esbozo de este. Tuvo miedo porque por primera vez pensó en ella misma, en que moriría con veinte años de edad, sin haber hecho absolutamente nada medianamente apasionado en su vida. Sin haber vivido ninguna experiencia memorable, una historia de amor o, simplemente, sin haber llegado a ser feliz. Nunca.

Ese fue su último pensamiento antes de que la enorme ola engullera el barco y lo hiciera desaparecer bajo las aguas como si nunca hubiera estado allí. Como si, simplemente, nunca hubiera existido.

## CAPÍTULO 1

Tenía calor, un calor enfermizo. Sentía fiebre, su cuerpo se estremecía a cada segundo que pasaba y un extraño mareo la poseía de vez en cuando. La sensación de inestabilidad se volvió insoportable en tan solo un par de segundos, y Joanna Taylor solo pudo alzar la cabeza unos centímetros de esa superficie arenosa. Acto seguido comenzó a vomitar una sustancia cálida que parecía no ser otra cosa que agua de mar. Le ardió la garganta al expulsarla y sintió que respirar se convertía en algo doloroso. No podía abrir los ojos, pero aun así era consciente de los intensos rayos de sol que apuntaban sin ninguna duda hacia su cabeza, como si quisieran que esta explotara.

Después, el sol dejó de alumbrarla y, un instante más tarde, sintió que alguien la cargaba en brazos. Quiso abrir los ojos, ver qué sucedía. Quería saber quién era esa persona que la llevaba con firmeza y la apretaba contra un pecho cálido. Trató de moverse, pero fue imposible; tan solo consiguió toser de nuevo con fuerza y dejar que nuevas gotas de esa agua tan repulsiva salieran de su boca, que se quedó totalmente seca. El fuerte cuerpo que la cargaba pareció dudar y se detuvo, pero no aflojó su agarre en ningún momento y ella se alegró de que así fuera.

Joanna sentía sus oídos llenos de agua y un incesante pitido la había acompañado desde que había tomado una vaga consciencia de estar ahí, pero se dio cuenta de que este estaba remitiendo cuando por fin pudo escuchar una voz.

—Necesita una cama, sigue inconsciente —dijo alguien a su alrededor.

¿A quién se referían? ¿Quién estaba hablando? Trató de abrir los ojos, pero la luz era cegadora y le escocía de un modo muy doloroso. Joanna apretó los dientes e intentó vencer ese dolor, pero tan solo consiguió percibir figuras borrosas; el cielo azul, una enorme superficie de arena blanca como la nieve, varios hombres desdibujados a su alrededor... Gimió de nuevo, sintiendo que cada pequeña parte de su cuerpo le dolía, y por último fue capaz de distinguir a esa persona que la llevaba en sus brazos como si se tratara de un bebé. Era un hombre de rostro bronceado y facciones duras, aunque no llegaba a distinguirlas completamente. Él dio la impresión de sentirse observado y como respuesta su mirada también se volvió hacia ella; fue entonces cuando Joanna se encontró con los ojos más penetrantes que jamás antes había visto; tan azules como el mar en calma que la había acompañado en su viaje hasta allí antes de... Cerró los ojos con fuerza cuando las imágenes de lo sucedido en la tormenta regresaron a su mente con una fuerza arrolladora y quiso saber qué demonios estaba sucediendo con ella. ¿Había muerto? ¿Eso era lo que uno encontraba tras morir?

Las preguntas no hallaron respuesta en ese momento, pues la oscuridad volvió a cernirse sobre Joanna lentamente. Ella percibió cómo su consciencia se le escapaba de los dedos sin que pudiera hacer nada por evitarlo, de hecho, se encontraba ansiosa por volver a dormir y desaparecer de ese lugar extraño y de los brazos de ese desconocido.

—No sabes bien cuánta suerte has tenido, muchacha —dijo el hombre cerca de su oído, antes de que ella cayera en ese profundo sueño de nuevo—. No lo sabes bien.

\*\*\*

Podía considerarse que él era severo y estricto, pero no sabía ser de otro modo. Toda su vida había transcurrido como una prueba de supervivencia, desde su infancia hasta ese día, y había que reconocer que la había superado

con creces.

Callum Smith, a sus veintiocho años, había burlado a la muerte más veces de las que podía contar con los dedos y había recibido por ello más heridas de las que podía albergar en su cuerpo. Aun así, consideraba que había llegado a esa edad bastante entero, teniendo en cuenta que no eran pocos los piratas de las tabernas a los que les faltaba un ojo, una pierna (a veces incluso las dos) o una mano con la que agarrar una botella de ron que llevarse a la boca. Al menos, él conservaba aún todos sus miembros pegados al cuerpo.

Su nombre era lo suficientemente grande en esas tierras como para haberle granjeado también un buen número de enemigos jurados, pese a llevar un tiempo prácticamente retirado de la piratería. De todas formas, sabía que pronto volvería a los viejos hábitos y, desde luego, capitanearía de nuevo su amada Liberté, un barco que lo había acompañado desde los años en los que su rostro había comenzado a dejar de ser imberbe y suave como las manos de una dama. La piratería estaba en su sangre, había nacido en un barco y tenía claro que moriría también en uno; la tierra firme no estaba hecha para un hombre como él.

—Necesitaremos algo para sujetar esa pared —dijo Callum, observando una pequeña cabaña que se encontraba derruida casi hasta los cimientos—. Madera, bambú... lo que sea.

A su lado, el hombre al que se dirigía asintió con la cabeza. Se trataba de Ojotriste, uno de los más experimentados de su tripulación. Recibía ese apodo por haber perdido un ojo hacía más de veinte años en una pelea de taberna; sus compañeros habían querido hacer alusión, con gran crueldad, al otro ojo, que se había quedado «solo, triste y desamparado». Aun así, Ojotriste era un hombre fuerte y orgulloso que no prestaba ningún tipo de atención a las burlas sin sentido, sabiendo que la mayoría de los hombres que un día se reían de él podía correr una suerte mucho peor al día siguiente.

—Deberíamos ampliar esta cabaña, ahora que tenemos ocasión, capitán —comentó el hombre—, no nos vendría mal tener más espacio para todos.

Callum escuchó la opinión con la mirada puesta en la madera mojada y hundida sobre la tierra oscura, asintiendo con aire pensativo. Ojotriste tenía razón: ahora había más cabezas que cubrir del sol y las tormentas, por lo que era necesario un espacio mayor para albergar a toda la tripulación y sus mujeres. Al fin y al cabo, a lo mejor, esa horrible tormenta que había destrozado la mitad de su pequeño poblado no había sido tan destructiva. De algún modo podría ser como un nuevo comenzar.

—¡Callum! —lo llamó una voz en la distancia.

Desde el otro lado del poblado se acercaba un hombre rubio y fornido, y Callum reconoció de inmediato a su mano derecha, Cormac McLean. Llegó a ellos corriendo, con el cabello claro y rizado que le caía sobre su frente, cuya piel bronceada estaba perlada de sudor y presentaba algunas arrugas prematuras, pues apenas rozaba la treintena.

—Ha despertado —comunicó con la respiración fatigada—, la muchacha ha despertado.

Callum frunció sus oscuras cejas un instante, recordando esa figura tan débil y carente de vida que habían encontrado en la playa dos días antes. En cuanto él había visto a la joven, que yacía en la arena como surgida de la nada, su mente le había dicho lo obvio: estaba muerta. Tras comprobar que eso no era cierto, una segunda y evidente idea acudió a su cabeza: no sobreviviría. Y entonces, dos días después, ahí estaba: esa mujer había despertado, lo había conseguido.

—¿Cómo está? ¿Ha hablado?

Cormac se acarició la nuca, dudando sobre sus próximas palabras. Sabía que Callum no iba a contentarse al saber lo que estaba sucediendo en esos momentos en una de las cabañas que ellos habían construido junto a la playa. Finalmente, fijó sus ojos en los de su fiel amigo y capitán, y habló con su marcado acento británico, que no había conseguido suavizarse a pesar de llevar la mitad de su vida viviendo en América.

—Creo que deberías venir para comprobarlo con tus propios ojos. Nunca

había visto nada igual.

Callum enarcó una ceja. ¿Para qué necesitaba ver a esa mujer?

—¿Le ha sucedido algo?

—Insisto en que deberías venir tú mismo.

Antes de comenzar a caminar junto a Cormac hacia la playa, Callum soltó un bufido. Odiaba que su amigo se anduviera con rodeos y esa clase de tonterías, pero olvidó esa molestia tan pronto como escuchó un agudo grito proveniente de algún lugar al otro lado de los árboles en los cuales se escondía su campamento, en la playa a la que se dirigían. Fue entonces cuando Callum Smith comenzó a correr, sabiendo que algo extraño estaba sucediendo.

## CAPÍTULO 2

Joanna no tuvo ningún reparo en ponerse en pie sobre ese camastro en el que había despertado apenas unos minutos antes. En su mano derecha portaba un machete oxidado que había encontrado apoyado contra la pared de esa pequeña cabaña y lo dirigía hacia los dos hombres que tenía en frente con férrea determinación. Probablemente, ni siquiera se les había pasado por la mente que dejar un arma cerca de ella podría suponer un peligro.

—¡Suelta eso, maldita sea! —gritó uno de ellos, tratando de acercarse.

La joven tragó saliva y movió la pesada arma de un lado a otro con evidente torpeza, aunque con una fuerza que habría sido capaz de hacer mucho daño a cualquiera que se hubiera aproximado demasiado.

—No se atrevan a tocarme —amenazó, con voz rasposa y aguda. Le dolía horrores la garganta, aunque era normal. Quién sabía lo que había tenido que soportar su cuerpo para llegar hasta allí.

No recordaba nada de la noche del naufragio. La última imagen que su mente conservaba era haber llegado a la cubierta de ese barco que la estaba llevando a América en mitad de la más horrible de las tormentas y, un instante después, todo se había vuelto negro. Recordó una ola oscura, que parecía querer devorarla, recordó gritos y hombres que caían por la borda. Recordó la sensación de estar muerta y, más tarde, el tacto de unas manos ásperas y cálidas que la alzaban en brazos de forma protectora.

—¡Ni un paso más! —repitió cuando uno de los hombres intentó acercarse de nuevo a ella.



De repente, se había despertado en esa situación; con un desconocido demasiado cerca para estar tramando algo bueno. Ella había abierto los ojos de golpe y lo había encontrado parado junto a ella, tocándole el rostro; no había tardado ni un suspiro en alejarse de él a gran velocidad y agarrar esa arma que había estado reposando junto a la puerta, muy oportunamente. El hombre, asustado, pronto había avisado a sus compañeros y en esos momentos parecía estar armándose un buen revuelo por su causa.

Joanna se preguntó cuántos serían. ¿Tendría oportunidad de escapar con vida de esa? No era tonta, sabía que no eran amables caballeros ingleses. Tan solo tenía que ver su ropa, sus rostros enrojecidos y bronceados a causa del sol, su cabello despeinado y demasiado largo para lo que dictaban las modas... Eran piratas; temibles piratas de los que había oído mil y una historias. Asesinos, rateros, torturadores...

—No pretendo hacerte daño —dijo el hombre que antes la había tocado; tenía el cabello blanco como la nieve y su tono de voz era conciliador—. Soy médico, no soldado. Tan solo estaba tratando de...

—¡Y un cuerno! —gruñó Joanna, y se sorprendió a sí misma de que esas palabras tan groseras pudieran salir de su boca—. ¡Usted es un pirata! ¡Y usted también! —añadió, señalando al otro hombre con el machete que portaba en la mano.

Los dos aludidos se miraron significativamente, sin saber cómo explicarle a esa muchacha que era cierto que eran piratas, pero que no querían hacerle ningún daño... Al menos no hasta saber quién era ella y de dónde había salido.

—Juro que si vuelven a tocarme yo...

De pronto se quedó callada. En el hueco de la cabaña que debía ser ocupado por una puerta, se encontraba una cortina tupida que había impedido la entrada de la brillante luz del sol... hasta entonces, pues alguien acababa de abrirla. Los rayos de sol cegaron a Joanna unos instantes y tardó un momento en lograr distinguir esa enorme figura que acababa de entrar allí. Cuando la cortina volvió a su lugar, pudo fijarse por fin en ese hombre nuevo en la escena: era

muy alto, tanto como ella habría resultado si se subiera a una banqueta. Era joven, con la piel bronceada por el sol del Caribe y el cabello oscuro y largo, como si nunca se peinara; un auténtico pirata. Joanna tuvo que apretar aún más el machete entre sus manos cuando los intensos ojos azules de ese hombre se fijaron en ella con una profundidad que jamás habría imaginado posible en la mirada de nadie. Fue casi como si él la hubiera golpeado de forma física, pues algo en su interior se agitó con incomodidad.

—Baja de ahí —dijo él con firmeza, sin una mísera pizca de simpatía en el rostro.

Joanna negó con la cabeza y se sintió más asustada que nunca antes. Los otros hombres habían sido más conciliadores con ella, o al menos tenía esa impresión, pero ese enorme pirata no parecía que fuera a tener ningún tipo de compasión con su persona. Debía ser realista, ella tenía un machete, pero él era bastante más fuerte... Probablemente, podría hacer con su pobre cuerpo lo que él quisiera una vez la despojara del arma. Por eso debía aferrarse tanto a ella y saber usarla en el momento preciso...

—Baja de ahí, muchacha —repitió él.

—No se me acerque —dijo ella, logrando dotar a su tono de voz de una valentía que no estaba segura de sentir en realidad.

Escuchar esa chispa de fiereza le hizo una extraña gracia a Callum, pero aun así él no suavizó su expresión ni un ápice. Ella estaba aterrada, no sabía lo que estaba haciendo ni quién demonios eran ellos y, sin embargo, se atrevía a desafiarlo. Definitivamente, esa mujer no tenía ni idea de las consecuencias que podían acarrear sus actos, debía de ser una inconsciente.

—Dejadme con ella —dijo Callum, girándose a hacia los dos hombres de su tripulación. Cormac se había quedado tras la cortina, observando.

—Pero Capitán... —murmuró Ernest Holloway, un doctor que se había unido a sus filas unos años antes y que era verdaderamente útil entre sus hombres, aunque no tenía nada que hacer en una batalla.

—Será un momento.

Joanna se estremeció cuando los dos piratas salieron de la cabaña y la dejaron a solas con el hombre que había entrado. ¿Qué pensaba hacer con ella? Oh, ¡por Dios! Todos sabían que los piratas eran salvajes y sanguinarios. La iba a forzar y a matar; estaba convencida.

Callum reparó en la forma en que el machete temblaba en la mano de la muchacha y se preguntó cómo demonios conseguía mantenerse en pie en esos momentos, después de lo cerca que había estado de la muerte apenas unas horas antes. Por primera vez desde que había entrado, tomó unos segundos para observarla y casi se sintió enternecido por la imagen tan absurda que tenía ante él; una niña quemada por el sol y absolutamente exhausta, que interponía entre ellos esa hoja de acero como si eso la fuera a proteger de algún modo de él.

El cabello de la muchacha era muy oscuro y caía en una ondulada cascada por su espalda hasta la cintura, aunque tras todo lo que había pasado la joven, la mayor parte de su melena se encontraba enmarañada sobre su cabeza. Su piel blanca como la porcelana presentaba marcas rojas por todo su rostro, aunque no de un modo preocupante, Holloway ya se estaba ocupando de eso. Su cuerpo era delgado, vestía un camisón ligero que una de las mujeres le había puesto mientras ella yacía inconsciente. Aun así, se intuían unas marcadas formas femeninas bajo la tela. Callum se habría detenido a analizarlas con mayor calma, pero había algo en esa mujer que atraía toda su atención: unos ojos oscuros tan grandes que le daban aspecto de muñeca de porcelana inglesa. Callum se dijo a sí mismo que era un rostro totalmente contrario a lo que él podía considerar atractivo, pero había algo realmente fascinante en él. Pese al miedo reflejado en esos inmensos ojos, no podía dejar de percibir la forma en la que ella alzaba su barbilla de forma orgullosa, o incluso la postura de su cuerpo: tensa, pero a la vez con un extraño y evidente deje de superioridad.

—No voy a decirlo más veces, muchacha —dijo él, irritado—. Baja de ahí ahora mismo, deja el machete en el suelo y te doy mi palabra de que no

sufrirás daño alguno. No me responsabilizo de mis actos en caso contrario.

Ella entornó los ojos, dubitativa.

—¿Qué tiene de confiable la palabra de un pirata?

Él bufó y, acercándose a ella, un rayo de ira cruzó su rostro, pero ella dejó el machete sobre el camastro rápidamente y saltó con agilidad hasta el suelo. Un instante después sintió el inmenso dolor físico que le acarreó ese salto y la embargó la sensación que iba a desmayarse, pero logró sobreponerse apretando los ojos.

—¿Ves cómo todo es más fácil cuando me obedeces? —dijo Callum y después guardó silencio, percibiendo en el rostro de Joanna que su último movimiento le había causado dolor. Aun así, no hizo ningún comentario al respecto—. ¿Cómo te encuentras?

Joanna abrió los ojos, suspirando.

—Tan mal como podría sentirme al despertar en un lugar extraño y rodeada de hombres desconocidos.

—Has salvado la vida —le recordó él—, eso es lo que de verdad deberías tener en cuenta.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó Joanna, que volvía a sentirse un poco mejor. Tenía unas imperiosas ganas de sentarse en esa cama y descansar las piernas, pero decidió que no quería mostrarle su debilidad física a ese hombre.

—En un barco, imagino —respondió Callum con deje jocoso, aunque después tornó su rostro más serio—. Todos los días se pierden decenas de almas en este mar y tú has conseguido vencer a la tormenta, muchacha. Creo que eres la mujer más afortunada que he conocido.

Él tenía razón. Había sobrevivido y el resto de la tripulación no lo había hecho, o al menos no con ella. Personas que había visto durante semanas, algunos a los que conocía desde hacía años, ahora ya no estaban.

—¿Quién es usted? —preguntó, alzando la mirada y fijándola en Callum

Esos ojos volvieron a desestabilizar la mente de Callum, que se vio

obligado a desviar la vista con disimulo para no tener que preguntarse por qué, incluso después de haber estado a punto de morir ahogada, esa mujer resultaba tan cautivadora.

—Tú misma lo has dicho: un pirata. ¿Hay algo más que añadir a eso? —murmuró él, con amargo tono sarcástico—. ¿Y tú, quién eres?

—No ha respondido a mi pregunta.

Callum sintió de nuevo esa mezcla de irritación y diversión al hablar con ella. Nunca se había cruzado con una mujer con tan poco sentido común a la hora de pensar que de él dependía su destino. Decidió ceder esa vez.

—Callum Smith, para servirla. —La última parte tan solo tuvo intención de ser sarcástica.

Joanna compuso su mejor expresión de neutralidad, aunque tuvo que reconocer que fue difícil conseguirlo. Fingir que no conocía a alguien de quien había oído hablar mil veces no era sencillo. Callum Smith era denominado por su padre con un solo término: «Despreciable». El juez Taylor había mandado a la horca a Edgar Smith, el famoso pirata que tanto revolucionara la corte inglesa unos años antes. Finalmente, había sido capturado y condenado a morir, acusado de piratería y de todo lo que aquello implicaba. Y ahí estaba ella, Joanna Taylor, delante del hijo de ese hombre a quien su padre había sentenciado años atrás. Desde luego, su padre también ardía en deseos de capturar a Smith hijo, pero este era mucho más escurridizo de lo que habría cabido esperar en un pirata y no dejaba ningún rastro evidente desde hacía años.

—Janet Everwood —se presentó ella unos segundos después, añadiendo también el sarcasmo al final de sus palabras—. Un gusto conocerlo.

Dar el nombre de su dama de compañía podía ser arriesgado, pero desde luego no iba a ser peor que confesarle su verdadera identidad a ese hombre. Ser Janet no implicaba nada negativo respecto a ella. En cambio, si él se enteraba de que en realidad no era otra que Joanna Taylor, podía esperar lo peor de ese hombre que tantas veces era nombrado precisamente por ser un

desalmado sin piedad ante sus enemigos.

—Curioso nombre para una dama —respondió Callum, con sus ojos azules brillando de forma sospechosa—. Y más curioso aún es que no lo reconozca. Creía estar al día respecto a la actualidad londinense, tengo amigos en todas partes y la información me llega muy rápido cuando es necesario.

Al parecer no iba a ser tan fácil engañar a ese hombre. Joanna era una maestra de la mentira; la había utilizado desde que tenía uso de razón. Había mentido desde niña cada vez que decía no extrañar a su madre; había mentido al convertirse en joven, mostrándose excitada por unos bailes y unas fiestas que no le causaban ningún tipo de emoción; había mentido al asegurarle a su padre que ser una mujer casada era lo que de verdad anhelaba... Cada día había estado expuesta a una nueva mentira y estaba perfectamente acostumbrada a eso.

—Me temo que he vivido toda mi vida en Brighton —le dijo, sin titubear ni un segundo—. Y probablemente no pueda conocerme como una dama porque no lo soy. Trabajo como ama de compañía desde los nueve años. Soy la hija de un herrero.

De nuevo, aunque su actuación estaba resultando brillante, Callum volvió a mostrarse incrédulo.

—Exquisitos modales para una sirvienta —comentó de forma casual.

—No todos los señores tratan a sus empleados como si fueran una mera mercancía. Y no todas las sirvientas nos conformamos con ser capaces tan solo de saber elegir los camisones de nuestra señora.

En esos momentos se acordaba de Janet. La joven le había manifestado hacía años su intención de aprender a leer, por lo que habían pasado muchas horas juntas y Joanna había demostrado tener una gran capacidad para la enseñanza. Su padre había querido que ella aprendiera matemáticas, idiomas y ciencias, al igual que su hermano Elliott, y ella había destacado en gran medida por su brillantez en esas competencias. Eso además de recibir todas las lecciones que las señoritas debían tomar para aprender a comportarse, música, economía del

hogar, bordado, expresarse con claridad y, en definitiva, resultar adorables para todos los hombres que en el futuro pudieran convertirse en sus esposos. Al fin y al cabo, su vida no dejaba de estar enfocada hacia eso.

—¿Y quién es tu señora, si puedo saberlo?

Joanna chasqueó la lengua. Ese hombre estaba resultando imposible de convencer. Decidió alejar a su persona de los Taylor, no era algo seguro para ella. En su lugar, escogió a una de sus amigas de Inglaterra para esta ocasión.

—Lady Anna Russell, recientemente casada con Albert Russell, conde de Bedford. Aunque antes de su matrimonio viví durante años al servicio de su familia, lord y lady Sterline. Si quiere —agregó, permitiéndose la libertad de hablarle más directamente, tal y como él lo hacía ya con total libertad—, también puedo hablarle de sus vestidos preferidos o qué días acude al orfanato para atender a los niños. Siento no poder informarle también de la hora a la que tomará el té mañana, me temo que no soy capaz de saberlo mientras esté aquí.

Al contrario de la irritación que esperaba ver en los ojos de ese pirata, Callum profirió una carcajada gutural y acto seguido se acercó más a ella, sin tener ningún tipo de reparo en lo que el decoro decía sobre la distancia pudorosa entre hombres y mujeres. Solo entonces, cuando él acercó su mano a su barbilla y la obligó a alzarla aún más para que lo mirara los ojos, fue cuando Joanna se percató de lo impresionantemente grande que era ese hombre. Desde luego, no se podía ser un pirata reconocido por todo el mundo si físicamente no se era intimidante, pero ella jamás hubiera creído que ese pirata del que tan solo había escuchado hablar pudiera ser tan amenazador en la vida real. Jamás se habría planteado la posibilidad de que pudiera encontrarse frente a frente con él, ni de que su cuerpo sería tan fibroso e imponente, que su cercanía le provocaría escalofríos, que su mandíbula fuerte y masculina podría mantenerse apretada con tanta fuerza y, desde luego, jamás habría imaginado que un hombre tan peligroso y amenazador sería capaz de poseer unos ojos tan profundos y penetrantes como el mar. Unos ojos en los

que pudo ver muchas cosas sin siquiera conocerlas, en los que leyó que nada había sido fácil para él y que le convenía no provocarlo si de verdad quería salir viva de esa. Supo que nadie escapaba de un pirata como él.

—¿Tampoco controlas tu lengua con tus señores? —le preguntó—. Te lo voy a advertir una vez, *Janet*. No tolero impertinencias de nadie, así que piénsalo mejor antes de volver a abrir la boca para hablarme de ese modo. No te creo, no he creído una sola de las palabras que han salido de tu boca desde que has comenzado a hablar... —Sus ojos bajaron hasta posarse en los labios de Joanna, que estaban resecos por el sol y la sal, pero aun así conservaban un apetecible color rosado—. Pero voy a darte un voto de confianza porque has llegado a *mi* isla y me gusta tratar con hospitalidad a mis visitantes.

Ella quiso volver a atacarlo, pero leyó en sus ojos que no sería prudente. Debería bajar la cabeza y actuar un poco más como una mujer acostumbrada a acatar órdenes si de verdad pretendía que él no la desenmascarara completamente en tan solo un momento.

Callum percibió el cambio de actitud en Joanna y sonrió, satisfecho. Después se alejó unos pasos de esa mujer, dirigiéndose a la cortina que lo separaba del brillante sol de la mañana.

—Voy a llamar de nuevo al doctor Holloway para que te reconozca, deberías pedirle disculpas por haber sido tan ruda con él antes; quería ayudarte y tú has acabado apuntándole al corazón con un arma más grande que tu propio brazo.

—No necesito ningún médico... —comenzó a decir ella, pero entonces se percató de que volvía a responder de forma orgullosa y decidió cerrar la boca cuando antes—. Está bien.

El temible Callum Smith le dedicó una brillante sonrisa antes de salir de la cabaña. En la puerta, Cormac lo esperaba, impaciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Callum se pasó una mano por sus abundantes y largos cabellos oscuros, peinándolos un segundo hacia atrás antes de que los mechones volvieran de nuevo a caer sobre sus hombros.



—Necesitamos averiguar quién es —murmuró con voz grave—. Me está mintiendo.

Después, con un gesto de su mano señaló a dos hombres que se encontraban atados a un árbol a varios metros de allí. Eran supervivientes del Reina Mary Jane, al igual que Joanna, y los habían encontrado el día anterior en la costa. Al parecer ese barco había naufragado muy cerca de allí y Callum estaba especialmente interesado en saber quién había viajado en él y a dónde se dirigía la embarcación inglesa.

—Cambiadlos de lugar, no quiero que la vean. Tendré que hablar con mis nuevos amigos para saber qué me está ocultando la muchacha —murmuró—, y te garantizo que no voy a tardar en descubrirlo.

## CAPÍTULO 3

Cuando el doctor Ernest Holloway se alejó de ella en esa ocasión, Joanna pudo volver a respirar tranquila de nuevo. Ese hombre era muy cargante respecto a su salud, por lo que no podía negar que, al fin y al cabo, sí parecía un verdadero médico.

—Has evolucionado muy bien en poco tiempo —le explicó, mirándola de forma agradable—. Eres una mujer muy fuerte; he conocido a muchos lobos de mar que aún estarían sollozando en el lecho si hubieran tenido que pasar por lo que tú has vivido.

Joanna se sintió algo reconfortada por ese comentario, pero inmediatamente trató de sacarlo de su cabeza. Ninguno de esos hombres debía producirle ningún tipo de simpatía, en absoluto... En especial, Callum Smith, que sin lugar a dudas era el jefe de ese séquito de maleantes. Pero estaba claro que no era posible que él llegara a agradecerle de algún modo; la había visitado varias veces en esos dos días que ella había tenido que permanecer en reposo y en todas las visitas había resultado tan prepotente y orgulloso como la primera vez que se habían visto. Y, por supuesto, había algo que Joanna no podía obviar de ningún modo en cada uno de los movimientos de ese hombre hacia ella: desconfianza.

—¿Puedo salir de aquí? —le preguntó al doctor, incorporándose en la cama.

—No veo por qué no... —respondió el hombre, encogiéndose de hombros y haciendo que Joanna se fijara en su cuerpo rubicundo. Estaba claro que en esa isla no pasaban hambre—. Aunque probablemente al capitán Smith no le haga

demasiada gracia...

Joanna se adelantó, levantándose de la cama inmediatamente. Sintió un repentino mareo por ese movimiento tan brusco, pero fue capaz de sonreír y disimularlo.

—Le preguntaré a él mismo... si lo veo —anunció.

Después, ante la mirada atónita del doctor Holloway, la joven inglesa caminó hacia esa cortina que parecía haber sido hecha por velas de barcos recosidas y la corrió con un solo movimiento. El intenso sol la cegó al golpearla de pronto. Durante unos segundos todo fue blanco y ella comprendió hasta qué punto esa cabaña era oscura, aunque antes no le hubiera parecido así.

Comenzó a avanzar por el exterior, ignorando absolutamente el hecho de que se encontrara cubierta tan solo por ese camisón blanco de tela barata. En otros momentos, se habría sentido avergonzada incluso de que alguien pudiera haber visto sus tobillos desnudos, pero en ese instante caminaba por esa inmensa playa con el mismo orgullo que si estuviera vistiendo una falda francesa y un chal de seda española.

Todo a su alrededor le pareció extraño y fascinante a la vez: nunca había pisado una arena tan suave y blanca, nunca había contemplado el sol brillar con tanta intensidad en un cielo tan azul, ni el agua del mar que lamía la costa de un color turquesa tan claro que parecía transparente. La idea de que quizás sí hubiera muerto le vino a la cabeza, pues eso debía ser el Paraíso... pero su mente volvió a recordar a Callum Smith. El *Despreciable* Callum Smith, como lo habría llamado su padre. Ese pensamiento la hizo reírse internamente mientras seguía caminando.

Al contrario de lo que había creído, no se encontraba en un gran campamento de piratas, sino que tan solo había dos pequeñas cabañas a su alrededor y una de ellas era aquella en la que había pasado los últimos días. La otra, no tardó en descubrir, albergaba instrumentos de pesca y de navegación. A pesar de no tratarse de ningún poblado, había actividad en esa costa: varias mujeres se

encontraban a doscientos metros de ella, charlando y riendo mientras parecían hacer labores domésticas. También alcanzó a ver a algunos hombres —piratas, sin duda— que cargaban con madera y piedras hacia el interior de la isla; estaba claro que allí escondían su verdadero campamento, imposible de divisar para cualquiera que se acercara con un barco a la costa de ese lugar.

Joanna se detuvo al observar a un niño que corría tras un perrito al otro lado de la playa. El chiquillo era moreno, con el cabello rizado y no aparentaba más de ocho o nueve años. ¿Cómo habría llegado una pobre criatura como él allí?

—¿Estás bien? —preguntó alguien a su espalda—. Eres Janet, ¿verdad?

Joanna se sobresaltó al escuchar esa voz tan repentinamente cerca de ella y cuando se giró quedó sorprendida por esa joven que se había acercado. ¿Cómo había logrado ser tan sigilosa? Se preguntó si quizás era ella la que tenía problemas auditivos después de haber naufragado, pero se dijo a sí misma que eso no podía ser; se sentía perfectamente.

La muchacha era baja y joven, quizás un par de años mayor que ella. Su cabello era pelirrojo y brillante, tan largo que caía por su espalda hasta su cintura. Su piel bronceada presentaba una gran cantidad de pecas que en la sociedad inglesa habrían sido motivo de burlas constantes para ella, pero que Joanna no pudo evitar encontrar muy simpáticas en ese hermoso rostro.

—Sí, estoy bien. Gracias —respondió educadamente—. Quién... ¿quién eres?

Era complicado dirigirse a una mujer a la que nadie le había presentado; normalmente a ella nadie se le acercaba de improviso para saludarla y debía reconocer que no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Me llamo Allie —se presentó la joven, esbozando una sonrisa amigable—. Soy... —Su voz se tornó ligeramente dubitativa—. Soy la esposa de Cormac McLean, el teniente de la tripulación. —Allie vio el desconcierto en el rostro de la joven inglesa—. No te preocupes, probablemente no lo conoces.

—No, no lo conozco —respondió Joanna, cuya mirada se tornó desconfiada. ¿Había dicho que era la esposa de uno de esos piratas? Entonces, definitivamente, tampoco esa mujer era de fiar. Debía andarse con ojo si quería tener algún tipo de oportunidad para salir de allí; puesto que estaba convencida de que la probabilidad existía. Eran piratas, no podían quedarse en esa isla eternamente. En algún momento se moverían para saquear y violar, ¿verdad?

—Hemos estado muy preocupadas por ti desde que llegaste —comentó Allie, de nuevo resultando agradable y señalando al resto de mujeres que la miraban con disimulo desde el otro lado de la playa. Había notado el cambio en Joanna, su nuevo recelo—. No creíamos que lograrías recuperarte tan pronto, pensamos que...

—No entiendo vuestra preocupación por una muchacha a la que no conocéis —le respondió Joanna mordazmente y después se reprendió a sí misma por volver a evidenciar su postura orgullosa, así que añadió unas últimas palabras en voz más baja y rápida—. De todos modos, os lo agradezco.

Se preguntó cuáles serían las reacciones de Janet si fuera ella quien hubiera naufragado en la isla y no la hija de un juez... y algo le dijo que la joven muchacha, probablemente, estaría soñando con aventuras entre los brazos de algún muchacho de mar, apuesto y apasionado. Esa clase de tonterías que Joanna interpretaba como absurdas; ni los marineros ni los piratas, ni siquiera los hombres de mar ingleses, eran atractivos o deseables. Más bien eran gordos, sucios y olían a pescado podrido o ahumado. En su mente volvió a recrearse con una extraña rapidez el recuerdo de Callum Smith, mientras entraba en su cabaña entre sombras y apretaba la mandíbula al verla. A veces había pasado varios minutos en silencio, observándola mientras ella fingía dormir. Otras se habían sentado junto a ella en una silla desvencijada y había parecido perdido en sus pensamientos, ocasiones que Joanna aprovechó para estudiar ese cuerpo fuerte y grande, así como esos rasgos extrañamente salvajes pero atractivos también. Tuvo que admitir, a regañadientes, que su

olor había sido fresco y salado, sí, pero mucho más próximo al aroma de la fría brisa marina que a la de un pez en descomposición.

Allie chasqueó la lengua, mirándola de una forma más franca. Parecía haber suavizado un poco sus nervios iniciales a la hora de entablar una conversación con ella.

—Sé que es difícil encontrarte aquí de pronto y también lo debe de ser haber sobrevivido a un naufragio... pero no te permitas tener miedo. Todas estuvimos asustadas al principio, pero solo porque no teníamos idea de cuál sería nuestro destino.

—¿Cómo llegasteis aquí? —Joanna enarcó una ceja.

Allie suspiró, como si supiera que sus siguientes palabras no iban a colaborar en absoluto en su intención de tranquilizar a Joanna.

—No puedo negar que sean piratas, pues lo son —murmuró—, pero también son hombres; la mayoría de ellos honestos y de buen corazón. Nos abordaron una noche, nosotros viajábamos al norte... Se sorprendieron al encontrar que casi todas éramos mujeres y que, por supuesto, éramos humildes; no había nada que tomar de nuestro pequeño barco.

—Excepto vosotras mismas —musitó Joanna, que de pronto se encontraba escandalizada por lo que esa joven le estaba narrando.

—No es como piensas, de verdad —dijo ella mientras se adelantaba, moviendo dos manos pequeñas y callosas frente a su rostro—. Necesitaban mujeres; esposas y algo de ayuda para construir esto. Para construir un hogar. No todo lo que se dice es cierto, ellos no son despiadados delincuentes y la mayoría llegaron a esta vida por giros del destino... —Allie siguió ejemplificando su historia mientras señalaba el pequeño campamento de la playa y sonreía orgullosamente al hacerlo, como si se alegrara sinceramente de lo que había sucedido con su barco—. Nos dejaron elegir —le contó—. Nos expusieron la disyuntiva: podíamos decidir si queríamos seguir con nuestra vida humilde y desgraciada... o comenzar de nuevo.

Joanna pensó que eso que ella le estaba contando era casi increíble, pero

más lo era que las mujeres hubieran aceptado esa oferta.

—¿Decidisteis que lo más prudente era convertirnos en las esposas de... esos hombres?

Los ojos claros de la bella Allie refulgieron con una extraña tristeza durante un instante, aunque ella bajó la mirada y Joanna pensó que quizás solo lo había imaginado.

—Nací en la isla de Tortuga. Fui sirvienta desde niña, mis padres a duras penas podían mantenerme, aunque conseguí tener una educación mejor de lo que se habría esperado gracias a un vecino que era maestro. Toda mi vida vi a piratas pasar por mi lado, riendo felices, disfrutando de la vida... Una vida reprochable, desde luego; de vez en cuando se peleaban y se mataban, se traicionaban entre ellos y la gente retrocedía con miedo cuando los veían venir. Pero aun así yo admiraba que tuvieran algo que a mí jamás se me había concedido: libertad. —La joven sonrió al pronunciar esta palabra, con lo que Joanna frunció los labios suavemente, tratando de convencerse a sí misma de que lo que esa muchacha decía no eran más que tonterías—. Mis padres murieron y me quedé completamente sola. Los hombres comentaban, me miraban de una forma diferente y supe que tenía que salir de ahí cuanto antes... por lo que entendí que había llegado el momento de escapar de Tortuga. Me puse en contacto con mis tíos, que acababan de establecerse en una finca de Carolina, y me dijeron que podían aceptarme en su casa... si les servía como niñera para sus cinco hijos. Supe que si aceptaba, jamás podría salir de ahí... ¿pero qué otra salida tenía?

—¿Por qué no buscaste otro tipo de ocupación?

Allie rio sonoramente y Joanna se quedó sorprendida por su reacción. Por el modo de hablar de esa muchacha, se evidenciaba que era lo suficientemente instruida como para conseguir un trabajo de institutriz o algo más cómodo para ella. Aunque todo eso eran meras suposiciones, Joanna no sabía absolutamente nada acerca de cómo conseguir un empleo sin recurrir a las influencias de su familia... y eso en el caso de tratarse de un hombre que no perteneciera a la

nobleza, desde luego. Ninguna de las mujeres de su círculo social trabajaba, eso sería un escándalo.

—Oh, Janet. —Su voz sonó durante un momento como si estuviera dirigiéndose a una niña pequeña—. Ya sabes cómo son las cosas para las chicas como nosotras, siempre hay otra salida. Pero no se es joven para toda la vida, y hay que intentarlo todo antes de recurrir a la última opción.

—¿La última opción? —preguntó Joanna, que no sabía a qué se refería esa joven, pero que al menos había dado por hecho enseguida que ellas dos pertenecían a la misma clase social—. ¿Cuál es la última opción?

—Oh, niña. ¿Cómo es la situación en Inglaterra para que no hayas contemplado nunca la última salida? —preguntó como si fuera obvio—. Acudir a un burdel a rogar trabajo, o entregarte en la calle... lo cual es incluso peor.

Joanna enrojeció al escuchar esas palabras y su boca se abrió ligeramente cuando escuchó la naturalidad con la que esa mujer hablaba de un tema que había sido tan tabú para ella durante toda su vida.

Una vez había visto una mujer de mala reputación en la calle, hacía años ya. Era mayor y gorda, con demasiado maquillaje y un corsé pasado de moda que oprimía sus pechos hasta subirlos casi hasta su cuello. Había sonreído al verla, con sus dientes picados, y después había hecho un gesto obsceno con los dedos, intentando escandalizarla. Esto le había costado un puñetazo en la cara por parte de uno de los guardias del juez Taylor, y la mujer había caído de rodillas y se había quedado con las manos apoyadas en el suelo hasta que finalmente Joanna había seguido caminando junto a su familia y la habían perdido de vista. No cabía duda de que convertirse en eso no podía llamarse de otra forma que no fuera *última opción*.

—Es repulsivo... —musitó Joanna—. Y triste.

—Lo es, Janet —asintió Allie—. Ellos me ofrecieron una salida: dejar de servir y ser mandada, me ofrecieron poder decidir y ser de ayuda con esta nueva vida que ellos querían comenzar. Y no pude más que aceptar, al igual



que hicieron muchas de las que viajaron conmigo.

—¿Qué pasó con las otras?

—Mi marido me dijo que las devolvieron a Tortuga...

Los ojos oscuros de Joanna se entornaron.

—¿Y tú le crees?

—¿Por qué no habría de hacerlo? —contestó Allie mientras se encogía de hombros—. Él es decente... Sé que puedo confiar en él.

No percibió mentira en la voz de la joven pelirroja, pero Joanna estuvo segura de que no lo decía del todo convencida. No la culpaba por no confiar por completo en un pirata, aunque este fuera su esposo, ¡habría que estar loca para hacerlo!

—Quiero salir de aquí —dijo con urgencia—. ¿Crees que me dejarán elegir a mí también?

—No lo sé. Deberías hablar con el capitán; él es quien decide —recomendó Allie y en ese momento exacto colocó su mano derecha a mano de visera sobre su cabeza—. Mira, allí está.

Con un extraño peso en el pecho, Joanna se dio la vuelta para descubrir la imponente figura de Callum Smith, que se acercaba a ellas con rostro pétreo. Por primera vez lo veía a plena luz del día.

\*\*\*

—Señorita Everwood —la saludó él, sin ningún ápice de respeto al verla—. Veo que has abandonado tu convalecencia.

—Me temo que debo corregirlo respecto a eso: no me hallaba en ninguna convalecencia, pero me he visto forzada a guardar reposo por orden del señor Holloway.

Callum la miró con evidente burla. Ella había dejado de tutearlo, al parecer no quería que entre ellos se respirara un aire de confianza.

—¡Qué terrible! —exclamó sarcásticamente—. Has recibido atención

médica por parte de un doctor cualificado para hacerlo. Me imagino que ha debido de resultar extremadamente traumático y extraño para alguien de tu... posición.

Joanna frunció los labios en una mueca molesta. Allie, la joven pelirroja que todavía seguía allí, se sintió extremadamente violenta; como si de pronto se encontrara en mitad de una conversación de lo más tensa y ajena a su persona. Con rapidez musitó una excusa y se fue de allí. Se dirigió hacia las mujeres que los observaban en la distancia con mudo interés.

La joven siguió la figura de la mujer que se alejaba, hasta que volvió a escuchar la voz de ese pirata a su lado.

—¿Estás disfrutando de tu estancia en mi isla?

Ella se giró como movida por un resorte.

—¿De su rapto, quiere usted decir?

Ante las orgullosas narices de Joanna Taylor, ese pirata se rio de buena gana, mostrándole una dentadura fuerte y un acentuado hoyuelo en su barbilla.

—¿Rapto? En absoluto, Janet. —Se permitió incluso la libertad de llamarla por su nombre para desafiarla y, aunque no era el real, en sus labios sonó extraño, casi indecente—. Puedes marcharte en cuanto quieras, nadie te retiene aquí.

Fue en ese preciso momento, cuando ella apretó los dientes y lo miró con furia contenida, cuando Callum descubrió hasta qué punto le gustaba molestarla. Simplemente, con el placer de recibir ese desafío que brillaba en la mirada de la mujer, se sentía satisfecho.

—Imagino que no me prestará ningún barco para hacerlo... ni tampoco a nadie de su tripulación.

Callum negó con la cabeza con aire de suficiencia y ella decidió que no podía permanecer callada ni morderse la lengua delante de ese hombre, pues saltaba a la vista que necesitaba una urgente cura de modales.

—¿Resultaré, entonces, una más de su colección de mujeres secuestradas?

Se sintió aún más furiosa cuando él volvió a reírse.

—¿Qué le resulta tan gracioso?

—Que confundas la palabra «secuestro» con «hogar» —le respondió—, pues nada tienen que ver esos términos entre ellos.

La capacidad de ese hombre para ofenderla con su propia presencia, y mucho más con sus palabras, llegó a sorprenderla. Nunca en su vida se había cruzado con alguien que no la tratara como una muñeca de cristal entre algodones y, aunque ese comportamiento hacia ella había sido muy molesto en algunas ocasiones, toparse con la actitud opuesta era incluso más desesperante. Se las apañó para imprimir tranquilidad a su voz.

—Secuestro, rapto, familia, hogar... Llámelo como quiera, Smith —dijo Joanna, esbozando una sonrisa de superioridad que llevaba unos quince años perfeccionando—. Yo lo llamo profunda falta de escrúpulos, de moral y humanidad, y probablemente el resto del mundo lo conoce como... piratería.

Se sintió muy complacida al comprobar que él no se esperaba esas palabras y la sorpresa y molestia reflejadas en ese apuesto y descuidado rostro no hicieron más que agrandar el sentimiento de triunfo de Joanna, que alzó la cabeza y por primera vez se midió con Callum, olvidándose de su supuesta posición de sirvienta.

—Me imagino que con esa lengua no te sobran pretendientes...

La mirada de orgullo por parte de la joven no cambió, sino que se vio cruzada por una mota de indignación.

—Oh, por supuesto que tengo incontables pretendientes. ¡De hecho estoy prometida! —exclamó con evidente aceleramiento—. Yo soy una mujer muy... —fue en ese instante cuando se percató de que estaba yendo demasiado lejos, que ese pirata trataba de hacer que ella misma se descubriera, y no podía caer en esa trampa tan absurda; su voz se suavizó—. Soy una mujer fuerte y trabajadora. ¿Entiende?

Callum se dio cuenta de la rapidez con la que había cambiado su actitud y eso no hizo más que reforzar su desconfianza hacia esa mujer.

—Estoy seguro de que lo eres —dijo con una sonrisa—. Me apiado del

pobre hombre que haya decidido tomarte como su esposa. Estoy convencido de que se encontró en el momento y lugar equivocados al tomar tal decisión.

—¿Cómo se atreve...?

Antes de que Joanna pudiera seguir hablando, él la interrumpió tajantemente.

—También me alegra oír que eres fuerte y trabajadora, pues en *mi isla* nadie puede quedarse parado. Mientras permanezcas aquí, tendrás que ayudar a las mujeres con las labores. Siéntete como en tu casa... —añadió, no sin cierta malicia.

Joanna apretó los dientes al escucharlo y sus puños se cerraron visiblemente, algo que Callum no pudo evitar percibir con regocijo interior.

—¿Y cómo es posible que no permanezca en *su maldita isla*? —Se sintió un poco rebelde al ser capaz de decir una mala palabra sin que nadie la amonestara por ello—. Si no me brinda un barco, o un bote... ¡o algo!

—No irás a ninguna parte, Janet. Al menos, no hasta que descubra qué me estás escondiendo. ¿Lo comprendes?

Joanna bufó con furia y, para mayor rabia, Callum señaló al grupo de mujeres que trabajaban al otro lado de la playa.

—Ahora ve y pide que te permitan ayudar —le ordenó—. Y... también que te dejen algo de ropa, no queremos escandalizar a nadie con una dama paseándose por aquí en paños menores.

Ella trató de controlar el sonrojo al percatarse de que los ojos de ese hombre la recorrían descaradamente, posándose en sus pechos, sus caderas y bajando por sus largas y blancas piernas, incluso deteniéndose en la visión de estas. Cuando retornó a mirarla a la cara, ella no titubeó ni un instante.

—Va usted a arder en el más crudo de los infiernos, Smith.

Una nueva sonrisa se extendió por el rostro de él. Pero esta vez ya no encontró rastro alguno de humor en ella, tan solo algo amargo y también mucha frialdad. Por primera vez, sus ojos azules no le revelaron ninguna emoción.

—Créeme, no me preocupa —dijo con voz grave—. Con todo lo que he hecho durante mi vida, eso es algo con lo que ya contaba.

Después, dándose la vuelta, puso fin a esa conversación que para Joanna ni siquiera había comenzado. Ese hombre la dejaría ir a Port Royal. No solo eso, ¡la llevaría él mismo hasta allí! Un pirata no seguiría riéndose de ella con tanta facilidad, por supuesto que no.

## CAPÍTULO 4

Cuando vieron la figura de ese enorme hombre acercarse a ellos una vez más, el señor Jonathan se las apañó para despertar a su joven amigo, pese a que ambos se encontraban atados al tronco de un gran árbol. Jonathan se revolvió sonoramente y comenzó a gemir, tratando de hacer el máximo ruido posible. Al final, Brendan abrió los ojos con lentitud solo para comprobar que lo que soñaba no se trataba de una mera pesadilla, sino que de verdad se encontraba en una isla paradisíaca, atado como un animal desde hacía tres días. Al menos alguien había tenido una ligera consideración y el frondoso árbol estaba cubierto por una sábana que hacía las veces de techo. De ese modo, los hombres no sentían el contacto directo del sol en su piel. Podría tomarse como un acto de buena fe por parte de los piratas, pero los prisioneros tenían claro que se trataba más de algo lógico: los piratas querían sacar algo de ellos y eso sería imposible si morían deshidratados y quemados por el sol.

Como de costumbre, el jefe de los piratas iba acompañado de otro hombre algo más joven, que tenía el cabello rizado, que se quedó parado a unos metros de ellos, vigilando. Por el contrario, Callum Smith avanzó hasta llegar a ese árbol donde él mismo los había atado tras el primero de sus interrogatorios.

El señor Jonathan y Brendan intercambiaron una mirada. Ambos lucían de un modo completamente opuesto: Jonathan, el cocinero del Reina Mary Jane, era orondo y rondaba los cincuenta años. Sus mejillas rubicundas estaban ahora

quemadas por el sol de ese lugar, al que no estaba acostumbrado, y su cabello claro y escaso estaba cubierto de transpiración. El hombre habría deseado poder pasarse por el rostro ese pañuelo sucio que guardaba en uno de los cajones de su cocina y que utilizaba para retirar el sudor de su bonachón rostro, pero al encontrarse atado de pies y manos, habría agradecido incluso que alguien le lanzara un cubo de agua para refrescar sus acalorados huesos. Por su parte, Brendan era un joven imberbe aún. Poseía un rostro avisgado, con la nariz ligeramente aguileña y unos ojos claros y sinceros. Su cabello, algo largo, se había enredado en su nuca y sus mejillas también comenzaban a despellejarse tras la exposición al sol del Caribe. Ambos habían sufrido el ataque de numerosos y molestos mosquitos, que habían dejado motitas amarronadas en sus brazos y piernas.

—Buenas tardes, amigos —saludó Callum. Ninguno de los dos prisioneros contestó, ante lo que él sonrió—. ¿Cómo estáis hoy? ¿Ha mejorado vuestra memoria?

Ambos hombres permanecieron en silencio. No hablarían, sabían que, en cuanto dijeran algo sobre ellos y su barco inglés, los piratas los matarían a sangre fría. Así funcionaban, siempre había sido de ese modo.

—Parece que tampoco hoy tenéis nada que decirme, ¿no? —preguntó Callum una vez más sin darse por vencido e intercambió una mirada a la distancia con su amigo Cormac, que comprendió su seña. Después se giró de nuevo hacia los hombres—. Me gustaría ofreceros un trato, sé que estáis hambrientos y sedientos... Seguro que os gustaría poder pasar la noche bajo techo, ¿verdad? —Sabía que nadie contestaría, por lo que siguió hablando—. He oído que esta noche habrá tormenta, y me parece que es verdad, han pasado tres o cuatro días desde la última vez que llovió y aquí eso es raro, tan solo puede significar que sufriremos agua durante horas... Soportar la lluvia a la intemperie es duro, de hecho, más que aguantar el sol, si os soy sincero. Podéis evitarlo, ambos. Pero quiero que me digáis algunas cosas, podemos negociar.

—Nosotros no negociamos con piratas —escupió Brendan con voz rasposa.

Callum se quedó observando a ese muchacho, casi un adolescente, y tuvo que admitir que le echaba valor. Se acercó aún más a él y se acuclilló para quedar a un nivel más similar al de los hombres atados, que se encontraban sentados en el suelo. Él también habría actuado del mismo modo si se hubiera encontrado en su situación.

—Ni siquiera habéis escuchado mi oferta... Estoy convencido de que es mejor que morir aquí, alejados de todo y todos, sin que nadie reconozca jamás el valor de dos pobres tripulantes ingleses. ¿Merece la pena sacrificarse?

—No tenemos nada que contarle —suplicó Jonathan, mirándolo con su rostro redondo y enrojecido—. No somos nadie, solo unos pobres náufragos.

Callum apretó los labios. Le daban pena, lo reconocía. A él no le gustaba hacer sufrir a inocentes... pero ¿cómo podía saber que ellos lo eran? Estaba seguro de que viajaban con Janet, y desde que había conocido a esa mujer había sentido una profunda necesidad de saber quién era, de asegurarse de que todo lo que ella decía no era mentira... Porque una gran parte de él le decía que así era; que esa bella muchacha no había dicho una sola verdad desde que lo había visto por primera vez. Y, puesto que ella era tozuda como una anciana pueblerina, tenía como única esperanza que esos dos hombres le dieran más información sobre su barco y sus objetivos. Si no lo conseguía, tendría que tomar medidas más extremas, pues no podía exponer a su tripulación y a las familias de estos al riesgo de convivir día a día con esos ingleses extraños.

—Tan solo basta que yo haga un gesto, solo una señal a mi amigo, y os desataremos, os sentaremos en nuestra mesa y esta noche dormireis en una cabaña. Os doy mi palabra —prometió, con gesto serio—. Pero a cambio de mi hospitalidad necesito respuestas. ¿En qué barco viajabais? ¿Hacia dónde? ¿Quién iba en él?

Había muchas cosas que no encajaban. Si Janet era realmente una dama de compañía, ¿dónde estaba su señora, esa tal Anna Russell? ¿Y con quién más viajaban? Lo único que Callum era que, de un día para otro, una mujer había



venido del mar. No solo una mujer, sino alguien con la apariencia de una reina, con el cuerpo de una sirena y la lengua de una serpiente. Sentía que iba a enloquecer, no podía dejar de darle vueltas día y noche a quién era esa mujer. ¿Por qué el mar le había traído algo así precisamente a su isla? Eso era demasiado irónico.

Jonathan y Brendan se miraron una vez más. Si le decían que su barco era inglés, cedido por el rey y que transportaba, para más inri, a la hija de un aclamado juez, famoso por su lucha contra la piratería, para su inminente matrimonio en Port Royal, los mataría sin ningún tapujo al darse cuenta de que ya no le servían de nada.

—Nosotros solo... —murmuró Jonathan finalmente, tras unos segundos de silencio.

Pero Brendan lo interrumpió, observando a Callum con nuevo y renovado odio.

—No negociamos con piratas —repitió una vez más.

Fue una desilusión para Callum, pues había esperado que el calor hubiera hecho mella en los hombres, pero al parecer aún tendría que darles un par de días antes de que se ablandaran un poco más. Todos los hombres tenían un límite, eso él lo sabía bien. Para algunos era el hambre, la sed, el dolor, un amigo, una mujer... pero existía; existía y funcionaba, eso era lo más importante.

Asintió con la cabeza y se puso en pie de nuevo. Cormac lo miró y él negó con la cabeza, después dirigió sus penetrantes ojos azules una vez más a ellos.

—Me temo que no hay otra manera de que confiéis en que cumpliré mi palabra. No os culpo por no creer en lo que diga un pirata, pero llegará un momento en que verdaderamente solo podréis pensar en que, incluso si yo os matara tras hablar, eso sería mejor que permanecer aquí.

Tras esas palabras se dio la vuelta, tal y como había hecho los días anteriores, y se alejó caminando. Mil dudas aún asolaban su mente.

\*\*\*

Joanna pegó un bote, asustada, cuando alguien dejó caer con fuerza un enorme barril con ropa. La joven alzó la cabeza, consciente de que había estado a punto de caerse al encontrarse en esa precaria posición que le permitía enjabonar una camisa para después sumergirla en las cristalinas y frías aguas de ese río.

—Tienes mucho trabajo aún —gruñó la mujer que la había asustado—. Lavas muy despacio, pareces una puta manca.

Marian le había resultado insoportable desde la primera vez que sus miradas se habían cruzado. Era algo mayor que ella, aunque aun así parecía joven y su rostro era hermoso. Su mejilla se veía cruzada por una cicatriz que ahora era blanquecina, pero en otro tiempo probablemente fue mucho más notoria. Una de las otras mujeres le había dicho una noche entre susurros que la marca en la piel de Marian había sido provocada por el que había sido su marido, un hombre con el que había permanecido casada años y que siempre la había golpeado. Al parecer, esa cicatriz había quedado cuando él le había cortado la piel con una botella rota.

Joanna se mordió la lengua para no contestar y siguió lavando, consciente de que no llevaba el mejor ritmo al hacerlo, pero esforzándose tanto como podía. Marian la trataba realmente mal, había sido así desde que ella había comenzado a trabajar con las mujeres, hacía ya cuatro días. Al principio, Joanna se había sentido tentada de contestarle de forma mordaz cada vez que la mujer se acercaba y le decía algo desagradable, pero poco a poco se había acostumbrado a su amargura y de hecho incluso le inspiraba compasión. Sabía que la vida de esas mujeres no había sido fácil y mucho menos si, además, alguien como Marian tan solo había sufrido abusos durante toda su vida. Por primera vez, y pese a pensar que odiaba su vida en la sociedad inglesa, Joanna se daba cuenta de lo afortunada que había sido hasta ese momento.

Por suerte, apenas unos segundos después, Allie apareció tras ella y se

arrodilló a su lado, esbozando una simpática sonrisa. Marian apretó los labios al verla y decidió alejarse de ellas, buscando alguien nuevo a quien criticar.

—¿Cómo estás, Janet? —preguntó Allie, agarrando alegremente una de las camisas del barril y comenzando a lavarla con agilidad—. ¿Cansada?

—No, en absoluto —mintió Joanna, consciente de cómo sus manos estaban más enrojecidas de lo que ella nunca habría imaginado y le escocían con el contacto del jabón de grasa de animal—. Estoy bien.

El agua fría calmaba su piel irritada durante unos segundos, pero cuando de nuevo volvía a sacar las prendas del río para poder frotarlas, sentía un dolor punzante e intenso. A veces, mientras lavaba, se preguntaba por qué estaba haciendo eso y se sentía tentada de dejarlo, levantarse y perderse en la jungla de esa isla. Pero luego recordaba que no podría obtener comida si hacía eso y que, desde luego, sus posibilidades de escapar de allí se verían reducidas al mínimo.

—¿Por qué está siempre tan enfadada? —bufó, lanzándole una mirada airada a Marian.

—No te da un respiro, ¿verdad? —Allie hablaba con voz suave, como si la entendiera perfectamente—. Siempre es así, le gusta controlarlo todo.

—Como si tuviera derecho a hacerlo. ¿Acaso es alguien en esta isla?

—Bueno —contestó Allie, dejando de lavar unos instantes y asegurándose de que nadie la estaba escuchando—, en cierto modo, sí lo es, o al menos ella así lo cree.

Esto, por primera vez, atrajo la atención de Joanna, que miró a la joven pelirroja con mudo interés, esperando a que ella dijera algo más.

—Verás, todas nosotras decidimos unirnos a un miembro de la tripulación. Yo, por ejemplo, fui aceptada por Cormac...

—¿Te obligó? —preguntó Joanna escandalizada, un segundo después se percató de que su tono de voz había sido demasiado alto.

Allie negó con la cabeza efusivamente, chasqueando la lengua ante la idea errónea que sabía que la joven tenía sobre su matrimonio.

—Por supuesto que no, es algo que ambos decidimos. No quiero que pienses que fue distinto de algún modo... Lo que quiero decir, Janet, es que Marian se siente con el poder de ordenar a las otras mujeres porque ella es... la preferida del capitán, ¿entiendes?

Joanna bufó ante esto.

—No veo por qué lo es, se trata de una mujer muy desagradable.

Allie rio nerviosamente, volviendo a mirar a los ojos oscuros de Joanna y consciente de su inocencia.

—No, no hablo de su carácter... quiero decir que ellos dos se entienden bastante bien entre ellos.

—No me extraña, en absoluto. También él es insufrible, ¿acaso debería sorprenderme que sean amigos?

Joanna parecía no llegar a entender ese tono implícito en las palabras de Allie, así como el porqué de que ella hubiera bajado la voz y mirara de cuando en cuando a Marian para asegurarse de que ella no estaba cerca y pudiera escuchar algo de la conversación.

—Oh, por Dios, Janet —dijo poniendo los ojos en blanco—. Hablo de que son amantes. La mayoría de nosotras tomamos un esposo al llegar aquí, pero no Marian, pues comparte la cama de Callum.

Comprender eso de golpe hizo que también Joanna dejara de lavar. Repentinamente sintió unas ganas imperativas de girarse y observar a Marian de arriba abajo, como nunca lo había hecho. No pudo resistir la tentación y escuchó a sus impulsos, fijándose en su cabello rubio y suelto, su piel bronceada por el sol y esos ojos claros y severos enmarcados por unas cejas finas y expresivas. Pensó que, de veras, era el tipo de mujer con la que podía imaginar a Callum Smith: era alta y esbelta y, aunque para ella tuviera la sensualidad propia de un cangrejo de río, era seguro que para los hombres no era así. Sintió cómo sus mejillas se sonrojaban al imaginarla a solas con el capitán. Se preguntó si él sería dulce con ella, si la escucharía al hablar y no la ofendería a cada palabra. Aun así, le costaba mucho imaginarse a Callum

Smith siendo cariñoso cuando ella tan solo había recibido burlas y amenazas por su parte. Mirando a esa mujer sintió un extraño vacío en el pecho al pensar que probablemente ella nunca sería la clase de persona con la que ese pirata se comportaría de un modo correcto o respetuoso.

—Ella está molesta contigo —escuchó la voz de Allie a su lado—, sabe que le gustas al capitán y por eso te trata con tanta dureza.

Pasaron unos segundos antes de que Joanna, con los ojos muy abiertos, se girara hacia Allie con expresión incrédula.

—Eso no es cierto, Allie. ¡Por supuesto que no! —exclamó y después enarcó una ceja—. ¿Por qué dices esa tontería? Él me detesta... y yo también a él.

Allie se rio y volvió la cabeza a sus quehaceres, para reanudar el lavado con su rapidez habitual.

—Es otra forma de gustar, te lo aseguro. Lo veo en cómo te mira. Siempre te observa de un modo distinto a las demás, no lo hace como con nosotras.

—Eso es porque desconfía de mí, lo sé.

—Eso es obvio, Callum Smith no ha llegado a ser una leyenda precisamente por ser un hombre confiado. Pero créeme, sé lo que digo, he visto cientos de hombres mirando así a una mujer. No solo se centra en tu rostro, en tus pechos o tus caderas. De verdad *te mira*. Como si quisiera ver cada centímetro de tu cuerpo, como si al mismo tiempo luchara por no querer hacerlo porque sabe que eso no le traerá nada bueno.

Las mejillas de Joanna se enrojecieron aún más, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Se centró en frotar con más energía esa camisa que ya había frotado diez veces antes y que estaba suficientemente limpia.

—No sé por qué me dices eso —musitó, sin levantar la cabeza de la colada para evitar que Allie comprobara hasta qué punto sus palabras la habían desestabilizado.

—Porque deberías ser sabia, Janet —habló Allie con total sinceridad—. Dices que te dirigías a Port Royal y que allí te desposarás con un hombre al que casi no conoces. No sabes qué sucederá allí, pero, si quieres mi opinión,

no creo que la vida que tengas allí sea la que nadie querría. ¿Serás una sirvienta toda la vida? ¿Te dedicarás a criar hijos para ese hombre y peinar el cabello de tu señora, y el de sus hijas después? —Sus palabras no tenían nada que ver con la vida que Joanna realmente tendría en Port Royal, pero, si se detenía a pensarlo, esta no sería mucho más interesante o distinta de la existencia que Allie narra en esos momentos—. Decide, Janet. Te recomiendo que lo hagas ahora que puedes, ya que luego será demasiado tarde. Le gustas al capitán, quizás ni siquiera él lo sabe aún, pero podrás tener su cama fácilmente.

—¡Yo no quiero la cama de ese hombre! —exclamó Janet.

Allie respondió asintiendo con la cabeza, sin estar convencida del todo ante eso.

—Deberías ser inteligente. Las mujeres no somos nadie en el mundo exterior, al menos aquí se nos tiene en cuenta. Ese es mi consejo, Janet, pues de verdad me gustaría que te quedaras con nosotros. Te aseguro que no es lo común que una mujer pueda hacer que Callum se la quede mirando más de dos segundos con interés. Deja que él crea que tiene el control, consigue su cama y de todas formas sigue luchando por conseguir algo más. Esa es la única manera que tendrás de volver a empezar de nuevo, de rebelarte contra la persona que has sido siempre. Puede que, al final, incluso logres desmentir el mito.

Allie se levantó, habiendo terminado por fin su parte de colada, y colocó toda la ropa dentro de una cubeta de madera que alzó en sus brazos y que sujetó contra su cuerpo, ajustándola en el hueco de su cadera. Joanna todavía tenía unas diez camisas y faldas más por lavar. Las palabras de su amiga le retumbaban en la cabeza, pero aun así Joanna se negaba a siquiera contemplar esa posibilidad. ¡Era un escándalo, un ultraje! Con el rostro aún desencajado alzó la vista hacia Allie.

—¿Desmentir qué mito? —preguntó, dubitativa.

La joven pelirroja la miró unos segundos más y sonrió.

—El mito de que *el Despreciable* Callum Smith no tiene corazón, no me digas que no lo has oído nunca.

Después se dio la vuelta y con la rapidez propia de las mujeres trabajadoras desapareció del río para enterrarse en los tupidos árboles caribeños y seguir realizando labores o, quizás, tan solo relajarse bajo el sol, como Joanna ya había visto a varias mujeres y hombres hacer allí. Las palabras de Allie la molestaron hasta el extremo. Si le parecía tan buena idea convertirse en la concubina de un pirata, ¿por qué no lo había hecho ella? Su mente le respondió de inmediato que, efectivamente, ya lo había hecho. Porque en realidad era su concubina, los matrimonios de esos maleantes no eran válidos a los ojos de Dios; vivían en el más horrible de los pecados y probablemente Callum era el más pecador de todos ellos. Secuestraba niños y mujeres, y a algunas de ellas las metía en su cama, no tenía ningún tipo de moral.

Joanna se dedicó las siguientes horas a refunfuñar sobre eso, más aún cada vez que Marian pasaba por su lado y su mente le jugaba la mala pasada de imaginarla besándose apasionadamente con Callum Smith. Imaginaba cómo sería el cuerpo de ese hombre, aunque sin lograr hacerse una idea demasiado exacta. Sabía que estaría bronceado y sería fuerte y grande, y de nuevo su mente volvía a evocar las palabras de Allie y su recomendación desvergonzada de que yaciera con él, su afirmación de que él la deseaba, que la miraba de un modo distinto a las demás. Tonterías, todo eso no podían ser más que tonterías...

A pocos metros de ella, Marian la miraba también apretando los labios en una mueca de disgusto. Se preguntaba qué tendría esa inglesa para atraer de un modo tan intenso la atención de Callum. En los últimos cuatro días, el pirata había visitado varias veces a las mujeres en sus quehaceres y eso era algo que nunca antes había hecho. Por lo general, a lo que ellas se dedicaran era algo que prácticamente le traía sin cuidado. Pero no ahora. Algo lo hacía aparecer de improviso y era obvio que se trataba de ver a la inglesa. Sabía que no podía ser el tipo de mujer que atrajera a Callum; a él le gustaban rubias, le

gustaban fuertes, ardientes y apasionadas. En cambio, ella era morena y pálida, misteriosa y más parecida a una muñeca que a una mujer de verdad. Y aun así atraía su maldita atención como si fuera algo especial.

Sin dejar de observarla, Marian decidió que tenía que hacer algo al respecto. Esa mujer debía irse de la isla.



## CAPÍTULO 5

Si Joanna Taylor debía reconocer algo de esa isla, por lo menos debía ser que estar allí era confortable. Ella había vivido toda su vida acostumbrada al tiempo húmedo y frío de su hacienda en Brighton y tan solo había podido caminar por la playa con Janet o con su hermano en muy contados días de verano. Allí el agua del mar nunca estaba limpia y permanecía a una temperatura demasiado fría como para poder sumergirse durante mucho tiempo.

En cambio, en esa isla, esos molestos problemas de Inglaterra no existían; el agua del mar era cálida y tan cristalina que podría haber jurado que alguien había blanqueado la arena de esa hermosa playa. El sol brillaba con fuerza y, aunque al principio le había resultado molesto, reconocía que nunca antes había podido disfrutar tanto de un paseo como hacía allí. Se encontraba tranquila y relajada mientras caminaba por la costa, completamente sola. A lo lejos podía distinguir las figuras de algunas personas que compartían un almuerzo sentadas sobre la cálida arena. Joanna no lo reconocería jamás en voz alta, pero era consciente de que extrañaría esa paz cuando llegara a Port Royal.

Secretamente estaba asustada al imaginar cómo sería arribar allí; Daniel Evans, su prometido, la recibiría con la misma cálida sonrisa que le había dedicado en las tres visitas que le había hecho en su casa de Brighton, la última de ellas para comunicarle que marchaba a América y la esperaría allí. Su padre la abrazaría con calidez y después pretendería no estar emocionado

por volver a ver a su hija de nuevo, su hermano Elliott besaría su mano con la elegancia exagerada que lo caracterizaba y con toda probabilidad organizarían una fiesta en su honor.

Joanna tuvo que tragar grueso para contener las lágrimas que atenazaban su garganta. Miró hacia el mar con nostalgia; ¿se habrían dado cuenta ya de que su barco había naufragado? No, seguro que aún no sabían nada. Una lágrima amenazó con brotar de sus ojos mientras su mirada seguía clavada en ese mar salvaje que la había arrastrado hasta allí. Se preguntó si Janet había muerto al igual que suponía había hecho el resto de la tripulación. Su pequeña y dulce Janet, su amiga más fiel y apenas una niña aún. No tenía sentido; si todos habían muerto, ¿por qué ella no? ¿Qué la había llevado a la isla que habitaba uno de los mayores enemigos de su padre?

Un grito agudo la sacó de su ensoñación. Sus sentidos se despertaron de un modo increíble y su pulso se aceleró al tiempo que se descubrió a sí misma mirando en todas direcciones, buscando el lugar de donde había procedido ese grito. Un nuevo ruido surgió y el mismo gemido anterior se escuchó una vez más. No quedaba duda: había alguien en peligro muy cerca de allí.

Joanna ni siquiera pareció percatarse de que estaba corriendo, internándose cada vez más en el bosque, hasta que sintió que la rama de un árbol se enganchaba en su vestido. Siguiendo los sollozos intermitentes y agudos que cada vez la asustaban más, tiró con brusquedad de la tela y la rasgó en la parte superior. Siguió corriendo, guiada tan solo por lo que su instinto le decía, y cuando llegó al lugar su corazón dio un vuelco nada comparable al que había sufrido unos minutos antes. Sintió el pánico apoderándose de ella en su interior al contemplar la imagen que tenía frente a ella: ni siquiera se había planteado quién podría ser la persona en peligro al escuchar el primer grito, pero había dado por supuesto que se trataba de una mujer por el tono agudo de la voz... Ahora se daba cuenta de que no se trataba de ninguna de las esposas de los piratas, en absoluto; la persona frente a ella no era otra que una pequeña miniatura de hombre. El niño era el mismo que ella había visto ya en una

ocasión jugando en la playa, unos días antes, y aunque la última vez que lo había visto este se encontraba feliz y distraído, en ese momento gruesos lagrimones recorrían sus mejillas redondeadas y sus ojos claros se encontraban enrojecidos. Se situaba a poca distancia de Joanna, subido a unos tres metros de altura en un árbol. El primer pensamiento de Joanna fue obvio: bajar al pequeño de ahí, dando por supuesto que él se encontraba asustado por no poder hacerlo solo. Fue entonces cuando comenzó a acercarse a ese árbol decididamente, para detenerse de golpe al percibir el verdadero motivo del atroz miedo del niño: era verde y brillante, tan larga que parecía no acabar nunca. Joanna podía ver la cabeza de la serpiente, pero no su cola, que se perdía entre las ramas de ese árbol. El sol presentaba reflejos dorados en sus escamas y el animal sacaba la lengua sin perder de vista su objetivo: el niño.

Joanna se encontró a sí misma gritando de miedo ante la situación, fue entonces cuando el pequeño se percató de su presencia allí y se giró para observarla un instante. La serpiente produjo un sonido similar a un silbido de forma amenazadora y el niño volvió de nuevo la cabeza hacia esa criatura. Trató de alejarse de ella lo máximo posible escalando por las ramas. Joanna no lo pensó más, tan solo agarró su miedo y trató de mantenerlo a raya, tan lejos de su mente como le fue posible. Miró de nuevo al niño, un pobre chiquillo asustado y en peligro, y eso le proporcionó las fuerzas que le faltaban para atraer su atención.

—Pequeño... —le susurró, alzando los brazos hacia él—. Ven conmigo, salta.

Como respuesta recibió un nuevo gemido asustado. La serpiente se movió, avanzando y retrocediendo hacia el muchacho sin dejar de mostrar su lengua bífida. Lo atacaría de un momento a otro, eso estaba claro.

—Mírame a mí, ¿de acuerdo? —le pidió con la voz más tranquilizadora que fue capaz de producir—. Salta, yo te agarraré. Lo prometo.

—No... —gimió el niño, hipando de miedo.

Joanna alzó aún más sus brazos y tomó aire, esbozando una sonrisa dulce.

—Todo irá bien, te lo aseguro. Tan solo salta y nada malo sucederá.

Por fin pudo ver la duda en los ojos del pobre niño y Joanna se alegró una vez más de ser tan buena mentirosa, porque una parte de su mente le gritaba que nada saldría bien, que la serpiente los mordería a ambos.

El largo cuerpo del reptil se movió por la rama, acercándose al pequeño hasta el punto de ser casi capaz de tocarlo, su mirada amarilla era aterradora y el muchacho hizo caso de esa voz dulce y cariñosa que le hablaba. Cerró los ojos y saltó.

El cuerpo del crío impactó contra el suyo, pero aun así Joanna solo retrocedió un par de pasos y logró estabilizarse. Lo tenía en los brazos y pesaba, además de haberla golpeado con bastante rudeza en la clavícula. Pero eso no importaba en esos momentos, Joanna ni siquiera era consciente del dolor, ni de su vestido rasgado. Lo había salvado, sí, lo había conseguido. Alzó la vista una vez más, alcanzando a ver al animal que se movía por las ramas, desplazando su largo cuerpo de un lado a otro.

—Hay que alejarse de aquí —susurró.

Fue entonces cuando se percató de que aún tenía al niño en brazos y que este lloraba con fuerza contra su hombro. Lo miró cuidadosamente, preguntándose si no había sido herido de algún modo por la serpiente... o quizás se había hecho daño al caer contra ella...

—¡Rodrick! —pronunció una voz masculina, con un evidente tono atemorizado.

Callum apareció en escena con rapidez, con una expresión de miedo que Joanna nunca creyó que pudiera ver en él. Sin ser realmente consciente, la joven dejó al niño en el suelo justo un instante antes de que el capitán pirata llegara, se arrodillara y tomara el rostro infantil entre sus grandes manos. Lo besó en la frente y el niño dejó de llorar en el acto. De repente, ambos hablaban en susurros y Joanna solo podía sentir que su corazón había estado a punto de salirse del pecho. La adrenalina de su cuerpo todavía permanecía ahí, mareándola, pero a la vez se sentía tranquila: acababa de salvar la vida de

alguien y lo había hecho bien.

La joven volvió a mirar a Callum y al niño, y por primera vez se dio cuenta de cuánto se parecían ambos: tenían los ojos azules e intensos, la piel bronceada y los labios rellenos y rosados. Sinceramente, ambos eran una versión de distinta edad del otro y para eso solo había dos explicaciones: ambos eran hermanos o... Callum era el padre de ese niño.

Su mente comenzó a funcionar con rapidez. ¿Quién era su madre? ¿Dónde estaba esa mujer? No era posible que se tratara de Marian, pues las mujeres habían llegado a la isla tan solo unos meses atrás. Entonces, ¿por qué no estaba allí la mujer de Callum Smith? ¿Acaso estaba muerta? O quizás había abandonado a ese pirata y a su hijo a su suerte.

—Ve a la playa —dijo la voz de Callum, esta vez un poco más fuerte, dirigiéndose al niño y posando su mano en la infantil mejilla, con cariño—, espérame allí, Rodrick, iré en un momento.

El niño asintió con la cabeza, aún con las lágrimas cayendo por sus mejillas, y no tardó en darse la vuelta y correr en la dirección que el pirata le había indicado. Joanna se quedó estática, mirando a Callum, y este también la observó desde su posición. Su mirada era severa, su expresión indescifrable y Joanna aún no lograba pensar con claridad después de lo sucedido. De inmediato, Callum se acercó a ella a grandes pasos y antes de que la joven pudiera percatarse de la situación, sintió cómo él se lanzaba hacia ella. Lo primero que sintió fue pavor, pensó que la iba a golpear, a violar, a matar... pero los segundos pasaron y nada de eso sucedió. Joanna se dio cuenta de lo que estaba sucediendo: Callum la estaba abrazando.

El cuerpo del hombre la apretaba con fuerza, sus manos se encontraban posadas en la espalda de ella, acercándola aún más a él, haciéndola amoldarse a su fuerte cuerpo. Lo oyó suspirar, el aire salió de sus pulmones como si nunca antes lo hubiera hecho con tanta intensidad, y sintió su cabeza apoyada en su delgado hombro. El contacto provocó en ella un sentimiento inesperado y, antes siquiera de pensarlo bien, le devolvió el abrazo con toda la fuerza de

la que fue capaz. Desde luego, Callum Smith no habría sido la persona a la que ella habría abrazado de habersele dado la oportunidad unos minutos antes, pero en ese instante ese era el único cuerpo que quería sentir cerca, junto a ella. Se dio cuenta entonces de lo sola que se había sentido; no durante esos días en la isla, no, si no de lo sola que llevaba casi toda su vida. Comprendió en ese momento que hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba, que habían pasado años desde la última vez que se había sentido arropada por otra persona, desde que se había sentido verdaderamente alguien.

—Gracias, gracias, gracias... —comenzó a susurrar él y su voz se le antojó lo más sincero que había escuchado nunca.

El aliento de Callum cosquilleaba, cálido, en su cuello. La piel de Joanna se puso de gallina y sintió que el calor que provenía del torso de Callum se abría paso trémulamente en su propia anatomía. La respiración de ese pirata se vio entrecortada. Por primera vez desde que la había abrazado, su cuerpo se puso rígido de inmediato, como si solo en ese momento se percatara de lo que estaba sucediendo.

Callum sentía la piel de esa muchacha demasiado caliente, demasiado cercana. Tan solo cuando se separó de ella impulsivamente reparó en algo que había sospechado unos segundos antes: el contacto con su piel había sido directo, sin ninguna tela de por medio. En cuanto el hombre bajó la vista se cercioró de que sus suposiciones eran ciertas; la fina camisa de tela blanca que ella llevaba se había rasgado en gran medida, dejando a la vista de un modo más que perturbador dos redondos y bien formados pechos de color blanco. La tela aún conseguía cubrir los pezones, aunque a duras penas, y la visión que se le presentaba le secó la boca a Callum de inmediato. Se quedó paralizado, sus ojos bajaron por la camisa, que se pegaba atractivamente a una cintura torneada y acababa en una falda ligera y larga hasta los pies. La visión de ese dulce cuerpo, sumado con el coraje que acababa de presenciar por parte de esa mujer, lo endureció casi al instante. Hacía años que no había sentido tal excitación repentina contemplando a una mujer y mucho menos sin

que esta antes hubiera hecho algo para despertar su deseo. Trató de aparentar normalidad y volvió a mirarla a los ojos, pero ella ya se había percatado del lugar que había atraído su atención y se ruborizó intensamente antes de cubrir sus pechos tanto como pudo con sus manos. Callum se maldijo a sí mismo al descubrirse queriendo saber si el sonrojo había recubierto también el resto de su sensual cuerpo.

—Me enganché en unas ramas cuando escuché los gritos... —se justificó ella.

Su comentario lo hizo volver a la realidad de inmediato, recordando lo que acababa de suceder. Alzó la vista y contempló a la serpiente en ese árbol; aunque ya se encontraba a varios metros de su alcance, aún permanecía allí. Quiso escalar las ramas, sacar un cuchillo y acabar con ella de manera salvaje por el mero hecho de haber amenazado la vida de su pequeño hijo, pero decidió no tentar a la suerte teniendo en cuenta el estado de su costado izquierdo y que todo había salido bien al final... gracias a la mujer que se encontraba frente a él, avergonzada y aún en estado de incredulidad.

Recordó lo que había visto: la había observado a lo lejos, segura de sí misma, sin titubear, mientras le tendía sus brazos al niño y lo salvaba de lo que habría sido su muerte segura si esa peligrosa serpiente lo hubiera atacado. Sabía bien lo que eso representaba; no mucha gente habría sido capaz de arriesgarse por un niño desconocido, mucho menos el hijo de su captor. La elegancia y la firmeza que ella había demostrado, sin rastro de temor en sus gestos, no dejaba de sorprenderlo. Siempre había creído que las inglesas no eran así; que no eran fuertes ni valientes, sino débiles y traicioneras. Desde que había conocido a Janet, no había creído ni una sola de sus palabras, pese a ser una muy buena mentirosa... pero sus acciones le acababan de demostrar más sinceridad de la que nunca habría creído posible.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, preocupado y reparando de pronto en un rastro de sangre que de ella en su brazo.

Joanna asintió con la cabeza.

—Sí, sí —musitó, siguiendo la mirada de él hasta su pequeña herida provocada por las prisas al correr hasta allí—, como le dije, tropecé y me enganché en una rama.

—Por los siete mares... has salvado a mi hijo —dijo Callum al tiempo que se llevaba sus manos al cabello oscuro y revuelto—. No puedo creerlo aún... Lo has hecho tú, lo has salvado.

Ella no podía asimilarlo del todo aún, había sucedido tan rápido...

—Tan solo he hecho lo que debía. Ese pobre niño no tiene la culpa de nada, no merece que nada malo le ocurra.

Joanna miró a Callum intensamente. Algo le dijo a él que lo que en realidad quería decir la joven era que el pequeño no tenía la culpa de los delitos cometidos por su padre y que no merecía correr mala suerte... pero no estuvo seguro de darle esa interpretación a sus palabras. Esa mujer era muy misteriosa.

—Te lo agradezco de verdad, no tenías por qué hacerlo... pero lo hiciste. — Su voz sonó ronca y extremadamente seria, la miró a los ojos intensamente—. Ten por seguro que serás recompensada por esto, lo juro.

La visión de esos ojos la estremeció. ¿Cómo podía un hombre tan cruel y despiadado poseer una belleza tan propia de alguien divino? La mente de Joanna le jugó una mala pasada momentánea. ¿Recompensarla? Imaginó que se acercaba a ella y la tomaba de la cintura. Imaginó por un momento que la apretaba contra su cuerpo como había hecho minutos antes, susurrándole al oído palabras prohibidas que ni siquiera los casados por la Iglesia deberían compartir. Su pulso se aceleró hasta el punto de preguntarse si también era capaz de oírlo y no pudo más que jurar en voz baja contra Allie, pues ella le había metido en la cabeza todas esas ideas sobre «compartir la cama del capitán».

—¿Dónde está su madre? —preguntó repentinamente, tratando de desviar sus propios pensamientos.

—¿Su madre? —preguntó Callum, sin responder.



—La madre del niño —respondió ella sin dudar—, de Rodrick.

El rostro de Callum se ensombreció y su mandíbula permaneció apretada.

—Ella no está, solamente somos Rodrick y yo.

Curiosamente, estas palabras le parecieron a Joanna más íntimas que cualquier imagen mental que ella hubiera evocado sobre el cuerpo desnudo de Callum junto al suyo. La privacidad en sus palabras quería decir que no quería hablar de ese tema, pero sus ojos azules y profundos le anunciaban que necesitaba compartir sus historias con alguien, que la realidad que acababa de exponerle lo rompía por dentro.

—Debemos volver, quiero asegurarme de que mi hijo está bien —le comunicó Callum; alejándose de ella bruscamente, le dio la espalda—. Te aconsejo que vengas conmigo si no quieres tener otro incidente con un animal.

Ella se quedó parada unos segundos, tan solo para pegar un salto inmediatamente al sentir que algo comenzaba a subir por su pierna. Levantó la falda, asustada, y encontró una mariquita de un fuerte color rojo escarlata que escalaba su pantorrilla. Suspiró aliviada, pero aun así no se sintió segura permaneciendo allí sola. Después, solo siguió a Callum de nuevo a la playa.

## CAPÍTULO 6

Cuando el juez Augustus Taylor pasó aceleradamente por el salón de baile situado en la segunda planta de su mansión de Port Royal, tuvo que detenerse al percatarse de que había alguien afuera, en uno de los balcones que daban hacia el brillante mar Caribe. Deshizo su camino hacia sus aposentos y se dirigió hasta la persona que oteaba el horizonte en ese balcón. El sol era fuerte y el ambiente olía a la sal del mar, así como a madera y suciedad a causa del mercado que se encontraba apenas unos cientos de metros de su residencia. En el puerto se veían decenas de barcos grandes y los marineros y corsarios corrían de un lado para otro en esa ajetreada mañana. Incluso podía verse un barco que la marina británica había capturado unos días antes: una embarcación pirata.

—Contraalmirante... —saludó el juez Taylor—. ¿Cómo está, joven?

El militar reparó por primera vez en que no estaba solo y se giró hacia el hombre mayor con una peluca de exagerados rizos grisáceos y entrado en carnes que acababa de llegar a él. Incluyó su cabeza en señal de respeto.

—Juez Taylor, discúlpeme por no haberle avisado de mi presencia aquí, pensé que estaría usted muy ocupado y, con sinceridad, tampoco quería resultar demasiado insistente con...

Augustus, alzando la mano, le ordenó con amabilidad que guardara silencio.

—Está bien, Daniel —lo tranquilizó—, está bien. Es usted el prometido de mi hija pequeña, entiendo que esté preocupado. No tiene por qué disculparse por nada.

Daniel Evans asintió con la cabeza, menos acelerado esa vez, y después volvió a dirigir su vista hacia el mar azul. Se preguntó dónde estaría Joanna. Nunca se podía estar seguro de nada respecto al mar: el viaje desde Inglaterra era muy largo y peligroso: aunque hubieran repetido esa travesía cientos de veces, el mar era inclemente, imprevisible. Él, como contraalmirante de la Marina Real Inglesa, lo sabía muy bien, había visto tantos naufragios y ataques piratas que ya no podía contarlos con los dedos de sus manos.

—Debería estar ya aquí —susurró el joven contraalmirante, nostálgicamente. Sus ojos se humedecieron al recordar a Joanna, una mujer a la que solo había visto en tres ocasiones, pero en la que ya había puesto todas sus esperanzas de matrimonio y formar una familia—. Está tomando demasiado tiempo, me pregunto si algo ha podido suceder. Señor juez, no quiero comparar mi incertidumbre a la suya, ya que usted es el padre de Joanna, pero cada nuevo día que miro hacia el mar y no veo ni un rastro del Reina Mary Jane...

El juez hizo acopio de la tranquilidad y aplomo que lo caracterizaban, y alzó una mano para detener las palabras del joven.

—¿Cuántas veces ha viajado desde Inglaterra hasta América desde que se alistó en el ejército, Daniel?

El hombre se quedó callado, pensativo.

—Cuatro, señor, teniendo en cuenta la última vez que decidí embarcarme con un carácter más definitivo, como usted bien sabe.

Augustus asintió.

—Bien —dijo, y después alzó las palmas de sus finas manos—. ¿Y cuántas veces, de esas cuatro, la embarcación pudo llegar en los días previstos sin ningún inconveniente?

Daniel volvió a pensar una vez más, comprendiendo lo que el juez quería decirle.

—Una, señor.

Con aire paternal, el hombre posó su mano en el hombro del joven y lo miró a los ojos.

—Mi hija está bien, contraalmirante, se lo aseguro. Su embarcación se ha retrasado, como lo hacen una buena parte de las naves que vienen de nuestras tierras. Quizás el Reina Mary Jane ni siquiera pudo embarcar en la fecha prevista y es por eso por lo que no están aquí aún. —El contacto de su brazo se hizo más intenso, al igual que su mirada oscura, que pese a ser de un hombre maduro, transmitía la misma agilidad que la de un veinteañero—. Lo repito: mi hija está bien y llegará pronto. No tema, le aseguro que Joanna y usted se darán el sí quiero antes de que acabe este mes. Le doy mi palabra de juez, que como imaginará no le brindo a cualquiera.

Daniel Evans no pudo más que asentir, sintiendo que, si no lo hacía, la mirada de ese hombre lograría atravesar su cabeza de una vez por todas. El juez sonrió como respuesta y le palmeó la espalda un par de veces antes de alejarse de nuevo.

—No pierda sus pensamientos en el mar hasta el punto de descuidar sus obligaciones, contraalmirante. Le puede costar caro.

\*\*\*

El cambio que Joanna sintió en el ambiente fue repentino. De pronto, todos la trataban con cercanía y amabilidad, sin recelos. Hombres que, hasta entonces, solo le habían dirigido miradas de sospecha a diez metros de distancia, ahora se acercaban y la abrazaban con una fuerza desmedida, entre risas y olor a alcohol. Le daban las gracias por haber salvado al pequeño Rodrick, alababan su valentía y, por extraño que pareciera, hacían que Joanna sintiera algo especial, algo que nunca había llegado a sentir antes.

Elliott, su hermano, era nueve años mayor que ella, por lo que nunca le había prestado demasiada atención a su hermanita pequeña y había pasado los último quince años perdido sin ningún remedio entre las faldas de todas las mujeres que se había encontrado, tanto en Inglaterra como en América... e incluso en el mar, en los trayectos de los barcos. Su padre, Augustus Taylor,

era un aclamado y popular juez que jamás había tenido tiempo para ejercer de nodriza cuando Joanna era un bebé y, por supuesto, tampoco de padre y madre al mismo tiempo cuando ella había crecido. La amaba, eso era cierto, pero era la clase de amor que un hombre importante y educado al modo antiguo y severo podía demostrar a su pequeña hija, sin una esposa que lo guiara. Eso había traído como consecuencia que Joanna pasara casi toda su vida sintiéndose sola, más aún cuando había cumplido los quince y había comenzado a asistir a fiestas de sociedad, sonriendo, bailando y fingiendo que no poseía un vacío en su interior imposible de llenar. Reconocía que se había ilusionado suficientemente al conocer a Daniel, su prometido. Era un hombre, alto, guapo y joven, que desde el primer momento se había mostrado prendado de ella. Eso había hecho crecer en Joanna una pequeña ilusión pues, aunque sabía que la mayoría de matrimonios era bastante parecidos al mar embravecido, de puertas para adentro, ella sentía que el suyo sería algo distinto, algo más. Había comenzado a ilusionarse al pensar que se sentiría feliz con ese hombre, querida y arropada... pero entonces el naufragio había sucedido y ella había llegado a esa isla llena de piratas y delincuentes que la habían tomado como su prisionera y no querían dejar que se fuera.

Al contrario de lo que ella misma se esperaba, en ese momento no se encontraba tan molesta como debería. Tras todas las palabras de agradecimiento sincero por parte de esos piratas, comenzaba a sentirse a gusto, como si la aceptaran; como si fuera una de ellos.

Se quitó ese pensamiento de la cabeza inmediatamente y dirigió una mirada a su alrededor, aterrada. Todos habían colaborado a sacar las mesas afuera y habían creado una especie de comedor a la intemperie, bajo el brillante cielo nocturno y caribeño. Hacía calor y, aunque el tiempo era agradable y húmedo, el sol se había escondido ya hacía unas horas y tan solo quedaba una noche estrellada que jamás podría haberse visto en la nublada Inglaterra.

Las mujeres comenzaban a sacar la abundante comida y los hombres traían ya sillas para que todos pudieran tomar asiento alrededor de las mesas.

Cuando las sillas se acabaron, buscaron taburetes y después procedieron a utilizar los barriles de ron y coñac, para que nadie pudiera quedarse de pie en esa celebración.

Parecían felices, felices de verdad. Joanna sabía que esas personas eran libres de un modo en el que ella jamás sería capaz de serlo, de un modo en el que ella jamás lo había sido.

—Hola —dijo alguien a su lado.

Joanna se giró, pero no vio a nadie. Entonces, saliendo de su ensoñación, miró hacia abajo y encontró un rostro infantil y algo sonrojado que la miraba con una sonrisa. El niño tenía las manos en la espalda y movía sus piernecitas nerviosamente.

—Hola, Rodrick —lo saludó ella con amabilidad, agachándose un poco hasta ponerse a su altura—. ¿Cómo estás?

El muchacho pareció algo sorprendido de que supiera su nombre, pero aun así le respondió, con un poco más de confianza al ver que lo trataba de forma dulce.

—Bien, muy bien —musitó aún con cierta timidez—, padre dice que debo agradecerle que me salvara esta mañana, que es una cuestión de modales.

Ella rio y en su interior una voz le dijo: «¿Qué puede saber ese pirata sobre modales?». Después, automáticamente, su mirada se dirigió hacia el otro lado de ese pequeño claro donde se encontraban las cabañas y el improvisado merendero al aire libre que todos estaban ayudando a montar. Allí encontró a Callum, sin ningún tipo de aviso previo sobre que él estaría ahí. Sus ojos ya la estaban mirando en el momento en el que ella reparó en su presencia, y ninguno de los dos apartó la vista del otro. De nuevo parecía que volvían a desafiarse... y entonces, por primera vez, Callum bajó la cabeza como en una inclinación. Joanna se sintió extraña ante tal gesto, ¿le había concedido la victoria en ese pequeño desafío?

Al final, ella volvió a dirigirse al niño.

—Eso es muy educado por tu parte —lo elogió—. ¿Qué edad tienes?

—Siete años, señorita.

—Llámame Joa... —se calló un segundo, consciente de su fallo—. Llámame Janet, por favor. Ahora somos amigos, ¿no? Los amigos utilizan sus nombres para hablar entre ellos y pueden tutearse.

El niño se sonrojó una vez más de forma adorable y asintió con la cabeza, entusiasmado. A esas alturas Joanna ya no entendía que su padre pudiera ser un hombre sin corazón, según decían, cuando ese niño parecía poseer tanta ternura.

—¿Quieres sentarte junto a mí para la cena, Janet?

—Nada me gustaría más, Rodrick.

Sus palabras salieron con naturalidad de sus labios, era lo que se esperaba que respondiera, lo correcto... pero se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que, en realidad, lo que acababa de decir era verdad. Siempre le habían gustado los niños y ese pequeño parecía tan simpático y amable que, estaba segura, solo podría arrancarle sonrisas y buenos sentimientos.

El niño agarró su mano y tiró de ella suavemente hasta llegar al lugar donde la comida empezaba a servirse por fin. Por primera vez en mucho tiempo, Joanna Taylor no necesitó fingir su permanente sonrisa.

\*\*\*

—Es encantadora, Callum —dijo Allie mientras llevaba en la mano una bandeja con algunos frutos tropicales—. Parece un poco estirada al principio, pero es una joven muy dulce... y mucho más fuerte de lo que aparenta ser.

Callum se pasó la mano por sus cabellos, algo húmedos aún al haber necesitado darse un baño para relajar tanto su cuerpo como su mente. Después miró a su alrededor, contemplando a toda esa gente que para él eran más que su familia y que ya comenzaban a tomar asiento en esa cena que habían organizado en agradecimiento para Janet, aunque realmente nadie le había dicho a la muchacha que todo eso era por ella.

—Janet tiene demasiadas contradicciones —suspiró finalmente, ante la atenta mirada de su amigo Cormac y sabiendo que Allie también lo escuchaba, pese a estar partiendo en pedazos las frutas que antes habían recogido—, no termino de creer su historia. Es demasiado malcriada para ser una sirvienta, ¿no creéis?

Cormac frunció el ceño al escuchar eso, recordando que su madre sirvió en la casa de uno de los gobernadores americanos durante toda su vida.

—¿Acaso las sirvientas tienen un patrón de personalidad al que ceñirse?

Callum suspiró ante las palabras algo cortantes de su amigo.

—Oh, por los cielos, Cormac, sabes a lo que me refiero. —Después se giró hacia Allie—. ¿Habéis visto cómo me habla? No es solo porque es inglesa. Si vierais su cara, su forma de dirigirse a mí... Estoy seguro de que intenta controlarse, pero aun así lo veo... Es como una de esas damitas de tres al cuarto que pasean por las calles rodeadas de criados, ¿sabéis a lo que me refiero? Y esos dos hombres que viajaban con ella y no quieren decir absolutamente nada... Esconden algo, lo sé.

Allie dejó de cortar los trozos de coco que tenía en la mano y se giró hacia el capitán, que estaba apoyado en un árbol de forma relajada. Aun así, podía leer cómo su mente trabajaba a toda velocidad, haciéndose mil preguntas.

—Callum, creo que debe de ser algo muy cansado y problemático para ti el no poder confiar nunca en nadie y tener que buscar el lado malo de todo —le dijo con sinceridad.

—Eso no es verdad... —El rostro de Callum se puso serio, comenzaba a molestarse y tanto Allie como Cormac lo sabían.

—Siento decírtelo así, Callum, pero Janet nos ha ayudado sin protestar desde que llegó aquí. —Omitió el hecho de que ella misma sabía que Janet no era una mujer acostumbrada al trabajo, pues tan solo había que observarla unos minutos realizando las labores junto a las demás para reconocer algo extraño, aunque había evitado comentarlo con nadie—. Ni siquiera le diste la oportunidad de elegir si quería irse o quedarse, y tampoco le has ofrecido la



opción del matrimonio con alguien de la tripulación. —Allie sonrió internamente al percatarse del respingo que acababa de dar el pirata al escuchar estas últimas palabras—. Realmente creo que has sido injusto con ella y lo que de verdad te molesta es que, por primera vez en tu vida, alguien no se achante ante ti y te responda sin amedrentarse.

Tanto su marido como Callum miraron a Allie, completamente en silencio y con expresión estupefacta.

—Diablos, mujer —respondió el capitán al cabo de unos segundos—. ¿No tienes ninguna palabra amable para dedicarme?

Allie sonrió con dulzura ante la atenta mirada de los hombres e intercambió una mirada cómplice con su marido antes de hablar.

—Sí, por supuesto, capitán. Cásate con ella, hazla tu mujer y deja que siga desafiándote, desafíala tú también. Dudo que vuelvas a toparte nunca más con una mujer como esa, así que despósala antes de que consiga lo que se propone y salga de esta isla de algún modo; la veo capaz de marcharse de cualquier forma, incluso a nado.

Al escuchar esta retahíla de ideas, Cormac tuvo que darse la vuelta y fingir que tosía para contener una carcajada que sabía que molestaría a Callum. Nunca antes alguien le había dado una orden a Callum, o al menos no que él hubiera visto, y ese arrebató romántico por parte de su mujer lo hizo amarla en silencio un poquito más.

Allie agitó su cabello rojo, esperando una respuesta por parte de Callum que no llegaba; el pirata parecía haberse quedado paralizado. Finalmente, lo que contempló en los ojos de ese hombre la hizo arrepentirse de todo lo que acababa de decirle de forma tan impulsiva. Los ojos azules de Callum se dirigieron hacia la mesa en la que Janet jugaba tiernamente con Rodrick y esa imagen lo afectó más aún. Volvió a mirar a la muchacha pelirroja y su expresión no fue de enfado, en absoluto; sino que expresaba algo más parecido a la derrota.

—Yo no tomo esposas, Allie, solo hubo una mujer para mí y la perdí; no

volveré a hacerlo nunca más y créeme que mucho menos desposaría a una inglesa con ínfulas de superioridad. Para mí la dignidad vale mucho y esa mujer parece empeñada en arrebatármela.

Dicho esto, Callum se fue. Allie siguió cómo se alejaba su ancha espalda con la vista, hasta que terminó dándose la vuelta para fijarse en su marido una vez más.

—Lo he enfadado, ¿verdad? —preguntó, preocupada—. No quería cometer un error ni enfurecerlo, lo prometo... quería abrirle los ojos. Yo estoy convencida de que se siente atraído por Janet y, después de lo que ella hizo hoy por Rodrick, yo pensé que...

Cormac se acercó a ella con lentitud y, con mucho cuidado, la tomó entre sus brazos. No quería incomodarla y no sabía cómo ella reaccionaría, pero Allie se relajó y dejó que la apretara contra su pecho.

—Se le pasará, lo conozco mejor de lo que me conozco a mí mismo —la tranquilizó—. Callum ha vivido muchas cosas, es un hombre difícil, pero estoy de acuerdo en que su decisión de quedarse solo es un error del que se retractará algún día. Él es un hombre joven, merece volver a ser feliz junto a alguien. —Sus palabras fueron dulces y aprovechó para acariciar la mejilla de su esposa y mirarla a los ojos dulcemente—. Igual que yo soy feliz contigo, Allie.

La joven sonrió, aún algo tímida. Su relación había sido algo muy especial, había surgido lentamente y en mayor parte después de su matrimonio. Desde el primer momento en el que Cormac la había visto, había sabido que se enamoraría de Allie. Sus ojos, su sonrisa, su cabello... había tratado de cortejarla torpemente, puesto que esa mujer no estaba hecha para los rodeos. También ella se había sentido atraída por ese inteligente joven, pero si algo la había dominado desde el principio era el miedo. No podía confiar en los piratas, siempre había sabido que eran malos... y de pronto se había encontrado allí, viviendo con ellos como si fuera una más de la tripulación. Había temido que las intenciones de Cormac con ella no fueran nobles, que la

historia del matrimonio fuera una farsa... pero él era tan dulce y bueno con ella que los miedos se habían ido disipando con el paso de los meses. A su lado se sentía segura, se sentía una mujer respetada e independiente respecto a su marido, cosa que jamás habría conseguido en su antiguo mundo.

—Me alegro de que lo seas —le respondió ella con suavidad—, de que lo seamos.

Esto provocó un vuelco en el corazón de Cormac, que decidió que lo mejor sería tranquilizar a su cuerpo, pues escuchar esas dulces palabras comenzaba a despertar el deseo en él y no quería incomodar a Allie. Para él, el contacto físico aún era algo que quería tomar con calma, sin intimidarla de ningún modo. No quería que Allie le ofreciera su cuerpo porque era lo que debía hacer como su mujer, no, sino que deseaba que lo hiciera porque lo anhelaba tanto como él.

Con disimulo, Cormac McLean se apartó de su esposa, antes de que esta se percatara de la excitación que crecía en su marido, y no se dio cuenta en absoluto de la expresión desilusionada que cruzó el bello rostro de Allie cuando él se alejó.

—Será mejor que vayamos a cenar —dijo él aún tomándola de la mano—. No me gustaría tomar estofado frío en mitad de esta celebración.

Allie asintió y siguió a su marido hasta el lugar donde todos comían y bebían ya, como si fueran una auténtica familia. Las canciones de piratas empezaban a elevarse en el aire, al igual que el sonido de las botellas de ron y los gritos de la tripulación. Esa era una noche especial.

\*\*\*

Por primera vez en su vida, Joanna Taylor probó el ron y tuvo que admitir con sinceridad que no le disgustó. Sabía a libertad, a algo que para ella era prohibido, pero que se había permitido el lujo de decidir si quería beber. Tras pasar horas acompañada de ese grupo de gente con la que jamás habría

imaginado compartir una cena, algunos de ellos comenzaron a retirarse. Era noche cerrada y los días, aunque relajados, nunca estaban exentos de trabajo.

Al cabo de poco tiempo, también Joanna decidió retirarse. Rodrick dormía desde hacía casi una hora, sentado en su silla, con las piernas colgando de esta y su cabecita apoyada sobre la mesa. Joanna había permanecido un buen rato charlando de forma calmada con las mujeres, a quienes había conocido un poco más a fondo. Eleonor, la mujer del doctor Holloway, le había contado que llevaba más de treinta años en la piratería, que su padre había sido carnicero y su madre costurera. Le dijo que llevaba ya la mayor parte de su vida sin verlos, que imaginaba que habían muerto con la desgracia de una hija desaparecida pesándoles aún sobre los hombros. También conoció mejor a Lizzie, una chiquilla de apenas diecisiete años que había escapado de un prostíbulo en la isla de Tortuga, donde la retenían a la fuerza, y había rogado que la dejaran embarcar en el navío que había llevado a Allie, a Marian y a muchas más de las mujeres que se encontraban allí. Lizzie se había casado con Denton, un muchacho negro, grande y fuerte, de pocas palabras, que solía dedicarse a tallar madera cuando se encontraba ocioso. Joanna siempre lo veía tallando figuras en un lugar apartado de la playa y se enternecía cuando, en mitad del trabajo del joven, veía a la joven Lizzie acercarse con un par de frutas maduras, se sentaba junto a él y juntos comían mientras hablaban, reían o simplemente se quedaban en silencio, disfrutando del sonido del mar.

Después de escuchar decenas de historias tristes y alegres, Joanna comenzaba a sentir sueño. El ron no había ayudado, puesto que notaba cómo su cabeza parecía dar vueltas cada vez que hacía un movimiento brusco y hacía rato que reía por tonterías y sus mejillas se encontraban acaloradas. Nunca se había emborrachado, como mucho había bebido algunos sorbos de champán en las fiestas de sociedad, bajo la atenta mirada de su padre. Por eso ese momento era tan importante, tan diferente.

Cuando Allie se retiró a la cabaña que compartía con Cormac y el resto de las mujeres comenzaron a hacer lo mismo hacia sus respectivas cabañas,

Joanna pensó que lo mejor sería acostarse también de una vez.

Se levantó con torpeza de su silla de madera y se vio al borde de una caída, pero una mano firme se posó en su espalda y la equilibró.

—¿Has perdido tus sentidos, señorita Everwood? —preguntó Callum.

Joanna frunció el ceño al alzar la mirada hacia él y sus ojos tardaron un par de segundos en enfocar ese atractivo rostro bronceado de cabellos despeinados. Ese hombre debía de haber hecho un pacto con el mal si, pese a haber bebido más ron del que podía recordar, seguía viéndolo atractivo y masculino con tantísima claridad.

—No los he perdido —respondió ella, estabilizándose por fin—. Solo les he dicho que por esta noche pueden dejarme tranquila...

Callum sonrió y miró hacia el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, entornando los ojos.

—Tienes sentido del humor. No lo habría dicho jamás, puesto que eres tan buena disimulándolo.

Su tono de voz le resultó, cuanto menos ofensivo, y Joanna puso los brazos en jarras en un gesto que estilizó su figura e hizo que la mirada del pirata se perdiera en sus curvas un momento.

—¿Qué quiere? ¿Por qué no me deja tranquila? —preguntó con gesto ofensivo.

Él volvió a reír.

—No te creas el centro de la isla, Janet —la recriminó él, chasqueando la lengua—. He venido por él —señaló a su hijo—, tengo que llevarlo a su cama.

Ella se quedó sin palabras y el sonrojo llegó a sus mejillas poco a poco. Se sintió avergonzada por haberlo acusado tan precipitadamente, pero a la vez se enterneció hasta lo más profundo cuando Callum cargó al pequeño en sus brazos con una suavidad increíble y Rodrick, aún en sueños, abrazó a su padre al reconocer su cercanía.

—No te vayas muy lejos, quiero hablar contigo —le susurró Callum.

Un segundo después se dio la vuelta y caminó a grandes zancadas hacia el

lado opuesto del campamento. Joanna pensó en volver a sentarse, pero no quería marearse de nuevo. Necesitaba que su mente se desembotara, quizás no fuera mala idea tomar un baño a esas horas de la noche... La brisa le acarició el rostro y se dio cuenta, por primera vez, de que se había quedado sola; todos habían abandonado el lugar ya e incluso los platos y cazuelas habían desaparecido. Al parecer, con tanta conversación y celebraciones, el tiempo había pasado volando para ella. Miró a su alrededor; la selva se abría paso en todas direcciones y el sonido de los animales nocturnos comenzó a preocuparla. Se oían las voces apagadas de personas que ya se habían alejado y comenzaban a dormirse, pero aun así Joanna se sintió vulnerable, sola. Escuchaba ruidos que se metían en su cabeza y la impacientaban. Miró a su alrededor: ¿dónde estaba Callum?

El viento cálido la rozó de nuevo casi susurrando y cuando se dio la vuelta encontró algo fascinante reposando tras los árboles. Al principio lo único que fue capaz de percibir fue una luz muy tenue, aunque esta se amplificó a medida que, acercándose, se internó unos metros entre los árboles. De repente, olvidó que tenía miedo, solo podía centrarse en esa noche tan oscura y en el millón de lucecitas que la iluminaban entre los árboles. Joanna adoraba las luciérnagas, siempre se había preguntado de qué modo podían existir seres que, sin necesidad de magia ni fuego, tan solo porque estaba en su naturaleza, podían brillar e iluminar la oscuridad. Era algo tan fascinante que llevaba fijándose en ellas desde pequeña y tener una cantidad tan grande de esos pequeños y bellos insectos frente a ella solo pudo dejarla con la boca abierta. Parecía una fiesta nocturna y silenciosa, nada que ver con salones de baile y apariencias vacías, sino algo tan natural, tan hermoso que quitaba el aliento de la forma más sencilla posible.

—Es impresionante, ¿verdad?

No necesitó girarse para saber que se trataba de Callum, que por fin había vuelto. Joanna no apartó la mirada de esas impresionantes criaturas.

—Siempre he amado las luciérnagas —dijo, y sorprendió a Callum al

comenzar a hablar de ella misma—. Cuando era niña, mi hermano y yo intentábamos capturarlas en tarros para así iluminarnos con ellas en las noches... Solo entonces nos dimos cuenta de que al encerrarlas se entristecían y dejaban de brillar.

Callum sonrió al imaginar la historia. Era algo muy distinto a la realidad: Callum tenía en la mente un par de muchachos humildes corriendo por las noches entre los árboles de un pequeño pueblo. Nada que ver con la verdadera imagen de dos niños adinerados, vestidos con seda y caros broches que adornaban sus ropas, que portaban tarritos de cristal veneciano. Una pequeña Joanna, ataviada con largas faldas y capas interminables de lujosas telas, desobedecía las órdenes de su padre de no salir de la casa por la noche. Lo que ella hacía realmente era seguir a su hermano mayor hasta el jardín, escabulléndose de los guardias que mantenían la seguridad, e internarse entre los arbustos buscando a esos brillantes animalitos para lograr entender cuál era su modo de alumbrar con tanta intensidad.

—Las criaturas de este mundo estamos hechas para ser libres, mantenernos encerrados solo trae malas consecuencias.

Ella sí se giró en ese momento y miró al pirata a los ojos.

—¿Se da cuenta de lo absurdo que suena eso viniendo de su boca, señor Smith?

—¿Nunca vas a dejarte de formalismos y empezar a tratarme de tú?

—Solo le hablo con cercanía a mis amigos, o al menos a la gente a la que aprecio. No veo, pues, razón para hacer lo mismo con usted.

Callum rio entre dientes.

—Eso me sucede por preguntar —murmuró para sí mismo.

—¿Y bien? —preguntó ella, sintiendo la cabeza por fin despejada del alcohol y alegrándose por ello si lo que iba a hacer era mantener una conversación con ese hombre, pues sabía que necesitaba los cinco sentidos para ellos—. ¿De qué quería hablar conmigo?

Él se acercó unos pasos más a ella y se situó a su lado. El rostro de esa

mujer brillaba con luz propia y tenía un encanto que lo hacía fijarse en cada centímetro de su piel. Le recordaba demasiado a esas mujeres inglesas que lo habían despreciado, tanto a él como a su padre... pero aun así tenía encanto; un encanto que lo atraía como una abeja a un panal sin ningún remedio.

—¿Sabes? Esta es la única isla de los alrededores en la que se puede encontrar luciérnagas. Está lo suficientemente alejada del continente como para no ser tan cálida y posee la humedad perfecta para que ellas se sientan a gusto.

—Se siente usted muy orgulloso de *su* isla, ¿no? —dijo ella con cierto sarcasmo.

Él obvió ese tono en su voz y profirió una sonrisa sincera, una sonrisa que se abrió paso en su rostro y le concedió un toque casi infantil a su cara. En esos momentos se pareció más que nunca a Rodrick y para Joanna fue toda una sorpresa comprobar que un pirata tan temido por todos a lo largo del mundo pudiera tener cara de niño cuando sonreía. Era increíble.

—Por supuesto, señorita Everwood —respondió él, señalando con su mano todo el espacio a su alrededor—. Son años y años de luchas, pero por fin he conseguido un lugar sano y salvo para mantener a mi familia y mantenerme yo. Amé esta isla desde el primer momento en el que la vimos; está tan cerca del continente como para que lleguemos en pocos días y tan lejos como para que nadie nos encuentre. Como te acabo de decir, es cálida, es bella, tiene agua dulce y agua salada, frutos, animales y... en definitiva, es mi hogar. No es algo que hayamos construido en una semana.

Joanna se sorprendió al escuchar la pasión en la voz de ese pirata, que hablaba de su isla como si la amara tanto como amaría a una mujer. Se corrigió a sí misma al pensar eso, ese hombre no amaría jamás a ninguna mujer pues era cruel y despiadado.

—¿No le parece que está dándome usted demasiados datos? Quién sabe, quizás conseguiré salir de aquí y traeré a la armada de Port Royal hasta su isla para capturarlo a usted y sus compinches.



La mirada que Callum le dirigió fue del más puro divertimento.

—¿Y crees que sabrías cómo hacerlo, Janet? ¿Qué sabes tú del mar, o de navegar en un barco? O quizás sabes mucho más de lo que yo imagino y por eso me estás amenazando... —Hizo una pausa en la que solo la miró, en silencio, tratando de alterarla, después sonrió—. En el caso de que te dejara libre, y no estoy diciendo aún que eso vaya a suceder, me aseguraría más que mucho de que jamás le confesaras a nadie dónde has estado, con quién o qué has hecho. Si decidiera liberarte, señorita Everwood, sería tras saber a ciencia cierta cada uno de tus pasos futuros, y te seguiría tras devolvarte al continente, te vigilaría durante años, te lo aseguro. No tengo por qué ganarme problemas innecesarios y hay un dicho pirata al que yo me ciño sin ningún tipo de excepción: los hombres muertos no cuentan historias. O, en este caso, las mujeres.

Joanna tragó grueso, pero no bajó la cabeza en ningún momento y se las arregló para mantener una expresión pétrea en el rostro. Seguía sin tener problemas para fingir tranquilidad, pero sí debía reconocer que, últimamente, o al menos desde que había conocido a ese hombre, había perdido la capacidad de aparentar docilidad. Más bien, cada vez que lo veía, quería comportarse como un animal herido con él.

—Esta mañana fue usted mismo quien me dijo que me recompensaría por lo que sucedió con su hijo. No fui yo quien se lo pidió, y desde luego Dios sabe que ni siquiera pensé que podría ofrecérmelo si ayudaba a Rodrick... pero lo dijo, prometió recompensarme y usted sabe cuál es la única cosa que quiero: llegar por fin a Port Royal, poder ver a mi familia y a mi prometido.

La mención de su prometido hizo que Callum apretara la mandíbula una vez más. Se preguntó cómo sería ese hombre, cómo se habían conocido, cómo había conseguido enamorarla... Probablemente era un patán, una marioneta que se dejaba llevar sin discutir por ese carácter de mil demonios que tenía ella. Pero después, su mente imaginó de una forma muy desagradable qué cosas compartirían en la intimidad. Por muy ácida que fuera esa mujer, estaba

convencido de que, desnuda sobre una cama, ella era como cualquier otra persona. La imaginó entre los brazos de ese hombre al que no conseguía poner cara, los pudo ver mientras se besaban, amándose en la oscuridad entre susurros y gemidos apagados. Y eso fue desgarradoramente amargo para él.

—Aún tienes la oportunidad de llegar a Port Royal, eso es cierto, y te prometo que yo mismo te llevaré hasta allí... pero primero tengo que averiguar qué es eso que me ocultas. No soy tonto, sé que no me has dicho toda la verdad y no descansaré hasta conocerla.

Ella suspiró sonoramente, dejando que el aire escapara de sus pulmones y sintiéndose impotente.

—¿Qué demonios quiere que le diga? ¡No le oculto nada! ¿Cómo puedo hacer que me crea de una vez por todas? —preguntó desesperada.

Él estuvo muy cerca de decirle que no creería nada hasta que esos dos hombres que había encontrado tras el naufragio de su barco hablaran porque, aunque no se hubieran visto, los tres parecían tan impenetrables que hacían pensar que esa situación podría alargarse años.

—Si eso es verdad, Janet, si no me has ocultado nada y toda tu historia es cierta, no tienes nada que temer. Volverás con tu familia y tu... prometido. Pronto —le aseguró él y se permitió el lujo de estirar su mano y acariciar suavemente el cabello de la muchacha unos segundos. Después, de inmediato, la caricia se detuvo y sus ojos la miraron con frialdad una vez más—. Si descubro que mientes, prepárate para no abandonar esta isla nunca más. Ahora, vete a dormir, ha sido un día muy largo y mañana tenemos que trabajar de nuevo.

Joanna se mordió la lengua. Quería gritarle, exigirle como hija de uno de los jueces más aclamados de Inglaterra que la dejara ir de una vez por todas. Pero, en su lugar, tan solo asintió con la cabeza, entrecerrando esos ojos oscuros que seguían mirándolo con indiscutible desafío brillando en ellos. La joven se dio la vuelta, abandonando las luciérnagas, y comenzó a caminar en dirección a su cabaña, pero Callum se dirigió una última vez a ella, lo que

hizo que ella se detuviera.

—La verdad siempre sale a la luz, Janet —dijo—. Tarde o temprano.

Ella rio amargamente y alzó la cabeza con orgullo una vez más.

—Y los piratas siempre acaban colgando del cuello de una cuerda. Tarde o temprano.

## CAPÍTULO 7

Marian tenía claro que, mientras esa inglesa permaneciera allí, ni siquiera podría acercarse a Callum. Él estaba de un humor de perros desde que la mujer había llegado y se excusaba de cualquier forma para evitar su compañía. Todos parecían haber perdido un poco el juicio desde que esos tres forasteros habían naufragado en su isla. De quiénes se trataba era un misterio y, aunque los hombres se encontraban ignorantes de que también esa mujer había llegado a sus costas, los tres parecían conspirar para guardar el secreto de su verdadera identidad. Marian sabía que ya habían tenido suficiente; si ni siquiera el capitán había sido capaz de averiguar lo que sucedía, ella misma tendría que encargarse de hacerlo. Cuando se levantó de la cama en mitad de la noche, su pulso se aceleró con anticipación a lo que iba a suceder a continuación. Mataría dos pájaros de un tiro, por fin.

El conjunto de hermosas casitas de madera se encontraba en silencio; todos dormían tras la intensa celebración compartida. La joven se recogió el cabello rubio y largo en una cola de caballo en la nuca, atándolo con un pedacito de tela flexible, y después suspiró mientras se dirigía a la cabaña que Janet ocupaba. Una cabaña para ella sola, siendo apenas una zorra forastera... Le ardió la sangre con solo pensar en eso, mientras recordaba las incontables sonrisas que Callum le había dedicado esa noche. Se retorció un poco más, incluso, cada vez que pensaba en que hacía ya varias semanas que no compartía su cama, aunque curiosamente eso no la había molestado tanto antes, cuando la inglesa todavía no estaba allí. Su mente trabajaba a toda velocidad,

pensando en cada palabra que diría y anticipando las posibles respuestas por parte de Janet. Abrió la puerta de su cabaña con cuidado y se introdujo en ella en silencio. Era pequeña, tan solo amueblada con una cama individual construida en madera y paja, y con una mesita y un taburete de madera a su lado. Marian por fin llegó hasta la cama y observó el rostro de Janet, iluminado tenuemente por el brillo de la luna llena que entraba por la pequeña ventana hecha a mano por ellos mismos, al igual que el resto del pequeño poblado. Le pareció que sus rasgos eran demasiado aniñados, su piel de un blanco que no era saludable, pese a haberse quemado en algunas zonas desde que había llegado allí, y su cuerpo no poseía tantas curvas como el suyo, desde luego. No entendía que todo el mundo la viera tan bella, ¿era acaso por su forma de hablar fina que la hacía parecer la hija bastarda de un marqués con una puta?

La despertó bruscamente, tan solo la zarandeó hasta conseguir sacarla del sueño de barcos y piratas en el que Joanna se encontraba inmersa. Ella no supo qué estaba sucediendo al principio y, cuando sus ojos capturaron el rostro de Marian en la oscuridad, tuvo que parpadear repetidas veces para asegurarse de que eso no se trataba aún de su sueño. Se asustó al mirar a su alrededor y comprobar que se encontraba a solas con ella en esa habitación, especialmente cuando Marian posó su dedo índice sobre sus labios susurrando «shh».

—¿Qué haces aquí? —preguntó Joanna, con los ojos entrecerrados y el corazón aún acelerado.

Marian volvió a indicarle que no hiciera ruido, frunciendo el ceño, molesta.

—¡Silencio! No seas estúpida. ¿Quieres despertar a todo el mundo?

Joanna no entendía qué quería decir con eso, de hecho, apenas estaba comprendiendo la situación.

—He venido a ayudarte, Janet. A sacarte de esta isla.

Pese a lo prometedor de esas palabras, ni siquiera en un primer momento le parecieron confiables. ¿Sacarla de esa isla? ¿Marian?

—¿Por qué? —preguntó Joanna, entornando los ojos—. ¿Por qué razón me ayudarías? Sé perfectamente que no te gusto.

Efectivamente, Marian no negó ese punto, al contrario, alzó la cabeza con orgullo ante la acusación.

—Precisamente por eso, inglesa. —En sus palabras se escuchó con claridad un evidente desprecio—. Quiero que te vayas y nos dejes tranquilos. Esta es nuestra isla y nosotros somos una familia, tú aquí no eres nadie. Una extraña forastera.

Joanna escuchó esas palabras y se sorprendió ante la franqueza de las declaraciones de la mujer. La sinceridad era algo que no abundaba en la sociedad inglesa. Marian pudo ver la duda dibujada en el pálido rostro de la muchacha; cuando Joanna no se preparaba concienzudamente para esconder sus emociones, era como un libro abierto.

—¿Por qué dudas? ¿Acaso no quieres salir de aquí?

—¿Por supuesto que sí! De hecho, es lo único que quiero, pero...

—No te fías de mí. —Marian dijo las palabras que Joanna no quería pronunciar.

La muchacha la miró con toda la franqueza del mundo y su voz se enfrió, consciente de que el ambiente con esa mujer era más que tenso.

—No me fío de nadie que sea capaz de yacer con un pirata.

Para su sorpresa, lo que recibió por parte de Marian fue una intensa carcajada y, un instante después, la mujer rubia se acercó mucho a ella. Algunos mechones rubios de su cabello se escapaban de su cola de caballo y le rozaron el rostro a Joanna.

—No sabes nada —escupió Marian con desprecio—. Si conocieras la cantidad de hombres realmente horribles y nauseabundos con los que he tenido que yacer, pensarías que Callum no es nada menos que un dulce príncipe inglés.

Esas palabras tan sinceras, adornadas con una sonrisa sardónica en el rostro de Marian, la dejaron confundida.

—¿Hablas de tu marido? —preguntó—, he oído que era un mal hombre.

Marian se alejó de golpe, volviendo a reírse.

—No existe ningún marido —confesó—. Nunca lo ha habido. He sido prostituta en Tortuga desde los quince años. —Marian no pasó por alto que Joanna apartó la mirada, incómoda, al escuchar eso—. No creas que era una fulana cualquiera, por supuesto que no. Yo solo trabajaba para hombres poderosos: ingleses, franceses... no por ser ricos dejaban de ser unos bastardos, por supuesto.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque aquí eres un estorbo, Janet. Este no es tu mundo. Puedes intentar engañar a cualquiera, pero te pareces más a cualquiera de esas estúpidas esposas de mis clientes sin sangre en las venas que a la sirvienta de una familia adinerada. —Marian se puso en pie y se dirigió a la puerta de la cabaña—. Te van a descubrir tarde o temprano, y Callum te hará sufrir, hazme caso. Te atará al mástil del barco y te dejará siendo pasto de las aves, o te hará pasar por toda la tripulación y después lanzará tu cuerpo al mar.

Joanna tragó saliva al escucharla y también se levantó de su cama para seguir a la mujer rubia.

—No... él no... —balbuceó—. Él me permitirá regresar a casa.

—Oh, ¡por supuesto que no, estúpida! —gruñó Marian. Después se giró hacia ella con los ojos desmesuradamente abiertos—. Te estoy ofreciendo tu única oportunidad de salir de aquí. La única que tendrás.

Joanna pensó en sus palabras. Ella quería irse de allí, sí... se sentía en peligro, o al menos esa era la lógica que debía tener; por mucho que una parte de su mente creyera que quizás Callum la protegería en caso de que se encontrara en peligro, era necesario plantearse qué sucedería si el peligro fuera Callum. Una nueva preocupación la asoló. ¿Cómo habría de escaparse ella sola? ¿Nadando? Por supuesto, no iba a robar ese barco pirata del que todos hablaban y que ella solo había visto en la lejanía de la playa, esa idea no tenía ningún sentido.

—¿Cómo me ayudarás a salir de aquí?

—Te daré un bote, Janet. Y contarás con ventaja, todos se han emborrachado hoy, no hay nadie haciendo guardia esta noche. Créeme, no vas a encontrar una oportunidad como esta en mucho tiempo.

—Yo no... no puedo llevar un bote sola —dijo Joanna, casi pensando en voz alta.

—Niña, tengo la sensación de que, en realidad, no quieres irte —se carcajeó Marian—. Pero no te preocupes, para esto tengo algo que te va a gustar, créeme...

Joanna alzó las cejas.

—¿Algo que va a gustarme? —preguntó, dubitativa.

Marian abrió la pequeña puerta de la cabaña y, saliendo de allí en silencio, se giró una última vez para mirar a Joanna.

—Tú sígueme y verás.

Joanna se quedó parada, dudando. ¿Debería hacerle caso a esa mujer en la que no confiaba? Se dio cuenta en ese momento de que no tenía muchas más opciones, pues ella no podría salir de allí por sí sola y esperar a que Callum comprobara que ella era quien decía ser era la opción más peligrosa, puesto que algo le decía que él no tardaría mucho en averiguar toda la verdad. De repente, la opción estaba más que clara: debía arriesgarse.

Antes de comprender lo que hacía, se encontró a sí misma siguiendo a la melena rubia de esa mujer a la que cada instante detestaba un poco más.

\*\*\*

No pudo creerlo cuando lo vio.

Joanna Taylor ahogó un grito cuando, tras varios minutos siguiendo a Marian por los frondosos árboles de la selva caribeña, finalmente llegaron a ese lugar al que la mujer la estaba conduciendo. Durante ese trayecto incluso había llegado a creer que Marian planeaba llevársela por esa intensa oscuridad y



acabar con ella sin testigos que la vieran. Cada vez que Joanna le preguntaba por el lugar al que la conducía, Marian tan solo respondía frases como: «Ya casi hemos llegado» o «Ahora lo verás, inglesa impaciente». Pero, desde luego, ninguna de las expectativas que Joanna tenía eran las de encontrarse... eso.

Dos hombres atados a un árbol de tronco muy grueso dormían de una forma que parecía de lo más incómoda. Ambos se movían de vez en cuando, buscando una postura que pudiera resultarles algo más llevadera, aunque aun así ninguno de los dos abrió los ojos ni se despertó al oírlos llegar. Joanna se llevó las manos a la boca al percatarse de que los prisioneros eran hombres conocidos, que eran tripulantes del Reina Mary Jane.

—¡Dios mío...! —exclamó de golpe, sin poder creerlo aún.

Ni siquiera se percató de que acababa de saltar hacia ellos hasta que no se encontró a sí misma zarandeando al más joven con manos temblorosas. Cuando él abrió los ojos, Joanna vio de nuevo y sin ninguna duda al joven Brendan, un aprendiz de la Marina Real británica. Su mente viajó automáticamente a la noche del naufragio, semanas antes, y recordó que había sido ese muchacho la última persona con la que ella había hablado antes de que todo se acabara.

—Dios mío... —volvió a repetir ella en el momento en el que también el otro hombre abrió los ojos y se quedó mirándola como quien acabara de ver un fantasma.

—Lady Taylor... está, está... ¡viva! —exclamó.

Joanna tardó apenas unos segundos en reaccionar y llevarse el dedo índice a los labios, pidiéndole que guardara silencio antes de que Marian pudiera escucharlo... pero esto ya había sucedido. Los ojos de la mujer se abrieron mucho al escuchar el título «lady» con el que se habían referido a ella, aun así, no dio síntomas de reconocer su famoso apellido.

—¿Están heridos? —preguntó ella con prontitud—. ¿Los han dañado de algún modo?

El otro hombre trató de incorporarse para también hablar con ella y Joanna reconoció de inmediato al rollizo cocinero del barco, al que ella solía ver que se asomaba a la cubierta del Reina Mary Jane en busca de un respiro. Se asombró al ver el horrible estado en que ambos se encontraban: sucios y considerablemente quemados por el sol.

—Oh, ¡señorita! —se lamentó el cocinero, el señor Jonathan—. Son piratas, ¿sabe? Hemos dado con una isla de piratas, ni siquiera ha sido necesario que nos aborden... nosotros mismos llegamos a su propia guarida.

El hombre dejó escapar algunas lágrimas entre hipidos y Joanna no pudo más que acercarse a él y posar su mano en su grueso brazo.

—No se preocupe, todo saldrá bien, vamos a escapar de aquí...

A su espalda, Marian chasqueó la lengua antes de acercarse con prontitud.

—Créeme que no lo haréis si no acabáis de una vez con este estúpido lloriqueo. Pueden despertarse en cualquier momento, debéis daros prisa.

Joanna le dirigió una mirada dura, pues el pobre hombre que aún sollozaba lastimeramente se sobresaltó ante el fuerte tono de voz de la mujer rubia. Con rapidez, la joven se levantó y comenzó a deshacer las ataduras de los dos ingleses, comprendiendo que ni siquiera los nudos era algo que los piratas hicieran a la ligera. Después se quedó mirando a Marian, que permanecía quieta frente a ellos, con los brazos cruzados.

—¿No querías rapidez? Ayúdame a liberarlos, Marian.

La mujer chasqueó la lengua, aunque finalmente avanzó con evidente fastidio reflejado en sus ojos.

—De verdad que me alegrará perderte de vista, niña —musitó.

Marian se colocó tras Brendan y no tardó mucho en liberar las ataduras de una de sus manos. El chico la seguía con la mirada, pero no de un modo halagador ni mucho menos. Más bien, parecía estudiarla con evidente desconfianza.

Cuando ambos hombres estuvieron libres, Joanna los ayudó a levantarse, contemplando la torpeza con la que ellos conseguían mover sus piernas

después de tanto tiempo atrapados.

—Debéis correr —comenzó Marian—, la isla es alargada y ahora mismo estamos en el medio de la cara sur, deberéis llegar hasta el extremo este, donde está amarrado Liberté, el barco del capitán. Una vez allí, situados justo enfrente del barco, a apenas a una milla hacia el interior de la isla, encontraréis dos botes de madera. Podéis escapar en uno de ellos, navegar hacia el noreste os llevará a alguna de las islas más grandes donde podréis conseguir una embarcación que os lleve hasta... donde queráis, ya que eso es algo que no me interesa.

—¿Cómo sabemos que dice la verdad? —preguntó Brendan, entornando los ojos y frotándose las muñecas adoloridas por las ataduras—. Que no nos está engañando...

—No lo sabemos —musitó Joanna, tras unos segundos de duda.

Marian se encogió de hombros y sus ojos azules parecieron más severos aún.

—Tenéis solo dos opciones: o corréis, u os quedáis aquí esperando a que alguien de la tripulación se despierte y os encuentre. —En sus labios se dibujó una sonrisa de suficiencia—. Yo lo vería muy claro.

—Vámonos —dijo finalmente Joanna, mordiéndose la lengua y centrada en pensar en lo que vendría después, en su huida. Si todo salía bien, podría volver a casa, reunirse con su familia y con Daniel, su prometido.

—¿Cómo podremos guiarnos una vez que estemos en el bote?

Marian rebuscó algo entre sus capas de ropa y al cabo de unos largos instantes le lanzó al chico una pequeña y desgastada brújula. La había robado hacía un buen tiempo a un marinero con el que se había acostado, por lo que no tenía demasiado valor para ella y, además, era consciente de que no les serviría de mucho una vez que se encontraran en mar abierto, pues apenas sabían dónde estaban.

—Para que no volváis a dudar de mis buenas intenciones —dijo sardónicamente.

Joanna suspiró y se dirigió con rapidez hacia la dirección que Marian les

había indicado, aun así, la voz de la mujer la detuvo una vez más.

—¿No va usted a darme las gracias, *milady*? —preguntó.

Joanna se giró y no disimuló ni un ápice su rechazo al hablar con ella una última vez, sintiendo un intenso escalofrío al evidenciarse que había quedado desenmascarada, pero que al menos no tendría que permanecer allí más tiempo.

—Te lo agradeceré si consigo volver a casa. Lo haré, te doy mi palabra.

—Me es suficiente con que me garantices que no volverás nunca más a esta isla. Este no es tu mundo.

Joanna no respondió, sino que endureció el rostro y tan solo siguió caminando con rapidez, alejándose de Marian; sus pies comenzaron a correr sin que ella se diera cuenta. Tenía un mal presentimiento, como si alguien la persiguiera, como si a cada paso que ella daba, una persona estuviera tras ella, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre su cuerpo... Tras varios minutos corriendo, su corazón amenazaba con salirse del pecho, pero aun así ella no se detuvo ni un solo segundo, tan solo siguió corriendo hasta que la mala sensación comenzó a esfumarse, hasta que una pequeña voz en su mente comenzó a hacerse oír, a decirle que lo conseguiría y que podría salir de esa isla esa misma noche. Tan solo pudo pensar que maldecía no estar allí para ver la reacción de Callum cuando descubriera que había huido, y con los dos tripulantes cautivos del Reina Mary Jane, para más inri. Habría pagado por estar presente allí, por ver la furia reflejarse en los ojos azules, mientras la rabia lo poseía.

Joanna siguió corriendo, sin lograr sacar ese rostro de lo más hondo de su mente.

\*\*\*

Una sonrisa se extendió por el bello rostro de Marian cuando contempló que las tres personas se alejaban corriendo. El hombre gordo era el más lento y el

joven no tardó en tener que detenerse cada pocos segundos para ayudarlo a avanzar o incluso levantarlo de la blanca arena cada vez que caía. Casi le dio pena que fueran a morir. Casi, porque en ese momento Marian observó la figura de la inglesa empequeñecerse en la lejanía y eso le provocó placer.

Oteó el horizonte nocturno y pudo percibir relámpagos que parecían partir la noche, aún lejanos, pero no tardarían mucho en llegar... y, para entonces, ya sería demasiado tarde para los fugitivos. No sobrevivirían a la tormenta navegando en un pequeño bote y, en caso de que lo hicieran... no llegarían a ninguna parte siguiendo las instrucciones marítimas que ella les había dado. ¡Ni siquiera ella tenía la más mínima idea de dónde se encontraba en ese momento! Tan solo sabía que no estaba muy lejos de Tortuga, apenas un par de días de navegación, pero ella jamás había entendido una sola palabra sobre barcos, toda su vida había transcurrido en la calle y en la pescadería de su madre. Después, a los quince años, había decidido que esa no sería la vida que llevaría y, habiéndose convertido en una belleza exótica de cabellos dorados, tomó la decisión de encandilar a algún estúpido ricachón que la sacara de la calle. Pasaron muchos por su cuerpo y por su vida, uno de ellos incluso osó tratar de desfigurarla cuando ella quiso deshacerse de él tras encontrar otro hombre más rico. Había tratado de afeárselo cortándolo, pero por suerte no lo había conseguido y ella había permanecido hermosa para conocer al hombre que realmente tenía el poder que ella buscaba: Callum Smith. Con Callum ella no vivía en un palacio como si fuera una princesa, pero era poderoso, tenía riquezas y una isla propia donde sus obligaciones eran nimias. No era uno de esos capitanes con una flota de cien naves, pero eso no era necesario para alguien como él. Era un hombre respetado y atractivo a rabiar, de naturaleza indomable y con una pasión infinita. Pescar a alguien como Callum Smith había sido una suerte y se había visto peligrar con la llegada de esa mujer... El solo pensamiento de que él pudiera haber preferido a esa zorra la volvía loca.

Conocía a Callum, sabía que él tenía un buen corazón y que este latía con

fuerza al ver a la muchacha, la miraba como si cada vez fuera la primera y en sus ojos se reflejaba que la deseaba más de lo que se admitía a sí mismo. Ese día, cuando ella había salvado al pequeño Rodrick del ataque de la serpiente, Marian la había percibido por primera vez como una verdadera contrincante y sabía demasiado bien que Callum la habría aceptado con pasmosa rapidez en su vida y en su cama, que habría pasado por alto el hecho obvio de que no era quien decía ser, de que se trataba de una impostora.

Cuando las tres figuras se perdieron, Marian giró sobre sus pies para volver al campamento en silencio, pero tan pronto lo hizo, chocó con fuerza con otro cuerpo que se acercaba a ella en ese preciso instante. Inmediatamente reconoció a un somnoliento Cormac McLean, que se frotaba los ojos, aún medio dormido.

—¿Qué haces aquí, Marian?

Se le heló la sangre al tiempo que dio un imperceptible paso hacia atrás, la presencia de quien era la mano derecha de Callum allí no era algo con lo que ella había contado. Su voz no había sido amenazadora, pero el hombre se encontraba confundido. Trató de pensar rápido, al tiempo que actuaba con toda la normalidad de la que era capaz. Se alegraba de que, al menos, fuera ya imposible percibir a los fugitivos, que se habían perdido en la distancia.

—No podía dormir —alegó—. Los mosquitos son una maldición.

El hombre pareció satisfecho con esa explicación, puesto que tan solo asintió con la cabeza e hizo ademán de seguir caminando hacia el interior de la salvaje jungla.

—A... ¿A dónde vas? —preguntó Marian de forma demasiado abrupta.

—A comprobar que los cautivos están atados... y vivos —respondió Cormac y su mirada cambió repentinamente, como si se despertara. Sus ojos se entornaron de manera inquisitiva—. ¿Sucede algo?

Marian maldijo. Si hubiera sido cualquier otro hombre de la tripulación, cualquiera, podría haberlo seducido en ese mismo momento, y habría hecho que se olvidara de los dichosos prisioneros, pero entre todos ellos había

tenido que dar con Cormac McLean, el marido ejemplar, el «romántico y perdidamente enamorado de su esposa» teniente del Liberté. Un intenso pánico comenzó a subir por su columna vertebral y decidió recurrir a las desesperadas últimas opciones.

—Lo acabo de comprobar yo misma, vengo de allí —dijo, aunque con evidente nerviosismo en su voz—. Duermen como troncos, te lo aseguro.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Cormac con desconfianza, puesto que esa situación le parecía de lo más extraña.

Marian asintió con la cabeza, con un nudo clavado en la garganta, y este se deshizo por fin cuando Cormac volvió a frotarse los ojos con aire somnoliento, dándose la vuelta de nuevo hacia el lugar donde se encontraban las pequeñas cabañas donde habitaba la tripulación, su campamento pirata.

—Será mejor que continúe durmiendo, entonces —dijo—. Me temo que ni siquiera estoy despierto del todo ahora mismo.

Una enorme sonrisa se extendió por el rostro de Marian.

—Yo haré lo mismo —murmuró, comenzando a caminar junto a él—. Rezo para que los mosquitos se hayan rendido también de una vez. Deseo ser capaz de descansar.

Cormac no habló durante el camino de vuelta, sino que el ambiente pasó esos pocos minutos tan solo lleno de la banal conversación de Marian, que elogiaba la cena que habían tenido ese día y la heroica intervención de la cautiva inglesa al conseguir salvar al hijo de Callum. Cormac no la escuchó, más preocupado en fingir que sus ojos se cerraban incluso caminando y asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Al llegar al campamento, Marian se despidió de Cormac y entró en la pequeña cabaña que se veía obligada a compartir con una mujer anciana, la madre de uno de los esclavos africanos que habían decidido convertirse a la piratería. La mujer le había asegurado al capitán Smith que, si la dejaba quedarse velando por las jovencitas, se aseguraría de instrirlas y guiarlas a la hora de ser mujeres capaces de encargarse tanto de esa isla como de la tripulación de piratas. Pese a sus

nobles intenciones, Marian tan solo pensaba que esa vieja se creía útil siendo, en realidad, un estorbo, pero el resto de las chicas, algunas verdaderamente jóvenes, apreciaban infinitamente la presencia de la Abuela.

Cormac esperó un par de minutos antes de hacer caso a su sexto sentido y correr hacia la cabaña de Callum. Llamó a la pequeña puerta de madera con insistencia, solo hasta recordar que Callum se había cambiado de cabaña al llegar Janet, y le había dejado a ella su anterior casita. Aún estaba algo dormido y se reprendió por no haber recordado algo así, pero su cuerpo se quedó helado unos instantes después, cuando comprendió que entonces la puerta que él tocaba con tanta insistencia y sin recibir ninguna respuesta era la de la inglesa. La abrió violentamente, tan solo para encontrarse lo que ya había esperado desde hacía varios segundos: el camastro estaba vacío y allí no había absolutamente nadie.

Inmediatamente corrió a llamar a Callum, esta vez ya sin ninguna duda de que estaba despierto.



## CAPÍTULO 8

Joanna agitó la brújula, dándose por vencida al no saber interpretarla. A su lado, Brendan y Jonathan remaban con fuerza con las pesadas paletas de madera, aunque con poca pericia, pues Brendan tenía mucha más fuerza que Jonathan y más de una vez el pequeño bote de madera comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Joanna maldijo en voz alta, mirando hacia la isla de la que apenas se habían alejado. La luna era enorme e iluminaba sus rostros sudorosos y preocupados. Había sido tan difícil llegar hasta el temible barco pirata y también lo había sido encontrar el bote que Marian les había indicado, así como cargarlo en brazos entre los tres hasta llegar al agua.

—Deberíamos habernos hecho con un candil —murmuró Brendan, sofocado mientras remaba—. Nos haría falta cuando llegemos a mar abierto...

—Me temo que muchas cosas nos harán falta además de un candil —dijo Joanna amargamente, tendiéndole la brújula a Brendan.

El señor Jonathan dejó de remar soltando un gemido cansado y Joanna supo que el hombre había llegado a su límite. Tanto él como Brendan estaban muy débiles después de tantos días atados en la isla, recibiendo muy poco alimento. Al observar al hombre casi desplomado, Joanna quiso estrangular a Callum Smith con sus propias manos. Con cuidado, se puso en pie en el bote y avanzó torpemente hasta llegar al lugar en el que el pobre Jonathan se encontraba extenuado.

—Déjeme —le pidió—, descanse, yo remaré.

—No, no, señorita. —La voz de Jonathan sonó ahogada mientras trataba de

reincorporarse, pero se encontró con la expresión firme de Joanna.

—No sea absurdo, usted necesita reposo, no puede más.

Joanna se sentó en el hueco que el cocinero dejó, moviéndose con lentitud, y, agarrando el remo, lo movió con una destreza bastante cuestionable, pero aun así con una fuerza asombrosa. Estaba convencida de lograr su objetivo, salir de allí.

Se movió rápidamente durante varios minutos y por fin consiguieron avanzar. A medida que se alejaban poco a poco de la costa, se fueron acercando poco a poco a un enorme galeón que flotaba solitario y oscuro, tan solo tenuemente iluminado por la luna. Era un barco increíble, desde luego, propiedad de alguien como Callum Smith. Así que ese era el Liberté del que tanto se hablaba incluso en Inglaterra, una nave hecha por el saqueo y para ello. Tan imponente y reconocible que no podía acercarse a ninguna costa sin ser inmediatamente relacionada con Smith. A pesar de la oscuridad, Joanna se encontró casi cautivada por su oscura belleza: había sido construido en madera oscura y brillante, y en la proa se desdibujaba contra el cielo la inconfundible figura de una mujer de largos cabellos y rostro orgulloso.

Observar ese barco de repente le provocó un temor inesperado, y Joanna remó aún más fuerte en dirección contraria a la nave, tratando de no pasar por su lado. Casi podía escuchar el crujido de la madera que el Liberté emitía contra el agua, cómo las olas lo acariciaban como si él mismo fuera parte del mar.

Brendan le lanzó una mirada sorprendida y para nada disimulada cuando la sintió incrementar sus esfuerzos y ella alzó sus ojos oscuros para clavarlos en los de él.

—¿Sucede algo? —preguntó—. ¿Le resulta extraño ver a una mujer fuerte?

Él quiso responderle que no, que había sabido que era capaz de muchas cosas desde el primer momento en el que la había visto y que lo había confirmado la noche del naufragio, cuando ella le había pedido precisamente a él que buscara algo para que ella pudiera hacer y que sirviera de ayuda ante la

inminente catástrofe.

—No, en absoluto, lady Taylor. Más bien me sorprende que usted haya querido...

—Que haya querido remar, ¿verdad? —murmuró ella con evidente sorna y se dio cuenta de que los días que llevaba en esa isla la habían cambiado de algún modo: ahora ella era mucho más impulsiva y directa a la hora de hablar, ya no tenía que morderse la lengua y aparentar ser indefensa—. Las mujeres podemos hacer tantas cosas como cualquier hombre, incluso las mujeres nobles como yo.

Brendan sintió cómo una sonrisa nerviosa se extendía por su rostro al contemplar el porte orgulloso y esa barbilla alzándose. Era una mujer formidable, lejos de su alcance, desde luego, pero absolutamente fascinante. Se dirigió a responder unos segundos después, pese a haber quedado sin palabras ante su respuesta, pero antes de ser capaz de formular una oración con sentido, sus ojos se dirigieron hacia la isla al escuchar unos gritos.

—¡Ahí están! —exclamó alguien y un grupo de voces masculinas lo corearon de inmediato.

Brendan y Joanna se miraron, ambos paralizados. Fue Joanna la primera en reaccionar, agarrando con aún más fuerza el remo y abriendo mucho los ojos.

—Reme, Brendan, ¡por su vida!

En ese momento comenzaron unos minutos realmente duros para ambos. Jonathan se había desmayado sobre el bote unos minutos antes. Lo intentaron por todos los medios, remar con toda su fuerza y Joanna comenzó a rezar en voz baja cuando sus ojos observaron dos candiles alumbrando sendos botes que se acercaban a ellos sin prisa pero sin pausa. Poco a poco, los piratas acortaban terreno.

Joanna remó con más fuerza aún.

—Van a matarnos si nos atrapan, lo harán, estoy segura.

Brendan respondió incrementando sus esfuerzos también, pero la mala alimentación, las quemaduras por el sol y el cansancio habían dejado una

huella visible en el delgaducho muchacho.

Las voces se escuchaban cada vez más cerca y Joanna se prometió a sí misma que no la capturarían de nuevo, que se tiraría del bote y moriría ahogada antes de dejarse atrapar. Pero esto no sucedió, pues antes de que apenas pudiera darse cuenta, los gritos y crueles risas llegaron hasta su posición y su piel se erizó hasta el límite en el momento en el que el ruido de choque llegó a sus oídos, seguido después por un fuerte impulso hacia delante que hizo que se golpeará contra su propio remo. El bote se desestabilizó un instante al tiempo que el sonido de un zapato llegó hasta Joanna. Después, fue ella misma quien pudo ver un par de botas de cuero desgastadas abordando su pequeño bote. No quería mirar hacia arriba, de hecho, se juró no hacerlo y clavó sus ojos en esas botas y los pantalones que la acompañaban. Quiso usar el remo, golpear a ese hombre con él, pero sabía de quién se trataba; saldría perdiendo.

Una mano se acercó a ella y, pese a creer que la agarraría con violencia, los largos dedos tan solo se posaron en su rostro y lo acariciaron con una suavidad sorprendente. Esa mano llegó hasta la barbilla de la joven y, con la misma delicadeza, la alzó contra su voluntad hasta que sus ojos oscuros y almendrados se posaron en unos azules como el mar embravecido. Callum Smith no poseía ninguna expresión hasta ese momento, en el que compuso una aterradora sonrisa torcida. Su voz profunda le llegó hasta el alma, se dio cuenta de que todos a su alrededor se habían quedado mortalmente callados y esperaban a saber cuáles serían las palabras de su capitán.

—¿Ibas a algún sitio, señorita?

\*\*\*

Definitivamente, ver a Callum Smith enfadado era algo que no todo el mundo podía soportar sin ponerse a temblar por el pavor. En sus ojos brillaba una ira intensa que hizo comprender al instante a Joanna el porqué de su terrorífica

fama: ese hombre podía ser muy peligroso si se lo proponía.

Cuando llegaron a tierra firme, desembarcaron en la playa justo frente a donde se encontraba el campamento, escondido un par de kilómetros en la espesura de la jungla. Comenzaba a amanecer y el cielo ya lanzaba destellos violetas y azulados en la línea del horizonte dibujada en el mar, sobre varias nubes negras con aspecto aterrador.

Callum bajó a Joanna del bote violentamente, agarrándola todo el tiempo del antebrazo con firmeza. La playa se había llenado por toda la tripulación y las mujeres, que contemplaban anonadados lo que estaba sucediendo.

—¡Volved a atar a los dos prisioneros! —rugió Callum con un tono que no dejaba duda de quién era el jefe allí—. Mañana a primera hora los colgaremos de una palmera y dejaremos sus cuerpos ahí como recuerdo.

—¡No! —gimió Joanna, intentando soltarse del agarre de Callum, infructuosamente. Se giró hacia donde la tripulación ya comenzaba a hacerse de nuevo con Jonathan, aún desmayado, y con Brendan, que se resistía con las pocas fuerzas que le quedaban aún—. ¡Brendan, Brendan! —comenzó a gritar.

—¡Cállate! —gruñó Callum—. Porque te juro que estás a apenas un grito más de terminar como ellos.

Joanna lo miró con fijeza, quedándose quieta. Acto seguido susurró unas palabras, asegurándose de no gritarlas, pero de que él las oyera.

—Es usted un maldito...

Callum se rio de buena gana y siguió avanzando por la arena sin soltarla en ningún momento. Joanna no sabía a dónde la llevaba ni qué pensaba hacer con ella, pero a ella le importaba más saber que no habían conseguido escaparse y que, por su culpa, tanto Brendan como Jonathan serían ejecutados al día siguiente.

Perdida entre las caras del público que los contemplaba se encontraba un rostro hermoso, cruzado por una tenue cicatriz y enmarcado por una espesa melena rubia. Marian sonreía sardónicamente al comprobar el trato que Callum le estaba dirigiendo a esa inglesa. Estaba segura de que le daría una

paliza de muerte o la lanzaría a los tiburones, sí. Pero cuando la mirada de Callum se cruzó con la suya, su expresión cambió y un frío intenso atravesó toda su columna vertebral como un cuchillo. El capitán no tardó mucho en hablar.

—Coged a Marian también, no aceptamos traidores entre nosotros.

Marian miró a su alrededor y comprobó que todos los piratas se habían girado hacia ella y comenzaban a acercarse peligrosamente caminando en su dirección. Ella dio unos pasos hacia atrás, pero uno de los piratas se le adelantó y la agarró con fuerza por la espalda.

—¡No, no! —gritó ella, pataleando contra el aire—. Yo no he hecho nada.

—Por supuesto que sí lo has hecho —participó Cormac con rostro sombrío—, y no sé con qué fin, pero los prisioneros han estado muy cerca de escapar de aquí... ¡Y ni siquiera habrían llegado vivos a ninguna otra isla! Hasta un tonto habría podido ver la tormenta que está a punto de desencadenarse...

Joanna siguió con los ojos el lugar hacia el que Cormac estaba señalando y por primera vez fue consciente de que el mar parecía muy revuelto en la lejanía, un detalle del que no se había percatado antes bajo la euforia de lograr escapar de allí. Se veían pequeños rayos estallando contra el agua y destacando sobre el negro panel del cielo. Miró a Marian con odio contenido, esa mujer había intentado matarla, esa era la única razón por la que la había ayudado.

—Atadla junto a esos dos —ordenó Callum sin ablandarse un ápice con los gritos de la mujer—. Mañana decidiré qué haremos con ella.

—¡No, Callum! ¡Por favor! —volvió a gritar Marian, tratando de zafarse del agarre de los piratas—. Lo hice por nuestro bien, ¡lo juro! —Su mirada se clavó en Joanna, expresando un profundo resentimiento hacia ella—. Es una impostora, ¡los escuché hablando!

Callum se quedó parado ante estas declaraciones y Marian pudo ver una luz de esperanza en ese gesto, por lo que siguió confesando lo que había oído.

—No es quien dice ser, no es ninguna criada ni se apellida como dice... ¡Es

una dama! Los escuché llamarla *lady* y ella misma se comportaba como una emperifollada zorra inglesa de noble cuna.

Joanna contempló cómo su historia se desmoronaba a cada nueva palabra y quiso impedirlo a toda costa.

—¡Eso es falso! —clamó—. Ella no estaba presente en ninguna conversación, ¡lo está inventando todo!

Una carcajada cruel e insana surgió de los labios de Marian.

—Por supuesto que no. La llamaron *lady*, podría dar mi vida por asegurarlo. Os ha mentado todo el tiempo, esta mujer no es más que una gran montaña de falsedades.

—¡Ya basta! —exclamó Callum, harto de esa conversación que no llevaba a ninguna parte—. He escuchado suficiente y no he cambiado de opinión. ¡Atad a Marian junto a los otros dos! Y tú... —Miró a Joanna con los ojos echando chispas—. Más te vale decirme la verdad a partir de ahora si no quieres que las cosas empeoren aún *más* para ti. ¿Entendido?

Joanna no contestó, sino que tan solo se dejó arrastrar todo el camino hasta llegar a la cabaña en la que ella se había alojado esos últimos días; la cabaña que, según había escuchado, antes era la del propio Callum. Eso explicaba que la cama fuera más grande que en la anterior casita, así como la existencia de una pequeña estantería con algunos libros y mil aparatos de navegación de aspecto frágil y curioso.

Cuando llegaron al lugar, Callum abrió la puerta y la empujó dentro violentamente, para entrar después de ella y cerrar la cabaña con un fuerte estruendo. Estaban solos, solos de nuevo.

—Es usted el hombre más rudo y menos caballeroso con el que me he topado en mis veinte años de vida.

Callum casi sintió la tentación de reírse. ¿Era posible que esa mujer fuera tan inconsciente como para insultarlo después de haber intentado escaparse de su isla apenas unos minutos antes? Parecía no llegar a comprender quién era él y el peligro que corría retándolo de ese modo.

—Te agradezco el cumplido... Janet *la sirvienta*. Aunque ese no sea tu nombre.

—¡Desde luego que lo es! —insistió ella.

—¿No sería mejor para ti comenzar a ser sincera por primera vez desde que has llegado aquí? Esto no va a acabar bien, te lo advierto.

Joanna alzó los ojos y los clavó en los de Callum de una manera muy profunda. Por primera vez, su expresión fue brutalmente verdadera y esto provocó en Callum que su pulso se acelerara de un momento a otro mientras esa mujer con rostro de muñeca de porcelana establecía un contacto demasiado íntimo entre los dos. Aun así, Callum no se vio con fuerzas de apartar la vista, de romper eso que los unía.

—Necesito irme, quiero volver con mi familia, quiero volver a mi vida... —gimió ella y un sollozo estuvo a punto de abandonar sus labios.

Callum suspiró audiblemente, relajándose un poco ante la fragilidad expresada en las palabras de Joanna.

—¿Por qué no me deja hacerlo? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no las derramó, tan solo sentía un profundo dolor en el pecho al sentirse tan vulnerable frente a ese hombre con el que especialmente quería aparentar una fuerza que no tenía, que nunca había tenido—. ¿Por qué... me retiene aquí? ¿Por qué usted se cree con el derecho de controlar nuestras vidas?

Callum se decidió a ser sincero también, a dejar a un lado sus pretensiones de dureza y crueldad, y también la miró a los ojos, la miró tan verdaderamente como era capaz.

—Porque soy un pirata y tú has aparecido en mi isla, Janet. No fui yo quien te raptó ni tampoco atacé el barco en el que ibas... yo desperté una mañana y estabas aquí, medio muerta. Y quise que vivieras.

—No hable como si le debiera algo. No vivo mi vida ahora —murmuró, aunque era consciente de que en sus años anteriores tampoco lo había hecho como ella quería ni una sola vez—. Vivo la realidad que usted me impone. ¿Y qué sucedió con Brendan y el señor Jonathan? —preguntó—. ¿Por qué no les



dio a ellos la oportunidad de ayudar en la isla al igual que a mí, de no vivir como animales atados a un árbol?

Callum quiso responder con algo simple. «Porque ellos son hombres», o «Porque ellos no son tú». Pero entonces se percató de lo ridículo que era eso. De los tres cautivos que tenía en la isla en ese momento, la única peligrosa era esa mujer. Estaba convencido de que los otros dos ni siquiera habían podido tomar alguna decisión en el hecho de salir de allí, de escapar. Sabía que ella los había arrastrado a hacerlo.

—¿Cómo lo conseguisteis? —preguntó, cambiando de tema—. ¿Cómo sabíais dónde encontrar los botes? Están escondidos a conciencia.

Quizás si las cosas hubieran sido distintas, Joanna incluso se habría planteado encubrir a Marian en agradecimiento, incluso a pesar de su aversión por ella, pero después de saber que todo había sido en realidad una estratagema para acabar con ella, ya no le importaba esa mujer.

—Marian me lo dijo. Quería sacarme de la isla cuanto antes, dijo que este no es mi mundo... y tenía razón.

El pirata chasqueó la lengua.

—Este no es el mundo de nadie, Janet, pero aquí tenemos libertad. No debemos seguir las estúpidas leyes sociales que hacen a la gente infeliz e insegura ahí afuera.

—Pero, en cuanto queremos volver a esas «estúpidas leyes», usted se cree que tiene el derecho de colgarnos de una palmera hasta la muerte. Es un hombre con doble moral. Defiende la libertad bajo su propia dictadura.

Sus palabras y su modo de hablar evidenciaban más que nunca que se trataba de una noble inglesa, que todo había sido mentira y que estaba frente a una de esas mujeres que tanto le habían hecho sufrir crueles desprecios cuando él era niño y adolescente.

—Lamento que lo veas así, pero incluso la libertad necesita normas y en este lugar soy yo quien las pone —declaró Callum con firmeza, apretando la mandíbula—. Voy a descubrir quién eres y después decidiré qué hacer contigo.

Hasta entonces, seguirás como hasta ahora: trabajarás para ganar tu comida y no provocarás ningún problema. ¿Entendido? Hoy has hecho un pago y tú misma te has librado de tu propio fin; la vida de mi hijo por la tuya, en agradecimiento por salvarlo esta mañana.

Él se dio la vuelta para abandonar la sala, pero Joanna reaccionó rápidamente y le habló a su espalda.

—Prometo no intentarlo de nuevo, juro por mi familia que jamás causaré ningún otro problema... pero, por favor, no mate a Brendan y al señor Jonathan. Todo ha sido culpa mía, ellos han sufrido bastante y su único error ha sido obedecerme... Por favor.

Callum ni siquiera se dio la vuelta, pero dejó sus hombros caer en un suspiro mientras abría la puerta de nuevo para salir de allí. La conversación que habían tenido lo había calado hondo; ella tenía razón al afirmar que no era justo que él llevara el control sobre las vidas de otras personas, a pesar de que su tripulación lo había bautizado como el capitán desde hacía años, ya que ninguno de los dos cautivos en ningún momento había firmado por su liderazgo.

—Tienes mi palabra —dijo, comprendiendo que había vuelto a ceder frente a ella.

Después, la puerta se cerró y la cabaña volvió a quedar iluminada por la tenue luz del amanecer que acababa de llegar.

Esa misma noche, Callum ordenó a sus hombres coger un pequeño barco que utilizaban especialmente para conseguir información sobre el exterior sin ser reconocidos. El Zunzún no era ni la mitad de grande que el Liberté, que era un magnífico galeón heredado del padre de Callum, pero la embarcación no levantaba ninguna sospecha y más bien parecía ser una nave dedicada al comercio. Callum fue muy conciso: envió a media docena de sus hombres con una simple premisa: «Quiero averiguar absolutamente todo sobre la inglesa, todo». Y, para desgracia de Marian, que lloró y pataleó hasta la saciedad, la mandó con ellos. Traicionarlo significaba la expulsión absoluta de su isla y de

su vida. Marian no volvería a ser vista por nadie de la tripulación y su destino después de lo que había hecho sería incierto. Callum sabía que sobreviviría, aun así. Era fuerte, superaría las dificultades.

Todos se preguntaron, interiormente, a qué se debía un trato tan rudo y frío con la mujer que había sido su amante durante meses, especialmente porque este contrastaba profundamente con la actitud que había tomado ante Janet, que pese a haber mentido y haber tratado de escapar, no solo había conseguido salvar su vida y mantenerse como una más de las mujeres de la isla, sino que también había hecho que Callum cediera en la decisión de ejecutar a los otros dos ingleses.

Aun así, esto fueron solo habladurías entre la tripulación y comentarios que se hicieron muy discretamente en los días posteriores al intento de huida, puesto que en el fondo, todos ellos sabían que esa inglesa no era una mujer normal para su capitán. Desde el primer momento en el que ella había aparecido, tendida en la arena después de una salvaje tormenta, fue fácil comprender lo importante que era para Callum Smith salvar a esa mujer que había venido del mar; esa mujer que parecía ser la única persona capaz de arrebatarse hasta el último resquicio de cordura que quedara en su mente.

## CAPÍTULO 9

Rebecca sabía todo lo que sucedía en Port Royal mejor que nadie. Le gustaba mucho estar informada y era una de sus prioridades para poder jugar con ventaja en el mundo en el que vivía. Ser pirata y ser mujer no era algo realmente extraño, pero Rebecca... ella era la capitana del Belle Camille, un galeón imponente que había heredado de su padre cuando él había muerto, siendo ella apenas una niña. Desde entonces, habían sido muchas las batallas que había tenido que ganar para ser la mujer fuerte y decidida en la que se había convertido. Caracterizada por una personalidad impulsiva y arrogante, a la vez que por un físico exuberante, a sus veintidós años de edad, Rebecca estaba en boca de todo aquel relacionado con la piratería o la navegación.

Fue por eso por lo que se enteró inmediatamente, tan pronto alguien llegó a Port Royal preguntando por un barco hundido hacía semanas en algún lugar del Caribe. Ella había oído algo, puesto que algunos supervivientes habían llegado a Port Royal, rescatados por otras embarcaciones. Ese día, Rebecca se encontró más interesada en la historia; el hombre que andaba buscando información sobre ese barco inglés era, nada más y nada menos, que Herman, un miembro de la tripulación de Callum Smith y destacaba por la discreción y calma con la que estaba buscando respuestas por el puerto. Supo enseguida que se trataba de una buena historia y no tardó en enviar a dos de sus hombres a averiguar qué era lo que esos forasteros buscaban. Quería saber qué se traía Callum entre manos.

No muy lejos de allí, en el soleado patio de una enorme casa de familia, las

sirvientas laboraban sin detenerse ante el calor que apretaba con fuerza a esas horas del mediodía. La mayoría de ellas eran negras o mulatas, pero algunas eran inglesas que habían trabajado durante años para los Taylor en Brighton y que se habían trasladado a Port Royal junto a la familia.

La última en llegar había sido Janet, una joven retraída y pálida que apenas hablaba con el resto y trabajaba cabizbaja. Desde la desaparición de Joanna la muchacha no había sido la misma y el hecho de haber estado a punto de morir también ella, la había cambiado completamente. Janet nunca había sido una niña valiente o extrovertida, pues siempre había servido como dama de compañía y ella misma no se había sentido importante jamás. Aun así, le tenía un gran cariño a Joanna y cada noche seguía teniendo pesadillas con ese naufragio que se había llevado a su señora.

Janet consiguió sobrevivir sin siquiera saber cómo. Cuando una enorme ola hizo que el Reina Mary Jane volcara, Janet aún seguía dentro del camarote y de un momento a otro se encontró encerrada en el compartimento de madera mientras el barco se hundía. Perdió la consciencia y al despertarse descubrió que algunos miembros de la tripulación del barco la habían salvado. Apenas eran cinco hombres, muy pocos comparados con el resto, que continuaba desaparecido o que había muerto durante el hundimiento. Pasaron horas vagando por el mar tan solo flotando en un par de tablas que les habían servido para no hundirse junto al navío. Las aguas eran cálidas y, cuando la tormenta pasó, se tornaron tranquilas y apacibles. Afortunadamente, esa era una zona transitada por barcos de la Armada Real Británica, por lo que no tardaron mucho en ser encontrados y rescatados por el pequeño barco Romine, propiedad de un mercader que se dedicaba a transportar lujosas telas europeas a América. Tenían suerte de no haber sufrido mucho en el mar, pues unos días después llegaron a Port Royal sanos y salvos, y el juez Taylor contempló, con desconsuelo y el rostro desencajado, cómo su hija no era una de las supervivientes del naufragio. Janet fue acogida en el servicio de los Taylor, tal y como habría sido si el Reina Mary Jane hubiera arribado como se esperaba,

aunque ahora se dedicaba a trabajar en las cocinas o la limpieza de la casa de familia, en lugar de ser la dama de compañía de una señora que ya no existía allí.

El juez Taylor se había recluso en su estudio durante los días siguientes, sin hablar con nadie, sin comer nada. El hundimiento de ese barco en el que su hija había navegado durante varias semanas lo había afectado mucho, así como al contraalmirante Evans, que había visitado la casa de los Taylor todos los días desde que Janet llegara, para informarse de nuevas sobre Joanna. Cada mañana había tenido que irse sin ninguna noticia y con un mensaje educado de algunas de las sirvientas o de Elliott, el hermano de Joanna, que comprendía la preocupación del prometido de su hermana, pero a la vez sentía una voz en su cabeza diciéndole que ese hombre debería dejar de insistir y aparecer a diario en su casa inútilmente, pues nada lo unía a su familia ya.

Janet aún tenía la esperanza de que Joanna hubiera sobrevivido. Si ella había sido capaz de hacerlo, ¿por qué Joanna no? Su señora era una mujer fuerte y valiente... y se encontraba en cubierta en el momento del naufragio, según le habían informado los otros supervivientes. ¿No era, acaso, más probable que ella sobreviviera al no encontrarse encerrada en una habitación, como le había sucedido a ella? Ella aún seguía esperando que la encontraran, y lo hizo aún más el día en el que una de las criadas que trabajaba junto a ella en esa casa volvió apresuradamente del mercado y se dirigió a ella específicamente.

—Janet, muchacha —le dijo—. ¿Conoces a alguien en puerto?

Janet, que en esos momentos se encontraba lavando las ropas de la cama del señor Elliott, dejó la tarea apartada durante unos segundos y se retiró el sudor que caía por su frente enrojecida por el sol.

—¿Alguien como quién? —preguntó, confusa.

La mujer se encontraba nerviosa y miró de un lado al otro hasta volver a girarse hacia ella.

—Un hombre, un hombre alto con bigote y ropas... ropas de lobo de mar. Él está preguntando por ti por todos los tugurios y el mercado. Parece muy

interesado en encontrar a alguien que le lleve información sobre Janet Everwood.

La joven abrió mucho los ojos con sorpresa.

—¿Sobre mí?

—Sobre ti, niña. Habla también sobre un naufragio hace pocos días. Tienes que ser tú, no puede tratarse de otra persona.

Janet urgió a la mujer, poniendo su mano en el hombro de esta.

—¿Ha hablado del naufragio? Oh, Dios mío... ¿crees que ese hombre puede saber algo de lady Taylor?

La mujer se encogió de hombros, sinceramente confusa.

—Podría ser cualquier cosa, niña. ¿Tienes familia?

—Una hermana, pero ella está en Inglaterra... No lo sé, ¡no entiendo qué puede querer ese hombre! —exclamó y después observó a la mujer con intensidad—. ¿Podrías llevarme hasta él?

—No parece un hombre de fiar...

—¡Puede ser algo importante! —exclamó la muchacha, interrumpiendo. Después carraspeó—. Vayamos ya mismo, nadie va a darse cuenta si salimos ahora y estamos de vuelta en menos de una hora. Diré que fui a comprar más jabón, ¿de acuerdo?

La sirvienta se encogió de hombros ante la insistencia de esa chiquilla y finalmente, accediendo, se dirigió hacia la salida seguida por Janet.

\*\*\*

El hombre se encontraba en una taberna de mala reputación. Janet no dudó en entrar, incluso sabiendo que todo el mundo la miraba y que la mujer madura que iba con ella caminaba tras su espalda con pasos lentos y algo nerviosos. Lo encontraron apoyado en la barra con un vaso lleno de líquido amarillento, que desprendía un olor realmente fuerte.

Cuando el hombre la vio entrar en la taberna, ni siquiera reparó en Janet más

de un par de segundos antes de volver a enterrar la nariz en el vaso de alcohol.

—Es ese de ahí —le comunicó la sirvienta de los Taylor a Janet.

—¿Estás segura? —preguntó la joven, intimidada.

—Ha pasado toda la mañana dando vueltas al mercado. Lo he visto varias veces, estoy segura —confirmó.

Janet asintió con la cabeza, tratando de armarse de valor. Sabía que su señora era mucho más valiente que ella y que habría hablado con ese hombre sin siquiera pestañear ante él. Joanna le había enseñado que alzar la cabeza y mostrarse orgullosa era necesario, sin que importara la condición social. Solía decirle que nadie debía pisotearla y que era su responsabilidad luchar por ella misma. En ocasiones, Joanna Taylor hablaba como si se tratara de una guerrera y era curioso que su forma de pensar fuera tan intensa y rebelde cuando saltaba a la vista que ella no era feliz en su vida como hija de un importante juez.

Janet tomó aire y se acercó a ese hombre. No parecía exactamente desaseado, de hecho, su barba estaba perfectamente afeitada y su bigote recortado a medida, pero aun así, sus descuidadas ropas y su cabello largo y rizado le daban un aspecto poco confiable.

—Buen día —comenzó ella.

El hombre alzó la vista por fin, y la observó durante un momento. Después volvió a beber una vez más.

—¿Qué quieres? —preguntó, entornando los ojos. Su voz era entonada y grave.

Comenzó a ponerse aún más nerviosa, pero consiguió controlarse al mirar a los oscuros ojos de ese hombre para volver a hablar.

—Me han... me han dicho que usted ha estado preguntando por mí.

Él alzó una ceja.

—¿Por ti? ¿Quién eres? —Su voz sonaba genuinamente extrañada.

—Soy Janet Everwood... —dijo ella—. Dicen que usted ha pasado todo el día buscándome en el mercado y... aquí estoy.

Él estaba verdaderamente sorprendido y, mirando a su alrededor, se dio



cuenta del enorme contraste entre el resto de clientes de esa taberna y esa jovencita limpia y ataviada con un vestido blanco. Pensó que se había arriesgado a ir hasta allí para nada, pues era obvio que no era ella a quién él buscaba.

—Creo que ha habido una confusión —explicó él y extendió su mano de uñas cortas y dedos gruesos para estrechar la de la muchacha—. Soy Herman Lindz, me dedico a investigar naufragios acontecidos cerca de esta área. Ando siguiéndole la pista a Janet Everwood, pero me temo que la Janet a la que yo estoy buscando se encuentra desaparecida en el mar. Naufragó hace unas semanas.

La muchacha lo miró, frunciendo el ceño. ¿Quién era ese hombre y por qué investigaba su naufragio, si ella se encontraba viva?

—No es posible... —explicó ella—. Debe de tratarse de otra persona... yo naufragué en el mar... pero sobreviví.

Un nuevo interés se dibujó en el rostro de ese hombre, que comenzaba a intuir una buena información allí. En realidad, su único motivo para investigar era, desde luego, que Callum Smith se lo había ordenado unos días antes. Desafortunadamente, no había encontrado nada hasta ese momento. Nadie parecía conocer a esa tal Janet Everwood y él comenzaba a creer que la inglesa de la isla decía la verdad. O al menos lo había hecho hasta encontrar a esa adolescente.

—¿En qué embarcación viajabas?

—El Reina Mary Jane, desde Brighton, Inglaterra —le confirmó ella, comenzando a dudar de ese hombre—. Pero no entiendo. ¿Por qué me buscaba? ¿Cómo sabe usted que naufragué?

Él sonrió por primera vez, tratando de inculcarle un poco de confianza a la joven, que parecía estar desconfiando de él antes de tiempo. Necesitaba que le aclarara unas cuantas cosas más aún.

—Poseo la lista de pasajeros en los barcos naufragados, desde luego —mintió—. Estamos buscando supervivientes. Aquí es muy común, nos

encontramos rodeados de pequeñas islas y siempre hay embarcaciones mercantes o pescadoras que logran salvar la vida de muchas personas.

Una nota de emoción brilló en el rostro de esa niña.

—¿Habla usted de veras? —preguntó—. ¿Y ha sabido algo de mi señora? Ella no ha aparecido y todos la dan por muerta, pero yo creo que está viva en algún sitio, no ha podido morir...

—¿Tu señora? ¿Puedo saber su nombre?

—Joanna Taylor. Aquí todos la buscan como locos, es una dama importante.

—¿Viajaba contigo en el... Reina Mary Jane?

—Sí, por supuesto... —Janet entornó los ojos al mirarlo de nuevo—. Me acaba de decir que posee usted una lista.

—Desde luego, desde luego, Janet... pero yo no soy la única persona investigando el naufragio —trató de convencerla, viendo que su historia empezaba a hacer aguas. De todas formas, ella era solo una niña, podría arreglárselas para embaucarla un poco más—. Yo no me ocupo de encontrar a damas... tan solo...

Janet bajó la cabeza, comprendiendo lo que él quería decir.

—Tan solo sirvientes, gente común. —Asintió con la cabeza—. Lo entiendo, sí. No se preocupe, qué tonta he sido.

—No, en absoluto. Comprendo que estés preocupada por tu señora... y dime, lady Taylor ¿es una dama joven?

—Sí, apenas había cumplido veinte años dos semanas antes del naufragio. —La pena se dibujó en el rostro de Janet, que se sentía así cada vez que volvía a pensar en la pobre lady Joanna—. Era muy bella también... quiero decir que aún lo es. Es la hija del juez Taylor. Él es muy conocido tanto aquí como en Inglaterra, juzgó y ejecutó a piratas tan famosos como Edgar Smith, ¿sabe usted? ¡Es un hombre formidable!

Las fichas fueron asentándose en la cabeza del pirata, que comprendía poco a poco todo lo que estaba sucediendo allí. El juez Taylor, ¡el hombre que había mandado ahorcar al padre de Callum! Desde luego, esa era una razón más que

suficiente para que una dama se hiciera pasar por su criada en un lugar en el que nadie la conocía, en el que nadie podía confirmar su identidad o descubrirla. Pero a esas alturas, él ya estaba más que seguro de que Joanna Taylor no era más que esa Janet Everwood que él había conocido en la isla de Callum, una mujer que había salvado al pequeño Rodrick y que había comenzado a ganarse el respeto y el cariño de toda la tripulación. Pero ella era una impostora, no era más que la hija de un cazador de piratas.

—Estoy convencido de que la encontraremos pronto —dijo, fingiendo normalidad una vez más—. Hablas de ella como si fuera una dama muy valiente. Mis oraciones estarán con ella.

—Muchas gracias, señor Lidz. Espero que tenga usted razón y que ella haya sobrevivido en alguna de esas islas que ha mencionado. Lady Joanna es capaz de enfrentarse a cualquier situación, no le teme a nada.

—Desde luego —dijo él, volviendo a esbozar una gran sonrisa—. No me cabe ninguna duda de eso.

Cuando Janet abandonó esa posada, tenía una sensación extraña, como si de algún modo hubiera cometido un error. Se tranquilizó diciéndose que todo Port Royal sabía de la desaparición de Joanna, ella tan solo estaba ayudando a que pudiera encontrársela más rápido. Suspiró, asegurándose a sí misma que no había cometido ningún error, y deseó con todas sus fuerzas que ese hombre tuviera razón y Joanna Taylor se encontrara sana y salva en algún lugar.

## CAPÍTULO 10

La situación mejoró considerablemente para Jonathan y Brendan, que recibieron con una enorme alegría la noticia de que no serían colgados como resultado de haber tratado de escapar. Callum tuvo a bien la iniciativa de Joanna sobre hablar con los hombres ella misma, explicarles concisamente que, si colaboraban, su calidad de vida cambiaría de un modo radical. No fue fácil convencerlos, pero pronto entendieron que no había otra opción, que en esa isla la única opción para sobrevivir era unirse a su enemigo.

Joanna comenzó a contemplar cómo los días pasaban sobre ella mientras se comportaba del modo más impecable posible. Tenía miedo de que Callum se enfadara y arremetiera contra Brendan o Jonathan, que, aunque no confiaban en los piratas, habían comenzado a colaborar activamente en las tareas de la isla. Jonathan se convirtió en el cocinero oficial en apenas un par de días y, aunque no todos los piratas habían accedido a comer sus sabrosas preparaciones por miedo a ser envenenados, cada vez eran más lo que lo trataban con amabilidad y se relamían los labios cada vez que veían al orondo hombre pasear por la playa cargado con una olla repleta de pescado. Brendan había sido separado del señor Jonathan y enviado a la parte más interna de la isla, donde se dedicaba a trabajar madera y ayudar a construir nuevas cabañas. Él no había sido tan afortunado, pero por suerte Joanna había visto en un par de ocasiones que el trato que recibía por parte de los piratas era correcto. Ninguno de ellos tenía permitido acercarse a los otros, pero al menos los tres estaban vivos y recibían comida y una cama en la que dormir por las noches.

La situación de Joanna no había cambiado demasiado, al fin y al cabo. Seguía atrapada en esa isla bajo las órdenes de un déspota pirata y alejada de su realidad, su familia y su prometido.

—¿Cómo es ese tal Evans? —preguntó Allie esa mañana, mientras ambas recogían frutos para llevar al pequeño campamento.

Joanna se sentía bastante libre de hablar con Allie. Sabía que, pese a ser la mujer del hombre de confianza de Callum, ella no diría nada que pudiera comprometerla. Aun así, no le había confesado su más profundo secreto: su identidad. No podía confiar lo suficiente en ella, al menos no aún.

Le había hablado en un par de ocasiones de su prometido, contándole que la esperaba en Port Royal y que se casarían tan pronto ella llegara allí... o que al menos ese era el plan en el pasado.

—Es una buena persona, o al menos eso creo —contestó Joanna, alzándose en las puntas de sus pies para alcanzar un fruto rojo que ella jamás había visto hasta llegar a esa isla. Todo allí era excitantemente diferente a Inglaterra—. Solo pude verlo un par de veces en Inglaterra, él vive en Port Royal desde hace un tiempo, es miembro de la Armada Británica.

Supo que Allie daría por supuesto que se trataba de un marinero raso, aunque ella sabía que no era nada más y nada menos que uno de los jóvenes contraalmirantes más galardonados de esa armada creada como defensora naval del imperio. En esos momentos, el viejo continente solo era una pequeña y anticuada parte del mundo, nada excitante si se comparaba con la nueva América que prometía riquezas y una nueva vida a cualquier hombre lo suficientemente valiente como para aceptar el riesgo de navegar durante semanas y permanecer alejado de su hogar, casi con toda seguridad, para siempre.

—¿Es apuesto?

Joanna se detuvo en su tarea al escuchar esa pregunta. En su momento, Daniel Evans le pareció un hombre muy elegante, con ojos verdes y cabello rubio y suave, a veces cubierto por la peluca blanca y enrulada de rigor para

un hombre de su posición. Desde luego, era apuesto y deseable... pero en esos momentos le dio la impresión de que la belleza de su prometido era demasiado refinada y dulce. Toda su vida había aprendido a considerar guapos a aquellos jóvenes engalanados con ropajes brillantes y delicados, con polvos en la cara y pelucas extravagantes. Pero eso no le parecía tan natural como el atractivo que tenía otro tipo de hombres. Pensó en Callum y se dijo a sí misma que obviamente no podía considerarlo feo: sus rasgos eran armoniosos, aunque quizás demasiado duros, y sus ojos eran de un azul que nunca antes había visto en nadie. Su melena salvaje y su tez morena le añadían más rudeza a ese aspecto desaliñado, pero eso era algo que también le parecía ciertamente magnético.

—Sí —respondió, muy escueta—, lo es.

Allie suspiró, dejando su tarea apartada. Con su mano derecha sujetaba el pequeño cubo de madera donde iba depositando cada uno de los frutos que encontraba. Su expresión fue risueña.

—Eso es bueno —dijo con un suspiro—. No es nada agradable verse forzada a amar a un hombre al que no deseamos.

Joanna entrecerró sus ojos oscuros, la curiosidad comenzaba a picarle.

—¿Tú deseas a tu marido? —preguntó, y se cubrió la boca inmediatamente al comprender la rudeza con la que había formulado esa pregunta. No era la más educada que había hecho en su vida, eso desde luego, pero se dijo a sí misma que su situación no era la habitual, que no se encontraba en ninguna casa de familia ni de compras en una refinada calle concurrida por personas que la conocían. Con Allie no tenía que andarse con esas sandeces—. Quiero decir... no te casaste con él por propia voluntad, ¿verdad?

Pensó en Cormac. Era un hombre joven y de rostro gentil. No era exactamente guapo, pero desde luego tampoco desagradable y poseía una sonrisa amable que ya habría querido tener para sí mismo Callum Smith.

—No fue así. No fue tan frío... Permanecimos en la isla un tiempo antes de decidirnos a quedarnos algunas. Los hombres se fueron interesando en

nosotras, o nosotras en ellos, no lo tengo claro. Cormac siempre fue muy... correcto conmigo. Supe desde el principio que me trataría bien.

Joanna se llevó un dedo pensativo a los labios.

—No suena a amor verdadero, precisamente —comentó, dándose cuenta de que, conveniente o inconvenientemente, había dejado el disimulo atrás desde hacía ya bastante tiempo.

—¿Qué es amor verdadero, Janet? —se carcajeó Allie—. ¿Tú amas a ese Evans al que ni siquiera recuerdas bien?

—No —respondió convencida y Allie la miró, sorprendida de su frialdad al confesar eso. Tomó aire y tardó unos segundos más en hablar.

—Siento algo por Cormac. Algo que crece cada día... pero tengo miedo. ¿Puede una fiarse de un pirata? De hecho, ¿puede una fiarse de un hombre? Y tampoco estoy segura de lo que él siente por mí... Cada momento que pasamos juntos lo noto dulce y atento, pero a la vez es distante.

—Ese hombre está loco por ti —aseguró Joanna, que lo sabía con certeza por las veces que los había visto juntos y las no pocas conversaciones que había escuchado de vez en cuando en la isla—. Está tan enamorado como un esposo pueda estarlo de su mujer.

Allie enrojeció al escuchar eso, consciente de que el pensamiento de que eso fuera cierto le producía un intenso calor en el pecho. Aun así, la distancia de su marido desde que la había conocido le decía algo distinto. Pensó que si él la amara tanto como la inglesa decía, la desearía... y eso no parecía ser así.

—Me gustaría creerte, Janet... y si tan bien eres capaz de ver en el interior de mi marido, también deberías ser capaz de escrutar en el del capitán.

Joanna chasqueó la lengua.

—¿De nuevo estás con eso, Allie? —murmuró con tono molesto—. No tengo nada que buscar en su interior, todo lo que necesito saber sobre ese hombre está reflejado perfectamente en su exterior y no me agrada.

Allie se rio al escuchar eso y la miró con un renovado aire coqueto.

—¿Vas a decirme que Callum Smith no es un hombre atractivo?

Sabía lo que Allie intentaba: quería que ella admitiera algo que no pensaba en realidad, quería desestabilizarla... pero a la vez era consciente de que esa muchacha tan solo lo hacía con buenas intenciones, buscando lo mejor para ella. Decidió que no era necesario que disimulara, que le iría mucho mejor siendo abrumadoramente sincera y se mordió los labios un instante antes de comenzar a hablar por fin.

—Lo es. Hasta una ciega vería que es un hombre apuesto, fuerte y que ciertamente es muy difícil que pase desapercibido... pero a leguas se puede saber que es rudo y salvaje de un modo muy grosero. —Joanna se calló unos segundos, pensando en cómo formular exactamente sus siguientes palabras—. Es decir, quizás sea el hombre más apuesto del Nuevo Continente, pero de nada le sirve eso si cuenta con el alma más negra de todo el mundo.

Allie se quedó sin palabras, incluso con la boca abierta. Joanna se felicitó a sí misma interiormente por haber sido capaz de darle una respuesta tan rotunda a Allie. Se sentía orgullosa y agradecía el silencio de la joven... hasta que este le pareció demasiado prolongado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Y su mirada captó que los ojos de Allie no parecían posados en ella, sino en algo más. Se giró de inmediato, el corazón le latía desesperadamente al adelantar lo que su mente aún no le había comunicado que pasaría. Se quedó sin aliento al encontrarse con la figura de Callum a tan solo unos metros de ella, a su espalda. Un rubor incontrolable comenzó a subir por las mejillas de Joanna y tardó unos segundos más en percatarse de la presencia de Cormac McLean y el pequeño Rodrick, que correteaba feliz y era el único que no había escuchado sus palabras. Se sintió tan violenta que, por primera vez desde que tenía memoria, las palabras se negaron a abandonar sus labios y una voz en su cabeza le gritó que se marchara de allí cuanto antes.

Gracias a los mares, Allie fue quien, decidiéndose a hablar, cortó ese desagradable e intenso silencio que se había establecido en el ambiente.

—Estábamos recogiendo frutos —dijo, como si alguien le hubiera



preguntado por su labor—. Para... comerlos.

A esas alturas, Joanna ya se limitaba a mirar hacia todas partes, con un nudo en la garganta y rogando porque algo la salvara de esa situación cuanto antes. Al final, ese algo resultó ser Rodrick, cuya dulce carita se iluminó al verla y se acercó corriendo hacia ella. El niño quería enseñarle algo que llevaba en la mano y al parecer le parecía de lo más excitante, ocasión que Joanna aprovechó al máximo para agacharse y centrarse en hablar con el pequeño.

Ni Allie ni Cormac pasaron por alto la mandíbula apretada de Callum ni sus nudillos blanquecinos en dos puños contraídos. Los dos esposos compartieron una mirada cómplice y Allie asintió con la cabeza al entender lo que procedía hacer en esa situación.

—¿Me ayudarías a recoger más frutos? —preguntó la joven, ladeando la cabeza como por casualidad.

—Claro —respondió su marido—. Vayamos más cerca del río.

Antes de que Callum pudiera darse cuenta, su amigo lo había abandonado ante la cruda visión de su pequeño hijo que le hacía confidencias a una mujer que, incluso tras haber sido avisada varias veces sobre qué sucedería si su comportamiento no era el correcto, acababa de desplegar una colección de agrias palabras hacia su persona. Al cabo de unos segundos, Callum se aclaró la garganta y se esforzó porque su rostro fuera lo más inexpresivo posible.

—Rodrick, ¿por qué no vas a ayudarlos? —le dijo con suavidad a su hijo—. Seguro que eres el más rápido en encontrar las mejores frutas.

El niño asintió, no demasiado convencido. La verdad era que prefería quedarse allí, pero el tono de voz de su padre, aunque amable, revelaba más una orden que una pregunta y él ya conocía perfectamente el modo de hablar de su padre. Sin pensarlo más tiempo del necesario, salió corriendo hacia el lugar en el que unos segundos antes habían desaparecido Allie y Cormac. El pequeño se apresuró, pues aún le daba miedo quedarse solo en la selva.

Cuando Joanna comprendió que estaba sola con Callum, se incorporó de la posición que había adoptado para hablar con el niño y se temió lo peor. Estaba

segura de que la inmensa mayoría de la gente que conocía a ese pirata hablaba mal de él... pero a sus espaldas. Por lo que Joanna apostaba a que él no escuchaba ese tipo de insultos dirigidos hacia su persona muy a menudo.

Cuando alzó los ojos, encontró que él ya la estaba mirando y tragó saliva con dificultad. Él no hizo ningún comentario y supo que la estaba forzando a ella a ser quien diera el primer paso. Por su parte, Callum, tan solo seguía aún impresionado y trataba de establecer un ritmo correcto en su respiración. Ella se armó de valor y comenzó a hablar.

—Lamento... que me haya oído.

Una primera reacción llegó a Callum, que comenzó a acercarse a ella cautelosamente. Observándola de forma intensa, se percató de que Joanna había recuperado una piel suave y cremosa que se presuponía que tenía bajo las anteriores quemaduras. Su cabello era ahora oscuro y se encontraba recogido en un moño que dejaba miles de mechones ondulados y brillantes cayendo sobre sus mejillas. Callum fue más consciente que nunca hasta ese momento de lo deseable que era esa mujer, mucho más después de lo que había escuchado... Desde luego, Joanna se encontraba azorada pues le había dirigido más de un insulto y eso no era poco importante para Callum, pero también había pronunciado algunas palabras que habían erizado la piel del pirata. Había oído que lo consideraba atractivo, el tipo de atractivo que, literalmente, «hasta una ciega vería». Hacía demasiados años que no imaginaba resultar precisamente apuesto para las mujeres, mucho menos para alguien como esa inglesa, más acostumbrada a muchachos emperifollados que a hombres de mar como él. En su pasado él había sido muy consciente de su atractivo, de hecho, había llegado a sentirse llamativo y feliz de encandilar a las muchachas durante su adolescencia, pero ya no era algo que lo afectara, de nada le servía eso. Se sorprendió cuando de pronto se alegró de que a Joanna le gustara su físico y casi deseó que lo hiciera.

—Lamentas que lo haya oído y no haberlo dicho —dijo él, enarcando una ceja.

Joanna tomó aire, nerviosa.

—Es mi opinión. Todos tenemos una —murmuró, aunque acto seguido bajó la cabeza y el tono de voz—. Aunque no era mi intención que usted me escuchara. Asumo que no es de buen gusto criticar a alguien a sus espaldas.

Él se rio y eso causó una gran sorpresa en Joanna, que hasta el momento había pensado que Callum se encontraba enfadado.

—¿Buen gusto? —preguntó él, riendo de nuevo—. Si supieras la cantidad de calificativos que la gente me ha otorgado a lo largo del tiempo, no te escandalizarías. Casi has sido dulce.

Joanna alzó las cejas.

—¿Es dulce para usted que diga que su alma es negra?

La respuesta a esto fue solamente un encogimiento de hombros.

—Lo es que una mujer me encuentre atractivo.

Oh, así que era eso. Joanna pudo notar en su tono de voz que él pretendía incomodarla y decidió actuar con naturalidad. No eran niños para tener que andarse con juegos estúpidos.

—Lo es, señor Smith —le respondió encogiéndose de hombros y, evitando su mirada, bajó la cabeza—. Y estoy segura de no ser la primera que se lo dice. Estoy convencida de que no he abultado ni un poquito más su ya de por sí enorme egolatría.

Callum puso los ojos en blanco. Así era como una mujer era capaz de echar por tierra el hecho de que él la hubiera podido considerar «dulce» por unos momentos.

—Acostumbro a encontrar más interesante la calidad de la mente que la calidad de la belleza... pero, aun así, no negaré que siempre sienta bien sentirse «el hombre más apuesto del Nuevo Continente» —dijo riendo.

Ella enrojeció al escuchar de qué modo la parafraseaba.

—Oh, cállese... —susurró—. Casi prefería haber resultado ofensiva.

Enrojeciendo ante una nueva risa de Callum, Joanna se sorprendió de que Smith estuviera bromeando con ella... o a su costa, que en ese caso era casi lo

mismo. Él se quedó callado al cabo de unos instantes y Joanna, recogiendo su cesta del suelo, se dio la vuelta para dejar ahí a ese desagradable hombre. Nada la sorprendió más que ver que Callum la seguía y pronto se encontraba junto a ella.

—¿Qué hace?

—Pasear contigo. Puedes tutearme, Janet.

—No, no puedo. Como le dije, yo solo tuteo a la gente con la que tengo una relación cercana, así que desde luego no lo tutearé a usted.

—Ingleses... —musitó él y después habló en un tono más profundo, pero extrañamente afable—. ¿Sabes? Una vez fui a Inglaterra.

Eso despertó el interés de Joanna, que de pronto lo miró, olvidándose de las frutas que pretendía recoger.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Con qué propósito?

—Mi padre me llevó, tanto a mí como a mi hermana. Fue para conocer a nuestra madre.

Joanna abrió los ojos como platos.

—¿Es inglesa?

—Sí, lo fue—contestó él—, murió hace tiempo y el viaje que hicimos fue en vano, pues ella ya había fallecido en ese entonces. Tenía quince años y recuerdo que odié ese país con una fuerza inhumana en cuanto me enteré de que me había arrebatado a mi madre antes incluso de llegar a conocerla.

No sabía por qué Callum le estaba contando esas cosas, pero Joanna decidió escuchar lo máximo posible. La curiosidad hacia la vida de Callum era algo que la había poseído desde el día en que lo había conocido y estaba segura de que él no se abriría de nuevo a ella con tanta facilidad. Nunca había oído que tuviera una hermana, eso también era algo nuevo para ella.

—Pero ¿cómo es posible que su padre y una mujer inglesa...?

—Ella era noble y mi padre... comenzaba a hacer las suyas en el mar. Se llamaba Edgar Smith...

—Lo sé.

Callum la miró a los ojos, sorprendido, y Joanna se las apañó para fingir neutralidad y disimular que acababa de meter la pata de un modo muy estúpido.

—Sus aventuras se cuentan también en Inglaterra —explicó—, cuando lo conocí a usted y me dio su nombre, deduje que se tratarían de familia.

Él dio por válida la explicación. Era cierto que no había mucha gente que hubiera ignorado la existencia de su padre.

—Mi madre era una señorita, una de esas damas de sociedad que seguro conoces ya, o algo parecido. Su familia estaba podrida en dinero y no se molestaban en prestar atención a su joven hija... tanto fue así que se enamoró de mi padre, un simple y joven marinerillo que venía del Nuevo Mundo y que soñaba con una vida en el mar. Se fugaron juntos durante un tiempo y me tuvieron a mí. Después se vieron obligados a separarse y cuando se reencontraron por última vez, años después, creyeron que por fin podrían estar juntos y tuvieron a mi hermana. —Callum se quedó callado unos instantes—. Mi padre nos crio, pero la familia de mi madre consiguió llevársela, la alejó de sus hijos y evitó que pudieran ser felices juntos. Por esos momentos, el nombre de mi padre ya corría de boca en boca en Inglaterra y tuvo que huir de nuevo a América, donde también se las arregló para piratear hasta el final de sus días. Creerás que no tiene importancia, pero mi padre era formidable, llegó a tener una docena de galeones y luchó en decenas de batallas en el mar. —En los ojos de ese hombre brillaba la ilusión por hablar de su padre al mismo tiempo que la tristeza por haberlo perdido—. Murió por hacer lo que él amaba, por perderse en el mar y buscar sus tesoros.

Joanna tragó muy grueso al percatarse de que en ese punto de la historia entraba su padre, un juez inglés que consiguió hacer capturar a Edgar Smith, lo llevó de nuevo al Viejo Continente, lo juzgó y lo mandó a la horca. Prefirió tan solo asentir con la cabeza, aún escuchándolo.

—Un juez inglés lo ajustició. En el juicio se le inculcó por muchos delitos, la mayoría de ellos verdaderos... pero si algo atormentó a mi padre hasta el

día de su muerte fue recibir la acusación incluso de haber abusado de mi madre veinte años atrás. ¿Quién podría creer algo así? Ellos se amaron y eso es algo que se sabía perfectamente en la corte inglesa; había sido un escándalo que no podía ignorarse. Pero nadie se alzó cuando en ese juicio se le llamó violador, cuando el nombre de mi madre volvió de entre las sombras y lo utilizaron para humillarlo.

Eso era algo que Joanna no sabía y no ocultó su sorpresa cuando, sin darse cuenta, soltó un impropio. No se arrepintió de inmediato, como solía pasarle, sino que tan solo se imaginó hasta qué punto podía ser injusta la vida cuando se trataba de hacer tanto daño a un hombre como para utilizar al amor de su vida con el propósito de dañarlo.

—Pero si ellos se amaban —dijo ella con un hilo de voz—. Nunca dejaron que fueran felices...

—Fue el juez Taylor. Uno de los más conocidos de Inglaterra. Matar a mi padre lo catapultó a una época dorada en la que aún vive. Ese malnacido... ¿Sabes quién es, Janet?

Joanna carraspeó de repente y se sintió mareada, pero consiguió mantener el tipo y tomar aire.

—He oído su nombre alguna vez —murmuró, y se enorgulleció de sí misma cuando su voz sonó bastante clara y con una entonación correcta que no revelaba ningún tipo de descontrol.

—Siempre he querido encontrarme con él algún día —confesó Callum—, mirarlo a los ojos... conocer al hombre que mató a mi padre. Pero a la vez soy plenamente consciente de que no fue él en realidad; sino que así funciona el mundo, nosotros somos los «malos» de esta historia. Es como culpar a un tiburón por comerse a un pez, algo vano. Las cosas funcionan así.

—No pareces especialmente... rencoroso.

—No lo soy, intento no serlo. Hace años de esto y se es mucho más feliz evitando odiar por culpa de lo que ha sucedido en el pasado. Si guardara rencor a todos los ingleses, nunca te habría salvado. —Callum sonrió de la

forma más suave posible y no pasó por alto que ella lo estaba tuteando, por fin.

—No podías saber mi procedencia, ¿no?

—Oh, supe que eras inglesa desde el primer momento. Pude verlo en cada pequeño detalle de ti, Janet. Me recordaste exactamente a aquellas mujeres que me miraban por encima del hombro por las calles de Londres y me trataban como a una basura cuando era tan solo un adolescente. Te vi más que reflejada en ellas y mi primer pensamiento fue dejarte morir bajo el sol.

—Me alegro de que no lo hicieras —musitó ella tímidamente.

La sonrisa amarga de él la sorprendió.

—Después de todos los problemas que me has traído, no estoy seguro de pensar lo mismo —bromeó, aunque en su voz había un toque inconfundible de cruda sinceridad.

Joanna agradeció que después se quedara en silencio en vez de seguir hablando sobre cuánto le recordaba a las mujeres nobles inglesas a las que ella nunca había querido pertenecer. De pronto quiso cambiar de tema, saber algo más, aprovechando que Callum estaba tan hablador.

—¿Dónde está... la madre de Rodrick? —preguntó.

Esta pregunta pareció coger totalmente desprevenido a Callum, la miró un momento. Parecía debatirse internamente entre hablarle de ella y no hacerlo. Al final decidió que ya había dicho demasiado y que lo mejor era callarse; al fin y al cabo, era probable que esa mujer no le hubiera dicho ni una sola verdad desde que la había conocido. ¿Por qué iba él a asumirla como su confidente?

—Espero que en un buen lugar —respondió Callum, pragmático.

Pensar en Bárbara siempre lo ponía de mal humor, le dejaba un pequeño vacío en el pecho, le hacía sentir solo. Callum apretó la mandíbula una vez más y se quedó parado en mitad de ese caminito de jungla por el que caminaban. Joanna tardó unos instantes en percatarse de que ella estaba andando sola.

—Volveré al campamento, Janet —se excusó Callum—. No te demores demasiado en hacerlo tú también, está atardeciendo.

Ella asintió con la cabeza y le dirigió una mirada entornada, aún sin entender qué había cambiado para que el ambiente se hubiera enrarecido de repente.

—De acuerdo...

Pero sus palabras no fueron oídas, ya que ese hombre se había dado la vuelta y caminaba con rapidez hacia el campamento a la vez que se maldecía a sí mismo por haberse ido de la lengua con esa inglesa mentirosa.



## CAPÍTULO 11

Elliott llegó al puerto con el estómago en la garganta. Estaba tan nervioso que cada uno de los ruidos que escuchaba a su alrededor parecían ser los de un asesino o un ladrón que quería agredirlo. El joven caminaba rápidamente, cubriéndose la nariz con un pañuelo del blanco más puro que pudiera encontrarse en Port Royal, y todo en él revelaba su estatus económico; por supuesto que eso era lo que pretendía: dar una imagen inalcanzable le garantizaba ahorrarse molestas interrupciones. Lo único que conseguía tranquilizarlo un poco era la presencia de dos de sus hombres a su espalda, protegiéndolo. Ellos no caminaban muy cerca de él, pero sí lo suficiente como para poder acudir en su ayuda en caso de que cualquier imprevisto sucediera y necesitara ser rescatado.

Elliott Taylor no había vuelto a poner un pie en el puerto de Port Royal desde aquella mañana en la que había desembarcado junto a su padre, nueve meses atrás. Desde entonces, el hijo del juez había sabido encontrar lugares menos peligrosos a los que aproximarse: clubs de reuniones, burdeles para caballeros adinerados o simplemente su propia casa. Nunca había salido a la pobreza para conocer de primera mano el desdichado mundo real. Pese a que a él le parecía una mañana deprimente, en el puerto los vendedores anunciaban sus productos alegremente, los borrachos aún permanecían dormidos con aire apacible en las esquinas de cada callejuela y el sol, que brillaba con fuerza, lo hacía sudar debajo de su casaca plateada.

El temido día había llegado. Su padre le había dado la orden de salir, al

parecer el hombre había alcanzado su punto álgido de locura. Hacía más de un mes que los supervivientes del naufragio del Reina Mary Jane habían aparecido y no había ningún rastro de su hermana Joanna; se la había llevado el mar. Por supuesto que Elliott estaba preocupado, ¿cómo no estarlo cuando era probable que su hermana pequeña hubiera muerto? Pero a la vez pensaba, ¿era él la persona idónea para buscarla? Desde luego, en su opinión, no lo era... pero su padre estaba harto de verlo ser un «golfo y un vago», como él mismo había dicho, mientras su hermana aún permanecía desaparecida. La sentencia estaba dada: o encontraba a Joanna, viva o muerta, en el plazo de un mes, o él mismo podía despedirse de seguir apellidándose Taylor. Esto lo había hecho despertar, pues el tiempo ya corría y él no tenía la menor idea de por dónde empezar a buscar.

El puerto parecía un buen lugar por el que comenzar, los marineros siempre se enteraban de todo y estar informados era para ellos una prioridad; el problema era que Elliott estaba absolutamente perdido y no tenía ni la más mínima idea de por dónde empezar a buscar a su hermana. Ni siquiera sabía cómo haría para contentar a su padre en caso de que Joanna se encontrara ahogada en el fondo del mar, en mitad de ninguna parte. Amaba a su hermana, desde luego, pero debía reconocer que la posibilidad existía.

Enseguida comenzó a notar a algunos hombres que lo miraban con aire sospechoso al tiempo que Elliott recorría el puerto y su sangre empezó a helarse. No era un hombre de peleas ni de valor, no tenía la menor idea de cómo luchar. Él era un libertino, poco dado a las peleas y amante de las mujeres y el lujo; nada más.

A apenas unos metros de él, vigilándolo desde la cubierta de su barco amarrado en el puerto, Rebecca no perdía detalle de ese hombre joven y refinado que paseaba por el puerto con la palabra «miedo» escrita en la cara, como si esa fuera la primera vez que ese inglés pasaba por allí. Se rio solo al contemplarlo, era un hombre apuesto y emperifollado hasta la saciedad, como les gustaba a las jovencitas de buena familia. Por suerte no llevaba peluca,

algo que a Rebecca le parecía ridículo y poco práctico, pero estaba segura de que tan solo era porque bastante tenía ya con estar muriendo de calor bajo ese horrible traje de casaca y pantaloneta plateados. Nunca había visto a un hombre más temerario bajar al puerto de la ciudad, pues era obvio que, con esa facha, alguien lo atracaría o trataría de hacerle daño en cualquier momento. Se giró para buscar a alguno de sus hombres dentro de cubierta y encontró a un pequeño granuja que formaba parte de su tripulación y que estaba fregando el suelo del Belle Camille.

—Eh, Teo —lo llamó—, ven aquí un momento.

—*Enseguía*, capitana.

El niño dejó tirada la fregona, que era más grande que él, y corrió hacia ella tan rápido como pudo. Apenas tenía diez u once años, pero era un muchacho despierto y rápido. Rebecca lo tenía como su ojo derecho en el barco, pues Teo siempre se enteraba de todo y era el mejor espía que podía elegir.

—¿Ves a ese hombre? —le preguntó, señalando disimuladamente hacia el puerto—. El inglés afeminado, sí.

El chiquillo asintió con la cabeza.

—Gánate unas monedas. Ve a ver por qué está aquí y quítale lo que lleve encima. ¿De acuerdo? —le propuso con una sonrisa—. Si lo haces sin que se entere... puedes quedarte la mitad para ti solo. ¿Te parece?

Teo compuso una sonrisa leonina inmediatamente, pero unos segundos después esta se empañó cuando volvió a observar al hombre en la calle con un poco más de detenimiento.

—Oh, no, capitana. Mire a esos dos hombres que caminan tras *dél*. Los dos *mu'* grandes y... lo *'tan* escoltando.

Rebecca entornó los ojos al ver esto, sorprendida de no haberse fijado antes. Era obvio que no estaba solo, dos fornidas figuras lo seguían como si fueran su sombra.

—Bien visto, Teo, tienes razón... me pregunto qué estará pasando, qué quieren. Baja y averígualo, con un poco de suerte podemos sacar algo de ese

ricachón. Tiene pinta de duque inglés.

El niño asintió obediente y ella acarició con suavidad su cabello antes de que Teo saliera corriendo para averiguar qué sucedía. Rebecca se dedicaba en general a divertirse en el puerto, cuando no se encontraba en alta mar. Tenía bastante con que todos los guardias reales de Port Royal la tuvieran en el punto de mira, por lo que últimamente era difícil para ella piratear y se había visto obligada que detener sus actividades durante una temporada.

Tan pronto Teo se acercó a ese hombre tan elegante, Rebecca contempló cómo los dos guardias que él llevaba detrás se abalanzaron sobre el muchacho violentamente. La joven abrió mucho los ojos y no tardó ni dos segundos en bajar corriendo del barco y llegar hasta allí. ¿Qué demonios se creían esos dos hombres hechos y derechos para tratar de ese modo a un simple pillo de puerto?

Llegó hasta ellos unos instantes después, con la mano en la empuñadura de la daga que guardaba en su cinturón de cuero.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó con firmeza y ambos gorilas alzaron la vista hacia ella, sorprendidos de que alguien los estuviera reclamando.

También Elliott fijó los ojos en esa desconocida que acababa de aparecer y lo que vio lo dejó impactado: su cabello moreno y largo se encontraba recogido desordenadamente con un pañuelo rojo. Sus ojos azules estaban enmarcados por unas cejas espesas y también negras, por lo que su mirada parecía aún más profunda. La muchacha era delgada y alta, vestida como una experimentada loba de mar, a pesar de no aparentar más de veintidós o veintitrés. ¿Quién era esa mujer?

—El muchacho quería robarle al señor —explicó uno de los robustos hombres negros en un inglés muy limitado.

—¡No *e' verdá'*! —exclamó el pillo.

—¡Soltadlo ahora mismo si no queréis veros envueltos en el más grande de vuestros problemas! —amenazó Rebecca, sacando de una vez por todas su daga de la vaina y mostrándoles el afilado acero que ella brillantaba cada día

al levantarse—. Es un miembro de mi tripulación y por lo tanto no es a él a quien debéis tratar de ajusticiar.

Los hombres se miraron entre ellos y después dirigieron la vista hacia Elliott, que asintió con la cabeza de un modo muy difícil de percibir. Inmediatamente después, ellos soltaron a Teo con rudeza, lo que hizo que el chico cayera al suelo y se levantara después para colocarse a la espalda de Rebecca, protegiéndose detrás de ella.

Elliott cambió su expresión de forma radical cuando el muchacho ya se encontraba liberado. Dejó a un lado su gesto serio y pasó a parecer considerablemente más amigable cuando se acercó a esa desconocida. No había tardado en ver que parecía ser una mujer que sabía lo que hacía, que podría tener poder... e información.

—Lo lamento de veras, mi señora. Mis hombres y yo hemos creído habernos encontrado con un ladronzuelo del puerto. No sabíamos que el muchacho tenía una protectora...

—No soy su protectora, soy su capitana, *señor* —respondió ella con un tono de voz bastante frío y acto seguido su expresión fue sarcástica—, además, algo me dice que no vienen ustedes con frecuencia al puerto. ¿Cómo pueden saber quién es ladrón y quién no?

Elliott alzó las manos en son de paz.

—Lo sé, lo sé. Tiene usted toda la razón, señora...

Rebecca se debatió unos momentos en su interior. No sabía si decir su verdadero nombre y así revelar su identidad o directamente mentir para saber qué se traía entre manos ese inglés.

—Rebecca Johnson —respondió finalmente.

Elliott sonrió al escuchar su nombre. No fue una sonrisa normal, no, sino la que él acostumbraba a lanzar a las mujeres que le atraían, de las que quería sacar algo. Pocas se resistían a sus labios gruesos componiendo una sonrisa y a la dulzura del hoyuelo de su barbilla.

—Está usted en lo correcto, señorita Johnson. Nos hemos precipitado por

culpa de nuestra inexperiencia, pero realmente estamos aquí por una necesidad y precisamos de la ayuda de alguien. Desde luego, esa ayuda se vería ampliamente recompensada.

El brillo en los ojos de Rebecca fue indiscutible. A esa mujer le gustaban las recompensas, no había duda de eso.

—¿Qué tipo de «necesidad»? —preguntó ella clavando su mirada en los ojos oscuros de ese desconocido.

Durante un segundo solo se miraron y Elliott sintió una irrefrenable necesidad de encontrarse a solas con esa mujer y de, sinceramente, hacer con ella de todo menos buscar a Joanna. Tuvo que reprocharse a sí mismo el hecho de no ser capaz de concentrarse en lo que estaba haciendo allí, puesto que esa era la primera persona con la que hablaba en el puerto para buscar ayuda y ya quería acostarse con ella.

—Me llamo Elliott Taylor, hijo del juez Augustus Taylor —se presentó y ella trató de aguantar un respingo al escuchar el nombre de ese asesino de piratas—. Hace casi dos meses, como usted sabrá ya, se perdió la pista de un barco que se esperaba que llegara por esos tiempos desde Inglaterra: el Reina Mary Jane. En él viajaba mi hermana Joanna, que venía a reencontrarse con su familia después de unos meses de dura separación familiar. Unas semanas atrás descubrimos que el barco había naufragado con un temporal y se encontraron algunos de los supervivientes, pero no hallamos ningún rastro de mi hermana. El barco viajaba desde Inglaterra con el propósito específico de traer a mi hermana a Port Royal, no se traían riquezas ni mercancías... solo mi hermana. Y ella no está.

—¿Insinúa que su hermana ha podido ser secuestrada?

—No lo sé. Solo estoy seguro de que Joanna era lo único de valor en ese barco y que podría haber aparecido como lo hicieron muchos de los tripulantes del Reina Mary Jane... pero no lo ha hecho.

—Puede que se ahogara —sugirió Rebecca—, no es fácil sobrevivir a un barco hundido.

—Sí, puede que sí —admitió él—, o puede que no lo hiciera y que mi hermana esté en algún lugar ahora.

Rebecca volvió a mirarlo una vez más y algo le dijo que ese hombre no era lo que parecía. Daba la impresión de ser el hijo consentido de un noble, algo innegable, pero también había un punto de fingida torpeza en su apariencia, como si no supiera qué estaba haciendo ni cómo... pero a ella le dio la impresión de que ese hombre era capaz de mucho más de lo que él pretendía hacerle creer.

Aun así, ella era más inteligente que nadie, por lo que podría aprovecharse de él sin problemas, eso estaba claro. Elliott era prepotente, lo sabía con solo mirarlo, y se moría de ganas de bajar a ese joven de su nube, haciendo algo que no se esperara.

Rebecca contaba con una ventaja clarísima: ella poseía un barco, tenía una tripulación y también mucha más información que él y... ella sabía dónde se encontraba Joanna Taylor. Hacía pocos días que los hombres de Callum Smith habían llegado a Port Royal para investigar sobre el naufragio de ese barco, Rebecca se había informado de todo en cuanto los había visto, pues había mandado a sus hombres a seguir a los piratas y los detalles no habían tardado en llegarle. La única razón por la que Callum habría enviado a su tripulación allí para investigar debía de ser que él mismo hubiera abordado el Reina Mary Jane para saquear cualquier cosa de valor del barco y secuestrar a quien considerara importante.

Sin embargo, esa teoría no encajaba del todo, puesto que el barco no había sido abordado, sino que había naufragado en una tormenta y que, además, era consciente de que el apuesto capitán llevaba un tiempo sin piratería en su vida. La única posibilidad era entonces que Callum hubiera encontrado a algún superviviente y lo tuviera en ese momento retenido en su isla. Eso encajaba mucho más con el modo de operar de un pirata al que ella conocía muy bien.

—Sabe... señor Taylor, creo que sé dónde puede estar su hermana.

Elliott enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Lo sabe?

—Puedo saberlo —repitió ella y sonrió—. Pero no le costará poco que se lo diga, esta información no es barata.

Elliott la miraba con tranquilidad, sin alterarse lo más mínimo para que ella no creyera que podía tener algún tipo de ventaja.

—Hable, señorita. Como le he dicho, estoy dispuesto a pagar una recompensa suficientemente alta como para cubrir todas sus expectativas.

El modo en el que él pronunció sus últimas palabras le erizó la piel a Rebecca, que por primera vez sintió que él ya no solo se estaba refiriendo a dinero, sino a algo físico, algo de lo que, al parecer, ese hombre se encontraba muy seguro.

—Ha dicho usted que es el hijo de Augustus Taylor, ¿verdad? ¿No fue él quien asesinó a Edgar Smith, el temido pirata?

—Yo preferiría decir que lo ajustició, no que lo asesinó.

—Como usted prefiera llamarlo, Elliott.

—Sí, se trata de él. ¿Qué tiene eso que ver con mi hermana?

Rebecca se rio con suavidad.

—Mucho, señor Taylor. Más de lo que piensa. Hace unos días supe gracias a una fuente fiable que Callum Smith, un pirata de sobra conocido por todos, tenía en su poder a cierta señorita de alta sociedad que había naufragado en un barco —confesó, sin importarle que eso que decía no fuera verdad, sino una mera suposición—. No le di importancia al rumor, de hecho, me fue indiferente, pero ahora usted menciona que su hermana ha desaparecido en altamar, que es una joven de buena cuna y que, además, es la hija del juez que ordenó la muerte de Edgar Smith, que no es otro que el padre de Callum Smith... Todo acaba de encajar en mi cabeza, ¿y en la suya?

La respiración de Elliott se aceleró hasta el límite. ¿Quién era esa mujer y por qué sabía tanto sobre lo que sucedía en el mar? El joven sintió que se mareaba, pues realmente todo tenía sentido con lo que esa mujer le estaba diciendo. ¿Su hermana en manos de Callum Smith? Eso tenía que ser una



pesadilla, ese hombre no podía haber secuestrado a su hermana como una venganza...

—¿Cómo puedes saber tanto sobre...?

—Yo lo sé todo, señor Taylor. Sé quién entra en este puerto, quién sale, qué se rumorea, qué se intenta esconder... Soy una mujer que sabe vivir muy bien en un mundo de hombres.

Elliott aún permanecía nervioso, sin poder explicarse lo que sucedía, pero a la vez excitado al pensar que, si eso era verdad, estaba mucho más cerca de Joanna de lo que pensó que estaría en su primer día de búsqueda.

—¿Cómo puedo llegar al lugar en el que Callum Smith tiene a mi hermana?

—Es algo difícil, muy difícil. Vive en una isla que muy poca gente conoce y a la que es complicado llegar.

—¿Y usted conoce la isla?

Rebecca sonrió leoninamente.

—Por supuesto, para su buena suerte. Puedo llevarlo allí, pero no está cerca y tampoco eso será barato, ya se lo adelanto.

Esa dulce promesa en los labios de Rebecca despertó su ambición. Su padre se alegraría muchísimo de haber confiado en él para encontrar a Joanna. La devolvería a casa sana y salva tan rápido como ella había desaparecido y ya no se trataría solo de cumplir con la palabra que le había dado a su padre, sino que también gozaría de un nuevo prestigio social que ni siquiera el prometido de Joanna, siendo militar, podría conseguir. Sería un salvador.

—Pagaré lo que sea —dictaminó con la ambición brillando en los ojos—, no me importa el precio.

La sonrisa de Rebecca se extendió un poco más en su hermoso rostro y se mordió el labio inferior sensualmente. Elliott sintió que la satisfacción por haber encontrado a esa mujer que lo llevaría hasta Joanna, sumada a su atractivo físico, le provocaba una excitación tan primitiva, tan sexual, que tuvo que controlarse para no abalanzarse y besarla en ese mismo momento, para no apoderarse de su boca y llevarla a la primera posada que encontrara en su

camino para hacer suyo el cuerpo de esa casi desconocida.

Haciendo justo lo contrario a lo que Elliott deseaba, Rebecca tan solo extendió su mano hacia él.

—¿Tenemos un trato, pues?

Elliott la estrechó con fuerza, ansioso por encontrar a su hermana cuanto antes.

—Lo tenemos.

## CAPÍTULO 12

La infantil risa de Rodrick transmitía tanta felicidad que Joanna tan solo podía mirar al niño con ojos brillantes cada vez que él corría detrás de esa pelota de cuero y la agarraba para volver a lanzársela a ella. Cuando Joanna era niña, en muy raras ocasiones se le había permitido jugar a la pelota, pero correr, moverse y saltar siempre había sido algo que ella había amado. Se encontraban a un par de kilómetros de la costa, Rodrick y ella se habían internado en la isla hacía más de una hora, para jugar a hacer carreras y esconderse detrás de los árboles. En un principio, Joanna no se percató de hasta qué punto se habían alejado, pero en el momento en el que escuchó voces masculinas a unos metros de ellos, tras unos altos arbustos, comprendió que realmente se habían internado demasiado allí.

—Janet, ¡es tu turno!

El pequeño Rodrick soltó una nueva carcajada al tiempo que pateaba el balón con fuerza hacia la frondosidad que se encontraba ante ellos. Inmediatamente después, Rodrick se llevó la mano a la boca, sorprendido de su propia fuerza.

—¡La pelota! —exclamó y trató de agacharse para alcanzarla por debajo de las verdes hojas de la selva. Joanna lo detuvo.

—No —le dijo, apartando al niño de los arbustos para evitar que se hiciera daño—, yo la buscaré. No te muevas de aquí, Rodrick.

Recogiéndose el vestido largo y holgado, Joanna apartó algunas ramas de maleza de su camino y logró aventurarse poco a poco en su interior. Oía

insectos que bufaban a su alrededor y tenía miedo de que el episodio de la serpiente pudiera volver a repetirse, pero a la vez sentía que su corazón latía desbocado al pensar que, si todo era como ella creía, Brendan estaba trabajando en la tala de madera en ese lado de la isla. Se acercó todo lo que pudo, podía ver la pequeña pelota a tan solo unos metros de su cuerpo, pero era complicado acceder a ella cuando las ramas sueltas que se clavaban en su piel, la arañaban y la pinchaban.

Oyó las voces de nuevo y, alzando la vista, contempló a unos diez hombres. Ninguno llevaba camisa en ese momento y podía ver sus torsos morenos y brillantes a causa del sudor. Se encontraban de espaldas, por lo que no identificó a Brendan. Aun así, Joanna se estiró un poco más, tratando de reconocer su cabello oscuro o su figura delgada entre los demás cuerpos. La mitad de los hombres se dedicaba a portar troncos y la otra mitad los cortaba, con no poco esfuerzo.

Precisó de casi dos minutos para reconocer a Brendan como uno de ellos y sintió cómo de repente sus manos sudaban exageradamente. Era consciente de que, si Callum la veía ahí, probablemente la encerraría en una cabaña o la soltaría en el mar sin siquiera querer escuchar una palabra. Pero la tentación era demasiado fuerte: quería hablar con Brendan, asegurarse de que estaba bien y de que nadie le había hecho daño, pero el joven se encontraba demasiado lejos como para verla, escondida entre las ramas.

Alcanzó la pelota de Rodrick y la tomó en su mano, pero aun así, permaneció en ese lugar, solo rezando porque la fortuna se apiadara de ella y Brendan le dirigiera una mirada, aunque más no fuera que le sonriera a la distancia, mostrándole que se encontraba bien. Joanna aún seguía planeando su huida de esa isla, pero de un modo menos temerario. Sabía que tendría que esperar, quizás meses o incluso años, pero lo conseguiría. Tarde o temprano.

Se encontraba perdida en esos pensamientos en el momento clave en el que unos pasos se escucharon y se dio cuenta de que alguien estaba caminando por allí, probablemente dirigiéndose hacia el lugar en el que los hombres de la

tripulación de Callum trabajaban duramente. Trató de salir de entre las ramas tan rápido como le permitían sus piernas mientras escuchaba a Rodrick, a unos metros de ella, gritando de alegría.

—¡Padre!

Joanna maldijo por lo bajo y volvió a hacer un movimiento brusco para salir de ese húmedo matorral en el que parecía haberse quedado atrapada. Notó cómo su moño se enganchaba en una rama y gritó al tratar de soltarse. A su vez, rozó con el brazo una hoja de alguna planta tropical que no conocía y el tacto fue como si acabaran de quemarla con fuego. No fue hasta que unas manos fuertes y grandes la agarraron de la cintura y tiraron de ella, que Joanna consiguió salir de ese embarazoso enredo. Cuando por fin pudo ponerse de pie, simplemente se cercioró de lo que ya suponía: que esas manos grandes que la habían sujetado no eran de otro que de Callum. Maldición, ese hombre estaba en todas partes. De hecho, no le extrañaba nada que la estuviera siguiendo, era algo perfectamente entendible después de las amenazas que le había dirigido desde que había llegado allí.

El rostro de Callum estaba tan serio como un funeral y ella no pudo hacer más que alzar su mano derecha, no sin cierto dolor después de todos los raspones que se había ganado a pulso contra la maleza, y mostrarle la pelota de cuero que se había deformado entre sus dedos al haberse apoyado varias veces sobre ella.

—Solo fui a buscarla —se excusó antes de que él le dijera nada—. Gracias por sacarme de ahí.

Callum lanzó una mirada igualmente seria hacia el otro lado de la maleza, donde varios de sus hombres, entre ellos Brendan, trabajaban sin camiseta. Comenzó a sentir que la furia subía por su pecho; por mucho que lo intentaba, esa muchachita siempre se le iba de las manos. El cielo era testigo de que nunca antes había tenido a una prisionera más difícil de llevar, aunque la culpa era en gran parte suya por no haberla atado a una palmera desde el primer momento en el que la había visto. Ni siquiera sabía por qué la había salvado,

ni por qué aún la conservaba allí. Quería esperar, ver si la familia para la que trabajaba querían ofrecer algunas monedas por tenerla de vuelta, pero sus hombres aún no habían regresado de Port Royal, y a Callum comenzaba a parecerle que no merecía la pena seguir teniéndola en la isla por un dinero que no conseguiría pagar ni de lejos todas las molestias que le estaba causando.

—¿Qué hacías?

—Jugaba a la pelota con Rodrick, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza efusivamente.

—Janet es muy buena lanzadora, ¡es mejor que tú, padre!

—Qué alegría —musitó él con sarcasmo y después se dirigió a su pequeño hijo—. Rodrick, necesito que vayas allí, donde los hombres están trabajando. Dile a Ojotraste que te lleve de nuevo a la costa, yo iré en un rato.

—Pero ¿qué sucede con nuestra competición de pelota...?

Callum se agachó y acarició la suave piel de la mejilla de su hijo, que lo miraba con un puchero decepcionado en el rostro.

—Tú y yo tendremos la mejor competición de pelota del mundo esta tarde, ¿de acuerdo? —le dijo con cariño—. Ahora haz lo que te he dicho, Rodrick.

En cuanto el niño se fue, cabizbajo y arrastrando los pies, la expresión de Callum cambió totalmente. Se podía ver el enfado en él, la rabia que subía por su cuerpo y se reflejaba en su mandíbula apretada y los puños cerrados.

—Empiezo a pensar que no le gusta su hijo —dijo Joanna sin contemplaciones—, cada vez que estamos los tres juntos, tarda solo un instante en ordenarle que se vaya a otra parte.

Él la miró con su gesto férreo.

—Deja de decir sandeces —musitó entre dientes—. ¿Qué estás tramando, Janet?

Joanna abrió mucho los ojos, fingiendo no saber de qué le estaba hablando.

—¿Yo? ¿Qué habría de tramar? —preguntó—. Tan solo jugaba con el niño.

Él bufó como respuesta.

—Oh, jugabas —repitió con sarcasmo y después alzó un dedo amenazador

—. No quiero volver a verte cerca de mi hijo si lo que pretendes es usarlo para tus maquinaciones.

Eso, desde luego, sí le hizo daño a Joanna, que por primera vez en esa conversación no fingió su reacción de sorpresa.

—¿Usted me prohíbe a mí acercarme al niño? —repitió, alzando la voz y separando mucho las palabras—. Discúlpeme, pero usted no es quién para prohibirme nada, mucho menos que yo decida pasar tiempo con la única persona inocente y bondadosa de todo este... circo de piratas y concubinas. Aléjeme del niño si quiere, pero le garantizo que tampoco a él lo hará feliz eso.

Esa mujer lo sacaba de quicio. Lo lograba con tan solo abrir la boca, simplemente tenerla en frente ya lo hacía tensarse para anticiparse a la pelea que vendría, era algo que irritaba profundamente a Callum.

—El bienestar de Rodrick me importa más que nada en el mundo —replicó él con fiereza—. Y cualquiera de tus planes de arpía que pueda arriesgarlo de cualquier modo hará que tú misma pagues las consecuencias. No vuelvas a acercarte a los cautivos, Janet. No te lo diré una sola vez más. Si lo que quieres es dar rienda suelta a tus escarceos amorosos, tan solo dímelo y compartirás la palmera de al lado de tu amado Brendan; ninguno de los dos volverá a ver el mar.

Joanna rechinó los dientes al escuchar sus palabras. Sentía un cosquilleo en el brazo que le era muy ajeno, pero en realidad eso solo era el primero de los síntomas que anunciaban sus ganas de abalanzarse contra Callum y golpearlo. Se preguntó qué pensarían su padre o Daniel si la vieran hacer algo así y supo que no lo justificarían, ni siquiera por tratarse de Callum Smith, *el Despreciable*.

—No es mi amado, maldito pirata... pero en este momento le juro que me gustaría que lo fuera, tan solo para que usted viera confirmadas sus teorías y me dejara tranquila de una soberana vez.

—Controla tu lengua, Janet —advirtió él—. Estás a punto de cruzar una raya

que no te recomiendo pasar...

Ella hizo oídos sordos y comenzó a hacer aspavientos, alzando su voz aún más.

—¿Y sabe lo que le digo, Callum Smith? Que si tanto defiende usted la piratería, la libertad y la independencia, pues eso le daré. Haré lo que me venga en gana, ¿entiende? Jugaré con su hijo en este lado del campamento si eso es lo que se me antoja, o en cualquier rincón de la playa. En eso consiste ser un pirata, ¿verdad? —Joanna se acercó a él un par de pasos, hasta el punto de que él habría podido tocarla simplemente estirando su brazo—. Haré lo que se me antoje, ya que usted no me deja salir de aquí. Me tumbaré bajo el sol cada vez que sienta ganas de hacerlo, discutiré con usted si me aburro y me bañaré en el río desnuda si eso es lo que mi cuerpo me pide que haga. No crea que usted es el único capaz de jugar a esto, no, señor.

Joanna había terminado su discurso casi gritando y se sorprendió de que Callum hubiera permanecido quieto, mirándola con seriedad. Casi habría esperado que se acercara y tapara su boca con la mano, o que comenzara a gritar por encima de su voz. Aun así, él solo esperó y esperó hasta que ella, al parecer, se desahogó.

—¿Eso es todo? —preguntó al final.

Ella enarcó una ceja, preguntándose si le estaba tomando el pelo. Entonces llegó la parte en la que él alzó la cabeza y avanzó un paso hacia ella, intimidante y soberbio.

—Doy por supuesto que sí. Déjame entonces recordarte que esta es mi isla y que sigo siendo el capitán de mis barcos y de la tripulación, por lo tanto, me corresponde a mí decir qué puedes y no puedes hacer. Aun así, seré generoso y te concederé que hagas todo eso que has dicho. Puedes jugar con mi hijo donde quieras, venir a desafiarme en todo momento y, desde luego, bañarte desnuda en cualquier lugar de la isla, pero... —En este punto, Callum levantó su mano y, posándola con firmeza en la barbilla de ella, la forzó a mirarlo a los ojos de la misma forma en la que él lo estaba haciendo—. Eso quiere decir



que yo también tengo el derecho a ponerte en tu sitio cuando yo lo considere, a hacerte prisionera, a abandonarte en mitad del mar o en alguna isla cercana y desierta para que seas comida de peces ... Janet, no sabes a quién te estás enfrentando y eso es un gran error por tu parte...

Ella trató de revolverse, protestando.

—Por supuesto que lo sé... —trató de decir.

Pero él la interrumpió, agarrando su barbilla con más fuerza aún y acercándola a él bruscamente.

—Maldita sea —juró él—. Me temo que incluso debo tener el derecho de enseñarte a usar la boca para algo más que para decir sandeces...

Habría sido muy tonta para no esperar lo que vino después, pero la verdad era que jamás lo habría imaginado. Callum estaba enfadado, lo había provocado durante minutos, había sentido su calor y ella misma lo había abrasado con el fuego de sus palabras. Por eso su pulso no tardó más de un par de segundos en acelerarse hasta el límite cuando él tomó sus labios con fiereza. Quería hacerla callar, obligarla a escucharlo de una vez y entrar en razón... pero la verdad era que fue él mismo quien sintió su razón abandonarlo en el momento en el que esa dulce boca lo atrapó. Sus labios eran suaves y ligeramente salados, como el mar que él tanto amaba. Al principio, ella no reaccionó, parecía perdida y desorientada. Después, él comprendió que no podía parar tan fácilmente y colocó uno de los brazos de ella en sus caderas. Ella misma subió su otra mano alrededor del cuello del hombre, donde pudo percatarse de que también el pulso de Callum latía desbocado.

Él había imaginado que la besaría sin ferocidad, con la única intención de probar sus labios y quitarse de la mente la incógnita sobre su sabor, pero en su lugar se encontró con que ella comenzaba a responder poco a poco, hasta el punto de acariciar su piel también y moverse al salvaje ritmo que él marcaba. Callum introdujo su lengua en la boca de ella sin ningún tipo de pudor y el gemido que escapó de los labios de Joanna desvaneció un poquito más el escaso autocontrol que le quedaba en la mente. La excitación lo recorrió a una

velocidad increíble y cuando ella, acercándose aún más, hizo que sus cuerpos se rozaran, imaginó que la única manera de acabar con esa disputa era tenderla sobre ese mismo suelo, desnudarla y enseñarle que, si no quería llegar a un acuerdo con él por medio del diálogo, lo haría poseyendo su cuerpo, exprimiendo cada gemido y suspiro de placer que tuviera en este, haciendo que llegara al éxtasis tantas veces que olvidara lo que significaba discutir y llevarle la contraria.

Estaba a punto de comenzar a desabrocharse el cinturón para tumbarla sobre el mullido suelo cuando, repentinamente, algo cambió. Callum se percató de inmediato; el destino que él estaba imaginando ya no se daría; Joanna había tomado el control del beso, aprovechando que él parecía haberse distraído un momento. Lo que ahora compartían no era fuego ni lujuria. No era un beso brindado por dos cuerpos ardientes antes de consumir su deseo, no. Joanna besó sus labios con lentitud, acariciando su pecho con tanta suavidad que mil escalofríos lo recorrieron de pies a cabeza. Su boca sabía tan bien que Callum comenzó a temer cómo sería cuando tuvieran que alejarse, pero Joanna movió su otra mano hasta su nuca, donde enredó sus dedos entre sus oscuros cabellos. Todo era tan lento, tan conmovedor, que dejó de sentir el latido de su corazón. Joanna suspiró una vez más, pero ya no era la misma muchacha problemática y malcriada a la que él estaba acostumbrado a ver, no, sino que se trataba de una mujer tan decidida como dulce y pausada, tanto como sus besos.

Fue ella quien despertó primero del trance y se alejó de él, como preguntándose qué era eso que acababa de pasar. Callum volvió a la realidad un instante después al comprender que ella ya no lo besaba; lo sintió como un intenso vacío. Abrió sus ojos del color del agua marina y estos se clavaron en los labios llenos y de forma redondeada que adornaban una cara que parecía hecha de porcelana. Los enormes ojos oscuros de Joanna lo miraron, demostrando por primera vez fragilidad. Ella no podía fingir ninguna emoción en ese momento, no después de lo que acababa de suceder. Por suerte para Callum, él se encontraba algo más preparado que ella y decidió ponerle fin a

esa discusión de una vez por todas.

—Estoy harto de juegos, Janet —le dijo y su voz consiguió sonar suficientemente ronca a causa de la excitación, la frialdad estaba impresa en sus palabras—. Estoy tan harto que ni siquiera puedes imaginarlo. Hace diez años te habría dejado campar a tus anchas y comportarte como una princesita con tal de meterme entre tus piernas, pero ahora no; ya no. Sé sabía y aprende que nunca se muerde la mano que te da de comer... o las cosas no acabarán bien para ti.

Ni siquiera le dio tiempo a responder; el capitán pirata dijo estas palabras y, dándose la vuelta, desapareció entre los árboles de la selva tratando de no correr, aunque en esos momentos quería salir de allí tan rápido como fuera posible.

Joanna se dio cuenta entonces de que necesitaba llenar sus pulmones de aire, pues llevaba demasiados segundos conteniendo la respiración, desde que ese beso había terminado. Con los ojos aún abiertos como platos, se llevó las yemas de los dedos a sus labios y los sintió hinchados después de lo que acababa de suceder. De repente, oyó un sollozo y tardó unos segundos en percatarse de que provenía de su propia garganta, aunque este fue sucedido por otro aún más fuerte y sus rodillas cedieron a su peso. Sin saber exactamente por qué, Joanna Taylor comenzó a llorar, sintiendo sus manos temblar cada vez que recordaba lo que había sucedido. Las palabras duras resonaban en su mente, sus amenazas y los gritos que ella le había proferido, y supo que no podía seguir así, que ese hombre era peligroso y que ella llevaba demasiado tiempo jugando con el fuego que él representaba. Se prometió a sí misma cambiar su comportamiento, dejar de ser tan agresiva e intentar comportarse bien hasta que por fin pudiera escapar de esa maldita isla... pero aun así no pudo dejar de llorar en los siguientes minutos. Aún podía sentir con pasmosa claridad aquellos lugares en los que él la había tocado.

## CAPÍTULO 13

La había besado. Era descabellado, pero lo había hecho y había disfrutado con ello como nunca antes. La boca de esa mujer era tan adictiva, tan dulce y sensual que era imposible quitarse su sabor de encima, lo perseguía por todas partes, ese recuerdo lo acosaba por cada lugar al que iba. Él había sido rudo con ella después por el simple hecho de no saber sobrellevar la situación, jamás habría esperado sentir algo así con esa inglesa. Su corazón se había desbocado al contacto con sus labios y su deseo puramente carnal se había desvanecido en el mismo momento en el que ella había tomado el control del beso. Le había hecho sentir algo increíble, sus ganas de poseer su cuerpo habían sido relegadas a un segundo plano y tan solo había querido besarla, acercarla a él, sentir su calor...

No podía ser. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Cuándo antes había querido besar a una mujer para «sentir su calor»? Recordó a Bárbara y trató de rememorar cómo se sentía al besarla, pero su mente no conseguía hacerlo. Sabía que esa mujer nunca lo había amado como él a ella, que no había sido realmente suya y tampoco la había sentido como tal. Bárbara era alguien especial, alguien libre. Ella amaba a su manera, de un modo que nadie más lograba entender.

Callum era un hombre hecho y maduro, sabía perfectamente cómo distinguir un simple beso por impulso o por deseo, de un beso desesperado y con sentimientos contenidos, como el que había experimentado con Janet. Era cierto que esos «sentimientos» no se trataban más que de rencor y desprecio pero, aun así, esos no eran sentimientos caracterizados por conducir a la

pasión física, por lo que la situación era aún más peculiar.

¿Y si sucedía algo más entre ellos? Quizás era eso, tan solo debían darse una nueva oportunidad, tratar de conocerse. Era una mujer con carácter y un sentido del honor enorme que él admiraba. No era una persona a la que pasar por alto, desde luego, y lo sorprendía a cada momento, jamás hacía nada que él pudiera esperar o prever.

—¡Barco a la vista! —exclamó de pronto uno de sus hombres, que pescaba en la playa con una rudimentaria red—. ¡Barco a la vista! —repitió para que todos en la costa lo escucharan.

Callum se giró de inmediato y corrió para llegar hasta la costa y poder divisarlo él mismo.

—¿Amigo o enemigo? —preguntó, utilizando ambas manos como altavoz.

—No sabemos aún —respondió el pirata pescador—. Pueden ser nuestros hombres...

—Esperaremos. Preparad armas, en unos minutos sabremos de quién se trata.

Los segundos pasaron, pesados. Debían ser siempre muy cuidadosos respecto a quién se acercaba de la isla; para un pirata buscado por la Corona Inglesa y considerado uno de los hombres más peligrosos del Nuevo Mundo, toda precaución era poca.

Por fin, la forma del barco que se acercaba se hizo más que evidente y, ya lejos de las miradas curiosas y sin miedo a levantar sospechas sobre su verdadera identidad, la bandera blanca y azul de mero adorno para el barco cayó, dando paso a una enorme bandera negra con una calavera roja y una cruz a su derecha. Normalmente utilizaban una bandera falsa que les facilitaba la empresa de aproximarse a otros barcos y fingir ser aliados. No era hasta que se encontraban demasiado cerca como para que sus víctimas pudieran escapar, cuando repentinamente alzaban la bandera negra y roja que representaba a los Smith, y provocaban que la sangre del enemigo se helara de inmediato.

Todos se relajaron y los hombres comenzaron a hacer aspavientos desde la

costa, saludando a sus amigos, que llegaban en el Zunzún. Habían partido más de quince días atrás con la clara orden de averiguar la identidad de la mujer inglesa y los dos hombres que la acompañaban, así como de desterrar a Marian a la isla de Tortuga de nuevo. Eso no significaba, desde luego, que los piratas no hubieran tomado también algunos días para meterse en líos, visitar burdeles y tratar de hacerse con algunas monedas si era posible.

Callum sabía que sus hombres no habrían vuelto tan pronto si volvieran sin noticias. Habían averiguado algo, de eso estaba seguro; traían información sobre esa mujer y pronto descubriría si Janet era real o tan solo se trataba de un invento y una falsedad. Por primera vez, esta última opción lo asustó, pues fue consciente de lo que tendría que hacer con ella si resultaba ser una impostora. Tendría que matarla, estaba claro. Sus hombres no lo respetarían si volvía a perdonarle la vida después de haberlo hecho tras su intento de huida.

Quería saber si lo que ella le había contado era cierto, lo necesitaba... pero tenía miedo. Una parte de su mente casi sabía que Janet Everwood no existía, pues eran demasiadas casualidades juntas: esos modales tan poco propios de una sirvienta, su lengua afilada, Marian, que clamó que no era quien decía ser, los dos tripulantes que se negaban en rotundo a revelar ningún tipo de información sobre ella...

Cuando el barco Zunzún estuvo lo suficientemente cerca de la costa, los piratas echaron el ancla y un bote de madera se acercó con lentitud hacia la costa. La tripulación que se había quedado en tierra y sus mujeres se encontraban ya esperando también, sentados en la arena. Callum se giró y encontró a Allie y Cormac junto a Janet y Rodrick a unos cincuenta metros de su posición. Janet parecía nerviosa y sus ojos se movían de un lado a otro mientras parecía luchar por aparentar normalidad. Sabía que algo iba mal para ella.

Callum comenzó a sentir que las manos le sudaban y su mirada se dirigió una vez más hacia esa mujer inglesa que apenas un par de horas antes se había encontrado entre sus brazos.

—Tu vida ahora depende de que hayas sido sincera, Janet —susurró para sí mismo—. Lo único que puede salvarte ahora son tus propias palabras.

El primero en bajar de la embarcación para subirse en uno de los botes de madera del Zunzún había sido Herman Mueller, un pirata de ascendencia alemana que poseía un aspecto ciertamente refinado para tratarse de un lobo de mar. Se hacía llamar Herman Lidz en Port Royal y Hanton Krause en Tortuga y en las Antillas, se había unido a su tripulación más de siete años atrás y era astuto y hábil como nadie, pues se había criado en las callejuelas de Martinica, plagadas de piratas fugitivos y delincuentes.

Varios de sus hombres se adelantaron para ayudar a acercar el bote a tierra, en el que viajaban diez de los doce hombres que habían partido. Tampoco Marian estaba presente ya. No era extraño que algunos de los hombres se quedaran rondando las islas del Caribe durante largas temporadas, puesto que hacía un tiempo que Callum no navegaba en su Liberté y los hombres necesitaban independencia y diversión.

Incluso varios metros antes de llegar a tocar tierra firme, Herman localizó a su capitán y le lanzó una intensa mirada. Callum sintió que se le erizaba la piel, pero mantuvo la serenidad y asintió con la cabeza, dando a entender que sabía que tenían que hablar y que comprendía que Herman había descubierto algo importante.

Suspirando una última vez, Callum Smith se acercó a dar la bienvenida a sus hombres.

\*\*\*

Cuando Herman posó una mano en su antebrazo y lo miró significativamente, Callum supo lo que eso quería decir: había llegado el momento de hablar en privado. Asintió con la cabeza y sonrió a sus hombres, que comenzaban a embarcar de nuevo en el bote para llegar al pequeño barco con el que habían viajado y comenzar a descargar todas las provisiones que habían conseguido.

Herman caminó por delante de Callum, dirigiéndose a un lugar más apartado de la isla. A nadie le sorprendió, pues sabían a qué se debía ese viaje que habían realizado. Por eso precisamente Joanna miró a Callum una última vez antes de que este se diera la vuelta y comenzara a alejarse del grupo de gente. Durante el instante en el que sus ojos coincidieron, ella supo que estaba acabada. Lo sabía y pronto todos también lo harían. Allie acarició su espalda con suavidad, de forma disimulada, y se acercó a su oído.

—Sea lo que sea lo que hayan traído, no tengas miedo, todo irá bien.

Ella la miró, desconsolada.

—Me va a matar —susurró.

Los ojos de Allie se abrieron mucho. Así que era cierto. Ella había intuido desde el principio que su amiga podría no ser una sirvienta... pero ¿qué sería tan grave como para que Callum la matara?

—No lo hará —la tranquilizó, aunque esta vez su voz no sonó tan convencida como la anterior.

Los dos hombres se alejaron sin remedio hasta casi perderse de vista y el tiempo se detuvo para Joanna. Su respiración se volvió pesada, sus músculos comenzaron a agarrotarse. Era de esperar que la descubrirían tarde o temprano, seguramente su padre había movilizó a todo el Caribe para buscarla... y ella se encontraba justo en el único lugar lo bastante oculto como para que nadie pudiera hallarla jamás.

Varios minutos pasaron antes de que Callum y Herman volvieran. La multitud ya se había disuelto y los habitantes de la isla habían vuelto a sus quehaceres de nuevo, aunque se respiraba un ambiente enrarecido y una creciente tensión. La tripulación no sabía aún qué sucedía, pero esperaban enterarse de las nuevas cuanto antes.

Allie y Joanna habían permanecido en la playa, sentadas sin hablar. Por primera vez en semanas, Joanna tenía frío y se abrazaba a sí misma mientras apretaba los puños con creciente nerviosismo. Alzó los ojos hacia el lugar por el que Callum había desaparecido y lo vio volver a paso rápido, esta vez ya



sin Herman. Supo en ese mismo instante que lo sabía todo, lo pudo ver en la violencia con la que caminaba, con la que su rostro permanecía pétreo y serio. Joanna miró a Allie una vez más antes de levantarse y contempló que su amiga también parecía afectada, pues su cabello rojo contrastaba más que nunca con una palidez inusitada en su piel.

—Yo solo quería salvarme —le dijo con rapidez a su amiga y después sonrió tristemente—. No tengo la culpa de ser quien soy, ni de haber acabado naufragando en esta isla.

Allie no entendió esas palabras en ese momento, pero supo que lo haría después. Sonaba a despedida y eso era algo que no le hacía ninguna gracia. Esperaba que, pasara lo que pasase, Callum no perdiera el control y no se le ocurriera hacer alguna locura. Al menos, había algo que la tranquilizaba: sabía que era un buen hombre y, sobre todo, sentía que tenía sentimientos complejos hacia esa inglesa. Los había tenido desde que la había encontrado tirada en la arena.

Antes de que Callum llegara a su posición, Joanna se levantó de la arena y lo miró con rostro sereno, los ojos entrecerrados y los labios apretados. Aunque su fachada fuera tranquila, su mujer interior lloraba y se tiraba del pelo al pensar que acabaría siendo comida para peces en alguna de esas islas en la que nadie volvería a ver su cuerpo.

—Sígueme —le dijo él, sin ningún tipo de rodeo.

Joanna hizo lo que le ordenaba y ambos caminaron por la arena sin mediar palabra. Callum le daba la espalda, transmitiéndole frialdad. El cielo nublado pareció temblar en esos momentos y una fina llovizna que comenzó a caer los mojó en cuestión de pocos segundos.

Supo a dónde la llevaba, era obvio. Se dirigían a una de las dos cabañas situadas cerca de la playa, exactamente a la que había sido su primer recuerdo en esa isla: la cabaña en la que ella había despertado de su inconsciencia. Cuando llegaron, Callum abrió la puerta, la invitó a pasar con rudeza y, entrando tras ella, corrió la gruesa cortina tras su espalda con relativa calma.

Eso la asustó aún más que si, simplemente, la hubiera empujado dentro y hubiera roto la puerta de un golpe. Con esa extraña tranquilidad, Callum Smith le provocó miedo, al igual que sus siguientes palabras, pronunciadas con la mayor de las calmas:

—Encantado de tenerla en mi isla, lady Joanna Taylor. Es hora de que hablemos.

\*\*\*

Las nubes cubrían el cielo de forma casi completa y la lluvia comenzaba a tornarse molesta.

—¿Está usted segura de que se puede navegar en estas condiciones? —preguntó Elliott, lanzando una mirada desconfiada hacia el Belle Camille—. ¿Y si se avecina una tormenta? Podríamos naufragar.

Rebecca no pudo contener una carcajada que algunos de los hombres de su tripulación también compartieron. Ese hombre era un auténtico idiota. ¿Estaba temiendo naufragar a causa de una fina llovizna y un cielo apenas encapotado? Definitivamente, iba a ser mucho más fácil de lo que había pensado al principio.

El día de partida estaba ahí, Rebecca se había comprometido a llevar a Elliott Taylor hasta la isla de Callum Smith por una cuantiosa cifra de dinero *por cada día de viaje*. Esto, desde luego, era algo de lo que Rebecca pretendía sacar todo el partido posible. En realidad, no tenía ninguna intención de llevarlo a la isla de Smith, eso sería una traición hacia Callum, sino que navegaría con el inglés durante varios días, quizás semanas, y así le sacaría todo el dinero del que fuera capaz. Si Elliott tenía suerte de ser suficientemente estúpido, podría volver a Port Royal, desilusionado por no haber encontrado a su hermanita y más pobre que nunca... si por el contrario, no era tan afortunado, con toda seguridad Rebecca lo abandonaría en alguna de esas islas que encontrarían en su viaje y después volvería a su vida normal.

Menudo idiota: había que ser estúpido para confiar en un pirata, fuera este hombre o mujer.

—El tiempo mejorará —lo tranquilizó ella con voz suave al cabo de unos segundos—, es una lluvia pasajera.

Elliott asintió con la cabeza, aún dubitativo, y comenzó a subir por la pasarela que comunicaba el muelle con el barco de Rebecca en el puerto. Confiaba en encontrar a su hermana en pocos días, pues eso era lo que le había dicho a su padre que haría. Le había asegurado que no volvería a Port Royal sin ella y que era seguro que ese Callum Smith la había raptado. La casualidad era tan grande que hasta su padre había admitido que podía ser posible que ese pirata tuviera en su poder a la pequeña de los Taylor.

Junto a Elliott viajaban tres de los hombres de la guardia de su padre. Eran grandes, robustos y permanecían constantemente imperturbables, listos para intervenir en cualquier situación. A su alrededor, la tripulación de Rebecca se movía con rapidez, ultimando todos los preparativos para comenzar el viaje. Por primera vez, los piratas no estaban cometiendo ninguna ilegalidad, sino que se embarcarían en un viaje pagado por un noble que además los acompañaría en la travesía.

Una vez que todos estuvieron a bordo de la nave, Elliott se sintió tan fuera de lugar como lo habría estado en una carnicería de la ciudad, pero aun así trató de mantener la calma y confiar en que todo saldría bien. Su padre estaría orgulloso y todo Port Royal lo aclamaría... No en vano había creado un plan maestro para conseguirlo, en caso de que alguien pretendiera engañarlo.

El hombre tomó aire al comprobar que el gran barco comenzaba a moverse majestuosamente y Rebecca pasó por su lado, dando órdenes por doquier y gritando con autoridad. Las órdenes eran obedecidas con eficiencia y al instante por parte de su tripulación, pues parecía el tipo de mujer que jamás aceptaría un «no» por respuesta.

Contempló sus movimientos elegantes y recordó cómo varias personas de su entorno privado la habían acusado de piratería entre malintencionados

susurros cuando él había decidido contratarla para realizar ese viaje. Aunque no pudieran demostrarse, había demasiados rumores que no dejaban en buena posición la reputación de esa mujer: que era una saqueadora, una manipuladora, una ladrona... Aunque Elliott había tratado de cubrirse bien las espaldas para el viaje, no quería ser tomado por tonto, especialmente por esa mujer que, pese a ser una salvaje, como todos decían en Port Royal, tenía una apariencia sensual y exótica.

Elliott la observó pasear por la cubierta, armada con un sable en el cinturón de cuero y con un pañuelo rojo sujetando su cabello negro como la tinta, que caía en grandes bucles por su espalda. Su rostro severo no era más que otro desafío para Elliott, que se preguntó si sería muy difícil llevarse a esa mujer a su cama. Aún la estaba mirando de ese modo cuando ella se giró hacia él desde el otro lado de la cubierta y clavó sus ojos claros en los del apuesto hombre. Como Elliott esperaba, Rebecca no apartó la mirada, sino que la mantuvo fija en su rostro. Sonrió provocativamente cuando notó que los ojos de Elliott escrutaban sus pechos y bajaban por sus caderas y sus piernas; la pirata vio confirmadas sus sospechas sobre el tipo de hombre que era ese Taylor. Podía ver en sus ojos una invitación más que clara y probablemente pensaba que ella sería una más de sus conquistas. Rebecca rio solo de pensarlo.

—Eres un soberano idiota, Taylor —susurró para sí misma, aún sonriéndole con coquetería a ese hombre en la distancia y sin disimular su interés en absoluto—, verdaderamente estúpido.

## CAPÍTULO 14

La pequeña cabaña seguía igual que la primera vez que ella había estado allí: oscura y pobremente amueblada con un camastro y un taburete de madera. El olor a humedad comenzaba a colarse también dentro de la habitación.

—Te juro que te lo puedo explicar todo, Callum, te juro que yo...

Callum gruñó y clavó sus ojos azules en los oscuros de esa joven a la que, apenas unos minutos antes, había deseado creer con todas sus fuerzas.

—Has sabido quién era yo todo este tiempo, ¿verdad? —preguntó alzando la voz e interrumpiéndola.

Joanna suspiró.

—Sí.

—Tu padre mató a mi padre —dijo—. ¿También lo sabías?

Esta vez, la respuesta de Joanna tardó unos segundos en llegar, pero de nuevo fue afirmativa.

—Lo sabía —susurró lentamente.

Para su sorpresa, Callum soltó una risa en ese momento. Aunque, sin duda, fue la risa más amarga que ella había escuchado jamás. El pirata entrecerró los ojos y se pasó la mano por su abundante y largo cabello. Era tan grande, tan imponente... Joanna recordó una vez más que ese mismo día la había besado, que ella se había derretido en sus brazos tanto como él se había fundido en los suyos, que sus labios se habían rozado con tanta pasión e intimidad como podían experimentar un hombre y una mujer. Pero ella era otra persona esa mañana: Callum había besado a Janet, la dama de compañía

irrespetuosa y tozuda, y en ese momento ella era Joanna Taylor, la noble falsa y manipuladora. La hija del hombre que más daño le había hecho nunca.

—No me puedo creer que me dejaras hablarte de él. —Sus palabras destilaban desprecio—. Que me permitieras contarte la historia de mis padres, de todo lo que pasaron. ¡Maldición! No consigo entender que me escucharas, que me dejaras hablar de su maldito asesino y no me dijeras que tú lo conoces mejor que nadie y eres de su propia sangre.

Su voz se había alzado paulatinamente mientras hablaba y Joanna tomó la decisión de acercarse a él por primera vez, necesitaba que la escuchara, que la entendiera.

—¿Qué habrías hecho tú, Callum? ¿Lo habrías confesado todo desde el principio?

Los ojos de Callum brillaron con rabia.

—¿Te atreves a preguntarme qué habría hecho? Yo no soy como tú, yo no finjo ser quien no soy ni reniego de mi vida. Soy un pirata, hijo de pirata... para ti y los de tu clase soy una basura, el *Despreciable* Callum Smith. Pero no soy un mentiroso, Joanna Taylor, nunca lo he sido.

—Me habrías matado, Callum. Tú y todos tus hombres me habríais despedazado solo por ser hija de mi padre, por no ser como vosotros. Yo tan solo quería volver a casa, ¿no lo entiendes? Nunca he querido otra cosa. Solamente volver, llevarme a Brendan y al señor Jonathan conmigo, que todo vuelva a la normalidad tanto para tu gente como para la mía.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo habría hecho. Preferiste complicarlo todo. Seguro que te ha resultado muy divertido reírte de unos cuantos piratas que no son más que sucia escoria.

Los labios de Joanna se apretaron aún más.

—¡Hablas como si yo quisiera estar aquí! —rugió ella y lo señaló con el dedo acusadoramente—. Tú me has retenido contra mi voluntad desde el primer momento, Callum. Has limitado todas y cada una de mis opciones y yo solo he pretendido sobrevivir a toda costa.

El ceño de Callum se frunció. Por más que le molestara, Joanna estaba teniendo una parte indiscutible de razón.

—Prometí que te mataría si me mentías y lo has hecho.

—Mátame entonces —dijo ella con toda la entereza que fue capaz de reunir—, ni siquiera sé por qué no lo has hecho aún si eso era lo que querías desde el principio. Debes de sentirte muy bien sabiendo que tenías razón, que yo no era quien decía ser. ¡Mátame y dale a tu maldito ego esa satisfacción de una vez!

Los gritos de Joanna hicieron que Callum tomara aire y, acercándose a ella, la tomó por los hombros para evitar que se moviera. La tenía acorralada, sus manos fuertes la sujetaban con fuerza, apretándola contra la pared de esa cabaña. Sentía la respiración de Callum junto a la suya, su pecho se hinchaba por la ira y rozaba con suavidad el suyo con cada movimiento.

—¿Crees que mi ego tiene algo que ver con esto? —preguntó él agresivamente, aunque de un modo algo más contenido—. No quiero matarte, Joanna. ¿No te has dado cuenta? No quiero hacerte nada malo, no quiero dañarte.

Las rodillas de Joanna fallaron en sujetarla a causa del nerviosismo que estaba sintiendo en su interior en ese momento y fue Callum quien le sirvió de apoyo para no caer. Alzando los ojos hasta su rostro, Joanna contempló la mirada más sincera y desesperada que jamás había visto en el rostro de alguien. Sintió que conocía a Callum desde hacía años, que había visto ya todas y cada una de sus expresiones, y que de pronto la descolocaba ver una nueva.

No quería dañarla. Acababa de decirlo y parecía sincero, pero ¿qué era lo que iba a hacer en realidad? Un nudo se estableció en la garganta de la joven y notó sus ojos ligeramente empañados. Callum la contemplaba como si estuviera esperando ver algo nuevo en ella, como si la estuviera estudiando a conciencia.

—¿Qué habrías hecho tú, Callum? —repitió ella una vez más, aunque esta

vez lo hizo casi llegando al llanto.

Sabía que no podía confiar en ella, que le había mentido en infinidad de ocasiones, pero para su desgracia Callum no pudo aceptar que eso también fuera mentira. Sabía que había reacciones que esa mujer no podía fingir; como esa misma, el miedo que había mostrado cuando la había llamado por su verdadero nombre o la impulsiva reacción que había tenido cuando él la había besado. Entre ellos había algo, algo profundo que apenas comenzaba a descubrir, pero que se había forjado con los días y las semanas que habían transcurrido desde que él la había salvado de morir en la playa. Ambos habían errado, pero aun así los dos se encontraban pegados el uno al otro en ese instante, con las respiraciones agitadas y los ojos brillantes.

—Me estás haciendo perder la cabeza —susurró él y su voz fue tan ronca que Joanna se estremeció al oírlo.

Moviéndose de forma casi involuntaria, la joven se acercó aún más a su cuerpo. Fue un movimiento más bien reflejo, instintivo. Se estaba apoyando en él y Callum la cercaba de forma más protectora que agresiva ya.

Sentir su cuerpo pegado al suyo despertó una excitación inmediata en Callum, que clavó los ojos en esos labios cuyo sabor era lo único en lo que podía pensar. No era una buena idea pero, como acababa de decir, sentía que su cordura se escapaba de entre sus dedos por momentos. Acercó su rostro al de ella y Joanna, anticipando el acto, humedeció ligeramente sus labios con su lengua, aún con la respiración agitada. El instante en el que Callum rozó su boca fue realmente explosivo.

De inmediato, ambos se aferraron al otro y sus alientos comenzaron a batallar, liberando toda la furia y la tensión contenida solo en ese beso. Joanna gimió en voz alta y Callum respondió con más brusquedad aún, como si necesitara una respuesta activa por parte de esa mujer. Cuando obtuvo esa ansiada contestación al sentir los dientes de ella mordisquear su labio inferior con sensualidad, Callum se apartó unos momentos, tan solo para trasladar sus labios al suave y cremoso cuello de la joven. Joanna enredó sus dedos en el



cabello de Callum y lo acercó más a ella. El torrente de sensaciones que le sobrevino fue más intenso que nada que ella hubiera experimentado antes. Los labios de él la acariciaban, la mordían, la enloquecían.

Callum tuvo que volver a conducir su boca hacia la de ella, pues sentía que algo en su interior iba a estallar si seguía besándola en el cuello de esa manera. Gruñó y sus caderas, moviéndose, se apretaron contra el cuerpo femenino muy intensamente. Quería mostrarle hasta qué punto lo estaba excitando. Joanna gimió una vez más y él la tomó entre sus brazos y la alzó durante unos segundos hasta posarla sobre ese camastro que había servido para la recuperación de ella algo más de un mes atrás.

Callum no dejó de besarla en ningún momento y con una de sus manos contorneó la esbelta figura de la muchacha, lo que arrancó aún más suspiros de deseo y disfrute de esos dulces labios. Quería hacerla suya de la forma más sincera del mundo, sin que ella pudiera fingir ser una persona distinta, sin que él pudiera pretender sentir algo que no fuera cierto. La quería desnuda bajo su cuerpo o sobre él, no le importaba. Quería hacerle el amor como nunca se lo había hecho a nadie, de un modo tan primitivo, tan lento que ambos tuvieran que forzarse a sí mismos a disfrutar de cada pequeño instante del acto.

Con un movimiento experto, Callum enterró su mano bajo el vestido de lino de Joanna y atravesó todas las capas de ropa hasta llegar a su feminidad. La besaba suavemente ya, sin tanta insistencia, y se recreaba con cada sonido que ella emitía con sus ojos cerrados, tan solo en busca de placer. Cuando por fin la tocó, la sintió tan húmeda y suave que su propia excitación llegó hasta un límite en el que nunca se había visto. La acarició y ella soltó una exclamación, sorprendida. Joanna abrió los ojos, como si de pronto estuviera despertando de una ensoñación en la que había caído sin darse cuenta y lo miró, confusa y repentinamente incómoda.

Callum frunció el ceño cuando ella cerró las piernas y se apartó de él unos centímetros. El hechizo de pasión pareció desvanecerse en ese mismo segundo, pues Joanna dio la impresión de estar más asustada que excitada.

—No... —susurró.

Ella no sabía mucho de lo que sucedía entre mujeres y hombres cuando se dejaban llevar por la pasión, pero todo apuntaba a que lo que pasaba era exactamente lo que Callum y ella estaban a punto de hacer. Fue consciente de que, por unos instantes, ese hombre le había parecido el ser más brillante que nunca había visto. Todas las sensaciones que él le provocaba eran increíbles y reconocía que durante unos minutos había perdido la consciencia del mundo y probablemente habría hecho cualquier cosa que él quisiera... pero de repente había despertado a la realidad de lo que sucedía: Callum había descubierto la verdad sobre su identidad y había dicho que la mataría, después la había besado y la escena se había tornado más la imagen de una noche de bodas que la de dos enemigos negociando.

Oh, no, ¡su noche de bodas! Joanna había estado a punto de arruinar su pureza con ese pirata en vez de con su prometido... y lo peor era que había estado más que dispuesta a hacerlo tan solo unos instantes antes.

—¿Qué sucede? —preguntó Callum, que aún permanecía confuso y cuya sangre no se había enfriado en absoluto.

—Yo... —Joanna se quedó en blanco. Quería decirle que eso era un error, que besarse y tocarse era una locura porque se odiaban, pero ninguna de esas palabras salió por su boca—. Yo nunca antes he estado con un hombre.

Callum la miró fijamente y enarcó una ceja, confundido. Era cierto que, como sirvienta, jamás había visto a Janet inocente en ese sentido, pero ahora, como lady Joanna, la situación era muy diferente. Podía ser que ella nunca hubiera...

—Me dijiste que estabas prometida —dijo con voz desconfiada, sin saber si ese era uno más de los trucos de esa mujer.

—Lo estoy —respondió Joanna—, prometida, no casada aún. Solo he visto a Daniel tres veces y nunca hemos compartido contacto físico.

—¿Y el chico de la tripulación? ¿Brendan?

Bufando, Joanna se levantó del camastro y se cruzó de brazos para mirarlo

desde cierta altura.

—Te he dicho que jamás he tenido nada que ver con él. Nada en absoluto.

Callum se levantó también, asintiendo con la cabeza. Parecía pensativo y Joanna se sorprendió a sí misma al recordar algo que todos sabían: los piratas eran saqueadores, salvajes y también violadores, no podía olvidarlo. Callum había parecido tan fuera de control como ella unos minutos atrás, como si la deseara tanto que le doliese... pero había parado de tocarla en el mismo momento en el que ella se había apartado. ¿Podría ser que no todos los piratas hicieran ese tipo de cosas?

Era virgen. No era algo con lo que Callum hubiera contado ni siquiera un segundo, pero eso lo apartaba de ella. Debería guardarse su excitación dentro de los pantalones y atarlos con ocho nudos marineros pues, si esa mujer estaba intacta aún, no podía ser él quien la tocara. Para lo que tenía planeado hacer con ella la necesitaba así, era lo mejor para todos. El pirata suspiró, asintiendo con la cabeza, y después se alejó varios pasos de ella. Miró a Joanna con una dureza renovada, como si de pronto hubiera olvidado todo lo que acababa de suceder, aunque en su interior sus besos fueran lo único en lo que podía pensar.

—Te quedarás aquí toda la noche —ordenó de pronto con voz impersonal—. Ni te molestes en tratar de salir, tendré a tres hombres en la puerta de guardia y me van a decir cada uno de tus movimientos al detalle.

—Pero ¿qué va a pasar conmigo?

—Lo sabrás pronto, *lady* Joanna. Mientras tanto, tendrás que disfrutar de tu encierro.

Una sonrisa cruel se dibujó en el rostro de Callum, que disfrutaba del fastidio y de la ignorancia de Joanna en esos momentos.

—¿Me vas a dejar metida en esta cabaña, sola?

—Vendré a hacerte alguna visita, si eso te ilusiona más.

Ella alzó la cabeza con dignidad. No pensaba dejarse pisotear. No tenía ni idea de lo que él pretendía hacer con ella pero, si quería matarla, más le valía

comenzar cuanto antes.

—¿Visitas como esta? ¿Para amenazarme y después abusar de mí?

Sabía que quería provocarlo, lo sabía más que de sobra. Ella era así, le gustaba jugar en el límite. Tan pronto como había visto que no pensaba hacerle daño, volvía a su infantil juego de niña para hacerlo caer en su red, para hacerlo sentir estúpido una vez más. Y lo peor era que ya ni siquiera disimulaba sus intenciones. Ahora que había quedado claro quién era ella, probablemente se sentía con todo el derecho a tratarlo con la punta del zapato.

—No parecía que yo estuviera abusando de ti hace unos minutos —murmuró Callum, apretando los dientes para controlar la rabia que le provocaba que ella hubiera insinuado eso—. Si fuera por ti, te garantizo que ahora mismo estarías gimiendo y rogándome al oído, más bien suplicándome, que te haga una mujer cuanto antes. Que te toque y te bese en todas partes.

Joanna enrojeció, aunque su capacidad para componer una expresión más o menos activa fue notable, pues aun así no alteró demasiado su rostro.

—Eres un vulgar y un atrevido.

—Soy un pirata, *mi señora* —anunció Callum con una sonrisa leonina en los labios—, y tú eres ahora mi prisionera más distinguida. Por cierto, *Joanna* —dijo arrastrando las palabras, no podía evitar decir su verdadero nombre con un deje de desprecio en su voz—, espero que hayas disfrutado mucho de la luz del sol durante este tiempo, pues es la última vez que la verás en esta isla.

Joanna apretó los puños, contemplando impotente cómo Callum abría la puerta y desaparecía por ella sin ninguna otra palabra, sin ningún gesto más. Lo único que la joven pudo hacer fue dejarse caer una vez sobre ese camastro y cubrir su cara con las manos, desesperada y sin saber qué iba a pasar con ella a partir de entonces.

Desde fuera de la cabaña, Callum escuchó por primera vez el llanto de Joanna, pero fue capaz de ignorarlo y seguir andando sin mirar atrás de nuevo. Ya había tenido suficiente.

\*\*\*

Allie se encontraba sentada sobre la cama que compartía con Cormac, nerviosa. A su lado, su marido se desvestía tranquilamente, preparándose para acostarse.

—Me parece exagerado —musitó la joven, suspirando—. Callum está perdiendo el norte. ¿Cómo va a encerrar a Janet permanentemente en una cabaña? No puede haber hablado en serio...

—Ella ya no es Janet, Allie, se trata de una noble inglesa importante, y más aún para la familia de Callum.

—Oh, vamos, ¡Cormac! —exclamó Allie, mirando a los ojos a su marido desde la cama—. ¡Lo único que ha cambiado de una hora para otra ha sido su nombre, pero sigue siendo la misma persona! No me importa que sea Janet, Joanna o la reina de Inglaterra. ¿Acaso soy yo la única que no le da importancia a su apellido?

Cormac suspiró, calmando aún más su propia voz ante la efusividad de su esposa.

—Estamos hablando de Callum, sabes que no soporta la falsedad y ella... ha estado mintiendo desde el primer momento en el que llegó aquí. No ha hecho más que causar problemas, Allie.

—¡Pues a mí no me ha causado ninguno! —Allie estaba decidida a defender a su amiga—. Es una joven amable, trabajadora, inteligente y mucho más cariñosa con Rodrick que nadie más en esta isla. Es una buena persona, Cormac, y ahora Callum la ha encerrado para quién sabe qué...

Cormac se sentó junto a su mujer en la cama. Allie parecía mortificada por la situación y no era algo agradable de ver, pues sabía que la relación entre las dos muchachas había sido estrecha.

—Callum cambiará de opinión, ¿de acuerdo? —la intentó tranquilizar—. Intentaremos algo para que tú puedas entrar a la cabaña y estar con ella, no la vamos a dejar sola. Y respecto a Callum... sé que no quiere hacerle daño,

pero es terco como una mula y no dará su brazo a torcer tan fácilmente.

—Lo sé —suspiró Allie.

Cormac, situado junto a ella, la miró a los ojos y acarició su mejilla con su mano. Últimamente sentía una intimidad más grande de lo normal con su mujer y, pese a haberse convencido a sí mismo mil veces de intentar no ir demasiado lejos, había momentos en los que tan solo no podía controlar sus emociones. Allie también alzó su rostro y ambos se observaron. Al final fue ella quien dio el primer paso y, aproximando sus labios a los de su marido, lo besó con suavidad. Cormac respondió al instante. No era la primera vez que lo hacían, pero el contacto físico entre ellos no era habitual, siempre parecía haber una barrera invisible que los separaba al uno del otro y que ninguno de los dos sabía cómo saltar.

Allie se había preguntado infinitas veces si el problema estaba en que su marido no sentía deseo por ella, pero cuando sus labios la besaban y sus manos la acariciaban, parecía difícil de creer que ella pudiera no gustarle de ese modo.

Tras unos intensos segundos, lo mismo de siempre sucedió una vez más: Cormac se alejó poco a poco hasta finalizar ese beso y se puso en pie, probablemente para interponer algo de distancia entre ellos. Eso era lo que él hacía cada vez que parecía que fueran a compartir un acto de verdadera intimidad entre ambos y, en cada nueva ocasión, Allie sentía su orgullo un poquito más herido.

—Creo que iré a hablar con Callum ahora mismo —dijo Cormac, evidentemente nervioso. No la miraba a los ojos.

Allie tardó unos segundos en reaccionar y entender lo que acababa de decir su marido y entonces, por primera vez en todo su matrimonio, quiso vencer su timidez y preguntarle directamente a Cormac cuál era el problema.

—¿Por qué ahora? Probablemente esté acostado ya.

Cormac se quedó en silencio unos segundos. Por supuesto que no iría a hablar con su amigo en esos momentos, pero necesitaba salir de ahí,

necesitaba dejar de sentir la piel de Allie sobre la suya para poder pensar con claridad.

—No lo creo, estará demasiado nervioso para dormir.

Comenzaba a ponerse de nuevo su camisa cuando la joven pelirroja se puso en pie también y llegó hasta él en un par de pasos.

—Cormac... ¿qué sucede? —preguntó, entornando los ojos—. ¿Hay algo que te haga... perder el interés?

Él enarcó una ceja rubia y terminó de colocarse su camisa de lino, que olía agradablemente a jabón de grasa y coco. Centró sus ojos claros en los de su esposa, sin entenderla.

—¿Perder el interés? ¿A qué te refieres?

Le costó pronunciar esas palabras, pues ella siempre era directa en todos los aspectos de su vida... menos con Cormac. Con él, la timidez se apropiaba de ella como nunca le había sucedido antes.

—Quiero decir que, cada vez que tú y yo estamos juntos... —Tomó aire—. Me refiero a que cada vez que nos acercamos lo suficiente, tú huyes. Siempre me separas de ti, como si no quisieras que...

—Oh... —Él comprendió de pronto y las palabras de su mujer lo hicieron sentir ligeramente avergonzado también, pues nunca antes habían tratado ese tema—. Verás, Allie, yo no quiero incomodarte. No quiero que sientas que tú estás obligada a hacer algo.

Allie contuvo el aire en sus pulmones al escuchar su cálida voz.

—¿Y si no me siento obligada? —preguntó con un susurro—. ¿Y si yo quiero hacerlo?

La mirada de Cormac cambió y por primera vez el calor de sus palabras comenzó a aposentarse en su interior, y le transmitió una confianza y una seguridad en sí mismo que le eran ajenas desde que había conocido a Allie.

—¿Quieres?

Ella solo asintió con la cabeza y eso sirvió como la señal que despertó por fin a Cormac de esa férrea creencia en la que había vivido durante meses, con

la idea de que Allie era su mujer por mera obligación y que eso nunca llegaría a funcionar correctamente, aunque ambos tuvieran una relación cordial y cariñosa. Con lentitud, él volvió a quitarse esa camisa de nuevo y sonrió complacido cuando Allie lo ayudó a hacerlo. Posando las manos en su pecho, la joven lo acarició con lentitud y él volvió a besarla, esta vez sin guardarse nada, tan solo disfrutando de la sensación, de no reprimirse más. Cuando ambos llegaron hasta la cama sin separarse ni un instante, Allie supo que todo cambiaría a partir de entonces y se arrepintió de no haber tomado esa decisión meses antes, cuando había comenzado a albergar sentimientos por él. Confiaba en su marido y lo hacía de verdad, pues por primera vez se abandonó a él en cuerpo y alma. Ambos lo hicieron.



## CAPÍTULO 15

El encierro no fue tan malo como Joanna esperaba, en especial desde el momento en el que comenzó a recibir visitas inesperadas de Allie, la pequeña Lizzie o de Rodrick. Realmente, no sabía si Callum estaba enterado de que ellos entraban en la cabaña de vez en cuando para hablar con ella, llevarle regalos —alguna comida especial, frutas escondidas entre sus vestidos o bonitas conchas marinas— o tan solo hacerle compañía, pero estaba convencida de que, si todo eso lo hacían a espaldas del capitán, este lo acabaría descubriendo y se enfurecería de verdad.

Durante su séptimo día en la cabaña, el pequeño Rodrick llamó a su puerta más emocionado que nunca. El niño tenía los ojos azules y brillantes, y su cabello aún estaba despeinado, como si se acabara de levantar. Joanna abrió la puerta y recibió al niño, cruzando una mirada con Ojotriste, que era encargado de guardar su puerta en ese momento. El hombre apretó los labios, incómodo, cuando ella también lo miró, pero no le impidió al niño abrazar a Joanna y entrar con ella en esa pequeña casita. Parecía más bien dividido entre dos opciones: obedecer ciegamente a su capitán o a su sentido común.

Cuando el pequeño cerró la puerta tras de sí, Joanna pudo apreciar por primera vez que él llevaba una cajita escondida dentro de su camisa y ella lo miró, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó con curiosidad.

Esbozando una enorme sonrisa a la que le faltaba un diente de leche, Rodrick sacó la caja y se la mostró a la joven. Joanna se sorprendió al encontrar frente a ella un tablero de ajedrez de madera de un tamaño portable. Saltaba a la

vista que se trataba de un objeto muy valioso, pues estaba decorado con adornos de oro en los bordes y los cuadrados rojos y blancos brillaban como si se tratara de un tablero nuevo, pese a que su antigüedad era obvia.

—¿De dónde has sacado esto, Rodrick? —preguntó Joanna, maravillada.

—Lo he cogido de la cómoda de padre —respondió el pequeño—, pero no te preocupes, nadie me ha visto hacerlo. ¿Quieres que juguemos?

Solo un niño podría sustraer algo de las pertenencias personales del pirata más temido de todo el Caribe y no mostrar ningún signo de miedo en su rostro. Joanna debía reconocer que, por lo que ella había visto, Callum era un buen padre para Rodrick: pasaba tiempo con él, le enseñaba a pescar y a tender trampas para animales pequeños, pero también a interpretar cartas náuticas y a leer. Callum siempre parecía pendiente de sus propios asuntos pero, aun así, no había momento en el que no tuviera un ojo puesto en el pequeño para controlar que todo marchaba correctamente y eso era algo que ella admiraba.

A ella, su padre siempre la había tratado con cariño, aunque con distancia. El ser mujer y la rigidez de la sociedad nunca le habían permitido sentirse realmente unida a un juez demasiado ocupado e importante como para perder mucho tiempo con su pequeña hija, ni siquiera después de la muerte de su esposa.

Joanna no tardó en mover la pequeña mesita auxiliar que había junto a su cama y la colocó en el centro de la minúscula cabaña, para tener así un lugar en el que poder apoyar el tablero de ajedrez. Agarró dos taburetes de madera y los colocó a ambos lados de la mesita, sin pensar en absoluto en el mal humor de ese pirata, sino centrándose en jugar y pasar un rato agradable junto a Rodrick, que parecía emocionado por haber encontrado por fin a una compañera en la que confiar y con la que sentirse seguro.

Ese día jugaron al ajedrez durante horas, y lo mismo hicieron al siguiente. El tercer día, también Allie se sumó al juego, alternando turnos y, poco a poco, Joanna comenzó a recuperar la fe. Pensó que saldría de allí, que tarde o temprano Callum entraría en razón, la perdonaría y la dejaría volver a

incorporarse a las labores de la isla.

Era curioso, pero la verdad era que Joanna extrañaba mucho ayudar a preparar la comida, ir al río con las otras mujeres para charlar al lavar la ropa o pasear por la arena sin que nadie la molestara, sintiéndose en paz. Intentaba negárselo a sí misma con fuerza, pero había llegado a amar esa vida sencilla: sin asistir a reuniones aburridas, sin tener que mostrarse amable con gente que no le agradaba, sin asfixiarse con el corsé constantemente... y, de un modo que casi la asustaba, había descubierto en un rincón de su mente que también le tenía cariño a ver a Callum todos los días, a discutir con él, a reírse al recordar sus absurdas disputas, a observar al hombre desde la distancia mientras él caminaba solo en la playa o jugaba con Rodrick... Eran pequeños detalles que se habían guardado en su memoria y la atormentaban cada nueva mañana, encerrada en esa estúpida cabaña.

Odiaba a Callum por haberla dejado ahí, por no enviarla a su casa de nuevo, por no decirle lo que estaba sucediendo y lo que quería hacer con ella. Odiaba a Callum porque le había entregado una nueva vida, algo completamente distinto y apasionante para ella... y después, sin ningún miramiento y de la forma más brusca, pretendía arrebatársela.

\*\*\*

Callum había tratado de visitarla lo menos posible en esos días. Se sentía furioso con ella, incluso traicionado por esa mujer que había despertado en él las tempestades más encrespadas y los sentimientos más contradictorios. Aun así, acudía a su cabaña de vez en cuando y se quedaba parado en la puerta con frecuencia, dudando de si entrar o no hacerlo. Todo el mundo le había dicho ya que, aunque creyeran que él no se estaba dando cuenta, la mitad de los habitantes de la isla la visitaban de vez en cuando. Por los siete mares, ¿acaso no guardaban ningún tipo de rencor por lo que ella representaba?

Había hablado, de hecho, con alguno de los hombres de su tripulación. Ellos

eran simples y así mismo era su razonamiento: esa mujer encajaba en esa isla y se había ganado poco a poco la confianza de la mayoría de ellos. ¿Por qué mantenerla encerrada? ¿Por qué no dejarla decidir?

Ellos eran piratas y, como tales, lo único que querían era poder salir al mar. Atacar otros barcos, saquearlos, hacerse con algo de oro y poder gastárselo en mujeres y tabernas antes de volver a la isla para descansar bajo el sol. Esa era la vida que él, como capitán, les había prometido... y que últimamente no estaba cumpliendo, al menos no desde la batalla en la que él había salido herido y tras la que decidió tomarse un tiempo de descanso.

La idea de salir al mar llevaba días en su mente. Tenía que arreglar de una vez por todas el asunto de qué sucedería con Joanna y a la vez se sentía en la obligación de entregarles un poco de carne fresca a sus hombres. Aunque solo se tratara de unos días de navegación para despejar el alma. Sabía lo que tenía que hacer para eso: debía ir a Port Royal y lo haría muy pronto.

Decidió visitar a Joanna, pasar por su cabaña, entrar y verla. Sin entretenerse demasiado, sin parecer interesado. Bastante había tenido ya con esos dos momentos en los que había sucumbido a su debilidad y la había besado. Dos ocasiones en las que, debía reconocer, también ella lo había besado a él.

Se sorprendió al llegar a la cabaña, pues Denton, el muchacho encargado de vigilar a Joanna esa tarde, se encontraba a varios metros de sus responsabilidades, sentado en la arena y acompañado de su esposa Lizzie. Ambos se encontraban tan abstraídos en su pequeño mundo de enamorados que ni siquiera se percataron de que Callum había aparecido. Eso le daba una pista al pirata de cuál era el grado de vigilancia que había sobre Joanna. Podría ser que, aparte de recibir visitas, incluso la propia muchacha hubiera salido ya de su encierro.

—¿Es que nadie va a obedecer al capitán? —preguntó, hablando para sí mismo.

La cabaña se encontraba cerrada tan solo por una gruesa cortina, a diferencia

de las pequeñas casitas que se encontraban en el interior de la isla formando su campamento y que servían de residencia para todos los piratas. Esas edificaciones eran algo más regias y contaban con puertas y ventanas, además de otros elementos útiles para la vida diaria.

Carraspeó ligeramente para avisar de su llegada y acto seguido agarró la cortina entre sus dedos. A decir verdad, lo que encontró dentro de la cabaña no le causó tanta impresión como debería, pues él mismo había permanecido impasible cada vez que alguno de sus hombres le decía que habían visto a Allie o a Rodrick entrar a hurtadillas en la cabaña de Joanna. Una extraña escena se desarrollaba en el interior de esa casita: la mesita auxiliar ahora estaba en el medio de la sala y sujetaba un juego de ajedrez. A ambos lados de la mesa, dos jugadores se encontraban tan inmersos en la mitad de una intensa partida que no se percataron de su presencia allí hasta que un fuerte rayo de luz entró en la cabaña e iluminó el camastro, cuyas sábanas se encontraban perfectamente estiradas sobre el simple colchón.

Los dos jugadores se quedaron en silencio al observar al pirata: Rodrick abrió los ojos desmesuradamente y su labio inferior comenzó a temblar, nervioso. Joanna tan solo tomó aire y mantuvo la mirada afilada y azul de Callum con firmeza.

—Padre... —susurró Rodrick al instante con la expresión perfecta del niño a quien acaban de descubrir haciendo algo indebido.

Callum apretó los labios con fuerza.

—¿Os estáis divirtiendo? —espetó con seriedad.

La prioridad de Joanna fue que Callum no descargara su furia contra Rodrick y que tampoco lo hiciera en ese momento. Estaría encantada de soportar sus reproches por haberlo desobedecido más tarde, cuando se encontraran a solas.

—Sí, de hecho, lo hacíamos hasta que has interrumpido nuestro juego. Rodrick lo estaba haciendo muy bien, casi había conseguido ganarme.

Callum entornó los ojos al comprender que Joanna trataba de desviar su enfado hacia el juego de ajedrez y no pasó por alto que su mano envolvía de

forma tranquilizadora el brazo derecho de Rodrick. El gesto lo conmovió, hacía mucho tiempo desde que una mujer había tratado con tanta delicadeza y suavidad a su hijo. Aun así, le molestó el hecho de que ella creyera que podría perder los papeles en frente del pequeño, Rodrick nunca había visto a su padre enfadado ni actuar de forma incorrecta. Era un pirata, sí, pero le había dado y aún le daba a su hijo la educación más esmerada que había podido conseguir: desde pequeño le hablaba al niño sobre valores, respeto y cariño. Su hijo no carecería de moral por ser quien era.

Joanna alzó una mano ante el silencio del pirata y señaló gentilmente hacia el camastro.

—Puedes tomar asiento, la partida está a punto de finalizar.

La joven no habría esperado ni en un millón de años que Callum la escuchara, de hecho, veía como más probable la opción de que abandonara la cabaña con furia contenida y volviera más tarde para decirle que se había metido en un buen problema... pero al contrario de lo que su mente le decía que haría, Callum caminó dos pasos y se sentó con delicadeza sobre ese incómodo colchón. Después hizo una inclinación de cabeza, invitándolos a proseguir con el juego.

Joanna se sentía nerviosa, los ojos de ese hombre se clavaban en ella, seguían cada uno de sus movimientos. Sentía una extraña tensión al tenerlo tan cerca, como si los centímetros que los separaban no existieran. Ella levantó la mano y agarró el alfil de madera tintada de color rojo, después lo colocó un par de casillas hacia delante en el tablero. Rodrick compuso una sonrisa traviesa al verlo.

—Oh, ¡no! —Joanna se llevó una mano a la cabeza, fingiendo arrepentirse de su último movimiento—. ¡No lo he pensado lo suficiente!

—¡Demasiado tarde, Joanna!

El pequeño sacó la lengua para pensar mejor y este gesto hizo que Callum sonriera, sin moverse de su posición, alejado un par de pasos. Rodrick agarró con sus manitas de uñas cortas uno de sus caballos y al instante eliminó el alfil

de la joven. Después aplaudió con alegría.

—No me lo puedo creer —se lamentó Joanna.

La muchacha giró su cabeza hasta encontrarse una vez más con Callum, que permanecía callado. Su mirada era inescrutable y ella pensó en lo mucho que le habría gustado saber qué estaba pensando en ese momento.

Cuando la partida terminó y Rodrick ganó esa vez, Joanna se puso en pie por fin. Callum también lo hizo y ambos quedaron frente a frente mientras el niño recolocaba las piezas sobre el tablero con gran concentración en hacer correctamente.

—¿Qué vas a hacer, Callum? —preguntó ella en voz baja, alzando la barbilla—. ¿Vas a pedirle a tu hijo que se vaya, como haces siempre, y te dedicarás a mortificarme aún más?

Él se aclaró la garganta y le dirigió una mirada a su pequeño hijo, que parecía más feliz de lo que había estado en años. Por fin alguien lo escuchaba y pasaba tiempo con él y ni siquiera lo hacía porque él se lo hubiera pedido. Joanna se portaba bien con él y lo hacía por propia iniciativa, como si de verdad quisiera a ese niño.

Para su sorpresa, él negó con la cabeza y pasó por su lado. Después tomó asiento en el taburete que ella había dejado libre y esbozó una sonrisa al dirigirse al niño. Hacía tiempo que no dedicaba tiempo a jugar al ajedrez con él, pese a ser algo que Rodrick le había pedido con frecuencia en los últimos meses. Callum le había enseñado a jugar un par de años antes y el niño había practicado en varias ocasiones también con otros miembros de la tripulación, por lo que no le sorprendía que fuera bastante bueno para ni siquiera haber cumplido aún ocho años.

—En absoluto, señorita Taylor. Creo que yo también me merezco un momento de diversión, ¿no estás de acuerdo? Puedes sentarte si así lo deseas, tampoco tienes muchas más opciones, ahora que lo pienso. —Después observó a Rodrick y acarició cariñosamente su cabellera morena—. Enséñame lo que sabes hacer, hijo. Blancas comienzan el juego.

## CAPÍTULO 16

Joanna golpeó suavemente sus labios con la yema de su dedo índice sin perder de vista el tablero de juego. Era algo que solo hacía cuando pretendía aparentar que se había quedado sin ideas, pero en realidad Callum sabía que en esa cabeza de tirabuzones morenos, la joven inglesa ya tenía muy clara la jugada que haría. Creía que podía engañarlo y, a decir verdad, lo había conseguido en las primeras partidas que habían jugado: Joanna fingía deliberar cuando en realidad solo pretendía impacientar a su oponente o en otras ocasiones movía una ficha con gran seguridad cuando algo en sus ojos manifestaba que estaba actuando a ciegas. Esa mujer era fascinante.

—¿Piensas hacer tu jugada de una vez? —la instó Callum, exasperado.

Era de madrugada, llevaban horas jugando y Rodrick reposaba en el camastro, durmiendo desde hacía un par de horas. Jugar al ajedrez se estaba convirtiendo en una costumbre que practicaban a diario desde hacía días y a Joanna no dejaba de sorprenderle que ese pirata fuera tan fiero y competitivo. Ella también lo era a su manera pero, más que por eso, el hecho de ganar un gran número de veces al ajedrez venía dado por su mentalidad aplicada y carácter serio.

—Voy a hacerlo, dame un segundo.

Siguió golpeando su labio unos instantes más y Callum tomó aire, molesto. Joanna era toda una estratega.

—Mi padre decía que puedes saberlo todo de un hombre tan solo por el modo en el que juega al ajedrez.



Joanna sonrió sin mirarlo a la cara y, de repente, se adelantó para mover su torre unas cuantas casillas a la derecha. Eliminó al caballo de Callum.

—Agradezco no ser un hombre, entonces.

Él alzó la cabeza y sus ojos brillaron unos instantes, divertidos por lo que ella acababa de decir y hacer. Joanna era una caja de sorpresas y, si él no se andaba con ojo, iba a ganarle esa partida. Habían jugado cuatro veces ya ese día y dos de las partidas las había ganado Joanna. Esa sería la última por ese día.

—Estoy pensando en que deberíamos apostar algo —comentó ella de repente mientras Callum planeaba su próximo movimiento.

El pirata alzó la mirada hasta clavarla en ella. Joanna había perdido ya todo rastro de Janet en ella, ya no quedaba ni una pizca de la sumisión y la obediencia propias de una criada, ahora se encontraba frente a una mujer fuerte y vestida con ropas gastadas y anticuadas, pero aun así conseguía imprimir en cada centímetro de sí misma una elegancia que él jamás antes había visto en nadie más.

—¿Apostar algo?

La propuesta de ella sonaba casual, pero no lo era. Joanna había pensado en eso desde hacía cuatro días exactamente.

—Jugar por jugar es aburrido, un buen modo de entretener a Rodrick, eso desde luego. Pero los adultos juegan de otro modo, ¿verdad?

Una risa ronca escapó de los labios de Callum, que dudaba que esa dama inglesa tuviera la más remota idea de lo que significaba para los adultos «jugar». Fingió volver a centrarse en el juego.

—Te escucho.

—Si gano esta vez, me dejarás salir de aquí.

—Ni hablar —respondió él de inmediato.

—¿Temes perder?

—Eso no es una apuesta. Estás aquí por una razón y tu estado no es negociable.

La mirada de Joanna se tornó burlona.

—¿Qué sentido tiene entonces ganarte a este juego? ¿Agenciarme tu respeto o servirte de entretenimiento?

Callum suspiró. Sabía que ella disfrutaba jugando, que Joanna era de esas personas que precisaban de vez en cuando de un buen reto intelectual y encontrar a Callum había sido algo muy interesante en ese aspecto. Él jugaba de forma agresiva, impulsiva y calculadora, pero aun así ganaba de vez en cuando a su lógica y su calma. Ambos se complementaban y representaban un gran contrincante para el otro.

—Una hora —concedió Callum y esto sorprendió Joanna.

Aun así, no se conformó con eso, ella siempre tensaba la cuerda al máximo.

—Tres. Y podré comer con las mujeres.

Callum esbozó una sonrisa un tanto intimidadora.

—Dos y comerás con todos. No me fío de que te quedes a solas con las mujeres, y yo también quiero estar cerca.

Ella compuso una sonrisa burlona, alegrándose de haber conseguido al menos más de lo que esperaba en un principio.

—La hija de un juez comiendo con una jauría de piratas como una igual. ¡Qué locura! —bromeó.

Callum prefirió no responder a eso, pues en cierto modo le dolió. Janet Everwood, la criada inglesa, sí habría podido comer con ellos como una igual, o casi. Pero Joanna Taylor jamás podría ser alguien ni ligeramente parecido a un pirata. Eso no sería posible.

—¿Y si gano yo? —preguntó él de forma abrupta—. ¿Qué es lo que me llevaré?

Joanna tragó saliva, sin tener claro qué responder.

—No lo sé. ¿Qué es lo que quieres? —Le daba miedo formular esa pregunta. ¿Qué quería Callum Smith? Era una cuestión que se había hecho desde que lo había conocido.

La cercanía de la mujer, el calor que desprendía su cuerpo y el saber que

estaban solos en esa habitación —o casi solos, pues Rodrick dormía— le jugaron una mala pasada a Callum, cuyos labios hablaron antes de que pudiera pensar con claridad.

—Un beso —pidió—. Otro beso, quiero decir.

La joven tuvo que bajar la vista, pues no esperaba algo así. Después de tantas horas solos durante esos días, esa especie de atracción magnética que ambos tenían se había hecho patente todo el tiempo y, en más ocasiones de las que a Joanna le habría gustado, había contemplado los dedos de Callum acariciar las fichas del mismo modo que unos días antes la había acariciado a ella, con una intimidad que amenazaba con volverla loca.

—De acuerdo —cedió.

Joanna rezó en silencio por ser ella la vencedora en esa partida de ajedrez, la más dura que nunca hasta ese momento hubiera jugado. Cada vez que creía eliminar una de las fichas importantes de Callum, se encontraba con que él le pagaba con la misma moneda. Varios minutos más tarde, Joanna derribó la última muralla de defensa en el juego de Callum cuando acabó con la última torre del pirata valiéndose de uno de sus alfiles.

—Jaque.

Callum esbozó una sonrisa torcida. Su mente funcionaba a una velocidad vertiginosa, quería ganar esa partida ya que necesitaba salirse con la suya, conseguir un beso de esa mujer. Pensó su siguiente movimiento unos segundos más y finalmente movió su rey hasta un lugar seguro. Un par de jugadas más tarde, fue él quien acorraló a Joanna con su caballo.

—Jaque.

—Muy listo, capitán.

Joanna alzó la cabeza y su mirada se encontró con la del pirata unos instantes. Los ojos de él parecían acariciarla, la miraban con tal intensidad que su boca se secó. Afortunadamente, la dama suspiró y, recobrándose poco después, prosiguió el juego. Apartó su rey del camino del pirata.

—Tengo la sensación de que esta partida no va a durar mucho más —

comentó Callum.

Ella no respondió, tan solo se golpeó su labio inferior con la yema de sus dedos una vez más.

—Jaque —dictaminó unos minutos después, de nuevo.

Callum tomó aire, molesto. Esa vez ya estaba perdido de verdad, apenas le quedaban cuatro fichas y no podía seguir protegiendo al rey. Hacía un par de minutos que había perdido a su reina y la inminente derrota casi había llegado.

—Jaque mate —susurró poco después Joanna y una enorme sonrisa se extendió en su rostro.

Para Callum fue como si le hubiera pegado un puñetazo en sus partes más nobles. Una derrota que no solo significaba haber perdido en ese juego, sino tener que ceder a los caprichos de esa mujer y renunciar a las órdenes que él le había dado... pero no tenía nada que hacer, debía cumplir su palabra una vez que se había comprometido a hacerlo.

—¿Herido en tu orgullo, señor Smith?

Él se rio entre dientes.

—¿Orgullo?

—Los piratas también lo tienen, ¿verdad?

Esa condenada lograba mofarse de él, pese a ser su rehén en esa isla e incluso después de haber sido recluida durante más de una semana en esa cabaña. Pero eso no hacía que el fuego de sus ojos desapareciera o su expresión altiva se esfumara o se atenuara. Una voz le dijo a Callum que, si conseguía que esa mujer enloqueciera de pasión, aunque fuera solo por una noche, el desdén al mirarlo desaparecería para siempre.

—Más del que a mí me gustaría, por desgracia —respondió Callum al cabo de unos segundos, levantándose de su taburete para encararla—. Está bien, podrás salir mañana durante dos horas, pero no esperes más muestras de amabilidad de este tipo por mi parte.

—¡No es ninguna muestra de amabilidad, señor pirata! —se quejó Joanna—. He ganado justamente y tú te has comprometido, me has dado tu palabra.

Callum levantó las manos de forma pacífica antes de que ella pudiera exigirle algún otro favor o ventaja y que él terminara por concedérselo también. ¿Qué tenía esa mujer para empujarlo constantemente y obligarlo a ceder?

—Me voy, ya es tarde —se excusó Callum.

Joanna asintió con la cabeza. Resultaba increíble saber que se encontraba prácticamente a solas con ese hombre desde hacía tantas horas y que lo mismo había sucedido en los días anteriores. Callum era joven y viril, cualquiera de sus amigas de Brighton se habría llevado las manos a la cabeza y habría enrojecido con violencia de conocer la relación que había tenido con ese capitán pirata desde el día que había llegado allí. Le hizo gracia en su interior imaginarse cómo se lo tomarían todos sus contactos nobles de saber lo sucedido; la rechazarían de inmediato, la excluirían de su tóxica sociedad sin miramientos.

—Saldré al mediodía —anunció ella.

Callum gruñó como toda respuesta y se dirigió a la cama de esa sala para recoger a su pequeño hijo, cuya rítmica respiración creaba un ambiente de tranquilidad. Apenas un momento antes de tomar a su hijo en brazos, pareció cambiar de idea y se giró hacia Joanna una vez más.

—Ni se te ocurra hacer alguna tontería mañana. No quiero que trates de escapar, ni de ver a tus amigos... ni tampoco que hables demás con las mujeres.

—¿Temes que les diga algo que te comprometa? —preguntó ella riendo y poco después fijó sus ojos en los de él provocativamente—. ¿Qué les hable de cuántas veces te he ganado jugando al ajedrez?

Callum no respondió al principio, sino que mantuvo su mirada posada en la de ella con intensidad. ¿Lo estaba desafiando o bromeaba? Ante la duda alzó su mentón y compuso una sonrisa.

—No importa que hayas ganado un par de partidas, Joanna. Yo soy quien controla el juego, aunque tú lo olvides constantemente... y en algunas

ocasiones, *milady*, ni siquiera es importante que yo haya perdido.

Joanna entornó los ojos, sin saber lo que Callum quería decir exactamente hasta que él se inclinó y colocó su rostro a unos centímetros del suyo. Apenas le dio tiempo a tomar aire un instante, pues él no tardó en robar un beso de sus labios; un beso muy corto, pero aun así intenso. En cuanto ella abrió la boca para quejarse, Callum no dudó antes de volver a acercarse para unir sus labios con los suyos una segunda vez; en esta ocasión, el beso fue más largo y arrancó un suspiro de parte de la dama, que sentía que el calor subía por su cuerpo con ese pecho fuerte y musculado tan cerca de ella. Antes de que pudiera abrir la boca para profundizar en ese misterioso y pasional beso, Callum se separó de ella abruptamente.

La joven tardó un tiempo en recuperarse tras el beso y su corazón aún seguía latiendo desbocado cuando él se dio la vuelta y tomó entre sus brazos el adorable cuerpecito de Rodrick, que se removió para acomodarse en el pecho de su padre en cuanto reconoció su calor.

Joanna respiró profundo un par de veces antes de hablar.

—Eres un arrogante... —acusó a Callum.

Él se detuvo en la puerta antes de apartar la cortina y salir hacia la playa. Su mirada fue enigmática, indescifrable para la joven.

—No olvides que soy pirata —le recordó—. No sigo las reglas de ningún juego.

Joanna apretó los labios en una mueca y se contuvo antes de contestarle. Llevaba a Rodrick en sus brazos y lo último que quería era despertar al niño o enfurecer a Callum con su hijo apretado contra su pecho. En su lugar, tan solo no despegó la mirada del capitán hasta que este se dio por satisfecho. Después de hacerla sentir violenta y excitada, se marchó de su cabaña.

Fue después cuando Joanna pateó la madera de su cama, molesta. ¿Qué tenía que hacer para alejarse de ese hombre? ¿Cómo evitar desearlo cuando se le acercaba y se decidía a mostrarle un nuevo significado de la palabra pasión?

Con la cabeza hecha un auténtico manojito de pensamientos entremezclados,

las mejillas sonrojadas y los labios aún sensibles, la joven se tumbó en el camastro y se decidió a dormirse. Su último pensamiento no fue otro que una maldición para ese pirata que la mantenía prisionera no solo en esa isla, sino también en una cabaña.

Cayó dormida y durante horas se sumió en un sueño cálido en el que ella paseaba descalza por la arena suave y blanca. Hacía calor, pero el sol no le quemaba la piel, tan solo acariciaba su rostro. En su sueño el mar era azul y tranquilo, y no estaba sola: a unos metros de ella, un niño pequeño, Rodrick, jugaba a la pelota entre risas y gritos. Junto a él, Callum la observaba en silencio y sus ojos la seguían de tal modo que casi se sentía desnuda, expuesta a él. El pirata sonreía de pronto y su expresión se tornaba interrogativa, acto seguido, Callum le mostraba un tablero de ajedrez y su sonrisa se extendía por su rostro con una alegría que ella nunca antes había visto en él. Aun así, lo que más le preocupó de ese sueño fue el modo en el que ella aceptaba jugar con él, sin siquiera planteárselo o pensarlo con calma. De repente, tan solo avanzaba hacia él, aceptando su juego sin miramientos, sin preguntarse siquiera a dónde podría llevarla eso.

## CAPÍTULO 17

Sentir la calidez del mediodía la hizo sentir feliz de pronto. Apenas llevaba unos minutos fuera de la cabaña y ya había saludado a casi todas las mujeres de la isla, que celebraban el hecho de que Joanna hubiera salido de su prisión, aunque solo fuera durante unas horas. Cada vez que alguna le preguntaba cómo había sido capaz de conseguir el permiso de Callum, ella no dudaba un segundo y respondía la verdad: que el pirata y ella habían hecho una apuesta y que la había ganado. Esto arrancó risitas disimuladas por parte de las mujeres, que trataban de imaginar qué tipo de apuesta podría haber ganado Joanna contra ese pirata.

En cuanto vio a Allie, una enorme sonrisa se extendió por el rostro de la joven y ambas corrieron por la playa unos segundos para fundirse en un abrazo cercano.

—¿Callum te ha dejado salir? —preguntó Allie con excitación.

—Tan solo un par de horas y me está vigilando a cada segundo. —La dama señaló sin ningún disimulo hacia el otro lado de la playa, donde algunos hombres se encontraban ociosos, entre ellos el capitán.

—Has tenido que hacer algo muy bien para conseguir que haya faltado a su propia palabra de encerrarte, Joanna.

Hubo algo en el tono de su amiga que la incómodo enormemente.

—¿Qué insinúas, Allie?

Los ojos de la muchacha pelirroja brillaron con picardía, pero un instante más tarde apartó la mirada con una carcajada.



—Nada. Nada en absoluto.

La negativa se le antojó molesta a Joanna, que volvió a dirigirle una mirada a Callum, y se percató de que él también la contemplaba en ese momento. No sabía qué había sido capaz de decir ese hombre, ¿le habría contado a Cormac McLean lo que había sucedido entre ellos? El solo pensamiento la hizo morir de bochorno, nadie podía saber que se habían besado ya en varias ocasiones. Si eso se hacía público, ella jamás podría volver a ser la hija del juez Taylor y su reputación quedaría por los suelos.

Allie la sacó de su ensoñación antes de que todas esas divagaciones fueran a más y la tomó de la mano, arrastrándola hacia el interior de la isla.

—Vayamos a comer algo. El señor Jonathan estaba preparando un pescado especial hoy, seguro que se alegrará mucho al saber que Callum te ha permitido salir de la cabaña.

Joanna volvió a acordarse entonces de la situación precaria del señor Jonathan y de Brendan, que también eran cautivos en esa isla llena de piratas.

—Oh, cielos, Allie. ¿Cómo está el señor Jonathan?

—Muy bien —la tranquilizó Allie inmediatamente al notar la preocupación en la voz de la dama—. Dice que quiere volver a Inglaterra, pero que prefiere mil veces poder cocinar y tener un lecho antes que permanecer atado a una palmera. —Allie pareció leerle el pensamiento antes de que ella preguntara de nuevo—. El joven Brendan también se encuentra mejor, aunque no habla con nadie ni quiere relacionarse con la tripulación. Parece estar esperando a que lo devuelvan a su hogar.

El corazón de Joanna se encogió. Se sentía egoísta, pues en los últimos días tan solo se había dedicado a refunfuñar y quejarse por su encierro cuando en realidad los dos tripulantes del Reina Mary Jane estaban en una situación peor que la suya; ellos se encontraban incluso más atormentados que ella.

—¿Crees que lo conseguiremos alguna vez? —preguntó en un susurro a su amiga y sus ojos se desviaron hacia Callum, que se reía a unos metros de las mujeres, enfrascado en la que parecía una agradable conversación—. Volver a

casa, quiero decir. A Inglaterra o a Port Royal, nuestro lugar de destino ya no es algo que me preocupe.

Los dedos de Allie acariciaron su hombro con suavidad y la joven pelirroja la observó con una mota de compasión en su mirada. Eso era desalentador.

—Estoy segura de que todo va a salir bien. Aquí, en Inglaterra, en Port Royal... no sé dónde ni cómo, pero estará bien.

La respuesta era ambigua. ¿Cómo podrían las cosas salir bien si se quedaba en esa isla? Joanna entornó los ojos, sintiendo que durante unos segundos le escocían. Sabía que la sensación de encontrarse en esa playa, con la arena cálida bajo sus pies y la brisa que refrescaba ligeramente su piel, no volvería a repetirse en Port Royal y mucho menos en Inglaterra. Comenzaba a ser más consciente que nunca de que, si volvía con su familia, se casaría pronto y no tardaría en comenzar a criar hijos nobles que tendrían que educarse en esa sociedad estirada y rancia de la que ella provenía; de la que había podido escapar, aunque fuera por accidente.

Por primera vez no quiso volver a su casa. Deseó con todas sus fuerzas poder vivir en una isla ella sola, sin nadie que la atormentara, como hacía Callum, y sin nadie que le impusiera normas de educación, como hacía su padre. Quiso imaginar cómo sería su vida si fuese libre, si pudiera correr por la arena sin zapatos, sin corsés que apretaran su busto. Si pudiese gritar de alegría sin que nadie la juzgara y pasar horas tendida en la playa en mitad de la noche. Esa sensación de libertad era la que anhelaba con todo su corazón y, aunque apenas pareciera comprenderlo aún, lo había hecho durante toda su vida.

\*\*\*

La tripulación y las mujeres habían terminado de comer, por lo que la mayoría se dedicaba ya a sentarse tranquilamente junto a la playa, hablando entre ellos y riéndose a carcajadas. Callum había aprovechado el momento de

relajación para acercarse a Joanna por primera vez desde que había salido al exterior ese día.

—¿Me acompañas? —había preguntado él.

En un principio la inglesa había querido rehusar su invitación; estaba convencida de que lo único que querría ese pirata sería devolverla a su cabaña, pues ya habían pasado las dos horas acordadas de «libertad». Fue Allie quien la empujó a aceptar su proposición, e hizo que Joanna tuviera que tomar aire profundamente antes de ponerse en pie y proceder a caminar junto a Callum.

Al principio ella no supo qué hacer, pero se sintió aliviada cuando pasaron junto a la cabaña de la playa donde ella cumplía su encierro y él no la obligó a volver al interior. Eso la relajó un poco.

—Necesito sacar a mis hombres de esta isla algún día próximo, se están haciendo demasiado casaderos —bromeó Callum mientras señalaba a los piratas repartidos por la playa.

Ellos tomaron un camino en el que no había nadie de la tripulación, y se alejaron del campamento. Joanna recordaba que esa era la dirección en la que se encontraban los barcos de Callum: su enorme galeón y el buque ligero que había conseguido hacía años en Tortuga, mucho más pequeño. Aun así, quedaban kilómetros para llegar allí y lo único que se podía ver desde ese lugar era una paradisíaca playa con aguas cristalinas.

—Quizás ya no recuerden cómo saquear cuando vuelvan a embarcarse.

Esa afirmación podía haber sido hecha con intención de ofenderlo, de hacerle sentir vil... pero Callum vio en el cálido rostro de Joanna que no era así en esa ocasión.

—Un pirata siempre recuerda esas cosas, créeme —respondió con una carcajada.

Por cuarta o quinta vez en esos minutos que estaban pasando juntos, Joanna volvió a preguntarse internamente qué quería él. ¿Por qué paseaba con ella? Decidió ahorrarse el dolor de cabeza y pensar que no importaba, quería hablar

con Callum y despejar algunas de las dudas que tenía sobre él a todas horas. Era posible que ese fuera el momento correcto para hacerlo.

La muchacha se llevó un grueso mechón de cabello moreno detrás de su oreja y lo miró directamente a los ojos. La piel de la doncella volvía a ser blanca después de sus días de encierro, pero sus mejillas se encontraban enrojecidas. Callum no supo decir con seguridad si el sol era la razón de su sonrojo.

—¿Por qué nunca salís de esta isla?

—Sí lo hacemos —respondió él de inmediato.

—Sabes a lo que me refiero, Callum. ¿No deberíais encontraros constantemente en el mar, batallando y haciéndoos con el oro de nuestros barcos ingleses?

La respuesta de Callum vino acompañada por una risa esta vez.

—Has de saber que la mayor parte del oro está cargado en los barcos españoles, los ingleses son los primeros que lo saquean... y luego aparecemos nosotros y hacemos lo propio. Lo mismo sucede también con franceses y holandeses, Joanna. Los barcos recorren ya todo el mundo, llevan y traen oro, esclavos, mujeres.... En el juego del mar nadie es tan bueno como pretende hacer creer y, de todas formas, robar a un ladrón no es robar, ¿verdad?

Ella se quedó sin palabras. ¿Cómo se atrevía a decir en voz alta que la noble Corona Inglesa saqueaba barcos españoles o de cualquier otra nación? Eso no era posible y la sola insinuación ya podía costarle un par de latigazos... al menos en el mundo civilizado.

—¿De dónde sacas esa idea tan absurda? Ese oro pertenece legítimamente a la Cor...

—¿Siempre te crees todo lo que te cuentan? —preguntó Callum esta vez y en su voz no hubo rastro alguno de broma—. Es una mala combinación, me temo, Joanna. Que una mujer tan tenaz e insistente como tú defienda las palabras que alguien más ha puesto en su boca. —Ni siquiera esperó a que ella contestara, pues decidió responder a su anterior pregunta—. He visto a los peores

hombres, los más rastreros, asesinos y tramposos, alzarse con islas cedidas por reyes absurdos que creen controlarnos desde el otro lado del mundo cuando en realidad no saben nada de nosotros, no nos conocen y no tienen idea de lo que los hombres de estas aguas hacen y firman en su nombre.

Callum Smith parecía tan convencido de sus palabras que Joanna ni siquiera supo cómo reaccionar. Lo que él decía iba completamente en contra de todo lo que ella había escuchado y aprendido desde niña, pero una pequeña sección de su mente le debía dar la razón a Callum: todo lo que ella sabía, lo que tantas veces le habían repetido, estaba visto desde el otro lado del mundo. Al mismo tiempo que Callum solo veía en los ingleses a un puñado de señoritos de cuello estirado y falsas sonrisas, los ingleses no tenían un retrato mucho más complejo de los hombres de mar en América.

Los ojos de Callum se fijaron en ella y continuó hablando.

—Respecto a tu pregunta principal, Joanna —prosiguió—, la lucha en el mar es dura, a veces resulta fatal. Los hombres mueren, los barcos sufren, se hunden... no es todo tan fácil como tú puedas pensar. Hace unos meses resulté herido en una de esas batallas, de hecho, apenas había vuelto a ponerme en pie cuando te encontré en la playa... Salir con el Liberté y mi tripulación no es una decisión que tomemos en un solo día y aquí, en nuestra isla, tenemos todo aquello que necesitamos para sobrevivir durante meses. Desde luego, amaría poder pasar cada hora del día en altamar... ir a Asia, bordear las islas del oeste... pero no siempre es tan fácil.

Joanna, que había apretado los labios con fuerza con las primeras palabras de Callum, se descubrió relajando su gesto poco a poco. Al final tan solo se encontró sinceramente preocupada. ¿Él había estado herido? ¿Cuán grave habría sido?

—¿Qué fue lo que te pasó?

—Nada mortal, por suerte. Batallábamos en medio de una tormenta. Yo me golpeé un costado, también la cabeza... y después caí al agua —explicó con la misma naturalidad con la que hablaba normalmente, a pesar de que Joanna

sentía que su pecho se encogía, horrorizado—, Cormac estaba a mi lado cuando sucedió, por suerte, y lo vio todo. Mis hombres fueron capaces de salvarme antes de que me ahogara.

—Dios mío... —expresó Joanna con gesto afectado y lo miró fijamente—. Fuiste muy afortunado ¿Qué habría sido de Rodrick si tú...?

—Mi hijo sobrevivirá si a mí me ocurre algo, él es un luchador y la tripulación es su familia. No correrá ningún riesgo, te lo aseguro, Joanna.

Que ella pareciera preocuparse sinceramente por Rodrick lo volvía a conmover. Él era lo más valioso que tenía, su pequeño hijo era la mejor de todas las obras de su vida.

—Hablas como si supieras que algo malo te va a suceder en algún momento.

En ese instante Callum se detuvo. Se encontraban suficientemente lejos como para que nadie de la tripulación anduviera por allí. Con tranquilidad el pirata caminó hacia la costa, y se acercó aún más al lugar en el que las olas acariciaban la suave arena. Joanna tan solo lo siguió y sintió que las cálidas aguas lamían sus pies con una sensación que le recordó hasta qué punto ese lugar era paradisíaco. Callum se sentó sobre la arena a unos metros de ella y Joanna lo imitó.

—Puede que me suceda —respondió él al cabo de unos segundos, retomando la última observación que ella le había hecho—, así es la vida pirata.

La expresión de Callum era enigmática. Joanna necesitaba saber en qué estaba pensando, quería conocer los secretos de esos ojos azules que tenían la capacidad de arrastrarla hasta otro mundo, sacarla de su universo de reuniones formales y respuestas educadas. Esos ojos tan azules como el mar tenían el poder de volverla salvaje, podían envolverla en una espiral de pasión que la hacía sentir más verdadera de lo que nunca antes se había concebido a sí misma. En ese preciso lugar, con su voz grave y profunda, y con los dedos de él que jugaban con la arena de esa playa, Joanna percibió un salto al corazón que anunciaba algo nuevo, algo que la asustaba muchísimo más que cualquier otra cosa en el mundo: por primera vez sintió que quería sumergirse en Callum

por completo, conocer a ese hombre y empaparse de su misterio y su sensualidad. Olvidó que era un pirata, pues en esos momentos tan solo veía a un hombre.

—Háblame de la madre de Rodrick —pidió abruptamente, y lo dejó con la boca abierta.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —susurró ella.

Para Callum eso era algo más que difícil. Jamás había vuelto a hablar de Bárbara cuando ella se había ido, era un tema vetado en su vida y en la de su tripulación. Ni siquiera le dolía ya, con el paso de los años se había hecho fuerte y había aprendido que la clave era cerrarse por completo. Evitar que Bárbara volviera a salir en sus pensamientos... pero ahora la joven le estaba pidiendo que le hablara de ella; Joanna, esa mujer que había aparecido para romper todos los esquemas que él había construido con tanto esfuerzo durante años.

Se aclaró la garganta.

—La conocí con dieciocho años. Bárbara era pirata, hija de piratas, sobrina de piratas... puedes imaginarlo tú misma.

—¿Es habitual encontrar a mujeres que se dediquen a la piratería?

—Más de lo que crees, te lo aseguro —confirmó Callum—. Para nosotros el valor es el valor, seas hombre o mujer; nuestras reglas son distintas.

Ella asintió con la cabeza antes de seguir preguntando.

—¿Cómo era?

—¿A qué te refieres?

Joanna ignoró por completo el tono molesto de Callum. No pensaba quedarse sin escuchar esa historia, sin conocer a la única mujer que había conseguido *tener* al *Despreciable* Callum Smith.

—¿Era hermosa?

Él sonrió al escuchar esa pregunta. Desde luego que no podía compararse con su belleza. Ella era una reina blanca, con el cabello de azabache y rasgos

finos que casi dolían al mirarlos de tan distinguidos que resultaban. No, por supuesto que no podía compararse, eran dos mundos totalmente distintos; Bárbara había sido una guerrera, no una emperatriz.

—Parecía frágil, a veces lo era. Su cabello era de oro y tenía un rostro infantil que hacía difícil adivinar su edad exacta.

Joanna apretó los labios y compuso una sonrisa algo melancólica. Se acercó un poco más a él, sin quererlo realmente, sino por inercia. Algo la atraía a Callum Smith, quizás su tono de voz íntimo o el aroma que desprendía.

—¿La amaste mucho? —preguntó y su voz sonó tan sincera que el corazón de Callum pareció pararse.

—Sí, la amaba —contestó—, pero nunca supe con claridad si ella me amaba a mí igual que yo a ella. Joanna, Bárbara no era... no era una mujer normal. Era una persona extremadamente cambiante, podía morir de alegría un instante... y una hora después llorar con la más horrible de las desconsolaciones. Bárbara siempre permanecía en su propio mundo, uno al que nadie más podía acceder, ni siquiera yo.

—Parece... fascinante —susurró Joanna, aunque no sabía exactamente qué pensar de una mujer así.

—Lo fue al principio. Cuando nos casamos creía que era la persona más cautivadora del mundo, luego vi que permanecer firmemente con alguien así en mi vida podía volverme loco. Después de que Rodrick nació, ni siquiera salió de su cabaña en semanas. Permanecía tumbada, enferma, queriendo dormir todo el tiempo posible y lloraba sin consuelo.

—Por los cielos... —susurró Joanna, imaginando la dureza de la situación—, ¿y el niño?

—Ella lo quería, lo amaba de verdad... pero fueron pocos los días felices que tuvo con su hijo. Bárbara no era fácil, la gente murmuraba a sus espaldas y decía que no pertenecía a este mundo. La verdad es que a veces yo también llegué a creerlo así. Su infelicidad le impedía vivir, incluso la acción más sencilla resultaba muy difícil para ella. Odiaba la idea de que un médico



podiera reconocerla y, aunque el doctor Holloway me sugirió cientos de veces buscar algún tipo de ayuda, Bárbara jamás accedió.

Un silencio pesado se instauró entre ellos hasta que Joanna se sintió con fuerzas suficientes para formular su siguiente pregunta.

—¿Y qué sucedió después?

El suspiro de Callum la hizo enmudecer. Ella lo imaginaba, pero aun así quería saberlo a ciencia cierta. Algo le decía que el pirata no había hablado de eso en mucho tiempo... pero en esa ocasión lo estaba haciendo con ella.

—Durante una noche cualquiera se levantó, caminó hasta la playa y... bueno, se reunió con el mar. No pudo luchar más contra esa tristeza que la abatía. — La voz del capitán tembló ligeramente, pero supo controlarlo de inmediato—. Amaba el mar, estoy seguro de que lo hacía mucho más de lo que alguna vez me amó a mí. No la culpo, yo la acepté así, era algo que ya sabía al conocerla. —Se aclaró la garganta—. No encontramos su cuerpo, no volvimos a verla ni a saber nada de ella. Pero yo sé que acabó en el mar, sí. La conocía bien, casi imaginaba que terminaría de ese modo antes de que sucediera.

El corazón de Joanna latía desbocado en esos momentos. Ni siquiera podía imaginar cuánto había sufrido él cuando todo eso había sucedido, cuando había perdido a su esposa y a la madre de su hijo a la vez. Decidió guardar silencio durante unos minutos, Callum tenía la vista puesta en el mar y algo le decía que su mente ya no estaba allí.

Para su sorpresa, fue él quien habló después, volviendo a mirarla con fijeza. Sus ojos azules, ahora un poco empañados, habían adquirido un tono tan intenso que Joanna se quedó clavada en ellos. No podía moverse ni pensar, tan solo observar la mirada de ese hombre que acababa de abrir su yo más profundo con ella.

—Ahora te toca a ti. Háblame de tu prometido, por favor.

Fue complicado para Callum decir esas palabras, casi tanto como lo había sido revelar la historia de Bárbara. Tenía miedo de escuchar algo que no quería oír y comenzaba a aceptarlo cada día un poco más. La noche anterior le

había pedido un beso, algo que ni siquiera había planeado hacer; eso era una muestra de debilidad... pero cada vez que recordaba cómo había podido robarlo, a pesar de perder la partida de ajedrez... su piel se ponía de gallina. Deseaba a esa mujer, cada vez de un modo más ardiente, y el hecho de que ella estuviera prometida y de que su corazón pudiera pertenecerle a otro hombre era algo que lo atacaba a todas horas. Él no podía amarla, pero tampoco podía soportar que ella amara a alguien más y eso, para un pirata, era una condena.

—¿Qué quieres saber de él? No es importante.

Joanna se sorprendió a sí misma al ser capaz de decir algo así sobre el contraalmirante Evans pero, si tenía que ser sincera, esa no era más que la verdad. No era importante, era un desconocido con el que había coincidido en contadas ocasiones y que había sido elegido por su padre para que compartiera su vida con ella a partir de ese momento hasta que alguno de los dos muriera. Nunca había llegado a pensar que era un destino horrible; él parecía un buen hombre, pero tampoco consideraba que convertirse en su esposa y criar a sus hijos fuera un gran honor.

—¿Lo amas?

Esta vez tardó un poco más en contestar, pese a que su respuesta estaba mucho más clara que la anterior.

—No, no lo amo, Callum —dijo seriamente y la sobriedad de su mirada provocó en el pirata un escalofrío—, apenas lo conozco y me aterra pensar en cómo será casarme y convertirme en alguien que no quiero ser. Para siempre.

Nunca antes le había dedicado unas palabras más sinceras a otra persona en toda su vida. Callum fue plenamente consciente de que Joanna fingía y mentía de un modo magistral, pero cuando decía la verdad, se convertía en algo desgarrador. Aun así, se admiró de la fuerza y la entereza con la que había hablado, era evidente que llevaba ya años concienciándose de cuál sería su futuro.

—¿Das por hecho que te dejaré en libertad?

Ella asintió con la cabeza.

—Sé que lo harás, Callum. Estoy convencida, lo veo en tus ojos.

Callum se obligó a pestañear. ¿Resultaba transparente con Joanna? Probablemente sí, pese a intentar no serlo, porque si ella podía leer en él, entonces sabría hasta qué punto se moría de ganas de besarla en ese mismo momento.

—Preferiría que no pudieras verme —susurró.

Joanna tomó aire. Sentía a Callum tan cerca que su cuerpo se estremecía sin querer cada vez que sus pieles se rozaban. Pasó de mirar los ojos de Callum a centrarse en sus labios, oscuros y gruesos, unos labios que podían hacerle sentir lo que nunca antes había experimentado.

—Y yo preferiría poder hacerlo con más claridad. No eres fácil de leer y eso me desespera, hace que me frustre. ¿En qué estás pensando?

Con un quejido ronco, él tragó saliva.

—Creo que lo sabes, Joanna.

La suave piel de ella se iluminó cuando una pequeña sonrisa se aposentó en su rostro y enarcó una de sus finas y oscuras cejas.

—Nunca puedo estar segura, necesito que en este momento seas tú quien me lo diga.

Si eso no era una invitación, que alguien le enseñara qué lo era. Callum no perdió el tiempo, sintió que no podía hacerlo. Con avidez se lanzó hacia Joanna y rozó sus labios. Era lo único que podía hacer si no quería enloquecer.

## CAPÍTULO 18

Parecía que llevaran años controlando su pasión y que esta había encontrado una pequeña oportunidad para salir a la superficie. Su beso fue como una explosión que se los llevó a ambos por delante, Joanna se encontró rozando sus labios con insistencia, rogándole que no se separara de ella ni un solo milímetro, pues la sola idea de alejarse de él le provocaba un increíble rechazo.

Callum posó sus fuertes manos en la espalda de ella y la atrajo hacia él al tiempo que sus labios se unían, sus lenguas se encontraban y parecían hablar un idioma que tan solo ellos entendían. Un inmenso escalofrío recorrió el cuerpo de la joven y su piel se erizó, esa cercanía la turbaba, la enloquecía... hacía que quisiera besarlo con pasión una y otra vez.

Con un gesto tan sencillo como respirar, Callum contorneó la cintura de Joanna, subió hasta rozar sus pechos con suavidad, por encima de esa fina tela a través de la cual se podían percibir sus pezones, cada vez más evidentes a causa de la excitación. El beso se detuvo tan solo un instante en el que ambos se miraron de una forma tan íntima que parecía imposible. La respiración de Joanna estaba agitada y leía la turbación en el gesto de Callum. Él apretaba los labios y la miraba como si se estuviera conteniendo. Parecía que tuviera miedo y eso le pareció irónico a Joanna, que por primera vez era quien tenía las ideas más claras en ese momento.

Joanna asintió con la cabeza, como si Callum le hubiera formulado una pregunta silenciosa... y en cierto modo lo había hecho. El pirata tomó aire,

dejó que el salado olor del mar lo llenara y no dejó de observar a la joven. La seguridad de esos ojos oscuros al observarlo le daba a entender que esa era la verdadera Joanna Taylor: calmada, seria, real.

Con un sencillo movimiento él se puso en pie y ella hizo lo mismo. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir algo, Callum le ofreció su mano y Joanna se sorprendió a sí misma deslizando sus pequeños y suaves dedos entre los de él. Lo siguió durante varios minutos en los que ninguno de los dos dijo nada, pronto abandonaron la playa y la selva se extendió por delante de sus cabezas. Ninguno de los dos dejó de caminar hasta llegar al pequeño establecimiento de los piratas: una mezcla de campamento y poblado que para Callum representaba su hogar y para Joanna significaba un mundo nuevo que cada vez tenía más ganas de explorar.

Por suerte, todos los habitantes de la isla se encontraban en la playa o descansando en cualquier otro lugar junto al río, por lo que nadie los vio entrar a la cabaña del capitán con rapidez, como si el tiempo se acabara a cada segundo. Tan pronto Callum cerró la puerta de madera de la cabaña tras su espalda, una vez que Joanna ya se encontraba dentro, fue ella quien se lanzó hacia sus brazos, en busca de su calor y su fuerza. Callum suspiró cuando sus labios volvieron a encontrarse y sintió un tirón repentino en su entrepierna; esa mujer era la sensualidad personificada, lo había sabido desde la primera vez que sus ojos se habían posado en esa boca pequeña y redondeada, y en ese cuerpo elegante y grácil.

Joanna sintió los dedos de Callum acariciar su espalda con suavidad y se abandonó a la intensa sensación que le provocaba su boca sobre la suya. Cuando el capitán dejó sus labios y comenzó a besar su cuello, ella gimió audiblemente. No quería parar, esa vez no se consideraba lo suficientemente fuerte como para detenerlo. Callum Smith era como un torbellino en su vida, un ente dispuesto a destruirlo todo a su paso... pero también a ofrecerle una nueva vida, a enseñarle el significado de la libertad y la rebeldía.

Con su cálida mano libre, Callum acarició su pecho sin dejar de besar su

cuello con el más ligero de los toques.

—Vas a conseguir enloquecerme, Joanna —susurró él y le provocó un escalofrío—. El sabor de tus labios... demonios, el solo recuerdo me mantiene en vela noche tras noche.

Sus palabras despertaron en ella una enorme curiosidad. ¿Estaría siendo sincero? Joanna abrió los ojos, que casi se le cerraban solos para maximizar aún más la sensación del contacto de su piel con la de Callum, y miró a esos ojos azules que se encontraban a apenas unos centímetros de su rostro. Supo que decía la verdad apenas su mirada se cruzó y también fue consciente de lo mucho que le costaba a Smith admitir algo así en voz alta, hacerla partícipe de su propia debilidad. Ese día ese hombre le había abierto muchas de sus puertas y eso era tan mágico como el momento de intimidad que estaban compartiendo.

Quiso decirle algo como respuesta, pero ella era más orgullosa y recatada en ese aspecto. ¿Cómo iba a confesarle a un pirata que sus besos la hacían volar como nunca antes nada lo había conseguido? Decidió prescindir de palabras y se acercó a él para volver a besarlo, para sentir una vez más esos labios que le prometían todo tipo de sensaciones y, no podía negarlo más, también de sentimientos.

Callum respondió al beso con avidez y acto seguido se apartó tan solo unos centímetros para deshacerse de su camisa de lino fino. Su torso quedó al descubierto, bronceado y musculoso como si se tratara de una estatua. Joanna se quedó sin habla al verlo, mucho más cuando el capitán acercó su cuerpo al de ella y rozó su abdomen con los pechos de ella. La joven no pudo más que acariciarlo, pues su piel suave y su vello oscuro se le antojaban especialmente apetecibles. Al pasar sus dedos finos por las costillas de Callum, notó una parte de piel un poco más rugosa en la parte izquierda de su cuerpo. El hombre rechinó los dientes, como si su roce le hubiera dolido. Joanna se apartó de inmediato, dirigiendo su mirada a esa parte de él que tanto le había llamado la atención. Desde el lado izquierdo de su cadera hasta llegar a la espalda de

Callum, había un corte profundo que medía más de diez centímetros de largo. La piel parecía bastante bien curada, seguramente con la ayuda del doctor Holloway, pero la herida mostraba un color rosado y brillante más claro que el resto del cuerpo de Callum.

—Disculpa...

Los ojos de Joanna parecieron preocupados y Callum negó con la cabeza.

—No es nada. Estoy bien ya... tan solo me resulta algo incómodo aún, no me acostumbro.

—Sanará —aseguró Joanna, alzando la vista de nuevo hacia sus ojos.

Callum suspiró y tomó el rostro de la muchacha entre sus manos, después se acercó un poco más a ella hasta el punto de que sus frentes casi se tocaron.

—Ya ha sanado, Joanna. De veras.

Acto seguido la besó, porque cada segundo que no la besaba parecía ser tiempo perdido para él y no se lo podía permitir. Por el modo en el que ella se arqueaba contra su cuerpo, como parecía pedirle que aliviara la tensión que comenzaba a crecer en ella, Callum supo que ese era su último momento para elegir: podía separarse de esa mujer, salir de la cabaña y recordar una vez más quién era ella y por qué no debía tocarla... o podía, también, olvidarse de esos detalles y perderse en ese cuerpo que tenía la capacidad de encenderlo como una mecha y que había representado el más difícil de los desafíos desde el principio.

Fue Joanna quien respondió a esa disyuntiva, sin siquiera saberlo. La joven encajó sus caderas con las del capitán, adoptando la postura perfecta para hacer que, pese a estar de pie, sus cuerpos alcanzaran la mayor cercanía posible, lo que provocó que cada roce fuera un nuevo ramalazo de fuego para la entrepierna de Callum... y también para la suya.

—Vas a tener que pararme ahora si no quieres que te desnude, Joanna.

Esa advertencia sonó más como una dulce promesa, pues la joven no alteró ni un ápice su postura y buscó su boca una vez más. Callum no se sentía con los ánimos idóneos para volver a repetir esas palabras, más bien sentía que

explotaría tarde o temprano si no tomaba a esa mujer, si no la hacía suya hasta que gritara su nombre y le susurrara al oído perversidades que ni siquiera ella sabía que deseaba.

Tomó el vestido color crudo de ella por la parte de atrás y desabrochó los pequeños botones de hueso con premura. Cuando este se encontraba suficientemente abierto, pudo alcanzar a ver los pechos de la muchacha sin ninguna otra capa de ropa y esa sola visión agrandó su erección hasta el punto de hacerle doler.

Joanna enrojeció de la forma más bella y él se prometió en silencio que no se dejaría arrastrar a esa tormenta de sentimientos que ella le provocaba. Juró en su mente que solo la tomaría una vez, que después haría lo propio, actuaría como un pirata... pero mientras deslizaba ese vestido por el cuerpo de la muchacha y lo hacía caer al suelo, él mismo se dio cuenta de que ese juramento no tenía ningún sentido. Querría hacerle el amor una y otra vez después de esa: cada día, cada noche. A cada momento de su existencia de pirata querría besar a esa dama, querría posar su cabeza en el pecho de esa mujer noble que nada tenía que ver con él y se moriría por saborear cada pequeño rincón de su cuerpo. Era algo inevitable ya a esas alturas.

Joanna posó sus manos en el pecho de Callum y sus miradas se quedaron pegadas la una a la otra, ambos aceptaban lo que iba a suceder y a la vez eran conscientes de que se marcaría un antes y un después en su vida a partir de ese entonces.

El fuego de los ojos de la muchacha convenció a Callum para no esperar ni un segundo más. Sin dilatar el instante, se acercó a ella y volvió a besarla de nuevo. Se sentía vulnerable, pues una parte de su mente sabía que eso no acabaría bien, que él se entregaría más de lo que debía y esa mujer volvería a jugársela. Pero cuando los dulces labios de Joanna respondieron a su beso, la idea abandonó su mente y tan solo pudo evocar el calor de esos pechos que se apretaban contra él deliciosamente.

Callum se inclinó y tomó uno de ellos entre sus labios, tentado por su



suavidad. Sabía tan dulce como él había imaginado y el suspiro de Joanna junto a su oído hizo que se endureciera un poco más. Sabía que debía ir despacio, era la primera vez que un hombre la tocaba y era consciente de que sería doloroso para ella, probablemente no lo disfrutaría.

Llevando la iniciativa, el capitán la tomó entre sus brazos y la condujo hacia el camastro de esa pequeña cabaña. La falta de lujos no era algo que le preocupara en exceso, pues Callum sabía que, con la persona correcta, incluso el frío suelo podía convertirse en la cama más cómoda y confortable.

Joanna se dejaba llevar, sin perder de vista ni un segundo la expresión dura de ese pirata y las sensaciones que él provocaba en ella. Las manos de Callum viajaron por su cuerpo hasta detenerse en sus muslos y el hombre la acarició con firmeza, avivando el fuego que ya latía en su interior. Ella no tenía muy claro qué hacer en esa situación, pero eso, lejos de preocuparla, hacía que se muriera de ganas por aprender y explorar. Callum daba la impresión de estar tan seguro con sus caricias que ella no dudó ni un solo instante de que se encontraba en buenas manos.

—Callum... —suspiró en el momento en el que él deslizó una de sus manos entre sus piernas.

La encontró húmeda, casi preparada del todo y eso le arrancó una sonrisa confiada y varonil. A pesar de que las situaciones en su vida habían sido adversas, Callum Smith tenía un apetito voraz en cuanto a intimidad se refería y, si bien se había controlado bastante bien desde que Joanna había aparecido en la isla, eso no significaba que no pretendiera hacerle el amor a esa mujer hasta que ella sudara y le rogara que se detuviese de tanto placer.

Con sus dedos exploró esa parte más íntima de ella, primero de forma suave y luego intensificando el roce poco a poco. La respiración de Joanna se iba acelerando y la muchacha comenzaba a abrir las piernas de forma instintiva a la vez que arqueaba sus caderas en busca de algo que él estaba más que dispuesto a darle. Joanna podía fingir muchas cosas, desde luego, pero él estaba seguro de que nada de lo que sucediera en esa estancia sería una

mentira.

Separándose de ella de nuevo, el pirata se deshizo de sus pantalones gruesos y holgados, dejándolos caer al suelo sin ninguna preocupación. Llevaba ajustado en ellos un pequeño cuchillo que depositó sobre la mesa de madera que se encontraba a apenas un metro de la cama y finalmente se aproximó de nuevo hacia el camastro, donde Joanna lo esperaba ya incorporada sobre sus rodillas. La muchacha temblaba un poco, pero sus ojos lo observaban tan serenos como siempre.

Fue ella quien lo besó esta vez y ambos cayeron tumbados sobre el colchón. El calor crecía en sus cuerpos y cada roce parecía hacerlo aumentar un poco más. Joanna exploraba de forma tímida pero curiosa ese cuerpo masculino que tan atractivo le parecía. Recorrió su torso, encontrando pequeñas cicatrices de viejas heridas, y pensó que le habría gustado saber la historia de cada una de ellas. Su piel era suave y sus ojos, que la observaban constantemente, hacían que esa mirada azul se clavara en ella y pareciera leer su mente. Sus delicadas manos siguieron estudiando cada centímetro de su cuerpo y no tardó en llegar al lugar que más curiosidad le inspiraba, ese poderoso y erecto miembro que Callum rozaba contra la parte más sensible del cuerpo de ella y le provocaba un placer indescriptible.

Él se puso tenso cuando ella comenzó a acariciarlo, pero apenas unos segundos después fue relajándose. Con solo unos movimientos le explicó cómo debía mover la mano de forma correcta y ella lo reprodujo a la perfección, lo que aceleró el latido del corazón del capitán.

Nunca se habría imaginado que una dama pudiera provocar un efecto tan devastador en el cuerpo de un pirata, en su cuerpo... claro que nunca antes había pensado que algún día se encontraría en esa situación.

Él enterró su rostro en el hueco del cuello de Joanna, besando su cremosa piel y aspirando el dulce olor de la muchacha. En sus dedos notaba la humedad más que creciente de la feminidad de ella y Joanna respiraba con dificultad, cerrando sus ojos cada pocos segundos y emitiendo sensuales

sonidos que le indicaban que ya era el momento.

—¿Estás... —comenzó, pero no supo cómo seguir: ¿«preparada», «segura»?

Ni siquiera necesitó terminar la pregunta cuando ella asintió con la cabeza, vehemente.

—Quiero sentirte —le suplicó.

Esas palabras lo desarmaron por completo. Cogiendo aire una última vez, Callum tomó entre sus dedos su duro miembro y lo colocó en la entrada del cuerpo de Joanna. Antes de hacerlo, la observó: pálida y sonrosada, con los ojos brillantes y tan oscuros que él se reflejaba en ellos. El pirata sabía que un simple movimiento y estaría firmando su perdición... y aun así no dudó en hacerlo.

Entró en ella de la forma más suave que pudo, sintiéndola prieta y a la vez cálida. Se deslizaba con dificultad y la joven gruñó.

—Shh... —susurró él.

Con su otra mano comenzó a acariciarla. Sabía que eso haría que el dolor fuera menor y le garantizaría que ella se acostumbrara su presencia. Salió un instante sin dejar de acariciarla y, volviendo a entrar, sintió cómo rompía aquella última barrera que lo separaba de Joanna.

Después se dejó caer sobre el cuerpo de la joven y besó sus labios para acallar el quejido que salía de estos, siguió acariciándola al tiempo que entraba y salía con un ritmo calmado y sintiendo que cada nueva estocada le provocaba tanto placer que a duras penas podía obligarse a ir más despacio.

—Va a pasar pronto, te lo prometo —susurró—. Pararé cuando lo digas.

—Sigue, Callum.

Y apenas unos segundos después de esas palabras, los quejidos de ella comenzaban a convertirse en gemidos de placer. La misma Joanna era quien controlaba las caderas de Callum sobre su cuerpo y lo empujaba para entrar más en ella, para aumentar la velocidad.

Él se obligaba a mantener un contacto lento, a mirarla a los ojos... y eso mismo también lo presionaba para incrementar el ritmo. La mirada segura de

Joanna le suplicaba, lo enloquecía...

Cuando ella se contrajo por primera vez, cerrando los ojos y ahogando sus gemidos con sus suaves besos, Callum tan solo la besó con más fuerza aún y se dejó ir. Se aferró a su cuerpo mientras alcanzaba el clímax y susurró su nombre entre suspiros.

Para Callum Smith eso era un gran error, pero asumía por completo que nunca antes se había equivocado de un modo tan glorioso.

\*\*\*

Rebecca se apartó un mechón de cabello del rostro y se dejó caer sobre la cama de su camarote con la respiración agitada y una capa de sudor sobre su frente. Su corazón aún latía muy acelerado y la mano del inglés se posó sobre su pecho desnudo. No pretendía provocarla de nuevo, tan solo sintió su pulso y sonrió. A pesar de resultar extraño, el rostro de Elliott Taylor cambiaba y adquiría un toque infantil cuando sonreía de esa manera.

El camarote de la capitana era moderadamente lujoso, construido enteramente de madera, con varios libros colocados en estanterías fijadas a las paredes y con una enorme cama vestida con sábanas blancas y suaves que servía para su descanso... y su placer.

—Es usted toda una aventura, Rebecca Johnson. Me arrepiento de no haber visitado el puerto con anterioridad para poder conocerla.

Ella se rio ante sus palabras y acto seguido tomó su sábana blanca para cubrir mejor su cuerpo desnudo después de hacer el amor con ese hombre que, desde luego, la había sorprendido favorablemente. Aun así, no terminaba de sorprenderse por la asombrosa pericia del hijo del juez en las artes amatorias pues, como había advertido en él ya desde el principio, sabía mucho más de lo que demostraba.

—Oh, vamos. Maldito niño emperifollado, no me digas que vas a tratarme con tanta pleitesía después de lo que hemos hecho juntos.

Elliott no estaba acostumbrado a tanta franqueza y eso le hizo gracia. Las mujeres se fingían recatadas después de hacer el amor, especialmente las inglesas; no era habitual para él encontrar a alguien como Rebecca, que lo miraba con fuego en los ojos tras compartir con él su pasión. Esa pirata habría podido volverlo loco con solo mover sus caderas cerca de él, nunca había experimentado una sensación parecida a la que lo embargaba al yacer con ella.

—Veo que no te gusta que me ande con florituras.

—Las florituras son para las niñas tontas con las que te relacionas. Yo soy una mujer.

Y en verdad lo era, pese a ser joven aún.

—¿Nunca has estado casada, Rebecca?

Ella bufó, como si esa pregunta le resultara estúpida en cierto modo.

—No necesito hacerlo y tampoco es algo que entre en mis planes. —Se giró hacia él y clavó sus ojos azules en los oscuros del noble—. Soy una mujer de mar y eso es difícil en este mundo. Esta vida está creada para los hombres y nosotras no tenemos nada que hacer en ella. Si yo me caso y comienzo a criar hijos como si fuera una oveja, perdería el mar y mis hombres comenzarían a verme de otro modo. Bastante esfuerzo cuesta hacerse con un barco y una tripulación cuando no tengo nada voluminoso entre las piernas.

El hijo del juez cada vez se acostumbraba más a la forma de hablar de ella y, de hecho, no le disgustaba, le producía mucha diversión imaginar cómo sería para cualquiera de las mujeres de su círculo social encontrarse en una sala junto a la joven pirata y escucharla utilizar ese vocabulario tan poco apropiado que poseía.

—No tiene por qué ser así. —Elliott frunció el ceño al hablar y sus ojos se dirigieron una vez más a los carnosos labios de Rebecca—. Podrías convertirte en una señorita, vivir en una buena casa y...

—¿Me estás pidiendo matrimonio, Taylor? —Rebecca se carcajeó al oírlo, sin dar crédito a esas bobadas que surgían de los labios del señoritingo—. No seas majadero, hablas como si yo quisiera esa vida. La libertad, Elliott, eso es

lo único que ansío. Desde luego que no quiero una casa si no tiene un timón y puede surcar los mares.

—Eres una mujer terrible.

Una sonrisa leonina se dibujó en los labios de ella, que poco a poco dejó resbalar la sábana por su pecho, descubriéndolo de forma muy lenta.

—Soy una buena pirata y eso es lo importante... además, Taylor, ¿no es esto lo que las mujeres terribles hacen?

Cuando sus pechos quedaron a la vista una vez más, la lengua de Elliott se secó y los miró como si estuviera hipnotizado. Un instante más tarde volvía a sonreír, sintiéndose más que afortunado por haberse topado con una mujer como esa en su camino.

—Exactamente esto, Rebecca.

Acto seguido se lanzó a devorar sus labios una vez más, decidido de disfrutar un poco más de Rebecca y de la aventura que ella representaba. Se ocuparía de encontrar a su hermana más tarde.

## CAPÍTULO 19

La noticia de que el Zunzún estaba arreglado y de nuevo podía navegarse en él llegó a Callum esa mañana. Descubrió que él mismo había rezado porque eso no sucediera tan pronto, pero al mismo tiempo sabía muy bien que no había otra alternativa. Se lo había repetido a sí mismo mil veces e incluso los piratas debían saber cuándo guiarse por sus impulsos y cuándo no.

La decisión la había tomado días atrás: su nueva y más íntima relación con Joanna no iba a cambiar su determinación, una mujer no podía hacerle perder la cabeza hasta el punto de olvidar quién era ella... y quién era él.

Devolvería a Joanna a su padre, no sin antes atormentarlo hasta la saciedad y hacerle pagar una suma de dinero y una serie de concesiones que garantizara que la tripulación pudiera vivir con libertad y buenos lujos durante una larga temporada. En cuanto al asunto del prometido de Joanna... prefería no pensarlo. Alejaba el rostro de ese hombre que no conocía tan pronto este amenazaba con colarse en su mente.

Callum se decía cada momento del día que no extrañaría a Joanna en su vida, al fin y al cabo, ella no dejaba de ser una niña consentida, mandona, mentirosa, calculadora... ¿cómo iba él a querer tenerla a su lado? Ni siquiera al pensar en su piel suave, los sonidos de placer que emitía cuando él la hacía suya o el sabor de sus besos podrían ser razones para hacer que se decidiera por quedarse con ella.

—¿Padre? —lo llamó Rodrick.

Él tardó unos segundos en contestar al niño, que lo miraba alzando la cabeza

para llegar a su altura.

Durante el día intentaba que el niño se mantuviera ocupado: que aprendiera a pescar, que comenzara a familiarizarse con las armas de un modo seguro y también que jugara tanto como quisiera. A Callum le gustaba ver a su hijo feliz, especialmente porque la vida pirata no solía dejarle demasiado tiempo para pasarlo en su isla. Mientras el temido Callum Smith se encontraba en activo, cada día era una aventura diferente.

—Dime, Rodrick

Agachándose, Callum quedó a la altura de los enormes ojos azules de su pequeño. Ambos tenían un enorme parecido, aunque con veinte años de diferencia entre ellos.

—¿Podría jugar a las batallas con Joanna?

Los labios de Callum se fruncieron al escucharlo. No sabía si la misma inglesa había enviado a su hijo con ese mensaje para así poder salir de la cabaña. No le extrañaría en absoluto, era muy inteligente. ¿Cómo iba a negarse a la inocente petición de un niño?

—Rodrick... —comenzó al tiempo que le acariciaba el cabello a su hijo—, ya sabes que Joanna tiene que quedarse en la cabaña durante un tiempo. No puede salir.

—¿Por qué?

Ya casi ni lo recordaba y cada día le parecía que el intento de huida de Joanna había sido menos grave. Lo comprendía más a medida que conocía su personalidad y descubría su verdadero carácter.

—Porque Joanna hizo una cosa que está prohibida en la isla, Rodrick. Hay que seguir algunas reglas para que todos podamos vivir en paz. ¿Entiendes?

El niño frunció el ceño, algo molesto.

—¿Y por qué no cambia las reglas para que ella pueda salir a jugar, padre?

—No depende solo de mí, Rodrick. Yo también debo acatar ciertas normas, no siempre puedo hacer lo que quiero.

—¿Por qué?



La retahíla de preguntas comenzaba a irritarlo. Él también se cuestionaba por qué no podía cambiar las reglas, ¿acaso no era el capitán? ¿Acaso no era el hijo de Edgar Smith, el pirata más temido de todos los tiempos?

Suspiró al mirar a su hijo una vez más.

—Si todo el mundo actuara sin control, el mundo sería caótico. —«Todos seríamos piratas», quiso decir, pero cerró la boca antes de hacerlo; en su lugar, se puso en pie y decidió ceder un poco—. Iré a preguntarle a Joanna si quiere jugar contigo, ¿de acuerdo?

El niño respondió con una alegría desmedida y Callum se preguntó una vez más cómo había conseguido Joanna resultar una compañera tan buena para su hijo. Podría parecer que se trataba de una manipulación para acercarse a él... pero solo había que verlos juntos para comprender que entre ellos se había creado un vínculo. Rodrick había estado solo en la isla hasta que a ella había llegado; su amiga ideal, a pesar de ser más de diez años mayor que él.

El camino hasta la playa, donde se encontraba la cabaña en la que Joanna permanecía, se le hizo corto. No había vuelto a verla desde que habían hecho el amor, tres días antes, y había temido acudir a visitarla. Callum tenía miedo de muchas cosas, aunque no lo demostrara, y que esa mujer se le metiera demasiado dentro era una de ellas.

Llegó a la puerta de la cabaña sin apenas haber ordenado sus ideas ni saber cómo hablar con ella. Por eso le sorprendió tanto encontrar allí a Allie en cuanto corrió la cortina. No había nadie vigilando la cabaña, como ya era costumbre, y a él empezaba a molestarle que tanto su tripulación como el resto de mujeres la aceptaran tan bien allí. Le hacían sentir todo el tiempo que la única razón por la que Joanna aún permanecía encerrada era por su propia testarudez de no querer reconocer que ella no era una amenaza.

—Allie —saludó, apretando los dientes.

No le molestaba el hecho de que la mujer pelirroja se encontrara ahí junto a Joanna, sino darse cuenta de que nadie parecía ya acatar sus órdenes respecto a la inglesa. Allie ni siquiera borró su sonrisa al verlo, como si fuera lo más

habitual para ella visitar a su amiga.

—Buenas tardes, Callum.

Joanna no lo saludó, tan solo alzó su mirada y la fijó en él. Un escalofrío recorrió al pirata al verla; no sonreía, pero lo observaba con interés, con algo parecido al fuego brillando aún en sus ojos.

Supo al instante de qué hablaban las dos mujeres, especialmente cuando la esposa de su mejor amigo y segundo al mando se levantó de la cama en la que se encontraba sentada y musitó una excusa para irse.

—Iré a buscar a Cormac —comentó—, no lo he visto en todo el día.

Allie le lanzó una última y significativa mirada a Joanna y acto seguido le sonrió a Callum de un modo que solo podía significar que sabía muy bien lo que había sucedido entre ellos y que además lo celebraba.

Ambos se quedaron solos por primera vez desde que habían hecho el amor. El recuerdo acudió a la mente de Joanna y la joven enrojeció, aunque se alegró de que eso no pudiera distinguirse bien en el interior poco iluminado de la caseta. Tan solo recordar las cosas que había hecho con Callum Smith le ponía la piel de gallina: el modo en el que se habían besado, todo lo que él le dicho y, desde luego, las cosas que ella le había hecho a él... Era lo más inmoral e indecente que su mente jamás se había atrevido a evocar y, si algo la sorprendía, era no arrepentirse de nada.

—¿Cómo estás? —preguntó Callum, apartando la mirada de ella y centrándose en una de las esquinas de la pequeña estancia.

Ella se encogió de hombros.

—Ociosa, como puedes ver.

No se le escapó ni por un instante ese tono de recriminación que cargaba sus palabras y el pirata sabía que se lo merecía, por lo que no dijo nada en su defensa.

—Hace un día muy bonito ahí afuera —comenzó Callum.

—Oh, cielos. ¿Ahora se trata de desmoralizarme y restregármelo en la cara?

—Cálmate, lady Taylor. He hecho un comentario inocente...

Esta vez ella compuso una sonrisa sarcástica, aunque no había dureza en su expresión, tan solo cierta resignación.

—Dudo mucho que tú seas capaz de hacer algo de forma inocente, Callum.

Él tuvo que morderse los labios para no contestar a esa provocación. Según recordaba, tampoco ella era precisamente inocente ya y seguro que eso era algo que no entusiasmaba a Joanna, pero esa joven inglesa había cambiado desde que se encontraba en su isla. Había mucho de él en ella a esas alturas, al igual que también debía reconocer que él tampoco era el mismo.

—Vengo en son de paz. —Alzando las manos sobre sus hombros, le mostró a ella las palmas.

Joanna permaneció en silencio. Estaba enfadada porque esa fuera la primera vez que Callum se dignaba a aparecer después de lo que había sucedido entre ellos, aunque secretamente le agradecía el haber tenido esos días para ordenar sus ideas y pensar un poco en lo sucedido.

—¿No quieres oír mi propuesta? —preguntó él.

—Habla.

Ella se encogió de hombros.

—Rodrick quiere jugar contigo, ¿te gustaría salir?

Joanna chasqueó la lengua, sin molestarse en esconder su molestia siquiera un ápice. Temía que él fuera a actuar como si nada hubiera sucedido entre ellos y tras esas palabras lo estaba confirmando.

—No recuerdo haberte dicho que soy ama de cría —musitó rudamente—, mencioné que mi padre es juez y no un mozo de cuadra, ¿verdad?

A juzgar por sus palabras, la conversación empezaba mal.

—¿A qué viene tanta hostilidad? Solo te he hecho una oferta, si no quieres salir, no lo hagas. Esperaba que te agradara la idea.

—No es una oferta, Callum. Es una excusa para utilizarme, como haces siempre. No quieres dejarme salir porque eso me haga feliz o porque sabes que quiero ver la luz, no... sino porque necesitas que cuide de Rodrick, o lo entretenga. —Joanna frunció el ceño y se acercó unos pasos a él alzando la

barbilla con orgullo—. Solo me necesitas cuando a ti te interesa: antes trabajaba con las mujeres lavando la ropa, cocinando, ahora cuido a tu hijo o me convierto en tu puta, según te convenga.

Si no hubiera estado tan molesta desde hacía días, ni siquiera se le habría pasado por la cabeza hablarle de ese modo. Pero Joanna estaba harta de permanecer en esa cabaña, encerrada sin ver un rayo de sol, prisionera.

La mandíbula de Callum se apretó más de lo que ella había visto nunca, incluso más que el día que él descubrió su verdadera identidad. Joanna tragó saliva y sintió algo parecido al miedo. Aunque creía que había vencido completamente el temor que ese hombre le había inspirado al principio, se temía sufrir la ira de Callum. Era distinto, ya no creía que él fuera a hacerle daño físicamente o que quisiera echarla al agua en mitad del mar, ahora lo que la asustaba de verdad era su indiferencia, que se enfadara con ella.

—¿Qué es lo que quieres, Joanna? —preguntó él con voz ronca y muy seria.

—Salir —contestó ella, muy decidida—. Quiero volver a estar como al principio, con el resto de mujeres. Quiero poder caminar por la arena, ir al río, comer lo que quiera...

Él asintió con la cabeza. En sus ojos no podía leerse nada de lo que estaba pensando y Joanna se temió lo peor.

—No se te ocurra, nunca, volver a hablarme así. ¿Entendido? —preguntó—. Sigues en mi isla, sigues siendo mi prisionera. Eres mentirosa, altanera, traidora y una niña consentida... no vuelvas a decir jamás que eres mi puta, porque ni siquiera te acercas a ser lo suficientemente buena como para convertirte en eso.

Estas palabras fueron para ella como una patada en el estómago y trató de encajarlas tan bien como pudo. No podía creerse que se estuviera gritando con ese hombre cuando lo que ella quería en realidad era susurrarle, acariciarlo y rozar su piel. Se sintió dolida.

—Sal. Haz lo que quieras —gruñó Callum—, acabó tu encierro, Joanna. Pero no intentes volver a huir como la última vez porque ya has acabado la

poca paciencia que me quedaba contigo. Esto es una advertencia.

¿Ya estaba hecho? ¿Era libre de nuevo? La alegría la embargó y mil sentimientos contradictorios se establecieron en su interior. Todo lo que había deseado durante su encierro iba a volver a ella: el tacto de la arena en sus pies, el sol, las largas charlas con las mujeres... y lo mejor era que Marian ya no estaba allí para atormentarla.

El pirata se dio la vuelta para retirarse, aún molesto.

—Callum... —lo llamó ella, pero no supo cómo seguir.

El capitán se giró una vez más y se decidió a ser totalmente claro con ella. Con un paso más hacia su dirección se quedó parado frente a Joanna y la miró a los ojos con aire duro. Ella supo que esa mirada tan fría era aquella que tanto temía la gente cuando hablaban del temible Callum Smith, cuando lo calumniaban. Era consciente de que todos se doblaban a su paso y que su expresión furibunda y calculadora tenía el poder de amilanar a cualquiera... pero no a ella. No a Joanna Taylor, que había observado su sonrisa tras besarla y se había quedado con cada pequeño detalle de sus gestos al hacerle el amor. Joanna conocía al milímetro la expresión dulce del pirata cuando alcanzaba el orgasmo y cómo su gesto se relajaba después, cómo adquiriría un aire inocente que nadie creería que él podía tener.

—Pronto vas a volver con tu familia, lady Taylor. Mañana mismo partiré a Port Royal para establecer las negociaciones con tu padre, mi *querido* juez Taylor.

—Co... ¿cómo? —susurró ella.

—Tus días aquí están contados. Si tu padre se porta bien, y no dudo de que lo hará, podrás salir de esta isla antes de lo que crees y no volverás a verme ni a saber nada de mí nunca más. Disfruta de la noticia, Joanna, estoy seguro de que la esperabas ansiosamente.

Un instante después, Callum se marchó y abandonó la cabaña y a Joanna en ella. En vez de salir tras él para disfrutar de su libertad, la joven necesitó dejarse caer sobre el suelo, sin moverse. Sabía que debía estar dando saltos

de felicidad, pero en lugar de eso sentía su corazón encogerse poco a poco. Joanna se llevó la mano al pecho para tratar de detener ese dolor desconocido.

## CAPÍTULO 20

Comenzaba a anochecer cuando algunos hombres ya se retiraban para acostarse. Durante todo el día habían preparado el pequeño Zunzún para partir a Port Royal al día siguiente. A Callum no le gustaba salir al mar sin su Liberté, pero Port Royal era uno de esos lugares a los que era mejor no llegar en un reconocido barco pirata. Al menos no en ese momento, pues sabía que podía ser acusado y capturado después de sus *agradables* semanas con la hija del juez Taylor.

Junto a una pequeña hoguera en mitad del pobladito, Joanna se encontraba sentada mientras miraba el fuego fijamente. A su lado, Allie tallaba con el máximo cuidado una cucharita de madera y charlaba con Eleonor, la esposa del doctor Holloway. Junto a la mujer se hallaba el delgado cuerpo de Lizzie, la adolescente dormía profundamente sobre el mullido suelo.

Cuando Eleonor decidió que ya era suficientemente tarde se levantó, despidiéndose de Allie y Joanna, y después zarandó con firmeza a Lizzie para que esta la siguiera. Cuando la muchacha se despertó, sus ojos estaban muy brillantes y miró hacia Joanna.

—¿Dormirás en mi cabaña? —le preguntó a Joanna con una sonrisa—. Denton estará vigilando hoy.

Anteriormente, Callum le había cedido su propia cabaña para dormir, trasladándose él mismo a otra, pero en esa ocasión no le había dado ninguna opción ni orden sobre dónde debía ir. Tan solo la había ignorado, dejando en sus manos el encontrar un lugar para pasar la noche. Sabía que no quería

volver a la cabaña de la playa, en la que había pasado días encerrada. No se sentiría segura permaneciendo lejos del resto de habitantes de la isla. Afortunadamente, Denton, el marido de Lizzie, no dormiría en su cabaña por esa noche, pues montaría guardia junto a un par de hombres más para asegurarse que nada malo sucedía allí.

Joanna no entendía la obsesión de Callum con la vigilancia. Nadie en el mundo conocía el paradero de esa maldita isla y mucho menos iban a aparecer allí para tratar de llevárselo cuando él conocía el terreno mejor que nadie, pero aun así sabía que el capitán era precavido y, quizás, también tenía miedo. Era el pirata más buscado de toda América, esa debía ser una razón justificada para su maldito mal humor y obsesión con mantener cada centímetro de la isla protegido.

—Iré más tarde —le dijo a Lizzie—, pero ni se te ocurra esperarme despierta. Tengo intención de quedarme aquí hasta que se consuma el fuego.

—No trasnoches tanto, muchacha —aconsejó Eleonor al tiempo que se despedía con la mano hasta el día siguiente.

Cuando Allie y ella se quedaron solas, Joanna se giró hacia su amiga. Aún permanecía consternada por lo que le había dicho Callum: al día siguiente se embarcaría hacia Port Royal y, a partir de ese momento, su destino estaría vendido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Allie—. Pensé que estarías feliz después de que Callum te liberara, pero más bien parece que te ha condenado a remar en galeras españolas.

—No sé si eso sería peor que la realidad, Allie.

La joven pelirroja enarcó una ceja, confusa, y dejó a un lado la talla que aún tenía que terminar de pulir.

—¿Es porque se van mañana?

Joanna apretó los labios.

—Allie, ¿Cormac no te ha dicho nada?

Negando con la cabeza, Allie la miró con gesto preocupado. No entendía qué



podía estar sucediéndole a la inglesa para actuar así. Había dado por hecho que extrañaría a Callum los días que él pasara fuera, pero sabía que eso no era algo que Joanna fuera a exteriorizar. Si algo podía atribuirle a su amiga de alta alcurnia era su poder de disimulo. Nunca parecía sucederle nada, Joanna manejaba sus emociones como toda una experta... excepto en ese momento.

—¿Qué sucede?

—Ay, Allie... Callum dice que irán a Port Royal y que hablará con mi padre. Quiere que vuelva con mi familia.

Antes de demostrar algún pensamiento, Allie la observó fijamente.

—¿Y eso es bueno? —preguntó—. ¿O malo?

La respuesta de Joanna la desconcertó.

—Ahora mismo no lo sé. Creo... creo que quiero quedarme, Allie —confesó—, pero sin gritos ni peleas. Quiero quedarme sin prohibiciones, siendo libre como el resto de la tripulación o como vosotras. Que Callum me trate bien, como si fuera...

—¿Su mujer?

La inglesa apretó los labios ante esa afirmación.

—No, su mujer no.

—¿Y por qué no? Te lo dije, Joanna. Te dije que tenías una buena oportunidad con Callum, meterte entre sus sábanas es lo mejor que has podido hacer y ahora...

—¡No lo entiendes, Allie! —exclamó Joanna—. No quiero seguir haciéndolo. Me va a matar hacerlo, Callum no siente nada por mí, me lo ha dejado más que claro en estos días en los que no ha aparecido y hoy... hoy me lo ha dicho directamente. Quiere librarse de mí. No significo nada para Callum Smith.

Decirlo en voz alta agrandaba el dolor que llevaba horas sintiendo en el pecho. No había sabido con certeza que quería quedarse allí hasta que él le había comunicado que esa posibilidad no existía, que debería volver a su anterior existencia.

—¿Y cómo puedes saber eso? Le he visto doblegarse ante ti muchas más veces de las que cabría esperar de alguien como él.

—Pero de todas formas me devuelve a mi familia como si yo fuera un mensaje desagradable que no quisiera leer. He sido una tonta porque durante un momento en esta maldita isla he llegado a creer que alguien como él podía amar. —Bufó—. Como si fuera a amarme a mí, a la hija del asesino de su padre.

Los ojos de Allie se abrieron como platos al escuchar esto último.

—¿Cómo?

—Es una larga historia.

La pelirroja decidió ignorar deliberadamente esa nueva revelación, quería centrarse en la idea principal de lo que estaba escuchando. Joanna estaba reconociendo en voz alta lo que ni siquiera se había atrevido a decirse a sí misma hasta ese momento y eso era un enorme paso.

—Joanna —dijo con voz calmada y acercándose a su amiga hasta quedar a unos pocos centímetros de su rostro. Tomó sus manos entre las suyas y sonrió—, ¿amas a Callum?

—¡Es un pirata!

—Eso no es lo que te he preguntado. ¿Lo amas?

Joanna chasqueó su lengua.

—No. Por supuesto que no.

—Mientes demasiado bien, ¿lo sabías?

La inglesa dejó caer su cabeza, desanimada ante la realidad de los hechos. Lo amaba, debía asumir que quería a ese pirata malhumorado y misterioso tanto como ya quería la arena clara de esa isla y el agua cristalina de su playa. Se había enamorado un poco al conocer a su pequeño hijo y verlo protegiéndolo, al compartir ese primer beso que la había dejado desorientada y arrepentida, al escuchar la historia de sus padres, de su esposa... Lo quería. Sí, sabía que era la mayor locura que había hecho jamás, pero necesitaba amar a ese hombre como nunca nadie lo había hecho antes.

—No me corresponde. Solo me ha utilizado, Allie.

—Conozco a Callum muy bien. Es bravucón y aterriza a casi cualquiera que se le cruza, pero tiene un buen corazón, Joanna. Él no utiliza a las personas, Callum es mucho más complicado que eso.

—¿Entonces por qué crees que quiere enviarme de nuevo a Port Royal?

—¡Es obvio, Joanna! Callum piensa que tú te consideras demasiado buena como para permanecer con él aquí, así que cree que no tenéis ni una remota posibilidad... y no es así, ¿verdad?

Casi se ofendió por esa pregunta. Aunque la hubieran educado de ese modo y reconociera haberse sentido horrorizada al llegar a ese nido de piratas, no había tardado en descubrir que eran hombres y mujeres honestos. Hombres y mujeres libres, felices. Justo lo que ella anhelaba ser.

—Me quedaría aquí sin dudarlo un instante —contestó Joanna—. No es exclusivamente por él, sino por todo este lugar... Allie, nada bueno me espera si regreso a Port Royal. Acabare convertida en esa mujer para la que me han educado. Y no quiero, ahora que he tenido la oportunidad de conocer algo más, no puedo hacerlo. Si tan solo fuera capaz de hablar con mi padre y explicárselo todo...

—Entonces ahí tienes la solución. Has de contar con Callum, decirle la verdad.

No era tan fácil abrirse con él como había sido hacerlo con ella. Entre Callum y Joanna había varias montañas de orgullo que no habían cesado de crecer desde el momento en el que se habían conocido. Y la discusión de esa tarde había sido terrible.

—No sé si puedo hacerlo...

—¡Joanna! Se irá mañana, no vas a tener muchas más oportunidades. ¿Entiendes eso?

Asintió con la cabeza, poniéndose en pie de pronto, como si hubiera llegado a su mente la repentina idea de que no tenía tiempo de sobra. Debía actuar cuando antes.

—Tienes razón. Si quiere rechazarme, será mejor que al menos sepa lo que siento por él.

Echó a correr hacia la cabaña de Callum sin mirar atrás, pero apenas había corrido unos segundos cuando se dio la vuelta de nuevo y se lanzó hacia Allie para abrazarla.

—Eres la mejor persona del mundo, te lo agradezco de veras.

—Si te fueras, me temo que yo me quedaría muy sola. Me he acostumbrado demasiado a escuchar tu acento inglés.

Con una carcajada y renovados ánimos, Joanna se giró de nuevo y se dirigió a esa cabaña en la que tres días antes ambos habían hecho el amor durante horas. Su piel se puso de gallina al recordarlo, pero aun así no dudó. Quizás esa podría ser su última oportunidad.

\*\*\*

Callum no podía dormir y era algo que ya había aceptado. El insomnio lo había acompañado durante la mayor parte de su vida y estaba acostumbrado a no dormir más de cuatro o cinco horas al día desde hacía años.

En ese momento escribía con su pluma sobre un papel elegante que tan solo reservaba para las ocasiones más especiales. La carta que redactaba tenía como destinatario a ese hombre que años antes había ajusticiado a su padre y que, para mayor tortura aún, también había engendrado a la mujer por la que había perdido la cordura. La vida era irónica y cruel por haberle deparado ese destino tan amargo cuando él no se consideraba un mal hombre. Era un pirata, sí, pero menos hombres habían sufrido por él que por muchos de los altos cargos de la Corona Inglesa que vivían con todos los honores en su amada América. Su espada nunca había derramado sangre justa y eso era un orgullo para él, pero al parecer, a cambio solo recibiría dolor en su vida.

Su caligrafía era firme y hermosa, su padre había querido que tanto su hermana como él pudieran defenderse con las letras igual que cualquier inglés

emperifollado. En la misiva le ofrecía un trato al juez Augustus Taylor: Joanna a cambio de una considerable suma de oro y la retirada de los cargos de piratería que corrían tras él y tras su tripulación desde que apenas comenzaba a tener barba. Pretendía enviarle la carta con alguno de sus hombres de confianza y, cuando el juez aceptara, lo citaría en un lugar en el que él tuviera ventaja. Así se aseguraría de cubrirse las espaldas.

Entregaría a la mujer que se había convertido en la sangre que le corría por las venas a cambio de una reputación nueva en esa sociedad que tanto le repugnaba.

Se encontraba tan inmerso en el documento que ni siquiera escuchó la puerta de madera cuando alguien la golpeó varias veces, por eso se sorprendió tanto cuando una figura emergió de la oscuridad y entró en su cabaña. Durante un segundo se extrañó, hasta que reconoció ese vestido de lino blanco con volantes y los largos tirabuzones del cabello de Joanna que caían por su espalda. Se estremeció: allí estaba ella para torturarlo una vez más con su olor y el calor de su piel.

—No me contestabas —dijo ella en un susurro—, creí que dormirías.

Sin siquiera esperar a que él la invitara, Joanna cerró la puertecilla de madera tras su espalda y permaneció allí, observándolo con esos enormes ojos oscuros en los que él podía mirarse como si fueran espejos. Las mejillas de Joanna estaban un poco enrojecidas después de haber visto la luz del sol tras tres días de encierro en la cabaña de la playa sin salir ni un momento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, forzándose a mirar su carta de nuevo, aunque ya no era capaz de continuar escribiendo nada con sentido.

—Necesito hablar contigo, Callum.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó él.

«¿Qué más puedo darte ya?», musitó su mente.

Joanna se acercó a él lentamente, observando su rostro masculino y los rasgos definidos de ese hombre. Veía la desconfianza en su mirada y eso era algo que se moría por cambiar. Quedó frente a él y alzó la cabeza, tratando de

expresar la mayor sinceridad posible con sus ojos.

—Callum, por favor... —comenzó—, no vayas a hablar con mi padre. Te lo suplico.

Eso era, con toda seguridad, lo último que él había esperado escuchar de sus labios. El pirata alzó las cejas, impresionado, y su cabeza trató de encontrar a toda velocidad una explicación a la extraña petición de Joanna. Al final pareció encontrarla.

—No voy a hacerle daño, si eso es lo que te preocupa.

Joanna negó con la cabeza inmediatamente.

—No, Callum. —Su voz sonó como un susurro—. No hables con él, por favor. Yo...

—¿Qué sucede?

Se armó de valor. Era en ese momento o no volvería a tener una oportunidad para hablar con claridad.

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí.

—¿Qué estás diciendo?

Callum se alejó de ella unos pasos, su mente no comprendía lo que quería decir y una idea esperanzadora y estúpida comenzaba a formarse en su mente. ¿Era posible que estuviera siendo sincera? No, no. ¿Por qué iba ella a cambiar de idea de la noche a la mañana? Frunció el ceño cuando ella volvió a hablar.

—He tomado la decisión y no quiero ir a Port Royal de nuevo. Allí me espera un marido al que no amo y un destino que no deseo, Callum. Lo que de verdad ansío es quedarme aquí.

El pirata no daba crédito a lo que estaba escuchando. Solo había dos opciones: o Joanna Taylor había enloquecido o, con mayor probabilidad, trataba de engañarlo una vez más.

—¿Y por qué permitiría que te quedes?

—¡Porque sé que tú también quieres que lo haga! —exclamó ella. Volviendo a acortar la distancia entre ellos una vez más, le acercó su cuerpo cálido y fragante, como si supiera que eso le hacía perder la concentración y le

provocaba un enorme peso en el estómago—. Quiero quedarme en la isla, con Allie, con Rodrick... contigo, Callum.

Él solo acertó a formular una nueva pregunta al tiempo que pasaba la mano por su larga melena oscura, confuso.

—¿Por qué? ¿Qué tiene este lugar para darte a ti, si ya lo tenías todo antes de aparecer aquí?

Lejos de expresar sus sentimientos en voz alta, Joanna tomó aire y posó una de sus manos suavemente en el pecho del pirata. Con cuidado subió la palma por la camisa entreabierta que dejaba a la vista parte de su torso y sintió pequeños pinchazos en las sensibles yemas de sus dedos al contacto con la piel morena de Callum.

Pudo ver el deseo contenido en ese hombre: la forma que tenía de cerrar los ojos y de controlar un suspiro que parecía forzarlo a abrir sus labios para escaparse a través de ellos.

—Callum... —susurró ella.

Y él volvió a debatirse una vez más entre el bien y el mal: besarla y perderse de nuevo en el cuerpo de esa mujer, sabiendo que después no encontraría la salida, o rechazarla y obligarla a salir de su cabaña.

Un instante después sus labios ya devoraban los de la dama. Era dolorosamente consciente de que la decisión estaba tomada desde que ella había abierto la puerta y se había plantado frente a él en esa noche. Casi le hacía gracia pensar que tenía elección cuando eso no existía para él al tratarse de Joanna Taylor. Huir de ella era como navegar en sentido contrario en una tormenta. La ansiaba, la anhelaba... la amaba. Y parecía ser una maldición para él.

Pero los labios suaves de ella borraban cada vestigio de duda, lo acariciaban de un modo totalmente inocente y dulce. Y él tan solo podía abandonarse ante ellos, rendirle pleitesía a esa mujer como había hecho desde la primera vez que había visto a esa sirena de dos piernas y cabello oscuro abandonada en la costa. El mar le había arrebatado a una mujer una vez e,

inesperadamente, le había regalado otra años después. Una mujer noble, altanera e indomable.

La tendió sobre la cama mientras ella ya desabrochaba su camisa con brusquedad e introdujo su mano por los pliegues de su falda de forma desesperada, queriendo sentirla y tocarla cuanto antes. Ella gimió y se retorció ante este contacto, pero no dejó de besarle y acercarlo a su cuerpo en ningún momento.

Cuando se deshizo de sus calzones, Callum rajó el vestido en su afán de tenerla desnuda cuanto antes, pero ella no pareció disgustada de ningún modo, sino más bien liberada. El pirata tomó uno de sus pechos suaves entre sus labios, anhelando oírla suplicar de tanto placer. Y fue ella la que lo aproximó a su cuerpo tras apenas unos instantes. Parecía que no podía esperar más y, para ser sincero, tampoco él quería permanecer fuera de ella por más tiempo. Se sumergió en su cuerpo de forma algo brusca y temió haberla herido, pero comprobó que no era así tan pronto como ella abrió los ojos y los fijó en él intensamente. Después lo besó en los labios y este le pareció a Callum el beso más dulce que alguna vez había dado en toda su vida.

Supo que la quería con todo su ser y lo susurró en su oído una y otra vez, cegado por el intenso placer que sentía cada vez que entraba en ese cuerpo suave. Ella lo miraba a los ojos, moviéndose incansable bajo él y conteniéndose cada vez más para no gritar.

Callum estaba convencido de que su mirada podía leer incluso lo más profundo de él y, lejos de avergonzarse, dejó que ella lo explorara, sin esconder ni un solo centímetro de su ser. Quizás se estaba equivocando, pero eso no era algo que ocupara demasiado su mente mientras hacían el amor.

Segundo a segundo, ese pirata intentaba convencerse de que algo tan maravilloso como aquello no podía tratarse de un error.



## CAPÍTULO 21

Los rayos de sol del amanecer comenzaban a asomarse por el horizonte cuando Joanna se despertó por la mañana. Se sentía arropada por unas sábanas finas que olían maravillosamente bien y encontró el causante de eso justo después: junto a ella se hallaba Callum, que pasaba sobre sus hombros un fuerte y bronceado brazo, y la envolvía con su cuerpo.

Joanna se estremeció al encontrarse en esa postura y recordó lo que había sucedido la noche anterior y cómo se habían amado durante horas, desesperados el uno por el otro.

Cuando la joven se movió, él se giró hacia ella.

—¿Estás despierto? —preguntó Joanna en un susurro.

Callum asintió. Sus ojos azules estaban demasiado abiertos y la enfocaban con claridad, por lo que era obvio que no acababa de despertar como ella, sino que llevaba ya varios minutos totalmente consciente de sí mismo. Quizás incluso horas.

Sintió un extraño calor en el pecho al pensar que él la había abrazado toda la noche y que ni siquiera se había movido de la cama para no deshacerse de su contacto. Callum Smith, el indómito y salvaje pirata, la envolvía en sus brazos con la mayor de las delicadezas.

Haciendo acopio de valor, Joanna se estiró bajo esa sábana que cubría su desnudez y llegó hasta sus labios. Depositó un pequeño beso en ellos y después compuso una sonrisa. No recordaba haber tenido un despertar más agradable que ese en toda su vida.

Él no respondió como ella esperaba, sino que más bien pareció incómodo. Joanna frunció el ceño ante su reacción.

—¿Qué ocurre?

Callum se removió junto a su cuerpo y, dejando de rodearla con su brazo, se apartó de ella.

—Tengo que irme. Partiré en un par de horas.

Con tan solo esas cuatro palabras Joanna vio cómo su «despertar perfecto» acababa de arruinarse. Se estremeció, confusa, cuando él se vistió con sus pantalones de loneta y su camisa de lino.

—¿Partirás? —preguntó, dubitativa, con la única esperanza de quizás no haber escuchado bien.

En él no había un solo rastro de duda.

—A Port Royal. Te dije que lo haría.

—Creí que... quizás habías cambiado de opinión. —Su voz fue un pequeño susurro, un hilo fino que reflejó a la perfección su estado en ese momento.

—¿Por esto? —Callum señaló la cama despectivamente, haciendo alusión a lo sucedido la noche anterior, aunque ya solo quedaran un montón de sábanas desordenadas sobre ese camastro.

Por primera vez, Joanna no disimuló que sus palabras le habían hecho daño y mostró el dolor en toda su pureza. Para ella, la noche anterior había sido decisiva, una prueba que ambos habían superado con creces. No dejaba de pensar en cómo habían hecho el amor, de forma furiosa y salvaje al instante, para convertir el acto en algo dulce más tarde. Aún oía las palabras de Callum en su oído, promesas de amor que le había susurrado como si de verdad las sintiera. La insensibilidad que mostraba en ese instante era desgarradora.

—Oíste lo que te dije ayer, Callum —dijo, incorporándose sobre el camastro y envolviendo la sábana alrededor de su cuerpo desnudo para cubrirse. Él la miró con absoluta indiferencia—. Quiero quedarme aquí, no deseo ir a Port Royal.

—No te creo, Joanna. No puedo confiar en ti, me lo has demostrado con

creces ya. —La miraba con franqueza, sin evidenciar que a él también le dolía pronunciar esas palabras—. Vas a volver a donde perteneces, con los tuyos. Todo esto no ha sido más que una mala idea.

—¡Callum, por favor! —exclamó ella, tomándolo del brazo—. Déjame demostrártelo. Llévame contigo, yo hablaré con mi padre, le diré que no quiero regresar. Te juro que funcionará.

Estas palabras no parecieron servir para convencer a Callum, sino muy al contrario. De repente se enfureció y con violencia se zafó de su agarre.

—¿Eso es lo que planeabas, Joanna? —murmuró, pensando que eso era increíble—. ¿De veras creías que te llevaría conmigo a Port Royal para que pudieras traicionarme allí?

—No lo haré, de verdad. No quiero traicionarte, ¡cielos, lo que quiero es probarte que puedo hacerlo! Convenceré a mi padre, estoy segura de que él lo entenderá.

En realidad, sabía de sobra que eso no sucedería así. Su padre la repudiaría en cuanto escuchara lo sucedido, pero necesitaba ver a su familia una última vez, quería que ellos supieran que estaba viva y en buen estado. No se perdonaría que su padre y su hermano vivieran creyendo que había muerto en un naufragio en medio de ninguna parte.

—¿Y qué diablos te hace creer que quiero que te quedes aquí, Joanna? —La furia de Callum se clavaba en su pecho con cada nueva palabra—. Eres solo un problema para mí. Lo que pretendo sacar del trato con tu padre es infinitamente más beneficioso.

—Sé que tú también anhelas estar conmigo, Callum. Lo sé por cómo me miras, cómo tratas de resistirte y... por cómo me haces el amor. —Trató de mantener la cabeza alta mientras hablaba con él, aunque sentía que se estaba humillando—. Me lo dijiste anoche, tú no quieres que me vaya. Dijiste que me amas.

—Y lo hago —murmuró él roncamente, con sus ojos fríos como el hielo—. Pero no sabes cuánto me arrepiento de hacerlo.

Dejándola con la palabra en la boca, Callum no se volvió atrás cuando se marchó decididamente por la puerta, escapando con rapidez.

Joanna tuvo que ahogar un grito con la almohada de plumas que reposaba en el camastro. Después la agarró y, lanzándola con furia hacia el otro lado de la cabaña, provocó que se rompiera y las blancas plumas de ave quedaron regadas por el suelo como si fueran nieve.

Tenía que hacer algo para arreglar eso y debía hacerlo rápido. Si Callum se subía en ese barco sin ella, ya no habría vuelta atrás.

\*\*\*

—Allie —llamó Joanna con un susurro. Se desesperó cuando su amiga no pareció escucharla, así que alzó un poco la voz mientras se escondía tras una de las cabañas del poblado—. ¡Allie!

Para su desgracia, no fue su amiga la que la escuchó. Sino una pequeña criatura que corría de un lado para otro, jugando alegremente. Rodrick se giró ante el sonido de la familiar voz y halló a Joanna tratando de pasar desapercibida. Se acercó a ella corriendo.

—¡Joanna! —exclamó el niño—. ¿Estás jugando a las escondidas?

Ella se llevó las manos a la cabeza al tiempo que se agachaba e instaba al pequeño a bajar la voz.

—Shh, Rodrick. Necesito que no hagas ruido, ¿entiendes? Estoy jugando a las escondidas con... ¡tu padre!, sí. Así que no quiero que él me vea, ¿entiendes?

El niño asintió con la cabeza efusivamente.

A su alrededor, la mayor parte de la tripulación cargaba mercancía hasta el barco en el que irían a Port Royal. Era pronto aún, pero Joanna calculaba que faltaban minutos para que los elegidos por Callum para acompañarlo comenzaran a embarcar en el Zunzún.

—Hazme un favor, Rodrick —le pidió amorosamente—. Necesito que le

digas a Allie dónde estoy para que venga a hablar conmigo, pero solo a ella. ¿De acuerdo? Nadie más puede saber que me has visto, aquí. En especial tu padre.

Rodrick escuchaba atentamente.

—Claro, porque, si él lo supiera, entonces perderías el juego, ¿verdad?

—¡Exactamente! —Joanna acarició el rostro del pequeño con el dorso de su mano—. Haz eso por mí, ¿de acuerdo? Y te prometo que después podremos jugar tanto como quieras, tendremos toda la vida para hacerlo.

—¿Y padre no volverá a castigarte en la cabaña de la playa? —preguntó él.

—¡Nunca más, Rodrick! Si haces esto por mí, tu padre y yo nos llevaremos muy bien a partir de ahora. Y no volverá a decirme cuándo puedo jugar contigo y cuándo no. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —exclamó el niño con una carcajada triunfal.

La inocencia de Rodrick la reconfortaba, sabía que si todo iba como ella esperaba, ese niño y ella compartirían grandes momentos. También Joanna había crecido sin una madre y, aunque no pretendía reemplazar a la de él, sabía que ese niño agradecería tener a alguien que lo quisiera incondicionalmente.

—Corre, Rodrick. ¡Busca a Allie!

La joven pelirroja apareció al cabo de un par de minutos, acelerada y cargada con una cesta repleta de cocos. La miró como si Joanna estuviera paseando por la playa con un orinal colocado en la cabeza.

—¿Qué estás haciendo, Joanna? —preguntó—. ¿Por qué te escondes?

—No tengo mucho tiempo —explicó la inglesa, acelerada—. He de hacer algo cuanto antes. Mi propósito de anoche no ha dado resultado: Callum no me creyó cuando le dije que quiero permanecer en la isla.

Su pecosa amiga puso los ojos en blanco.

—Maldito Smith, ¿por qué es un hombre tan testarudo?

Joanna se encogió de hombros.

—Créeme, eso mismo es lo que yo he estado preguntándome desde nuestra

charla. Ha decidido ir a Port Royal, no quiere ni oír hablar de mí y ahora necesito tu ayuda, Allie.

—¿Qué puedo hacer yo? —Allie puso los brazos en jarras—. Si él no te ha querido escuchar, ¿por qué iba a ser diferente conmigo?

—No, no esa clase de ayuda. —Joanna apretó los labios unos segundos y finalmente habló—. Tienes que ayudarme a entrar en el barco sin que nadie me vea. Si Callum va a Port Royal, yo también he de ir con él.

Si no fuera porque aún sujetaba con fuerza la cesta de cocos, Joanna habría creído que su amiga iba a perder la consciencia de un momento a otro. Tras unos segundos de tenso silencio, Allie se aclaró la garganta.

—Callum me matará si hago eso. ¿Lo sabes?

—¡Por supuesto que no lo hará! Si Callum te matara, Cormac se vengaría asesinandolo a él.

—¿Y te parece que esa es una buena idea?

Joanna suspiró. Sabía que esa era la última salida que tenía y Allie era la única persona en esa isla que se atrevería a arriesgarse por ella. Bueno, también Rodrick podría hacerlo, pero no pensaba aprovecharse de la inocencia del niño para algo tan serio.

—Allie, tienes que ayudarme. No tengo más oportunidades, después de esto, mi padre se enterará de dónde estoy y esto no acabará bien. Quizás no acepte el chantaje de Callum y simplemente envíe a toda la Armada Real Británica a capturar a la tripulación para condenarlos a la horca. —Su rostro era serio y su voz suplicante—. Hazlo por mí, Allie. Sé que saldrá bien. Le demostraré a Callum que lo amo.

Pudo ver que Allie comenzaba a dudar y su amiga entornó sus ojos verdes.

—¿Y estás segura de que él también te ama a ti lo suficiente? —La franqueza de Allie era una de sus mayores características.

—Me lo ha dicho él mismo, Allie. Lo hizo anoche y lo ha vuelto a reconocer esta misma mañana. Tú sabes que soy de fiar y que, si he mentido en esta isla, ha sido solo para salvar mi pellejo. Dime que me crees, por favor.

En ese mismo momento, a unos metros de dónde ellas hablaban, ocultas tras una pared de madera, Joanna alcanzó a ver a un grupo de piratas que conducían al señor Jonathan y a Brendan hacia la playa donde se encontraban las embarcaciones piratas. No estaban atados ni caminaban por la fuerza, sino que parecían más bien escoltados por los hombres. Joanna supo al instante que Callum pretendía liberarlos, quizás para probar ante su padre que verdaderamente la tenía cautiva o puede que solo porque sabía que ya los había retenido durante suficiente tiempo contra su voluntad.

Volvió a girarse hacia Allie y entrecerró los ojos, rogándole en silencio que la ayudara. Al final, la muchacha pelirroja suspiró y dejó caer la cesta de frutas en el suelo. La apuntó con su dedo índice de forma amenazadora.

—Ni se te ocurra decirle a nadie que he sido yo quien te ha ayudado en caso de que te descubran. Y más te vale amar a ese hombre de verdad, Joanna Taylor, porque yo no le doy mi confianza a cualquiera —dijo firmemente y arrancó una enorme sonrisa a la inglesa.

—Muchas gracias, Allie. Te lo compensaré, tenlo por seguro.

—No quiero ninguna compensación, no seas estúpida. Desde el primer día en el que te escuché decir que eras sirvienta en un enorme caserón de Brighton... ¡y no sabías lavar una simple camisa! —Allie se rio, nerviosa—, sabía que tenías algo raro, que no eras quien decías ser. Y no me importó. —Hizo una pausa unos segundos antes de seguir hablando—. Luego los hombres llegaron de Port Royal diciendo que eras una señorita noble y, créeme, no me extrañó. No te culpé, porque sabía que habías actuado de forma astuta para lograr salvarte. Para mí eres la misma, Joanna, no me importa que te llamen Janet o que seas pintor en la corte. ¿Lo sabes? Pero te pido con todo mi corazón que no lo traiciones, no le hagas daño a Callum, por lo que más quieras.

Las palabras de Allie casi habían arrancado lágrimas de sus ojos y Joanna no pudo más que lanzarse en sus brazos y abrazarla con fuerza, acariciando el cabello rojo entre sus dedos. Cuando se separaron, ambas tenían los ojos

húmedos y se echaron a reír mirándose la una a la otra.

—Me alegro tanto de haberme encontrado con alguien como tú...

—¡No seas tonta, Joanna! —exclamó Allie, secándose los ojos con los dedos—. Ahora vamos. Lo último que necesitamos es que el barco zarpe antes de que hayamos planeado algo.



## CAPÍTULO 22

Joanna permaneció quieta y en silencio hasta que dejó de escuchar voces a su alrededor. Se imaginó que estaría en algún almacén lleno de comida del barco, y que, tal como había planeado, a nadie le había llamado la atención un barril aparentemente lleno de ron. Solo cuando pensó que estaría a salvo de ser descubierta fue cuando se atrevió a rascarse la nariz y estornudar por fin, tratando de hacer el mínimo ruido posible.

Una voz más bien cercana la alertó:

—¿Qué ha sido eso?

Joanna apretó los ojos y se tapó la boca con sus manos, intentando no producir ni el más mínimo sonido en el interior del cubo. Hacía aproximadamente un par de horas que se había introducido en el recipiente, con una última mirada de agradecimiento a su amiga Allie. Después, en mitad de esa playa, Allie había conseguido convencer a un par de los miembros de la tripulación más jóvenes para que cargaran con el barril en su bote y lo llevaran a la embarcación, que se encontraba a unos cientos de metros de la playa, flotando orgullosa.

—Tened cuidado con él, no querréis desparramar el ron. —Había advertido Allie, nerviosa.

Entonces Joanna había sentido cómo de pronto alguien la levantaba del suelo con esfuerzo.

—¿Por qué pesa tanto, mujer? —preguntó uno de los piratas.

La joven inglesa se contuvo para no gritar cuando el hombre la dejó caer de

nuevo sobre la arena. solo esperaba que a nadie se le ocurriera girar el barril y dejarla con la cabeza apoyada en el suelo.

Allie supo reaccionar, contestando con fingido tono de irritación.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Callum me pidió ron y yo lo he traído, ¡y no me ha resultado tan pesado! —En realidad ella no lo había transportado en ningún momento, pues Joanna acababa de introducirse en el interior, cuando nadie la miraba—. ¿Tengo que ser yo misma quien lo suba a la barca?

Sabía que eso no fallaría, pues el pirata, molesto, tan solo cargó el tonel con Joanna en su interior sobre su hombro y lo condujo al bote mientras refunfuñaba. La dama tan solo rezó en silencio durante todo el trayecto para no acabar con más de un par de rozaduras por todo el cuerpo después de ese viaje.

Se había vestido con unos pantalones de loneta oscuros y una camisa de lino que Allie le había tomado prestada a Cormac. Gracias a un cinturón de piel podía apretarse los pantalones para que se ajustaran a su cintura. Joanna también había agarrado un sombrero de ala muy grande de la cabaña del doctor Holloway, rezando porque así pudiera disimular quién era en realidad y tapar su rostro.

No pensaba quedarse todo el trayecto hasta Port Royal en ese tonel, desde luego, pues sabía que serían tres o cuatro días de viaje, pero tampoco se mezclaría con la tripulación. Trataría de encontrar comida por el barco cuando nadie la viera.

La muchacha se estremeció al sentir los pasos de alguien a su alrededor.

—El ruido procedía de este barril —comentó un hombre con voz juvenil.

Otra voz le informó de que había alguien más allí.

—Será una rata —dijo el otro—, no lo abras, esas criaturas se introducen en cualquier lugar en los barcos.

Joanna rezaba en silencio porque el joven hiciera caso a su compañero y decidiera no abrir el barril, pues eso supondría su ruina.

Sabía que, si Callum la descubría allí, apenas unas horas después de zarpar,

no querría escucharla y tan solo la devolvería a su isla, o la tiraría al mar sin dudarlo. Si el capitán iba a encontrarla allí, tenía que ser cuando estuvieran cerca de Port Royal. De ese modo tendría que cargar con ella y, tarde o temprano, la escucharía. Joanna estaba decidida a convencer a ese hombre.

Con dolorosa expectación, Joanna notó cómo una mano se posaba sobre la tapa del barril y se mordió el dorso de la suya, nerviosa.

—Quiero ver qué es —respondió la voz del joven una última vez—. Porque ha de ser grande para ocupar un barril tan pesado.

No hubo nada más que decir. Acto seguido la tapa del barril se levantó y ella se hizo un ovillo. La cálida luz de ese almacén llegó hasta ella, pese a ser una estancia pobremente iluminada por una lámpara de aceite.

—¡Es un hombre! —exclamó el joven.

En esta ocasión la voz le resultó más familiar de la cuenta y Joanna alzó la cabeza para fijarse en quién era su descubridor. No salió de su asombro al distinguir el rostro delgado y algo demacrado de ese joven que había viajado con ella en el Reina Mary Jane.

—¿Brendan? —susurró a media voz.

Él se apartó del tonel, dando un par de pasos acelerados hacia atrás. No lo habría creído posible de no estar sucediendo ante sus ojos: en ese mugroso barril de ron se encontraba encerrada Joanna Taylor, una de las damas más distinguidas de Inglaterra.

—¿Lady Taylor? —preguntó atónito—, ¿qué está haciendo aquí?

Ella se llevó un dedo a los labios de inmediato, instándolo a guardar silencio. Esa vez un nuevo hombre se acercó a ella, se trataba, sin duda, del cocinero del Reina Mary Jane, el señor Jonathan. Él tampoco salía de su asombro, sus ojos se abrían como platos, combinando con un redondel en forma de «O» dibujado en su boca.

—¿Estamos solos? —susurró.

Brendan tan solo acertó a asentir con la cabeza y ella salió entonces de ese barril, aprovechando la agilidad que le daba llevar pantalones por primera vez

en su vida. Su cabello trenzado cayó sobre su espalda y, tomando el sombrero entre sus manos, lo apretó nerviosamente.

—Cielos, ¡he tenido buena suerte!

Inspeccionó su alrededor, aunque la poca luz no colaboraba a la hora de poder ver con claridad esa sala de algún lugar del barco. Cada pocos segundos se escuchaban olas que golpeaban el barco y toda la estructura se movía al ritmo del agua.

—¡Esos salvajes la han hecho viajar en un barril, como si fuera usted un cargamento de cerveza! —gruñó Brendan.

—No, no. Eso no es así. Necesito que no le digan a nadie que estoy aquí, ¿de acuerdo? Es estrictamente necesario que ninguno de los piratas se percate de mi presencia.

—¿Por qué? —preguntó el señor Jonathan—. Nos llevan a Port Royal, lady Taylor, ¿nos están liberando!

—No a mí. El capitán los va a liberar a ustedes, pero yo debo permanecer en la isla esperando.

—¿Esperando a qué?

Joanna tragó saliva.

—Smith quiere llegar a un acuerdo con mi padre, hacer un trato a cambio de devolverle a su hija.

—¡Sabandija! —gruñó Brendan.

Joanna se quedó callada. Ellos no sabían nada de su romance con Callum; a sus ojos, había permanecido encerrada la mayor parte de su tiempo en la isla y no se le había permitido acercarse a ellos. No eran conscientes de la realidad.

—¿Qué hará entonces, lady Taylor? —preguntó el cocinero, entornando sus ojillos, pequeños y juntos—, ¿va a escapar?

Pensó en mentir, supo que era una buena opción y que ellos le creerían, lo sabía. Pero por alguna extraña razón no quiso hacerlo, pues estaba harta de fingir ser una persona que en realidad no era.

—No —contestó con firmeza, tomó aire antes de seguir hablando—. Voy a

quedarme con ellos.

Brendan pareció no entender.

—¿Hasta que se formalice el trato con su padre, el juez Taylor, quiere decir? Negó con la cabeza seriamente, pero no bajó los ojos ni un instante.

—No volveré a mi vida anterior. He decidido permanecer con los piratas de forma permanente, ese es mi deseo.

Los dos hombres no daban crédito a lo que escuchaban. Joanna Taylor quería renunciar a todo lo que era, todo lo que tenía, para quedarse allí. Brendan fue el primero en reaccionar, llegando a la conclusión más obvia: esos piratas habían conseguido manipular el cerebro de esa jovencita.

—¿Qué le han hecho, lady Taylor? —preguntó; bajo sus ojos se marcaron arruguitas de preocupación—. ¿Por qué iba usted a querer tal cosa? ¿Le han hecho daño?

—No, no he sufrido ningún daño. Es la decisión a la que yo he llegado, mi futuro está en esa isla junto a ellos.

—Junto a... ¿los piratas? —preguntó tímidamente el señor Jonathan.

—Sí, junto a los piratas, señor. No hay más que hablar.

Brendan abrió la boca para decir algo más, pero ella intervino de inmediato.

—No le permito que vuelva a cuestionar mi decisión. He dicho que eso es lo que haré, ¿entienden? Así que les ruego que no evidencien de ningún modo mi presencia aquí ante ningún miembro de la tripulación. Es lo único que les pido. Ustedes llegarán a la ciudad sanos y salvos, y serán puestos en libertad, estoy segura de eso.

Joanna pudo notar cómo la actitud de Brendan hacia ella cambiaba a partir de escucharla decir esas palabras. La amabilidad y el respeto con los que tanto la había agasajado hasta entonces se esfumaron. Si bien el señor Jonathan le brindaba conversación en esas largas horas, el joven se pasaba el tiempo sentado en una esquina de ese almacén, mirando a la nada.

Por suerte se escuchaba con claridad cada vez que alguien de la tripulación quería entrar para llevarles comida y Joanna corría a introducirse dentro del

barril en el que había llegado allí o se escondía tras las reservas de carne y pescado en salazón. De vez en cuando algún pirata aparecía y se llevaba al señor Jonathan para que este cocinara algo, de ese modo ganaban una ración doble de buena comida que el cocinero no dudaba en compartir con Joanna, su polizón particular.

Brendan apenas hablaba y tampoco comía mucho. Joanna se sentía mal al verlo, pero también trataba de ser optimista: era un muchacho joven, se recuperaría y volvería a tener una vida normal pronto. Además, no sería raro que recibiera algunas recompensas por haberse mantenido tan fuerte ante esos piratas, sin ceder a sus presiones en ningún momento.

Era complicado calcular el paso del tiempo, pues en esa alacena del barco no podía verse ni siquiera un pequeño rayo de sol del exterior, que evidenciara si era de día o de noche. Lo único que servía como referencia en ese lugar eran las ocasiones en que alguien de la tripulación les llevaba un plato de comida.

Joanna calculaba que llevaban tres días de viaje el día que Cormac la descubrió. Lo más habitual era que pudieran escuchar cuando alguien se dirigía a ese almacén, pues los escalones crujían horriblemente. Pero ella necesitaba dormir y, desde luego, no iba a hacerlo dentro del barril que ya tantas veces le había servido de escondite.

Cormac podría haber ido directamente en busca de Callum en el preciso instante en que la vio, pero prefirió despertarla antes. El pirata era consciente de que, el día de la embarcación, ella no había aparecido en ningún lugar cerca del barco y Callum la tenía suficientemente vigilada, por lo que imaginaba que si esa inglesa estaba en el barco, su esposa tenía bastante que ver con ello. Allie siempre la había apoyado en todo.

—Joanna —susurró, acuclillándose para zarandearla.

Lo primero que Joanna vio al abrir los ojos a la tenue iluminación de la estancia fue un ceño fruncido envuelto por un halo de cabello rubio y rizado. Después, inmediatamente, su corazón dio un vuelco.

—McLean... —susurró, al tiempo que se frotaba los ojos para despertar cuanto antes.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó el pirata, que lo último que parecía era encantado de verla—. Si Callum se entera de que...

—¡No, no! —Joanna alzó los brazos con efusividad—. No, Cormac. Él no puede saber que estoy aquí.

Apenas unos metros alejados de ellos, Brendan y Jonathan comenzaban a despertarse con sus voces altas y Joanna maldijo. Acto seguido se preguntó en qué momento había comenzado a actuar de ese modo tan poco refinado, a ella le habían enseñado que jamás debía maldecir, ni siquiera para sus adentros.

—Joanna, estás metida en un buen lío —dijo el hombre, que la miraba con aire desaprobatorio—. ¿Se puede saber qué pretendes con esto? Callum te va a devolver a tu familia, ¿lo sabes? ¡No tienes ninguna necesidad de buscarte un problema semejante antes de que él lo haga!

—No intento escapar, si eso es lo que tanto te preocupa. Se lo dije a Callum y lo seguiré repitiendo: no quiero que hable con mi padre ni lo chantajee. No quiero nada de eso, tan solo permanecer en la isla.

—¿De verdad piensas que él te hará algún caso?

El tono del pirata evidenciaba que ya estaba al tanto de su reciente decisión de quedarse junto a ellos en esa isla. Su tono pesimista desanimó a Joanna, pues él dudaba de que fuera a suceder.

—¿Y por qué no? —Miró a Cormac McLean a los ojos intensamente y supo que él era un hombre bueno, así como se percató de cuánto amaba a su capitán y amigo—. McLean, yo amo a Callum. Lo hago de verdad, con todas las consecuencias que eso implica.

A su lado escuchó la ahogada exclamación que proferían tanto el señor Jonathan como Brendan, pero trató de ignorarlos como le fue posible. Ya no era miembro de la alta sociedad inglesa, a esas alturas ya poco le importaban las habladurías y la opinión que tuviera la gente sobre ella.

—Joanna, Callum no te cree. —Los ojos de Cormac McLean se entornaron.

—¿Y tú lo haces?

Él le mantuvo la mirada unos instantes. Era una decisión dura: mentir a su amigo y arriesgarlo todo o mentirle por su bien y salvarlo de que cometiera un error. Al final, asintió con la cabeza y firmó la que podía ser una horrible traición o un gran acierto.

—No le diré que estás aquí ahora, pero lo haré cuando lleguemos a Port Royal, Joanna. ¿Entiendes?

Una pequeña sonrisa triunfal surgió en los labios de la inglesa, que notó que la presión de su respiración acelerada se aliviaba en gran medida.

—Solo necesito hablar con él con calma, hacerle... entender.

Poniéndose en pie, Cormac McLean se alejó de Joanna y se dirigió a la puerta de ese almacén. Suspiró antes de abrirla para salir, pero dudó y después se giró una última vez hacia ella.

—¿Te ha ayudado Allie a entrar aquí? —preguntó con voz profunda.

Joanna compuso su gesto más neutral al negar con la cabeza. Le había prometido a su amiga protegerla y nunca se le habría pasado por la cabeza romper su palabra.

—No —respondió—, ella jamás haría algo así.

Cormac sonrió enigmáticamente y salió de ese almacén pensando que, a fin de cuentas, si Joanna era capaz de mentir para salvaguardar a su esposa, probablemente era una mujer de fiar.

En lo que restó de viaje hasta llegar a la ciudad y después de haber escuchado la conversación con el pirata, el señor Jonathan comenzó a mirarla con cierta lástima que a ella no se le pasó por alto, pero que aun así trató de obviar cuando ambos charlaban en voz baja sentados sobre el suelo. Por su parte, Brendan no volvió a dirigirle la palabra a Joanna ni una sola vez más. Ella supo que la juzgaba y era algo con lo que no podía lidiar. Sabía que la vida que ella pensaba emprender muy pronto ya siempre estaría llena de juicios.



## CAPÍTULO 23

La sensual sonrisa de Elliott se dibujaba en su rostro esa mañana al salir a la cubierta del barco. Se encontraban en mitad de ninguna parte, según parecía, y no había ningún indicio de que fueran a acercarse próximamente a la famosa isla de Callum Smith. El hijo del juez se dirigió a la capitana del Belle Camille, con las espaldas bien cubiertas por los dos fuertes hombres que lo acompañaban a todas partes.

Rebecca, que hasta el momento se encontraba hablando con el segundo al mando de su galeón, le hizo una seña para que se retirara y le dirigió a Elliott una sonrisa felina de las que solamente ella podía esbozar. Sus ojos azules como el mar brillaban después de lo que había sucedido la noche anterior entre ellos, un suceso más que sobresaliente.

—Señor Taylor, buenos días —lo saludó ella con educación, fingiendo que no se habían separado apenas un par de horas antes, cuando ella se había levantado de la cama y lo había dejado permanecer allí varios minutos más.

—Capitana. —Asintió con la cabeza sin dejar de mirarla intensamente.

A su alrededor la tripulación de piratas iba de un lado para otro, comenzando con las labores de la mañana. Llevaban casi dos semanas de travesía en la que, si se acercaban a tierra para reponer provisiones, Rebecca siempre le aconsejaba no bajar del barco si no quería buscar problemas en esas ciudades donde la pobreza, la piratería y la rabia de los más pobres hacia los privilegiados eran una seria amenaza.

—¿Cómo ha descansado hoy, Taylor?

—No he podido dormir mucho —contestó él con voz provocativa y el apuesto hombre compuso una sonrisa torcida—, tenía demasiado... calor.

Rebecca entrecerró los ojos, riéndose y haciendo acopio una vez más de la sensualidad inherente a su persona.

—Conozco esa sensación.

Elliott tomó aire y, acercándose a ella aún más, quedó a apenas unos centímetros de la mujer. Ordenó a sus hombres que se mantuvieran un poco alejados y, de repente, su gesto cambió, dejó de tener como objetivo jugar con ella, medir su fuerza. Rebecca frunció el ceño, no le gustaba la expresión en ese rostro y nunca antes en esas dos semanas lo había visto tan serio.

—¿Cuándo llegaremos a la guarida de Callum Smith, Rebecca? —preguntó.

Ella no alteró su expresión. Era una pregunta que le había hecho varias veces ya esa semana y que ella siempre respondía con evasivas. Pretendía engañar a ese hombre al menos una semana más antes de comunicarle que todo era mentira: no tenía ninguna intención de entregarle al pirata más buscado del Caribe en bandeja y a ella le importaba soberanamente poco la hermanita de Elliott. Su plan era abandonar al hijo del juez junto a sus dos hombres en alguna otra isla y quedarse con todo el dinero que llevaba encima, que era mucho. La pregunta era ¿por qué, si quería robarle su dinero, llevaba más de diez días navegando con ese hombre sin haberse deshecho de él ya? Porque Elliott Taylor había tenido la fortuna de ser un amante excepcional, tanto como ella nunca antes había visto.

Rebecca se había acostado con varios hombres de mar durante su vida, una vez incluso había creído estar enamorada de un pirata vividor de Tortuga, pero la situación ahora era distinta. Con Elliott Taylor todo era diferente, ese hombre la tomaba de un modo más íntimo, más... hermoso. Sonaba raro, pues Rebecca había creído saber todas las formas de amar que existían y pensaba que en ningún caso estas podrían variar en función de los distintos hombres. Pero Elliott Taylor le había descubierto algo nuevo, una sensación que nunca antes había experimentado al estar desnuda y sudorosa sobre la cama con un

hombre.

Evadió la pregunta, como ya estaba acostumbrada a hacer.

—Aún quedan varios días. Smith se encuentra bien escondido —contestó.

La sonrisa de Elliott volvió, pero esta vez le provocó un escalofrío verla. Siempre había pensado que ese hombre escondía mucho más de lo que decía y sus ojos oscuros y brillantes no parecían pertenecer a un estúpido noble inglés, tal y como él pretendía aparentar. Y de eso ella se daba cuenta.

—Eso me temía, ¡el *Despreciable* Callum Smith no quiere que nadie lo encuentre!

Rebecca se sintió incómoda, preguntándose a qué venía eso y por qué de pronto la voz de Taylor era más bien jocosa. Frunció el ceño.

—¿Qué insinúas? —le preguntó con irritación.

—¿A qué te refieres con que estoy insinuando algo? —La voz de Elliott, que se hacía el tonto de forma sarcástica, le puso la piel de gallina a Rebecca—. ¿Como si pensara que en realidad no llegamos a la maldita isla porque tú no quieres que lo hagamos? ¿Como si tan solo me estuvieras paseando de un lado a otro en tu barco para sacarme una cantidad absurda y exorbitada de oro por cada día que pasa, sin tener la mínima intención de cumplir tu parte del trato?

Rebecca tragó saliva y se llevó la mano al mango de su espada, aunque sin desenvainarla aún. Lo miró fijamente cuando Elliott se alejó de ella un poco y de pronto se echó a reír.

—Cállate, Taylor. No sigas hablando...

—¿O qué vas a hacer? ¿Me vas a convertir en comida para peces?

Con su mirada la estaba desafiando y en sus ojos parecía no percatarse de que estaba en clara desventaja. Bastaba un solo movimiento de cabeza de ella para que, tanto él como sus hombres, acabaran en el fondo del mar.

—No te conviene retarme de este modo, Taylor. No sabes con quién estás tratando...

—¡Oh, sí lo sé, Rebecca! Te aseguro que lo sé muy bien. —Sus ojos brillaron con una astucia que minutos antes no parecía estar allí—. Rebecca

Johnson, ¿de verdad esperabas que te creyera cuando te presentaste ante mí con ese nombre? Tuve suerte de encontrarme justamente contigo, la capitana del Belle Camille. La gente en Port Royal habla demasiado, yo ya sabía con quién me embarcaba desde el momento en el que puse un pie en tu navío —dijo con sorna—. ¿Por qué si no iba a aceptar tu propuesta? Sabía que si alguien podía llevarme hasta ese pirata serías tú... y comienzo a cansarme de esperar a que cumplas tu parte del trato.

Por primera vez en mucho tiempo, Rebecca sintió pánico. De repente, toda la situación se había dado la vuelta y se encontraba en su contra.

—Pues ahora que lo sabes todo ten por seguro que no pienso llevarte hasta Callum. Antes vas a tener que matarme —siseó.

—Oh, no quiero tener que llegar a eso, Rebecca. Eres una mujer formidable y en la cama... —Cerró los ojos con teatralidad al tiempo que suspiraba—. Dios mío, no puedo hacer algo semejante.

Rebecca apretó los labios y comenzó a desenvainar su espada, dispuesta a poner en su sitio a ese hombre, pero Elliott negó con la cabeza y volvió a ponerse serio.

—No oses intentarlo.

Ella lo ignoró y unos segundos después sacó el acero de su vaina y alzó su sable cuyo filo se le antojó demasiado peligroso a Elliott al verlo situarse tan cerca de su cuello. Tomó aire y observó la punta de la espada un instante antes de volver a fijarse en los ojos de Rebecca.

—¡Hombres! —clamó.

Y tan pronto lo hizo, Rebecca se encontró rodeada por decenas de espadas y pistolas que la apuntaban a ella directamente. Su mano tembló al tiempo que recorría con la mirada a esos hombres que formaban parte de su tripulación y que probablemente habían dejado que los comprara por apenas unas monedas. Los piratas eran así, por eso nunca había que fiarse de ellos.

Algunos de los hombres, los únicos que habían permanecido fieles, se quedaron estáticos al contemplar que sus propios compañeros se volvían

contra ellos, dispuestos a atacarlos al mínimo movimiento.

—¡Atajo de cobardes! —gruñó Rebecca entre dientes hacia su antigua tripulación.

La risa de Elliott regresó y, sin ningún miedo ya, se acercó a esa mujer que tanto lo fascinaba y tomó su espada entre los dedos. Rebecca se resistió un poco, aunque finalmente la dejó resbalar de sus manos sabiendo que un acto en falso podía costarle caro.

—A ti te respetan, no te equivoques —dijo Elliott al tiempo que dejaba caer la espada sobre el suelo sin prestarle más atención—. Pero yo voy a pagarles. Mucho.

—Eres un cínico, Elliott Taylor —espetó ella, alzando la barbilla y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Ahora estás enfadada, pero se te pasará. Tú y yo nos entendemos muy bien, somos el mismo tipo de persona: luchamos por nuestros intereses. Lo único malo es que, en esta ocasión, nuestros intereses están reñidos entre ellos. No será así la próxima vez, lo prometo.

Sin rastro de pudor, Rebecca escupió al suelo, justo frente a los brillantes y caros zapatos de él.

—Tú y yo no nos parecemos en nada y mucho menos nos entendemos. Eres un ser mediocre y he fingido cada segundo que he pasado contigo —clamó.

Al contrario de lo que esperaba, una enorme sonrisa se extendió en el rostro de Elliott. No supo decir si había algún rastro de ofensa, pero Rebecca esperaba, como mínimo, haber herido su vanidad un poco.

Elliott sabía que no era cierto. Ella no había podido fingir los gemidos o los gritos, al igual que tampoco habían sido falsas las sonrisas o las palabras susurradas bajo las sábanas. Sabía que en realidad eran mucho más parecidos de lo que ella jamás admitiría. De hecho, él había sido más astuto esa vez y había conseguido sobornar a su tripulación para salirse con la suya, pero ella era quien había planeado abusar de su confianza y su dinero creyendo que él jamás se enteraría. Ambos eran estrategas.

—Y tu hermana ya está muerta —le dijo ella de pronto, lo que lo tomó por sorpresa—. Has llegado hasta aquí para nada.

—No lo creo. Joanna Taylor es la hija de un juez y prometida de un contraalmirante. Vale mucho más viva que muerta, Rebecca.

Carcajeándose, la joven capitana, con su piel bronceada y su cabello tan negro como el ébano, lo irritó.

—Y también es la hija del asesino de Edgar Smith. Elliott. Eres un absoluto fraude y espero que pese en tu conciencia saber que, en lugar de buscar a tu hermanita devotamente, como deberías haber hecho, tan solo te dedicaste a mirar el mar en vano metido en un barco que ha pasado dos semanas dando vueltas a la isla de Basse-Terre.

Rebecca sabía cómo hablar con crueldad y, si se había propuesto molestarlo seriamente, desde luego que lo estaba consiguiendo. Esta vez, la sonrisa de Elliott fue tirante y su voz sonó más seria que antes.

—Nada ha sido en vano, créeme. Has sido astuta, no le has confesado a nadie más dónde se encuentra la isla de Smith y es obvio que, a juzgar por la fidelidad que te guarda tu tripulación, eso ha sido un gran acierto... Pero ahora mismo me vas a llevar a ese maldito lugar para recuperar a Joanna.

—Por encima de mis huesos.

—No, *querida*. Viva me gustas más, gracias.

Los hombres a su alrededor se rieron, al menos, los que no estaban siendo apuntados por armas de fuego y espadas.

Rebecca tomó aire. No tenía muy claro cómo debía reaccionar. Por una parte, estaba bastante segura de que llevarlos a la isla no acabaría mal para Callum. Su tripulación era más grande, tenían armas y además se encontraban en su hogar. Callum podría acabar con esos traidores y su nuevo jefe con relativa facilidad. Aun así, no era posible estar segura al cien por cien de eso.

—¿Qué me darás si te llevo allí?

—Te perdonaré la vida, Rebecca. ¿No te parece suficiente un gesto tan amable por mi parte? —Después compuso una sonrisa sensual que la puso

nerviosa, aunque jamás volvería a admitir algo así. Al volver a hablar, Elliott se acercó a ella para que nadie más pudiera escucharlo—. Y también podemos establecer algún aliciente más para que me ayudes. Creo que me entiendes, *milady*: una buena cama y un día entero para resolver nuestras pequeñas trifulcas...

Elliott se recreó en el odio de ella reflejado en su rostro. Lo seguía volviendo loco, era tan pasional que su corazón enloquecía solo con rozarla.

—¿Y por qué debería traicionar a Callum?

—No lo harás —expuso él—. No es una traición, yo no quiero llevarme a ese pirata ante la Corona Británica ni tampoco necesito entregarle su cabeza a mi padre. Yo solo quiero a mi hermana. Si me la entrega, desapareceré tal y como he aparecido.

Rebecca gruñó, pero aun así asintió con la cabeza. Aunque él solo quisiera recuperar a su hermana, agradecería infinitamente que Callum se decidiera por lanzarle un cañonazo al aristocrático culo de ese manipulador. No se sentía nada bien siendo la cazadora cazada.

—Trato. —Aceptó al final, suspirando. Después se giró hacia todos los hombres que los rodeaban y observaban cada uno de sus movimientos—. Y vosotros, bastardos, ya podéis bajar las armas. El señor Taylor y yo hemos llegado a un acuerdo. —Su voz se volvió más dura cuando estos comenzaron a obedecerla—. Tan pronto arribemos en Port Royal de nuevo, espero que no volváis a dejaros ver por mí y los míos jamás, a no ser que os resulte alentador terminar vuestros días sin ese inútil colgajo que tenéis entre las piernas. ¡Lo juro por la memoria de mi padre!

Elliott rio cálidamente a su lado y la observó, divertido. Tan solo una de las frías miradas de Rebecca sirvió para congelar su gesto.

—Y tú, Taylor, no te alegres tanto. Repito que Callum se habrá deshecho de Joanna ya, no lo dudes ni un instante. Estoy convencida de que, apenas reveló su identidad, él la echó a los peces.

—¿Y eso por qué lo sabes? —preguntó él curiosamente.

—Porque es lo que yo habría hecho si fuera él.

Elliott ahogó una ligera tos y la observó de nuevo sin pestañear.

—Supongo que he de agradecer entonces, Rebecca Smith, que no hayas sido tú quien ha encontrado a Joanna. Es una situación muy irónica la nuestra, ¿verdad? ¡La cantidad de enredos familiares que estamos teniendo! Tú eres mi prisionera ahora, Joanna lo está siendo de Callum... ¿Sabes? Lo más curioso de todo es que, después de tanta expectación, ahora muero de ganas por conocer a tu hermano.



## CAPÍTULO 24

Cuando la vio tuvo que controlarse para no gritar. No creía que fuera posible, daba igual a dónde mirara, a dónde fuera... ella siempre se las arreglaba para estar allí. ¡Incluso en ese maldito barco!

Llevándose una mano a la boca, Callum se cubrió los labios y sofocó un gruñido iracundo. El resto de la tripulación lo observaba atentamente en la cubierta del barco, todos estaban expectantes esperando a saber cuál sería su reacción. Una gran parte de su tripulación ni siquiera era consciente de que su relación con esa inglesa jamás había sido normal y tan solo una persona, Cormac McLean, sabía hasta dónde alcanzaban los sentimientos de Callum.

Fue por eso por lo que se sintió aún más furioso. Apenas acababan de llegar a Port Royal, pasando disimuladamente con el barco entre varios navíos más grandes y más lujosos. Una de las funciones del Zunzún era no llamar la atención, conseguir resultar tan simple y común que nadie tuviera que mirarlo dos veces.

Tan pronto habían atracado, su amigo y segundo a bordo se le había acercado con una visible turbación y le había confesado en pocas palabras que tenía algo que decirle. Después, para enorme sorpresa del capitán del barco, su mano derecha había bajado hasta el almacén, para aparecer poco después con una muchacha vestida de marinero: con pantalones de lona, cinturón de piel y camisa de lino. Sobre la cabeza un sombrero calado hasta el punto de ocultar su rostro.

Él supo quién era sin necesidad de ver su cara. Joanna era inconfundible:

conocía cada curva y cada pedazo de piel pálida. Su mente la había memorizado y la evocaba noche tras noche en su solitaria cabaña.

—Maldita sea... —gruñó, acercándose a ella lentamente.

La tripulación contuvo la respiración y él se adelantó hasta llegar a la altura de ella, que miraba al suelo mientras apretaba las manos con fuerza. En un solo movimiento Callum se deshizo de ese sombrero tirándolo al suelo y provocó que una gruesa y larga trenza oscura cayera sobre el pecho de la joven. Entre los hombres se escuchó la voz ronca del doctor Holloway, que hizo un comentario sobre el gorro de ala ancha y clamó ser su propietario. Aun así nadie se atrevió a moverse, tensos como estaban.

Callum tardó un poco más aún en hablar.

—¿Se puede saber cómo has llegado aquí? —preguntó entre dientes.

Al instante, esos enormes ojos oscuros lo golpearon como una gran piedra en la cabeza. Esperaba verla arrepentida, quizás, llorando o asustada. Pero no vio nada de eso. Ella alzó el rostro y lo miró, tan orgullosa como siempre lo había hecho. Callum maldijo en sus adentros, sorprendido por su gesto sereno.

—Te dije que debíamos hablar —dijo ella con voz firme—. No pensaba dejarte ir así como así.

Sentía la mirada de todos esos hombres clavados en él. Esa inglesa noble y mentirosa clamaba delante de todo el mundo que no iba a dejarle a él hacer algo, al capitán de la maldita tripulación. Negó con la cabeza inmediatamente y, tomándola del brazo, volvió a conducirla a las escaleras descendentes que llevaban al almacén en el que ella había viajado.

—Quédate aquí dentro —ordenó—, no es el momento de hablar. Y créeme, me vas a tener que dar muchas explicaciones. Pero no ahora. No te muevas del almacén o me aseguraré antes de que puedas verlo de que tengas una plaza en uno de los barcos esclavistas que parten a África.

Joanna se quejó audiblemente, pero obedeció, pues en parte sabía que él tenía razón: no era el momento de hablar, no aún.

Una vez se hubo deshecho de ella, Callum regresó a la cubierta del barco,

donde los hombres aún permanecían mirándolo con curiosidad. Él optó por apretar la mandíbula y comportarse como el capitán de ese barco que era, asegurándose de que todo comenzara a marchar. No tenía planeado en absoluto cambiar su decisión de chantajear al juez Taylor y sacar algo de provecho por esa mujer que tantos dolores de cabeza —y de otras partes de su cuerpo, más sensibles— le estaba dando.

Ordenó a sus hombres conseguir provisiones, encontrar un lugar para pasar la noche, robar alcohol de alguna taberna bien avenida y, sobre todo, les ordenó disfrutar de su estadía en Port Royal: acostarse con tantas mujeres como pudieran, beber y comer como si nunca antes lo hubieran hecho y simplemente sentirse piratas. Después le prometió a su tripulación que pronto atacarían, saquearían, lucharían y podrían regodearse en el caos y los problemas creados por ellos mismos, como siempre lo habían hecho. Juró que pronto se embarcarían hacia Singapur y que todo volvería a la normalidad; pronto todo sería como siempre. «Como cuando Joanna Taylor aún no había aparecido para hacerme enloquecer».

Una vez que todo el mundo tuvo una función que hacer, él no dudó un segundo y se dirigió a Cormac McLean directamente. Él había sido como su hermano toda la vida: hijo del segundo al mando de Edgar Smith, quien había sido ahorcado poco después que este en la misma Port Royal. Si en alguien Callum confiaba plenamente era en él, un pirata romántico que desde adolescente había comenzado a expresar demasiado interés por las ciencias y los libros, más que por el oro, el saqueo y las batallas. Pero amante de la libertad, tanto como él.

—¿Lo sabías? —preguntó.

Su amigo se giró hacia él y sus pasos resonaron en la madera oscura del barco. Supo enseguida que se refería a la presencia de Joanna allí.

—No —contestó—. Ni siquiera lo imaginaba.

Callum frunció los labios. Le dolía no poder confiar ni siquiera en quien era para él como un hermano. Algo le decía que Cormac estaba mintiendo.

—Joanna va a conseguir arruinarlo todo —dijo—, ella manipula a alguien con la misma facilidad con la que Ojotraste se bebe una botella de ron. Y parece que yo soy el único que puede verlo.

—Te he dicho ya que yo no sabía que estuviera en el barco, Callum. ¿Crees que no te lo habría avisado? —preguntó seriamente el hombre rubio. Después entornó los ojos—. La vi ayer y estuve muy cerca de llamarte y contártelo, pero sabía que serías injusto con ella y eso no es lo que quiero.

—¿Que yo sería injusto con ella? —preguntó Callum sin dar crédito a lo que oía.

—¡Siempre lo eres! Niegas lo que sientes una y otra vez, y eso te hace daño. Eres mi hermano, para mí lo eres y lo sabes... Por eso te digo que deberías hablar con ella, dejar que explique qué está haciendo aquí.

—Sé muy bien lo que Joanna está haciendo aquí.

Cormac negó con la cabeza.

—Te quiere, Callum. Está intentando evitar que la entregues a su padre. Sabes cómo las tratan: la van a casar y pronto tendrá que comenzar a tener críos de narices respingonas que apunten al techo constantemente. Y eso no es lo que ella desea.

El capitán se quedó en silencio mientras su amigo hablaba. Comenzaba a cansarse de luchar contra lo que sentía por Joanna, estaba exhausto y su mente solo deseaba que ella desapareciera de una vez. Para Callum su corazón ya se había roto una vez años antes, del peor modo posible, y saber a ciencia cierta que lo único que esa inglesa pretendía era exprimir y pisotear lo que quedaba de él le provocaba pánico.

—Callum, ella te quiere.

Los fantasmas de ese pirata le obligaron a cerrar los ojos al enfrentarse a esa temida frase que amenazaba con hacerlo ceder. Le daba miedo ir corriendo al almacén y tomarla entre sus brazos, como si todo fuera bien... cuando no era así.

Cuando volvió a abrirlos, Cormac supo que no había nada que hacer. Su

amigo estaba cerrado a la posibilidad de hablar y no sacaría nada bueno de él ya con esa conversación.

—¿Y por qué iba a quererme? Sé cómo es ella y el resto de mujeres de su clase. Jamás voy a olvidar el modo en el que esas mujeres nos observaban a mi padre y a mí cuando fuimos a Inglaterra en busca de mi madre. Nos miraban por encima del hombro, apartaban la vista al vernos o nos traspasaban con los ojos como si ni siquiera existiéramos.

Con un último movimiento, Cormac posó su mano sobre el hombro de Callum y lo miró solemnemente.

—Deja de escudarte en los demonios del pasado. Siempre me ha sorprendido que seas tan valiente para enfrentarte a los hombres reales y tan débil para plantarle cara a lo que ni siquiera existe, lo que vive en tu mente.

Después Cormac se fue, sabiendo que no había conseguido arreglar nada y un tanto arrepentido. Le daba miedo que esa pequeña traición a su amigo fuera a traer unas consecuencias mayores de las que esperaba.

A Cormac McLean le daba miedo perder a Callum de un modo u otro: temía que Joanna terminara destrozándolo, sí, pero sobre todo le aterraba que él mismo se negara el placer de ser feliz y que, cuando se diera cuenta de su error, ya fuera demasiado tarde para repararlo.

\*\*\*

Callum la obligó a calarse ese sombrero hasta el punto de que nadie pudiera verle el rostro antes de salir del barco para internarse en las concurridas calles de Port Royal. Lo último que necesitaban a esas alturas era que alguien reconociera a Joanna y se vieran envueltos en problemas.

Se despidió atropelladamente de Brendan, que ni siquiera la miró a los ojos cuando ella le hablaba, y del señor Jonathan. El cocinero tuvo que secarse las lágrimas cuando la vio dispuesta a partir y le pidió encarecidamente que guardara mucho cuidado de sí misma. Joanna supo en ese mismo momento que

jamás volvería a ver a esos hombres después de ese día.

Ella no tenía idea de a dónde se dirigían, tan solo seguía a Callum con paso acelerado mientras desembarcaban en el puerto y recorrían callejones llenos de personas que olían a alcohol, a pescado y a desdicha. Algunos bucaneros vendían carne ahumada entre vapores y moscas, y las miradas de la gente parecían malditas de soledad y resignación. A esas alturas, Port Royal era conocida como «la Sodoma del nuevo mundo». En cada esquina había una taberna, en cada taberna diez prostitutas y cincuenta hombres borrachos como perros. Piratas y esclavos negros pasaban por su lado con prisa, sin importarles empujar a Joanna para que se apartara de su camino. Por extraño que pareciera, eso no le molestaba. Estaba acostumbrada a que el resto de transeúntes se retiraran en la calle cuando ella caminaba y apenas se atrevían a mirarla a la cara... pero en ese momento no era nadie importante. Ni siquiera se paraban un segundo para observarla, no reparaban en su presencia.

A su lado, también Callum se había calado un sombrero que ocultaba gran parte de sus facciones. Él era muy conocido en ese lugar, pero también era cierto que la mayoría de la gente no conocía su cara. Lo habían escuchado todo sobre Callum Smith, pirata sanguinario y astuto, y también conocían la bandera de su familia, pero era increíble saber que tantas personas podían pasar por su lado sin imaginar su identidad.

El sol incidía en ellos directamente, aunque ninguno de los dos parecía irritado por el calor, eso era lo de menos. Por todas partes se escuchaba a los marineros gritando y a los niños pidiendo limosna, Callum la agarró del antebrazo y detuvo su paso.

—No te alejes —ordenó en un susurro.

Joanna se preguntó a qué podía venir eso, pero entonces descubrió la razón de esas palabras: hacia ellos, con paso ligero y cuadriculado, se dirigían algunos soldados que vestían el uniforme del ejército británico. Cuando estos pasaron por su lado, ni siquiera posaron su mirada en ellos más de dos segundos. Para Joanna, que uno de ellos la descubriera era lo peor que le

podía suceder en ese momento.

Llegaron a una taberna de tres pisos. La planta de abajo estaba completamente construida en madera barata, aunque los dos pisos superiores parecían también recubiertos con piedra de baja calidad y paja seca para proteger los techos de las agresivas tormentas tropicales y conseguir que las estancias superiores tuvieran una temperatura agradable.

Joanna no cesaba de mirar hacia todas partes con los ojos como platos, maravillada. Era la primera vez que visitaba una ciudad en el Nuevo Continente, a pesar de haber escuchado mil veces que Port Royal era un lugar cálido y lleno de vida. Lo que no había imaginado fue encontrarlo atrayente, descubrir que había algo en esa decadencia que la incitaba a conocer cada rincón de la ciudad. Supo que la Joanna que meses atrás vivía en Brighton jamás se hubiera fijado en Port Royal de ese modo. Probablemente habría sido escoltada hasta su casa allí, sin siquiera mirar por la ventanilla de su carruaje ni interesarse por las gentes que la rodearan. No era superficial, nunca lo había sido, pero si algo caracterizaba a la antigua Joanna era una apatía profunda que ella trataba de disimular a toda costa desde niña. Pero viendo esas calles arenosas y brillantes comprendía que no era desdén lo que había sentido antes, sino desinterés por su propio mundo. En la piel de señorita noble todo a su alrededor era una cárcel, pero la libertad le hacía verlo todo de un modo distinto.

Entraron en la ruidosa taberna y no le extrañó sentir el brazo de Callum extenderse para agarrarla de la cintura disimuladamente y así mantenerla cerca. No supo decir si ese gesto era por protección ante la nube de piratas que había en el interior de esa habitación o si la sujetaba porque aún creía que ella saldría corriendo en cualquier momento.

—Dirígete a las escaleras —le susurró, sin soltarla un instante.

Joanna levantó la cabeza para poder ver por debajo del ala de su sombrero y atisbó unas escaleras ascendentes situadas en el otro lado de esa taberna. Nadie la miraba, pero ella alcanzaba a discernir varias mesas con hombres y

mujeres de dudosa reputación, que reían y bebían alcohol profusamente. El lugar olía a madera podrida y mojada en ron, eso le produjo náuseas. Aun así, avanzó hacia el lugar que Callum indicaba, seguida de cerca por él.

Apenas habían comenzado a dar algunos pasos en el interior de la taberna cuando las cabezas empezaron a girarse hacia ellos paulatinamente. Si bien la gente de a pie no conocían la cara del famoso Callum Smith, estaba claro que los piratas sí lo hacían, pues apenas unos segundos después todas las miradas estaban posadas en ellos y el apellido «Smith» se escuchaba en cada rincón de la sala.

Callum maldijo entre dientes cuando el primer hombre se acercó a él con una sonrisa desdentada, y le espetó que hacía meses que nadie lo veía por allí. Él se evadió de la conversación con relativa facilidad, aunque varios piratas más se aproximaron también a la pareja.

Joanna pensó que Callum parecía tener bastantes amigos, aunque no pasó por alto que algunos de los hombres no parecían agradaos en absoluto por su presencia allí y los miraban de forma hostil y amenazadora. Ella frunció los labios, sabiendo que nadie podía ver su cara y que, aunque lo hicieran, jamás la reconocerían con esas ropas y su rostro bronceado e irritado por el sol.

—Parece que Smith tiene una nueva mujer —comentó un hombre a su lado—. Ese bastardo no le ha sabido guardar luto a su esposa.

Joanna se sobresaltó al escucharlo y se giró hacia él. Era un pirata, resultaba obvio. No parecía joven, probablemente rondaba los cuarenta y cinco años, y su cabello rubio era tan fino que daba la impresión de deshacerse como rayos de sol sobre un chaleco de piel desgastado. Llevaba un sombrero oscuro y un pañuelo rojizo anudado a la cabeza bajo él y de ambas orejas colgaban dos aros brillantes de oro. Sus ojos azules estaban enrojecidos, pero se clavaban en ella con curiosidad.

Ella, en cambio, alteró su expresión por una más bien furiosa. ¿Quién era ese sucio lobo de mar para hablar así sobre las decisiones de Callum? Joanna alzó la cabeza para poder mirarlo fijamente.



—Callum Smith no le debe ninguna explicación a usted respecto a su mujer —gruñó.

Para su sorpresa, el pirata rubio se rio.

—¡Y para colmo se ha buscado una inglesa! Su padre se estará revolviendo en su tumba al ver esto.

Joanna estuvo a punto de gritarle de un modo nada refinado ni digno de una «señorita de bien», pero se sorprendió cuando, a su lado, Callum soltó una carcajada y se acercó para abrazar a ese pirata, palmeándole la espalda como si fuera la única persona de ese lugar que le agradara.

—Métete en tus asuntos, Michael —comentó alzando las palmas de las manos—, que hasta donde yo sé tan solo versan sobre ron y prostitutas.

—También me gusta el oro, Callum, pero conseguirlo lleva trabajo. Claro que tú eso no lo sabes, aislado en esa nauseabunda isla tuya y sin sacar tu culo de la playa. ¡He visto traficantes de coñac en Guadalupe que se hacían llamar piratas con más dignidad que tú!

Ante esa conversación tan amigable y grosera a partes iguales, Joanna intentaba comprender por todos los medios si esos dos hombres se odiaban o se apreciaban, ya que no lo tenía claro entre tantas contradicciones.

—He tenido que descansar mi trasero durante un tiempo, Michael. Me temo que debo darte la razón.

En el rostro de Michael se reflejó la preocupación cuando frunció las cejas.

—He oído que fue una mala batalla, que casi te pierden.

Joanna tragó saliva. Imaginaba que se referían a la batalla en la que Callum había resultado herido justo antes de que ella apareciera. Él había insistido en que no había sido nada grave, que tan solo era un rasguño... pero ahora lo dudaba mucho. De repente, creía más lo que decía ese pirata al que no conocía de nada y que tanto la había molestado al principio.

Callum negó con la cabeza quitándole importancia a la versión de su amigo.

—Todo fue bien. Mi Liberté sufrió más que yo, esos hijos de perra la cañearon varias veces y creímos que no podríamos llegar a la costa después

de eso.

—¿Estuvisteis cerca de hundir? —preguntó Michael riéndose—. Me habría gustado ver que la tripulación de sabandijas de Callum Smith intentara colgarse de los mástiles con el barco bajo mar.

Cuando Callum estalló en carcajadas, Joanna se preguntó si había escuchado lo mismo que ella, ya que no le encontraba la gracia a ese comentario por más que tratara de buscarla. Aun así, pudo contemplar a ese hombre relajado por primera vez en días y su risa la alivió por dentro. Quizás, después de todo, no estaba tan enfadado con ella.

—¿Cómo está el pequeño? —preguntó Michael de pronto, suavizando su gesto.

—Está bien, Rodrick será un buen hombre.

Michael asintió con la cabeza y después volvió a girarse hacia Joanna. Esta vez ella enrojeció sin saber por qué, pues ese hombre la observaba de un modo que ella no sabría explicar, pero que no era desagradable.

—¿Y la joven londinense qué está haciendo aquí?

—Brighton, no Londres —corrigió ella al instante.

—Es... Joanna —musitó Callum tras unos segundos de duda. Sabía que Michael era de absoluta confianza, incluso podría imaginarse ya exactamente quién era ella, pero aun así no evidenció ningún tipo de sorpresa. El capitán la miró y después volvió a hablar—. Él es Michael Collins, el tío de Bárbara y un buen amigo de los Smith.

Supo de inmediato a qué se debía esa camaradería por parte de Callum, se trataba nada más y nada menos que del tío de la que había sido su esposa, esa mujer tormentosa de la que él le había hablado. No supo cómo reaccionar, pensó que era posible que Michael la detestara desde el preciso instante en que había entrado a esa taberna: la compararía con su sobrina, la despreciaría por ese aire de superioridad que sin duda desprendía y que anunciaba a los cuatro vientos que no era una de ellos. Pero no lo hizo, por el contrario, el pirata le sonrió afablemente.

—Me alegro de conocerte, Joanna. Espero que estés cuidando bien de esta pobre alma. Aún me acuerdo que la primera vez que lo vi, hace quince años, trataba de llevar el mando de un barco y ¡ni siquiera el limpia cubiertas le obedecía!

Callum bajó la vista, nervioso, y no se atrevió a mirarla. Ella sonrió, tratando de imaginarse a alguien que rehusara obedecer a Callum. La única persona que conocía que pudiera hacerlo era ella misma.

—Nos veremos más tarde, Michael. Ahora tenemos algunos asuntos que tratar —comenzó Callum, poniéndole fin a esa conversación y como si recordara de pronto que tenía que gritarle y perder los papeles con Joanna, a solas—. Me iré mañana.

Michael asintió con la cabeza, percatándose de que de pronto Callum había endurecido la mandíbula.

—He oído que un barco partirá a final de semana a Londres —dijo en voz baja—. Uno de los grandes, muy cargado. Tenlo en cuenta.

Callum se llevó un dedo a la barbilla y después posó su mano sobre el hombro de Michael.

—Gracias, amigo. Se lo diré a Rebecca, quizás ella quiera aprovecharlo.

—Rebecca no está aquí. El Belle Camille partió hace quince días y no ha vuelto a puerto. Creí que tú sabrías algo sobre ella.

Esa revelación lo dejó clavado en el lugar. Callum sabía que su hermana era capaz de cuidarse perfectamente y contaba con hombres fuertes y leales, pero aun así le resultó extraño escuchar eso. Ella estaba establecida en Port Royal desde hacía años y no era habitual que se embarcara en un viaje largo. A Rebecca siempre le había gustado el Caribe, ni Asia ni Europa le entraban por los ojos ni por el corazón.

—Estoy seguro de que está bien.

Michael inclinó su cabeza y Callum se giró para dirigirse de nuevo a las escaleras que lo llevarían a una de las tres habitaciones que existían en ese lugar. El dueño de la taberna había descubierto unos años antes que a veces

los hombres necesitaban un lugar en el que dormir sus borracheras antes de regresar a casa o retozar con alguna mujer, por lo que alquilaba las habitaciones que anteriormente habían conformado su propia casa. Era de agradecer que mantuviera en ellas una higiene bastante respetable, razón por la cual Callum y sus hombres se hospedaban allí cada vez que llegaban a Port Royal, algo que ya no sucedía con demasiada asiduidad.

Para Callum era cada vez más difícil llegar a un puerto, sentirse rodeado de gente que lo conocía y lo admiraba u odiaba. Para él, la tierra no significaba mucho, pues lo que siempre había amado con fuerza era el mar. Disimuladamente observó a Joanna a su espalda y tomó aire una vez más. Intuía que les quedaba poco tiempo juntos y que, de un modo u otro, el viaje de Joanna Taylor estaba tocando a su fin.

## CAPÍTULO 25

La habitación era espaciosa, más de lo que Joanna esperaba. La decoración se presentaba simple: una cama de calidad cuestionable, pero razonablemente limpia, una mesa de madera y una cómoda amplia. Sobre la mesa había algo de fruta fresca cubierta con una campana de vidrio para evitar que las moscas y mosquitos la contaminaran y un jarrón con vino dulce. Supo que era una habitación más que aceptable comparada con la cantidad de posadas de mala muerte que había en la ciudad.

Callum cerró la puerta con una calma impropia de él y se dirigió a Joanna. Pronunció sus siguientes palabras lenta y claramente.

—Te vas a quedar aquí hasta que vuelva, pero esta vez de verdad, sin ningún juego de los tuyos. El único modo de salir de aquí pasa por esa taberna en la que acabas de estar y te aseguro que en todo momento habrá alguien de mi absoluta confianza allí, vigilando. Te adelanto que no merece la pena que intentes escapar.

Tras esta retahíla de advertencias, Callum se giró para salir de la habitación y, con toda seguridad, comenzar con su plan de chantajear a su padre a cambio de su vida. Supo que debía detenerlo.

—¡Espera, Callum! —gritó—. No te vayas, te juro que no pensaba escaparme, tan solo he venido para hablar contigo, tienes que escucharme.

—No quiero hacerlo. —Su mirada esquiva lo dejaba bien claro.

—¡Eres un testarudo, Callum Smith! —le echó en cara Joanna—. ¡Y también un cobarde!

Eso por fin lo detuvo unos instantes. El pirata cruzó los brazos sobre su pecho para escucharla.

—¿Y eso por qué?

—Porque te da miedo escucharme y prefieres huir. Sabes que lo que te dije en la isla es cierto: quiero quedarme y ser una de los vuestros. Como Allie, como Lizzie y las demás. Yo también quiero ser libre y estar contigo, Callum. Si tú no me quieres, está bien, me hago cargo. —Alzó las manos mostrándole que no tenía nada más que esconder—. Pero no me niegues el poder de elegir quién quiero ser. Tú elegiste ser pirata, lo hiciste hace años. Yo nunca elegí ser la hija de un juez ni casarme con el contraalmirante Evans. Pero ahora puedo hacerlo, puedo tomar una decisión y eso, para mi desgracia, solo depende de ti.

Callum tardó varios segundos en contestar.

—¿Y por qué ibas a tomar la vida pirata cuando ya lo tienes todo como Joanna Taylor?

—No tengo lo que deseo de verdad, nunca lo he tenido. —Reconocerlo en voz alta la desgarró un poco por dentro y sus ojos se volvieron brillantes a causa de cálidas lágrimas que comenzaban a escocerle—. Tú sabes que es cierto, lo sabes en el fondo. Y aun así no vas a ceder, ¿verdad? —Suspiró, derrotada—. Prefieres no afrontarlo, aparentar que eres alguien frío, sin sentimientos ni compasión cuando eso no es cierto, pero es lo que siempre haces.

Sus palabras parecieron activar un resorte en él, que se movió de nuevo y se dirigió a la puerta. Esta vez no se detuvo al llegar a ella.

—Janet Everwood, una inocente sirvienta inglesa que no conoce el nombre de Edgar Smith ni tampoco el del juez Taylor y que se escabulle en un bote en mitad de una noche oscura. ¿Lo recuerdas? Joanna, no eres la persona más indicada para hablar sobre fingir ser otra persona.

Cuando se fue, todo quedó en silencio. Joanna controló sus lágrimas quedándose un largo rato con los ojos cerrados y conteniendo la respiración.

Al menos sabía que había hecho todo lo posible.

\*\*\*

En cuanto cerró la puerta, Callum tuvo el impulso de golpear algo con fuerza hasta romperlo. Después sintió la necesidad de llorar y patalear como un niño, pero también logró controlarse antes de hacerlo y bajó las escaleras hasta llegar a esa taberna mugrosa que tantas borracheras suyas y de su tripulación había visto. Por el camino se encontró con Cormac, que le lanzó una mirada compasiva que él optó por ignorar.

Demasiadas cosas le pasaban por la cabeza. Se moría por subir esas escaleras, echar la puerta de la habitación abajo y tomar a Joanna entre sus brazos, amarla con todas sus fuerzas. A la vez también habría dado media vida por poder volver atrás en el tiempo y cambiar el momento en el que su barco había naufragado, querría no haberla conocido jamás para no encontrarse en esa situación. Sabía que lo más fácil era aceptar sus palabras, decirle que la amaba y quedarse con ella, pero era consciente de que nunca le tendría confianza y eso lo mataría día a día, creyendo que esa mujer podría huir a cada instante o tratar de entregarlo a su padre para que este lo colgara como ya había hecho con tantos piratas antes que él. Se estremeció al pensarlo.

—Bebe, amigo. Estás en Port Royal, el lecho más rico del Caribe. — Cormac acababa de alcanzarle un vaso de arcilla color canela y relleno de un líquido oscuro.

A pesar de querer beber ese y mil vasos más, Callum arrugó la nariz y lo apartó en silencio. No era el mejor día para emborracharse y mucho menos después de lo que acababa de suceder: Joanna había llegado hasta allí y no le convenía perderla de vista o, antes de que pudiera darse cuenta, ella ya habría escapado por la ventana o por la puerta de esa taberna disfrazada de mendigo. Los recursos que tenía la inglesa siempre lo habían dejado anonadado.

La puerta de entrada a la taberna se abrió y Callum permaneció inerte,

apoyado contra una de las pestilentes paredes de madera. Ni siquiera el silencio que se instauró en la sala llamó su atención y no fue hasta que Cormac McLean le dio un fuerte codazo en las costillas cuando reaccionó y clavó sus ojos en los tres oficiales de la Armada Británica que acababan de entrar en la taberna. Vestían casaca azul y dorada, y un sombrero oscuro sobre la peluca blanca que Callum siempre había considerado cuanto menos ridícula.

Él no se inmutó, se giró hacia su amigo y le lanzó una mirada significativa. Necesitaba pasar desapercibido, aunque era consciente de que ese no era el lugar más común para encontrarse a ningún miembro de la armada, mucho menos a hombres importantes como daban la impresión de ser esos visitantes. Uno de ellos, el más alto y delgado, lucía con orgullo un millón de insignias sobre su casaca y dejaba claro que su posición no era, ni mucho menos, la de un soldado raso.

Alguien había tenido que llamarlos y en su situación era obvio que cualquiera podría haberlo hecho: podían haberlo reconocido por la calle o incluso en ese tugurio. La recompensa por entregar a Callum a las autoridades no era nada desdeñable, por eso él se mantenía en altamar la mayor parte del tiempo o se movía solo por los lugares más desconocidos y de confianza, allá donde nadie fuera a delatarlo. Maldijo en silencio, ni siquiera podía tomarse un vaso de ron sin que alguien quisiera arruinarlo.

No se sorprendió al ver a los tres hombres uniformados dirigirse inexorablemente hacia ellos. Callum permaneció relajado en apariencia y su postura indolente fue la mejor forma de que los soldados lo encontraran con rapidez. El resto de piratas de la sala se encontraban revueltos y miraban hacia la puerta de cuando en cuando, valorando si podía merecer la pena escapar de allí en silencio, como pequeños ratoncillos.

—¿Callum Smith?

Quien habló era el más delgado. Debajo de esa casaca militar parecía esconderse un cuerpo esbelto y fuerte. Su mandíbula era cuadrada, sin barba evidente, y sus ojos verdes brillaban haciendo contraste con esa peluca de



rulos blancos.

—Depende de quién me busque. —Callum le aguantó la mirada sin parpadear.

El extraño tenía unos treinta y cinco años, llevaba una estrella dorada que señalaba su rango de contraalmirante y en su casaca brillaban botones dorados, que destacaban sobre el azul marino de la tela.

—La Corona Británica y su Marina Real.

—En ese caso no soy yo —contestó Callum con fanfarronería.

Cormac lo miró de soslayo, sin añadir nada más. Sabía que su amigo se libraría de esa, que todos lo harían. En muchas más ocasiones se habían encontrado en situaciones similares: topándose con un barco de Su Majestad Real en mitad del mar, abordando un galeón inglés en Barbados o en las tabernas de mala muerte de Tortuga.

El contraalmirante miró a uno de sus compañeros que aún permanecían tras él y este, siendo evidentemente el más joven de los tres, se adelantó unos pasos hasta quedar frente a frente a Callum. El pirata pudo notar que el muchacho temblaba bajo su mirada azul, pero aun así se las arregló para introducir su mano entre los pliegues de la chaqueta y de ella sacó un pergamino enrollado y anudado con hilo rojo para evitar que se abriera. Se aclaró la garganta mientras desplegaba el documento.

—Callum Smith —comenzó a recitar, leyendo el contenido y teniendo que detenerse para toser en un par de ocasiones, controlando su nerviosismo—. En nombre de la Corona Británica y de su majestad Carlos ii de Inglaterra, se le acusa de los delitos de: evasión voluntaria de las autoridades, conspiración y atentado contra la Corona, y piratería con todo lo que eso implica: se le acusa de violencia, depredación, incautación, robo y pillaje...

El tono de voz era tan monótono que Callum casi sintió ganas de bostezar delante de esos hombres. Cuando finalmente el joven terminó de recitar, enrolló de nuevo el pergamino y se echó hacia atrás unos pasos. Fue el contraalmirante quien regresó al frente una vez más.

—Le exijo que se entregue voluntariamente o sufrirá las consecuencias.

Callum tuvo que morderse los labios para no esbozar una sonrisa.

—Verá, señor...

—Evans —respondió al instante—. Contraalmirante Evans.

Esas palabras dejaron a Callum en un agónico silencio durante varios segundos. Se preguntó si lo había escuchado mal, si quizás era su propia imaginación la que le gastaba una broma pesada después de todo lo que había sucedido, pero no pudo reaccionar de nuevo hasta después de recordar que sus pulmones necesitaban aire para sobrevivir. Tomó una bocanada al mismo tiempo que observaba a ese hombre y comprendía que era el prometido de Joanna.

Su mente quiso molestarlo llevándole imágenes que prefería no contemplar jamás. Lo vio a él, ese hombre que rezumaba poder y elegancia por cada poro. No era algo que a él le importara, al menos no como pirata que era, pero casi pudo ver a Joanna junto a él y tres niños rechonchos jugando entre sus piernas. La imagen le hizo daño. Así que ahí estaba el hombre que, sin conocerla, sin amarla, pasaría su vida con ella. Era injusto.

—Verá, señor contraalmirante Evans —dijo segundos después, cuando todo el mundo creía que Callum había perdido la capacidad de hablar o actuar—. Me temo que hay un error: no voy a entregarme a nadie ni a aceptar ningún cargo. Ni ahora ni nunca.

El contraalmirante Evans lo observó con desafío al tiempo que se llevaba la mano a su espada. Cuando lo hizo, Callum ya blandía su sable a pocos centímetros de su rostro.

\*\*\*

Los gritos llamaron su atención. Joanna se levantó rápidamente de esa cama en la que reposaba, aburrida y desesperada, y el inconfundible sonido del metal entrechocando la sacó de su ensoñación. A pesar de haberse sentido

apocada y triste, unas renovadas ganas de bajar las escaleras y contemplar qué era lo que sucedía la embargaron.

Probablemente se trataba de una habitual pelea de taberna, como ella ya sabía que existían, pero jamás había visto una en toda su vida. De hecho, nunca antes había pisado una taberna, tan solo recordaba los aburridos salones de té a los que su abuela la llevaba cuando tenía doce o trece años, y que poco tenían que ver con ese local oloroso y lleno de hombres sucios y prófugos de la justicia.

Joanna se caló de nuevo su sombrero e introdujo su cabello trenzado en el interior de este para evitar que fuera muy evidente. La camisa le quedaba grande y ocultaba en gran medida sus curvas, pero el pantalón ajustado en la cintura por ese cinturón de piel oscura remarcaba un poco más su figura. Llegó a la conclusión de que a primera vista podía pasar por un marinerillo joven y flacucho a pesar de eso, sus formas cubiertas se asemejaban a las de un adolescente.

Se pegó a la puerta y contuvo la respiración unos segundos al tiempo que trataba de escuchar lo que sucedía al otro lado. Oía los gritos embotados, como si estuvieran demasiado lejos de ella. Gruñidos de hombres y más espadas que chocaban entre ellas. Le pareció escuchar a Callum como uno de los participantes en esa pelea y en su cabeza algo se activó inmediatamente. ¿Era posible que fuera él?

Pensó en él, su pirata irascible y orgulloso. Sí, definitivamente, Callum Smith tomaría parte en cualquier pelea que sucediera a su alrededor si con eso podía alimentar su ego. Dudaba de que él supiera mantenerse apartado, incluso sin haber recibido ofensa alguna.

Asió el pomo de la puerta y lo giró lentamente. Era muy probable que el capitán del Liberté hubiera encargado a alguien que se apostara en su puerta para vigilarla, pero aun así debía intentarlo. La madera crujió al abrirse lentamente y pudo vislumbrar la oscuridad del pasillo de ese segundo piso. Asomó la cabeza y miró a ambos lados sin encontrar a nadie. Los sonidos de

la pelea seguían llegando hasta sus oídos y Joanna salió con pasos ligeros y cerró la puerta de la habitación a su espalda.

Al llegar a las escaleras que conducían a la taberna, se agachó para mirar, sabiendo que su cuerpo quedaba cubierto por el muro que separaba la taberna del resto del edificio. Se estremeció al observar cómo algunos hombres luchaban con espadas o se golpeaban con sus propias manos: piratas con piratas, piratas con miembros de la Marina Real... De repente se hizo el silencio y ella abrió mucho los ojos, sin alcanzar a ver a Callum aún. Todos se habían quedado parados y miraban hacia una esquina de la taberna que ella no conseguía ver.

Sintió la ansiedad en su estómago, preguntándose qué estaría sucediendo y entonces pudo distinguir el perfil familiar y los rizos rubios de Cormac McLean.

—Si Cormac está ahí, Callum también —se dijo en un susurro a sí misma.

—Un movimiento más y dispararé —pronunció una voz que reverberó muy claramente en la taberna.

Ese tono le recordó a alguien y Joanna se llevó las manos a la boca, comprendiendo quién podía ser ese hombre. No había visto a Daniel Evans demasiadas veces y tan solo habían podido charlar a solas con él en una ocasión, durante un par de minutos, pero su voz calmada y profunda, con un acento tan refinado como particular, era inconfundible.

Esa voz había sido amable la última vez que la había escuchado, ocho meses antes: le preguntaba si estaba emocionada con su próximo viaje al Nuevo Mundo y parecía interesarse cuando ella hablaba sobre su inocente afición a la pintura y a la música. Joanna había sido preparada toda su vida para ese momento: tener un tema de conversación agradable cuando su padre intercambiara una mirada con Janet y con Elliott, y decidiera a «dejar a la pareja unos minutos» en el encantador jardín de su casa. Desde luego, el juez no se alejaría demasiado de ellos, y los observaría desde el otro lado del patio, y esos minutos a solas se cortarían abruptamente cuando su hermano

Eliott se acercara y les ofreciera un refrigerio. De Joanna se esperaba que resultara amable y tímida, no demasiado cercana y especialmente recatada. Que hablara de forma inteligente, pero no en demasía y, por supuesto, que no sacara a relucir su interés por los insectos y las ciencias. Que no retara al contraalmirante a jugar al ajedrez o le confesara su afición a salir por la noche a escondidas para contemplar las luciérnagas del jardín. De Joanna se esperaba que no fuera ella misma.

Pero en esa ocasión era diferente. La voz del contraalmirante era amenazadora y, a juzgar por sus palabras, se encontraba apuntando a alguien con un arma de fuego. Joanna tragó saliva y bajó un par de escalones para alcanzar a ver lo que sucedía. Se sorprendió al escuchar el sonido metálico de algunas armas de fuego que comenzaban a prepararse para disparar, moviendo sus engranajes para preparar el arma, que funcionaba con un sencillo mecanismo de rueda.

Tan solo tres personas habían sacado armas similares, pero todas apuntaban hacia la esquina del local que Joanna no podía ver. Tomando aire, finalmente se decidió a bajar las escaleras con la cabeza gacha y rezando porque el sombrero cubriera su rostro lo máximo posible. Lo que vio entonces la dejó boquiabierta: tres hombres apuntaban sus armas hacia el uniformado que ella reconoció enseguida como Daniel Evans. Al mismo tiempo, este apuntaba muy de cerca a Callum, que le sostenía la mirada sin siquiera alterar su gesto sereno. Joanna se estremeció.

—Dispare, contraalmirante —lo provocó—. Ambos sabemos que en unos segundos usted me seguirá al infierno si lo hace. Piense si esto merece la pena.

Evans gruñó.

—Acabará muerto de todas formas, sea aquí o en la horca —gruñó Evans entre dientes—, yo solo aceleraría el proceso.

—Adelante, en ese caso.

Callum transmitía tanta calma y frialdad que provocó que la piel de Joanna se pusiera de gallina. No entendía cómo ese hombre podía estar enfrentándose

a la muerte sin siquiera alterar su gesto. ¿Acaso tenía tanta fe en que Evans no lo haría? Aun así, la posibilidad de que apretara el gatillo y lo matara allí mismo existía. Su corazón dio un vuelco al imaginarlo. Tan solo hacía falta un movimiento, apretar el arma y... el hombre al que amaba estaría muerto para siempre.

—¡No! —gritó y cortó ese silencio que todos en la taberna mantenían—. Deténganse, ¡paren!

Los ojos de Callum se abrieron mucho al escucharla y por primera vez se reflejó el miedo en su rostro. Sabía que si Evans veía a Joanna, todo estaba acabado... y era consciente de que era lo que, más probablemente, ella deseaba. No había tenido que salir de la propia taberna para buscar a su prometido y lanzarlo contra Callum, sino que él mismo había acudido a su rescate sin saberlo.

Daniel Evans se dio la vuelta y la miró, confuso.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Joanna se arrancó el sombrero con rabia, provocando que su cabello trenzado cayera alborotadamente sobre sus hombros y su espalda. Sus ojos brillaban con más fuerza que nunca cuando los fijó en el contraalmirante, alzando la barbilla. Algunos lanzaron una exclamación de sorpresa al reconocer que quien se encontraba detrás de esos ropajes era una mujer, una con muchas agallas, de hecho.

—Quién soy no es importante —respondió ella, alzando la voz—, pero le pido que se vayan y nos dejen tranquilos de una vez por todas.

Uno de los hombres uniformados frunció el ceño ofensivamente al mirarla.

—¿Quién se ha creído esta ramera?

Joanna se mordió la lengua antes de contestar y encajó el insulto con toda la entereza que logró reunir. Nunca antes alguien había hablado de ella en esos términos ni tampoco había utilizado un tono tan despectivo para dirigirse a ella. Nadie le alzaba la voz a Joanna Taylor, ni decía palabras que no fueran exquisitas a su lado. Pero en ese momento ella no era la hija de un juez y la

nieta de un conde, su madre ya no era una distinguida dama de la corte ni su apellido hacía bajar la cabeza a todos en cuanto lo escuchaban. Joanna era una muchacha joven y paliducha, con ropajes baratos y demasiado grandes, con el cabello despeinado, las mejillas quemadas por el sol y una mirada más fuerte que cualquier soldado.

—No te atrevas a... —exclamó Callum, furioso. Un hombre lo agarró del brazo para evitar que avanzara a cometer algún error.

Para su sorpresa, fue Daniel Evans quien se dirigió a su subalterno sin siquiera mirarlo.

—Cállate —ordenó, casi rugiendo.

Joanna tragó. Su prometido aún seguía apuntando con un arma al hombre al que amaba y el nudo en el estómago no dejaba de crecer. Temió que la tomara y se la llevara de allí, que la devolviera a su padre y que, efectivamente, ahorcaran a Callum. Lo temió tanto que sintió su estómago contraerse.

—Deje que se vaya... —susurró con un tono de súplica—, déjenos en paz. Se lo ruego.

Daniel Evans parecía consternado y el rostro de Callum expresaba la más grande de las sorpresas. No terminaba de creer que eso estuviera sucediendo, simplemente no daba crédito aún.

—¿Sabe usted lo que eso significa? —preguntó el contraalmirante al cabo de unos segundos y fue obvio que formular esa pregunta le costó mucho.

Joanna sintió lástima. Ni siquiera estaba segura de que él la estuviera reconociendo, que supiera que se encontraba frente a la desaparecida Joanna Taylor. Aun así, algo en su mente le decía que sin duda lo había hecho desde el primer momento en el que había escuchado su voz. Se preguntó si Daniel Evans la había esperado en Port Royal, si se encontraba preocupado por ella, si de verdad la amaba. Después se corrigió mentalmente; él no podía amarla, pues jamás la había conocido de verdad.

Intercambió una mirada con Callum y este tomó aire profundamente. Todos sus esquemas se estaban rompiendo de golpe y sentía que el corazón se le iba

a salir del pecho de tan acelerado que lo sentía.

Ella se volvió una última vez hacia Daniel Evans, tomando la decisión final que cambiaría el rumbo de todo en su vida a partir de entonces. La que marcaría un mundo totalmente distinto para ella, pero que le parecía la acertada.

Asintió con la cabeza mientras apretaba los labios.

—Déjenos, para siempre.

El arma de Daniel Evans descendió con lentitud y Joanna respiró de nuevo, por fin. Él la miró a los ojos y supo que todo había cambiado como se mira a una persona que se conoció una vez, años atrás. Su vida también daba un giro en ese momento; podía dejar ya de esperar en vano a una mujer que jamás iba a regresar a él. No sintió rabia, no quiso acabar con Callum y eso era sorprendente. El joven contraalmirante tan solo comprendió que no merecía la pena luchar a contracorriente.

Haciendo resonar sus zapatos de piel sobre el suelo, el contraalmirante hizo una señal a sus hombres, que seguían sin comprender qué estaba sucediendo, y les ordenó que se marcharan. Él se dio la vuelta de inmediato y no se volvió para mirar ni una sola vez más a Callum, tampoco a Joanna.

Cuando la puerta de la taberna resonó con fuerza al cerrarse, el silencio aún siguió instaurado en todos los presentes, que sentían que se estaban perdiendo algo muy importante de esa historia.

Lo siguiente que se escuchó fueron los sollozos ahogados de Joanna contra el pecho de Callum, diciéndole que había temido que lo mataran en apenas un segundo. Él cerró los ojos y acarició su cabello con sus labios, acercándola a él y agradeciéndole al mar por primera vez el haber llevado a esa mujer hasta él.



## CAPÍTULO 26

Permanecer en esa taberna no era lo más seguro, pues no se sabía con seguridad si alguien iría a buscarla, especialmente después de conocer con exactitud su paradero. Por eso decidieron trasladarse al pequeño navío Zunzún y permanecer allí esa noche, para que la tripulación repusiera las provisiones y al menos tuvieran la oportunidad de disfrutar durante unas horas de Port Royal.

Callum y Joanna no lo necesitaban: sus planes para pasar la noche eran mucho más interesantes y suponían un nuevo principio en su historia.

Tan pronto entraron en el camarote del capitán de ese barco, Callum se lanzó a besarla liberando toda la fuerza que había acumulado durante esas horas en su interior, y la desvistió muy despacio, disfrutando de todas las partes de su cuerpo y procurando no dejar ni una sola sin besar ni acariciar.

Joanna, por su parte, tan solo podía sentir que había merecido la pena insistir tanto en su amor por Callum, a pesar de que este no creyera sus palabras en un principio. Él nunca antes había tenido a alguien que luchara por él, por lo que no había sabido reconocerlo en un principio y había confundido los sentimientos de Joanna con una mentira.

—Debes dejar de creer que todo el mundo quiere traicionarte —le había dicho ella con voz suave después de hacer el amor.

—Siempre y cuando no seas tú quien me traicione, puedo soportar cualquier cosa —le susurró él.

Después volvieron a amarse de nuevo. Despacio, con susurros y risas que

resonaban en el camarote. Sin descansar ni un instante, sin extenuarse por tomarse el uno al otro ni miedo a que esa fuera la última vez. Porque ambos sabían que no lo sería.

Al anochecer, después de haber permanecido varias horas en esa cama espaciosa y suave, Joanna depositó un beso tenue en los labios de Callum y lo miró a los ojos al tiempo que cubría su cuerpo desnudo con una hermosa y fina sábana de color carmesí.

—Callum, necesito que hagas algo por mí —susurró.

Él la miró atentamente y asintió con la cabeza.

—Cualquier cosa que quieras... siempre y cuando esté en mi mano concedértelo.

—Quiero ver a mi padre.

Él tragó grueso y no contestó al momento, sino que se tomó unos instantes para poder pensar antes de hablar. Ella temió que se enfadara, que respondiera como solía hacerlo: volviendo a desconfiar de ella. Finalmente, se sorprendió cuando Callum habló de nuevo.

—No creo que sea una buena idea. Si llegas hasta él, no permitirá que te vayas de nuevo.

Joanna sabía que en eso tenía razón, su padre no era el tipo de hombre acostumbrado a que se le desobedeciera y muchísimo menos a que quien lo hiciera fuera Joanna, su hija perfecta.

—No puedo dejar que mi padre y mi hermano me crean muerta, Callum. No podría perdonármelo.

—Sabrán que estás viva, Joanna, sabrán que has decidido quedarte conmigo. Mañana antes de partir dejaremos en libertad a los dos prisioneros. Ellos lo harán, todo el mundo sabrá que Joanna Taylor ahora es... una de nosotros.

Ante el silencio de Joanna, él posó sus dedos bajo su mandíbula y la alzó con suavidad.

—Sé que es duro, Joanna. Vas a renunciar a mucho y quiero que seas completamente consciente de lo que eso significa. Nadie quiere a un pirata en

su familia, mucho menos siendo esta respetable. Tienes que saber que la sociedad tal y como ellos la trazan no nos incluye...—susurró—, pero para nosotros no es importante. Lo preferimos así.

—Lo sé —respondió ella al final—, lo sé y me hago cargo, Callum. Es lo que quiero y lo que me hace feliz. No creas que todo esto es solo por ti, si me hubieras rechazado como mujer, pero aun así hubieras permitido que me uniera a vosotros... yo habría aceptado sin dudarlo.

Escuchar esas palabras de sus labios sanaba su alma, lo llenaba de amor y de necesidad por demostrarlo. Se rio con suavidad, acariciando la curva de la cintura de Joanna, lo que provocó que ella se estremeciera.

—¿Quién iba a decirlo en un principio? Odiabas esa isla con toda tu alma.

—No, te odiaba a ti, pirata de agua dulce —contestó, juguetona y dejándose acariciar—. Tú eras un hombre estirado y bravucón con una amante perversa, desde luego que yo te detestaba.

—Una amante que tú te encargaste de eliminar de mi camino enseguida, ¿verdad?

Joanna soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Marian se eliminó sola. Ella misma compró su billete fuera de la isla al creer que tú estabas interesado en mí cuando claramente eso no era así.

—¿Ah, no? —preguntó Callum—, ¿y eso cómo lo sabes?

Escuchar que sonreía y bromeaba con ella, tan relajado y tranquilo, la hacía sentir que quería pasar toda la vida así con él. Sin separarse jamás de ese pirata que había robado su corazón.

—Porque sé cuándo te fijaste en mí por primera vez. Cuándo cambió tu mirada al mirarme.

—Oh, veo que eres una experta. Y, según lady Taylor, ¿cuándo fue eso?

Joanna lo dejó con la incógnita durante varios segundos, manteniéndole la mirada fijamente. Al final rompió el momento tan solo riéndose y dejándose caer sobre la almohada de plumas de la cama. Lo observó por debajo de sus pestañas y con ojos entrecerrados.

—Voy a guardar ese secreto, pirata. Quizás algún día te lo cuente.

Él no insistió, se acercó y la besó en los labios. Bebió de su calidez y con apenas unos roces notó que volvía a estar preparado para amarse de nuevo, para entrar en ella y hacer que sintiera tanto placer como él pudiera darle. Su cuerpo estaba tenso y una evidente erección, que se formaba bajo las sábanas, rozaba la suave piel de entre los muslos de Joanna, que suspiró, ahogando un gemido cuando se acercó aún más a él.

Antes de comenzar, volvió a posar sus labios sobre la suave mejilla de Joanna y notó su respiración pesada.

—Ve a ver a tu padre —le dijo con una brillante sonrisa—, haz lo que desees, Joanna. Ya no eres mi prisionera ni lo serás nunca más, así que tus decisiones solo dependen de ti. Si decides volver conmigo, mañana mismo regresaremos a nuestra isla y todo comenzará de nuevo allí. Si, por el contrario, permaneces aquí, respetaré tu decisión y no me quedará otro remedio que esconderme en mi camarote y llorar como un niño cuando mis hombres no me estén mirando. Joanna, tú eres quien decide.

\*\*\*

Cormac McLean la acompañaba en silencio, caminando por las concurridas callejuelas de Port Royal. Habían dejado el puerto atrás varios minutos antes cuando llegaron a la enorme casa de los Taylor. Se había construido especialmente para el juez por orden del gobernador de Port Royal, por lo que también era muy nueva.

La construcción era enorme, de piedra gris, y contaba con tres pisos. Varios balcones señoriales llamaban la atención en la fachada y Joanna no pudo evitar preguntarse si podía ver desde allí los que estarían destinados a ser sus aposentos en la casa hasta que ella contrajera matrimonio. Ya nunca lo sabría, pues jamás podría vivir en esa finca ni volver a estar rodeada de criados... ni de su familia.

La parte de atrás de la casa contaba con un jardín grande y floreado al que no era difícil acceder, a pesar de la gran seguridad que rodeaba toda la casa del juez Taylor. La boca de Joanna se secó cuando pudo contemplar a su padre por primera vez desde su naufragio, a pesar de que Augustus no podía verla a ella.

El juez se encontraba en uno de los balcones más grandes y observaba el mar desde su posición. Se preguntó en qué estaría pensando su padre, con un traje formal que probablemente le estaba dando demasiado calor, y una peluca de rulos que no se quitaba ni siquiera para su vida diaria, una vez bajaba del estrado. No era capaz de discernir muy bien los detalles, pero su padre daba la impresión de estar más mayor de lo que ella recordaba: su espalda se doblaba ligeramente hacia delante, su gesto era más cansado... Podía gritar su nombre, comenzar a llamarlo y él la vería. Probablemente solo tomaría unos segundos hacerlo y que él enviara a alguno de sus guardias a buscarla...

Cormac se aclaró la garganta a su lado.

—¿Qué harás, Joanna? —le preguntó.

Ella suspiró.

—Si me ve, estoy perdida —contestó—. No volveré a ver a Callum y no es eso lo que quiero. Debo dejarlo pasar.

—Es duro. Lo entiendo.

—No te lo imaginas, pero estar aquí implica mucho más que irme, McLean. Si me quedo, pierdo a Callum, a Rodrick, a Allie... y me desprendo también mi libertad. No puedo permitírmelo.

El hombre asintió con la cabeza.

—Me habría gustado ver a mi hermano —comentó ella—. Elliott y yo nunca fuimos amigos, ¿sabes? Pero lo echo de menos. Ser hombre hace que las cosas mucho más fáciles en nuestro mundo.

Cormac era consciente de eso, sabía que, para una mujer, la lucha siempre sería doble.

—Vámonos —pidió ella—. Odio las despedidas, más si son como estas.

—Podrás volver en otra ocasión, estoy seguro.

—¿Y veré a mi padre desde el suelo mientras él está en un balcón? — preguntó ella, arrepintiéndose al instante de su tono quizás demasiado brusco —. No es la mejor forma de relacionarme con mi familia.

—No siempre será así, lo verás, Joanna.

No sabía qué significaba eso, imaginó que lo más probable fuera que Cormac simplemente tratara de ser amable con ella. Cubriéndose el rostro con su ya acostumbrado sombrero, la joven se dirigió al puerto junto a ese pirata. A pesar de intentar evitarlo, se giró hacia su padre en demasiadas ocasiones mientras aún seguía caminando hacia el puerto.

## CAPÍTULO 27

Ya estaban cerca de la isla, tras dos días felices de navegación en las tranquilas aguas del Caribe. Callum y sus hombres conocían las rutas por las que jamás nadie transitaba, por lo que se habían ahorrado varios encuentros inesperados y sabían que, en la distancia, nadie podía reconocer su barco como pirata.

Fue esa la razón de que un grito se escuchara, proveniente de la parte trasera del barco. Allí, Denton, uno de los piratas más jóvenes de la tripulación, observaba el mar a través de su catalejo.

—¡Barco a estribor!

Callum, que se encontraba al mando del timón, dio un respingo. Miró a Joanna de inmediato, al tiempo que su mente se las ingeniaba en apenas un segundo para pensar los lugares seguros donde podría esconderla en el caso de que se tratara de un barco enviado por su padre para hacer que regresara a Port Royal. Callum no se sentiría verdaderamente seguro hasta que no pusiera un pie en su isla, donde sabía que nadie podría encontrarlo. Hasta entonces, el pirata se mantenía en constante tensión.

Aun así, esos dos días habían sido maravillosos tanto para él como para Joanna, cuyo pecho parecía ir a explotar con la cantidad de sentimientos que la embargaban. Estaba feliz, enamorada e incluso nerviosa. Ya no era una prisionera, ahora era una mujer libre que formaba parte de esa gran familia que Callum había formado. Eso no significaba que tuviera intención de salir a navegar la semana siguiente y comenzar a saquear barcos ingleses, pero estaba

convencida de que pronto tendría la oportunidad de conocer el mar y vivir aventuras.

Su padre le había dicho una vez que ella era una gran mujer y que cuando se casara debía hacerlo con un hombre justo. Ella jamás había creído que ese pudiera llegar a ser un pirata, pero se maravillaba al encontrar bondad en algunos de esos hombres que tan solo recibían rechazo por parte de la sociedad.

Se imaginó cómo sería al llegar a la isla y contemplar al resto de la tripulación y a las mujeres que no formaban parte de ella cuando la vieran por primera vez como una igual. ¡Y con el capitán como compañero! Tendría que contar la historia de lo sucedido en la taberna cientos de veces, era consciente, y ver a Rodrick de nuevo sería algo muy especial para ella.

En el otro extremo del barco, Denton volvió a gritar.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó—. ¡La embarcación se está acercando!

Callum contuvo la respiración y se colocó la mano sobre el pañuelo que cubría su frente para tratar de tapar el sol. Afinó un poco la vista y logró ver el galeón que se adivinaba en el horizonte, pero no fue capaz de discernir ninguno de sus detalles.

—¿Amigo o enemigo? —preguntó, alzando la voz.

Joanna siguió su mirada y no alcanzó a ver nada, decidió esperar.

Denton, como respuesta a su capitán, se encogió de hombros y se agarró a una de las duras cuerdas que sujetaban las velas en el palo mayor. Afianzándola, logró trepar con facilidad por ella hasta quedar a unos dos metros y medio de altura, apoyado en la madera. Se llevó el catalejo al ojo derecho al tiempo que cerraba el izquierdo y observó a través de él durante varios segundos.

Callum comenzaba a ponerse nervioso, al igual que el resto de piratas que también observaban fijamente a ese barco en la lejanía que cada vez se acercaba un poco más, sin verse aún con claridad. Parecía ser apenas un punto negro que se hacía grande con demasiada lentitud.



—¡Sí! —exclamó Denton tras una pausa, sin dejar de mirar por el catalejo.

—Sí, ¿qué? —preguntó Joanna, impaciente—. ¿Amigo o enemigo?

Callum sonrió ligeramente y la miró de reojo, orgulloso de cómo ella se estaba adaptando a la vida de su tripulación. De todas formas, era normal, ella llevaba semanas con ellos y en ningún momento había sido una mujer que pretendiera mantenerse alejada de la vida en la isla.

—¡Amigo! —anunció Denton, después se retiró el catalejo y se las arregló para bajar del palo mayor con facilidad felina—. Es el Belle Camille. ¡La bandera, mostradla!

Una sonrisa se extendió de inmediato en el rostro de Callum al escuchar eso. Joanna aún se quedó confusa tras el nuevo anuncio. ¿Se suponía que debía conocer ese nombre? Jamás había escuchado de un barco llamado así, al menos que ella recordara.

—¿Qué es el Belle Camille? —preguntó, sin esconder su ignorancia.

—El único barco más rápido que el Liberté —le dijo Callum sin borrar su expresión de felicidad—. Y el más bello de los siete mares, o eso dicen.

—Fancy es el galeón más hermoso, Callum —opinó Cormac McLean, que se hallaba a unos metros de ellos.

—¿Osas decir que existe un barco más bello que el de Rebecca? —gruñó Callum, bromeando.

El nombre de mujer fue más familiar para Joanna esa vez, pues lo había escuchado recientemente, aunque no recordaba exactamente dónde. Antes de que tuviera que preguntarlo, Callum se giró hacia ella con los ojos brillando de emoción.

—Rebecca Smith, mi hermana —dijo con una nota de orgullo que nunca antes ella había percibido en su voz—. Casi tan buena navegando como yo.

Joanna no pasó por alto el hecho de que él hubiera dicho «casi». Por mucho que él amara a su hermana, su orgullo y su ego no dejaban de estar un poco por delante. Se rio.

—Que seas un pirata famoso no te convierte en un buen navegante, Smith —

dijo, bromeando.

Quien soltó una carcajada al escuchar esto fue Cormac McLean, que le guiñó un ojo a Joanna antes de hablar.

—Ya va siendo hora de que alguien te baje del cielo, Callum.

Joanna entrecerró los ojos y dio unos pasos acercándose a Denton, que aún observaba el barco de la hermana de Callum a través del catalejo. El galeón cada vez estaba más cerca y ya se distinguía claramente su estructura. El casco era de madera muy oscura y elegante, las velas se encontraban izadas, aprovechando el agradable viento que traía el característico aroma salado.

—Es hermoso —comentó Joanna en un susurro, a pesar de no llegar a verlo completamente aún.

Le recordaba mucho al Liberté, el galeón de Callum, que era de un color más ocre y cuya decoración quitaba el aliento, especialmente su ornamentado castillo de popa, la hermosa cara trasera del galeón.

—Hay algo raro —dijo esta vez Denton al tiempo que fruncía el ceño. Volvió a observar a través del catalejo y después habló, con la mirada perdida en ese barco lejano—. No hay bandera. —Levantó la voz para que Callum lo escuchara—. ¡No hay bandera en el Belle Camille, capitán.

Al instante, Callum se posicionó junto a los dos jóvenes.

—Puede que no haya reconocido el Zunzún...

Era una norma entre ellos. Tan pronto coincidieran por mar, ambos izaban la bandera pirata de los Smith: negra y roja, con una cruz y una calavera. Ellos la lucían desde el primer momento en el que habían distinguido con seguridad que se trataba del barco de Joanna. Callum alzó la vista y observó su bandera, ondeando orgullosa e imposible de ignorar para cualquiera que se encontrara a una distancia suficientemente cerca. ¿Podría ser que su hermana no izara la bandera por alguna razón? O quizás solo acudiera en su dirección para avisarles de algo.

—Es posible que nos quiera poner en sobre aviso. Existe la posibilidad de que vengan más barcos de Port Royal —murmuró más para sí mismo, suspiró

y lanzó un nuevo mensaje—. ¡Hombres, recoged las velas! Algo sucede y no sabemos qué puede ser, estad atentos.

Poco después, que la situación no era normal se evidenció aún más. La sorpresa fue mayúscula en el Zunzún cuando el Belle Camille fue perfectamente visible para ellos, mucho más cuando el barco se colocó a una distancia bastante cercana y se situó en posición de ataque, con los cañones apuntando hacia ellos.

\*\*\*

—No puedo creer la suerte que hemos tenido, ¿verdad, Rebecca? —se regodeó Elliott—. Ni siquiera tenemos que llegar hasta la isla de tu hermanito para sacarlo de su cueva, ¡hemos topado con él en altamar!

Rebecca arrugó la nariz con disgusto cuando el joven sonrió casi perversamente. Ambos se encontraban en la cubierta del Belle Camille y desde ahí podían ver con claridad uno de los barcos pequeños con los que solía contar Callum para realizar negocios menores o acceder a lugares en los que el Liberté fuera demasiado conocido.

—Eres despreciable, Taylor —comentó ella.

—¿*Despreciable*? ¿No es ese el sobrenombre de tu hermano?

Ella frunció el ceño al escuchar eso. Era consciente de que habían bautizado a Callum así hacía algunos años. Sabía que ese era el precio a pagar por llevar una vida alejada de la ley, a ella no habían tardado en denominarla «fulana» o «ramera» en cuanto había decidido rodearse de hombres y embarcarse en su Belle Camille.

—No eres ni la mitad de hombre que él, Taylor. ¡Ni la maldita mitad!

Para su sorpresa, Elliott frunció los labios algo molesto. Ya comenzaba a creer que no podía importunarlo de ningún modo.

—Estás enfadada de verdad, ya veo. Pero esto es lo mejor, Rebecca... Yo habría deseado poder retozar contigo diez horas al día y dormir el resto sin

tener que salir de la cama en ningún momento... pero me temo que no es posible. Ambos tenemos obligaciones que atender.

—Y también está ese asunto sobre nuestras familias siendo enemigas acérrimas, Taylor. Parece que lo olvidas —dijo ella con sarcasmo.

—Eso tú ya lo sabías cuando decidiste dejarme entrar en tu cama, Rebecca. Era yo el que se hacía el tonto. —Le guiñó un ojo, arrancando un gruñido de frustración por parte de la capitana del barco.

Rebecca jamás se había encontrado con un hombre tan pagado de sí mismo como ese y esperaba de veras no volver a hacerlo jamás. Había preferido mil veces al Elliott Taylor estúpido con dinero de sobra y dudosa intención de encontrar a su hermana perdida.

—No sabes cuánto te odio —musitó Rebecca entre dientes.

Él no contestó, tan solo la observó un instante y sonrió con ese rostro pálido de señorito de bien que tanto detestaba. De inmediato, Elliott se dio la vuelta para dirigirse a la tripulación de Rebecca —que esos días era técnicamente suya, por ser quien los había sobornado—.

—No disparéis ni os precipitéis... pero quiero que nos acerquemos de verdad. Es hora de hablar cara a cara con Callum Smith.

Los hombres asintieron. Los que habían permanecido fieles a Rebecca habían sido encerrados en uno de los compartimentos bajos un par de días antes. Elliott se había ocupado de que recibieran agua y una ración de comida, pues no tenía nada en su contra. Tan solo entorpecían sus planes.

—Callum va a hacer que volemos por los aires si permaneces con los cañones preparados para atacar. Estoy segura de que ya sabe que no soy yo quien está al mando del barco.

—¿Cómo habría de atacar el barco de su hermana?

—En cuanto vea al bastardo que tengo al lado no se lo pensará dos veces antes de disparar los cañones.

Elliott se rio entre dientes, aunque no alteró su orden a la tripulación. Poco a poco el galeón se acercó a la pequeña embarcación, que daba la impresión de

ser más pequeña aún cuando se acercaban.

Lo reconoció enseguida: mirada desconfiada, alto y fuerte, con un aura oscura y poderosa a la vez. Supo que se trataba de Callum Smith al instante. A la que Elliott no reconoció fue a esa mujer pirata que permanecía desafiante a su lado, ni siquiera se fijó en su presencia.

Se planteó agitar una bandera blanca en señal de paz, pero en realidad no era eso lo que iba a negociar con el pirata más buscado del Caribe en esa ocasión. El trato que tenía para darle era fácil: Rebecca por Joanna y, si su joven hermana se encontraba en algún lugar de ese barco, sería incluso más sencillo para todos resolver eso de manera feliz y satisfactoria para poder retirarse a Port Royal cuanto antes.

Llegaron a estar tan cerca que el ceño fruncido de Callum se clavaba en él de un modo escalofriante. Sus ojos eran tan azules que atormentaban solo con mirarlos. Elliott compuso una sonrisa burlona.

—Tended una pasarela —ordenó con voz firme—. Voy a hablar con él. Si me agarran o pretenden algo, disparad sin ninguna duda. Y ocupaos de la capitana Smith, no la quiero libre.

Rebecca escupió al suelo al escucharlo, contemplando a su hermano con los ojos vacíos. Sintió que un par de hombres la sujetaban, le pegaban los antebrazos a la espalda y la mantenían inmóvil. Aun así, permaneció tranquila, no quería expresar preocupación y que Callum pudiera actuar de forma estúpida. Si Elliott y él llegaban a un acuerdo, nadie tenía por qué salir herido ni sufrir. Los ojos de la capitana se deslizaron por esa mujer que acompañaba a su hermano y supo que se trataba de la famosa Joanna Taylor, no le hizo falta preguntárselo dos veces. La ropa de marinera le sentaba extrañamente bien y esa trenza despeinada le daba un toque desaliñado que no le pasó inadvertido. Aun así, lo que más le llamó la atención a Rebecca fue no ver ningún gesto de alegría o alivio en el rostro de esa muchacha por encontrar allí a Elliott. Al contrario, parecía atormentada.

—No puede ser —susurró para sí misma—. La inglesa se quiere unir a la

tripulación.

De todas las cosas que habría podido imaginar cada vez que escuchaba un nuevo rumor sobre ella en Port Royal o en cada momento en que Elliott hablaba de su hermana, esa era la última. Había pensado que sería una muñeca frágil, como todas las inglesas lo eran. Que su hermano la guardaría cautiva, a la espera de recibir una buena compensación por ella, que la joven se moriría de miedo por estar rodeada de piratas...

Pero en ella veía fuerza. Una mujer decidida y confiada. Nada que ver con quien ella había creído que sería Joanna Taylor la primera vez que oyó hablar de ella.

## CAPÍTULO 28

**D**urante un largo rato el único sonido que reverberó en el ambiente fue el ruido de las olas que golpeaban los cascos de madera de ambos barcos. Era un sonido hipnótico, como si el agua se rompiera en pedacitos al chocar contra los navíos, pero se recompusiera al instante para volver a atacarlos una vez más.

Joanna lo escuchó retumbando en sus oídos y acto seguido el sonido interminable y rítmico de las botas de su hermano, que llegaba a la cubierta de la embarcación de Callum. Escuchó cómo el capitán del barco le pedía con voz preocupada que se retirara de la cubierta, pero ella se quedó estática, sin ser capaz de mover siquiera un músculo.

Se estremeció. Sentía miedo, confusión y, no podía negar, cierto alivio al contemplar a Elliott una vez más, después de creer que no volvería a verlo más. Su hermano y ella nunca habían sido grandes amigos, pero había que admitir que eso tan solo se debía a las restricciones del mundo en el que vivían. En condiciones normales, Elliott y Joanna se habrían llevado bien, habrían compartido su infancia, su adolescencia, amigos y secretos. Ambos eran despiertos y curiosos, siempre lo habían sido. Después, con el paso de los años, Joanna se había convertido en una dama obediente y aplicada, perfecta en todos los sentidos y capaz de controlar sus emociones a la perfección para no revelar su profunda insatisfacción vital. Elliott, por el contrario, había contado con el privilegio de ser hombre y, por lo tanto, actuar como tal: vivir como quería, sentir con libertad y además poder demostrar

estos sentimientos, no mostrarse comedido cuando no deseaba serlo. Sus caminos se habían separado mucho tiempo atrás.

—Callum Smith —dijo Elliott como saludo, después se corrigió a sí mismo, componiendo una brillante sonrisa—. *Despreciable* Callum Smith, para quienes lo conocen solo a través de palabras, como yo.

El pirata se quedó en silencio por completo, observando confuso a ese extraño con acento inglés y vestimentas ricas que, al parecer, se había hecho con el barco de su hermana y con toda seguridad pretendía hacer lo mismo con el suyo. Callum lo miraba, perplejo. ¿Quién era ese pirata con aires de nobleza?

Consciente de su confusión, Elliott ensanchó aún más su sonrisa.

—Me alegra haberlo tomado por sorpresa. ¡No sabe quién soy! Imagino que ni siquiera contaba con que alguien podía seguir sus pasos. ¡El cazador cazado! ¿No es irónico?

Según parecía, Callum aún no salía de su asombro, pero ante las palabras burlonas del hombre extraño, tan solo acertó a desenfundar la pistola italiana de su cinturón y en menos de un segundo le apuntó a la cabeza. Elliott no alteró su gesto ni siquiera un poco, pero fue Joanna la que reaccionó, como movida por un resorte. Hasta entonces tan solo había contemplado la escena como si no terminara de creérsela, pero con la aparición del arma despertó de inmediato.

—No, ¡Callum! —exclamó.

—El piratilla tiene razón, Smith. No le conviene apretar el gatillo sin antes saber las consecuencias de...

No llegó a terminar la frase, pues Joanna lo interrumpió con un gruñido.

—¡Basta ya, Elliott!

El hijo del juez Taylor, tan importante y consentido como siempre había sido, enarcó una ceja cuando ese pirata que resultó ser una mujer lo calló tan rudamente. Callum se giró hacia Joanna entornando los ojos y sin saber qué estaba sucediendo aún. Fue entonces cuando ella se deshizo de su amplio



sombrero, lanzándolo al suelo con una exclamación. Después miró a su hermano con chispas que salían de sus ojos y un valor que nunca antes se había percibido en ellos.

La estupefacción reflejada en Elliott revelaba que probablemente lo último que esperaba era encontrarla allí, en la cubierta del barco y vestida como un marinero. Esa vez fue Elliott quien, sorprendido, dio un par de pasos hacia atrás con el ceño fruncido.

—Joanna... —susurró—, ¿qué...? ¿Qué diantre...? —Las palabras no lograban abandonar sus labios, se arremolinaban en su boca mezcladas entre ellas como el azúcar de un pastel.

Ella lo miró fijamente.

—No deberías estar aquí —fue su susurro.

Elliott pareció recuperar un poco de claridad al escuchar de nuevo la voz de su hermana, a la que creía secuestrada y en peligro desde hacía semanas.

—No... tú no deberías estar aquí. ¿Qué demonios está sucediendo?

Después, ante la atónita mirada de Callum y el resto de la tripulación de su barco, Elliott se lanzó hacia Joanna y, abrazándola con fuerza, la apretó contra su cuerpo. El pirata reaccionó al instante y se puso alerta, creyendo que ese extraño pretendía dañar a Joanna. Solo se detuvo al comprender que era cariño lo único que sentía por ella, se veía en cada uno de sus gestos y en el modo en el que la arropaba contra él.

La muchacha correspondió al abrazo, no podía hacer otra cosa. Un mar de emociones diferentes bullía en su interior y permanecer junto a su hermano mayor, la persona a la que ella había admirado y amado durante toda su vida, la calmó durante unos momentos. Aun así, el caos volvió a ella cuando comenzó a plantearse las consecuencias de que Elliott estuviera allí, de que hubiera amenazado a Callum y llegado hasta ellos en el barco de Rebecca Smith. Nada bueno podía estar sucediendo. Se apartó de golpe.

—Tienes que irte, Elliott.

Tras ella, Callum aún la observaba sin comprender nada.

—¿Quién es él?

Fue Elliott el que de nuevo recuperó las riendas de la conversación, tras superar un poco de su sorpresa inicial y centrado una vez más en la tarea que lo había conducido hasta allí: recobrar a Joanna.

—Soy Elliott Taylor, hijo del excelentísimo juez Augustus Taylor y hermano de Joanna. —Hizo una pausa corta para añadirle un poco más de presuntuosidad a su voz—. Aunque eso ya lo habrá deducido usted solo, ¿verdad?

—¿Su hermano? —Callum alzó ambas cejas.

—Y como veo que esto es un asunto familiar, he de confesarle que también yo he conocido a Rebecca Smith en los últimos días. Una mujer maravillosa, ¿verdad?

Con un gesto aparentemente descuidado, Taylor alzó sus dedos delicadamente hacia el Belle Camille. Desde allí podía identificarse perfectamente a la hermosa Rebecca que era retenida por dos de sus propios hombres por mandato de Elliott. Callum sintió ganas de acabar con esos traidores que su hermana llamaba tripulación. Lo peor de los piratas era que, para muchos de ellos, la lealtad valía solo unas monedas y unos barriles de coñac francés.

Joanna también se dio cuenta de que Rebecca los observaba, situada frente a dos hombres enormes y con aspecto descuidado. En su rostro no se reflejaba ni una sola emoción, era como si al mirarlos a ellos tan solo estuviera contemplando el mar.

—Elliott, ¿qué diablos has hecho?

Se sorprendió de escuchar una maldición saliendo de la inocente boca de su hermana y lo evidenció al instante. ¿Qué quería decir con eso? ¡Había acudido a rescatarla, por supuesto!

—Me he asegurado que estos piratas no nos maten y nos sirvan como festín para las pirañas, Joanna. He venido a salvarte.

Escucharlo le revolvía el estómago. Desde luego que estaba allí por eso,

pero no lo conseguiría. Joanna Taylor no necesitaba ser salvada y mucho menos del hombre al que amaba. Dando un paso atrás, se alejó de su hermano y se acercó a Callum. Después sintió el tranquilizador y familiar roce de la piel del pirata sobre su mano. Él estrechó sus dedos con los suyos de forma firme y la observó.

En la mirada de Callum pudo ver muchas cosas: amor, tristeza y, en especial, miedo. Supo con tanta claridad como si el sentimiento fuera suyo que Callum estaba asustado, que era consciente de que ella podía marcharse con su hermano y abandonarlo después de lo que habían pasado juntos, después de haber comprendido por fin que ella lo quería y aceptar que deseaba amarla como nunca antes lo había hecho. Trató de infundirle fuerza cuando vio esa vulnerabilidad en Callum, quería hacerle saber que no podrían separarlos.

—No necesito que me salves, Elliott —dijo firmemente—. Te... te juro que es algo complicado y sé que no lo vas a entender, pero voy a quedarme aquí... con él.

La expresión de asombro de Elliott no tuvo precio. Joanna estuvo convencida de que necesitaba desatarse el prieto pañuelo blanco del cuello, pues el atractivo rostro de su hermano enrojeció en un abrir y cerrar de ojos hasta dar la impresión de que había pasado horas bajo el sol. Negó con la cabeza.

—¿Qué estás diciendo, Joanna? ¡Estoy aquí! —exclamó—. Todo ha acabado, nos vamos a Port Royal, vamos a casa.

—¡Port Royal no es mi casa! —replicó ella alzando la voz, un rasgo que él no reconocía en absoluto en ella—. No lo ha sido nunca y desde luego no lo será ahora. Quiero quedarme, Elliott. Ahora soy parte de algo, soy alguien.

—Tú ya eras alguien antes, ¡maldición! Eres Joanna Taylor, hija del juez Augustus Taylor y lady Sylvia Fraser. Tu abuelo era un conde, tus raíces están en Inglaterra... ¿cómo demonios puedes llegar a creer que ahora eres... la mujer de un pirata? Dios mío, ¿eso es lo que eres ahora?

—Prefiero mil veces ser la mujer de un pirata, incluso ser una yo misma, que

ser la bonita y formal esposa de un contraalmirante, un almirante o el mismísimo príncipe de Gales. No lo seré jamás, Elliott. Entiéndelo.

—¿Qué te han hecho, Joanna? —suplicó saber Elliott, desesperado.

—¡Me han dado libertad por primera y única vez en mi vida!

El rostro de Elliott se tornó oscuro. No sabía qué podía haber sucedido, su hermana no era así, las damas no eran así...

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Reniegas de tu familia y de todo lo que a nosotros nos concierne? —le preguntó con evidente angustia en la voz—. ¿Acaso hemos dejado de ser importantes para ti?

Joanna tuvo que apretar los labios para que su temblor no fuera muy evidente. Cada segundo que pasaba hacía más dolorosa la escena. Ella amaba a su familia y nada le habría gustado más que poder combinar ambos mundos: su padre, Elliott y Callum. Pero sabía que no era posible y jamás lo sería, y ella misma había tomado una decisión: la de poder ser la dueña de su propia vida.

—El Señor sabe que os adoro, Elliott. Siempre lo haré, lo juro por mi alma. Pero no puedo tenerlo todo, aunque me parta en dos.

Elliott bajó la cabeza, derrotado. Jamás habría imaginado que algo así podría suceder. Miró con desconfianza la figura oscura de ese hombre del que su hermana parecía haberse enamorado y pudo ver en el modo en el que él la tocaba que probablemente también él creía amarla. Pero eso no podía ser, esos dos tontos no se daban cuenta de que el mundo no funcionaba así, que no estaban hechos para estar juntos. Decidió ahorrarse un mal trago a su hermana, actuar cuanto antes.

—No me dejas más opción, Joanna —murmuró—. Me lo agradecerás cuando el *Despreciable* Callum Smith no te rompa el corazón ni te abandone a tu suerte en algún lupanar de Tortuga.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Elliott apretó los labios al tiempo que alzó una mano, haciéndole una seña a

los hombres que se encontraban en el Belle Camille custodiando a Rebecca con gesto hosco. El caballero inglés habló con voz profunda.

—Tienes veinte segundos para cruzar esa pasarela, Joanna. Veinte segundos antes de que le corte el cuello a Rebecca Smith.

—¡No te atreverás! —rugió Callum mientras apretaba los nudillos con fuerza alrededor del mango de esa pistola que en ningún momento había dejado de sujetar en su mano derecha.

Joanna ahogó un grito.

—La vida de su hermana por la vida de la mía, Smith. Es un trato justo y garantiza que ninguno de los dos se meta en un lío que no le corresponde. ¿De acuerdo?

—Joanna se quedará conmigo si así lo desea.

—No. No lo hará porque no lo desea, ¡tan solo la ha manipulado! Es una niña, no entiende el funcionamiento de nuestra sociedad. ¿Cree que podrá volver a Port Royal dentro de dos meses con el rabo entre las piernas y la virtud arrebatada por un pirata? ¡En absoluto! Nadie volverá a mirarla a los ojos jamás en nuestro círculo, esta es la única manera de preservar la dignidad de mi hermana... y la vida de la suya. —Se giró de nuevo hacia Joanna—. Quince segundos.

—¡No! —gimió ella.

Rebecca se estremeció. El hombre de su derecha había sacado un cuchillo afilado y largo tan pronto como Elliott había hablado y el roce del frío metal contra su cuello le ponía la piel de gallina.

—Si le haces daño a Rebecca, te juro que acabaré contigo del modo más cruel y...

—Callum... —suplicó Joanna al borde del llanto mientras escuchaba esas palabras tan llenas de odio hacia su hermano—. Callum, no...

Tomó la decisión en cuanto volvió a dirigir su mirada a Rebecca y la vio temblando. Supo que ahí acababa todo, que su aventura junto al temible Callum Smith terminaba allí y no le quedaba otra salida que obedecer. Si no lo

hacía, Rebecca moriría y estaba segura de que segundos después también Elliott la seguiría. Y ella jamás podría seguir adelante con eso pesando sobre su conciencia.

Un par de lágrimas gruesas surgieron de sus ojos y empañaron su visión. Aun así, las dejó correr mientras asentía con la cabeza.

—Diez segundos, hermana.

—Está bien, está bien... —gimió entre llantos—. Lo haré, pero detén todo esto, Elliott.

Sabía que su hermano no era malo, lo conocía bien. La amaba y también Joanna lo amaba a él. Simplemente, no la comprendía, no alcanzaba a imaginar por qué ella podría haberse enamorado de un pirata y, a decir verdad, antes de llegar a esa isla tampoco ella habría sido capaz de hacerlo. Para lograrlo era necesario abrir su mente mucho más, vivir las experiencias por las que ella había pasado.

Con lentitud alzó su mano de suaves dedos pálidos y bajó la fría pistola de Callum, que apuntaba directamente al cráneo de Elliott. Después acarició su rostro con suavidad. El pirata cerró los ojos negando con la cabeza, como si eso pudiera hacer desaparecer el dolor y la horrible situación a la que se estaban enfrentando. Quería que todo se desvaneciera, aparecer en su isla junto a Joanna y poder vivir tranquilamente con ella toda la vida. Por su mente vagaban miles de imágenes de ellos felices, sin más asaltos, armas, saqueos o luchas. Tan solo Joanna y su hermosa sonrisa junto a él.

La joven inglesa se puso de puntillas en sus botas de cuero desgastado, acercándose al oído de ese hombre fiero y valiente le había robado el corazón poco a poco en esa isla, que había conseguido enamorarla a cada instante en algún lugar del enorme mar. Besó con mucho cuidado su mejilla recubierta por una suave capa de barba oscura.

—Te amo, Callum —susurró solo para él—. Te juro que voy a volver. Encontraré la forma.

Él asintió con la cabeza, aferrándose a la idea poco probable de que eso

podiera suceder. Pero eso era mucho más fácil de asumir que la realidad de lo que estaba ocurriendo: la estaba perdiendo, ella se marchaba. Quiso besarla, pero eso sería una despedida y, ¡demonios! Lo único que quería era lanzar por la borda a su hermano Elliott y olvidarse de él por fin, pero sabía que ella jamás se lo perdonaría. Quería a ese hombre arrogante y estúpido, lo veía en sus ojos.

Con un suspiro audible, Joanna se secó las lágrimas que caían descontroladamente de sus ojos y se dio la vuelta. No quería observar a la tripulación, no podía fijarse en Cormac, en el doctor Holloway, que le había salvado la vida en esa isla, ni en el joven Denton, que le regalaba figuritas talladas en madera. No quería acordarse de Allie, de quien no se iba a despedir ya, ni tampoco de Rodrick, el niño que la había conquistado tanto como lo había hecho su padre.

Caminó en línea recta hasta llegar a la delgada pasarela tendida entre ambos barcos. Se alegró de llevar ropa masculina, pues cruzar hasta el Belle Camille fue extraordinariamente fácil. Sabía que, con uno de sus pomposos e incómodos vestidos ingleses, habría caído al vacío del mar en apenas dos pasos.

Sintió a su hermano caminar tras ella de cerca, pero no se detuvo hasta llegar a la cubierta del otro barco. No podía controlar el temblor de sus hombros mientras trataba de evitar llorar. Lo último que quería era que Callum quisiera intervenir de nuevo y terminara por condenarlos a todos.

Justo en el momento en el que pisó la madera oscura de la otra embarcación, Elliott lanzó una nueva señal a sus hombres con sus manos y estos condujeron a Rebecca a la misma pasarela por la que ellos acababan de cruzar. Durante un suspiro, ambas mujeres pasaron la una junto a la otra y se miraron fijamente. Los ojos de Rebecca habían recuperado la paz, probablemente gracias al alivio de saber que conservaría su vida. Por el contrario, Joanna parecía haber dejado una gran parte de su alma junto a Callum en su embarcación. Notaba pinchazos en el pecho cada vez que rememoraba los ojos azules de su pirata

cuando la había mirado una última vez.

—Has sido valiente, inglesa —murmuró Rebecca antes de pasar de largo para llegar al navío de su hermano.

Una vez lo hizo, los hombres que antes la habían sujetado de forma tan ruda, tomaron la pasarela entre sus manos y, depositándola en la cubierta del Belle Camille, cortaron ese puente entre los dos barcos y los dividieron completamente.

Pasaron varios segundos hasta que todos reaccionaron de nuevo y fue gracias a un grito proveniente del navío de Callum.

—¡Espero que me devuelvas mi barco en perfectas condiciones, sabandija! —Era la voz de Rebecca, que se hizo oír por encima del sonido del agua.

Elliott compuso una sonrisa leonina.

—¡Tendrás que venir a Port Royal para recuperarlo! ¿Me haría usted una visita, señorita Smith? —se mofó.

—Desde luego que sí —comunicó Rebecca en un nuevo grito—. Recibirás mi visita y la de mi sable, presumido hijo de puta.

Callum ni siquiera podía hablar. Un nudo enorme apesaba su garganta y era consciente de que el único sonido que podía surgir de ella era un gemido de dolor que se escucharía en los siete mares. Solo miró a Joanna en la distancia, maldiciendo y rezando a la vez al tiempo que se fijaba en cada hermoso rasgo de su rostro.

Con un movimiento de mano, Elliott se despidió elegantemente, haciendo oídos sordos al último comentario de la capitana de ese barco que en ese momento se estaba llevando. Tenía prisioneros en los camarotes y no albergaba ningún interés en conservar ese barco para nada, así que suponía que Rebecca lo recuperaría tarde o temprano. De todas formas, esa menudencia tampoco le quitaba el sueño. Lo importante para él sería el orgullo que brillaría en los ojos de su padre cuando él anunciara que había rescatado a Joanna, por fin.

Con ese sueño en mente, Elliott pasó los tres días que tardaron en llegar a



Port Royal sin que nada ni nadie pudieran alterar sus amplias expectativas a la hora de regresar a la ciudad con su hermana junto a él y con la nueva insignia social de héroe.

Se sentía tan orgulloso que ni siquiera prestó atención a Joanna, que lloró desconsolada durante dos días seguidos y durmió durante uno entero para reponer fuerzas. Para Elliott, el despertar de Joanna simbolizaría su regreso a la normalidad, creía que su hermana se convertiría de nuevo en la dama formal y tranquila que había abandonado Brighton meses atrás.

Pero no fue así. Una vez que Joanna Taylor había descubierto la vida que verdaderamente quería llevar, ya no podía volver a ser la misma de antes. Y nadie tardó mucho en darse cuenta de eso.

## CAPÍTULO 29

*1680, Port Royal*

Las primeras semanas Joanna creyó a cada segundo que Callum aparecería con su Liberté en Port Royal e irrumpiría en la casa de su padre sin miramientos para llevarla con él. En cierto modo, la idea era romántica y novelesca, pero no muy realista a efectos prácticos: todo el mundo en la ciudad conocía el galeón y solo haría falta que Callum Smith pisara Port Royal para que lo arrestaran y lo mandaran a la horca. En cuanto a que pudiera entrar con tranquilidad en su morada, custodiada por la mejor guardia y protegida hasta la saciedad, eso era más difícil aún. Joanna sabía que su padre había implementado la seguridad de la bonita y majestuosa casa de familia que servía de hogar para los Taylor en Port Royal. Donde antes había habido dos guardias, ahora, después de su regreso, vigilaban seis.

Al principio Augustus Taylor había derramado lágrimas de alegría al volver a ver a su hija viva. Había temido mucho por ella y el hecho de que quien la hubiera regresado a casa fuera su hermano Elliott era cuanto menos sorprendente. Nadie confiaba en que un hombre como Elliott Taylor fuera capaz de arrebatar a una muchacha de las viles garras del pirata más buscado del Caribe y solo unos pocos sabían hasta qué punto el hombre había sabido jugar bien sus cartas.

El juez veía a su hija distinta: con la piel quemada y bronceada, con el cabello demasiado largo y alborotado, y un brillo en los ojos que antes no estaba allí. El día que regresó a Port Royal en el Belle Camille, un barco

pirata que carecía de capitana, Joanna llevaba un vestido de muselina rosa que su hermano se había molestado en conseguir para evitar que ella apareciera ataviada como un marinero aldeano. Augustus había contemplado con sorpresa que ese traje parecía molestarla hasta la saciedad, pues no dejaba de moverlo y estirarlo sobre su cuerpo, tratando de amoldarlo a su piel. Ese gesto de incomodidad que Joanna Taylor jamás habría evidenciado antes fue la primera pista de que algo no iba bien.

Joanna no tardó mucho en llorar a mares, tratar de encerrarse sola en su cuarto y, por último, en exigir que la dejaran marchar de vuelta con Callum Smith. El juez creyó que su hija se había vuelto loca. Un médico le comunicó, tras recibir un pisotón por parte de Joanna al insinuar que podía estar endemoniada, que Joanna Taylor se había visto sometida a tal presión en la isla de Callum Smith que había perdido la cordura.

La primera opción fue clara para el hombre, pues contemplaba el futuro perfecto de su hija caer por un pozo sin fondo: necesitaba casarla cuanto antes. Pero, para su desgracia, Daniel Evans había cancelado el compromiso el mismo día que ella regresó a Port Royal y las malas lenguas se apresuraron a hablar por la ciudad: decían que Joanna Taylor había sido mancillada por Smith, que estaba chiflada y, lo peor de todo, que probablemente llevaba en su interior un hijo del pirata.

Eso no era cierto, pues el ciclo de Joanna siguió su curso con normalidad, como siempre. Aun así, mantuvo la horrible expectativa de su embarazo como cierta durante más de tres meses, deseando que así su padre se decidiera a dejarla volver con Callum. Al final desistió de esa idea cuando Janet le comunicó que su padre planeaba llevar a la casa a una curandera autóctona que la libraría de su supuesto embarazo con algunas yerbas y tés de ruda. La sola perspectiva de que su padre la obligara a desprenderse de un hijo que no era real tan solo ayudó a clarificar su autodeterminación por salir de allí.

Los meses pasaron más lentos que nunca para Joanna, que vivía en un nuevo encierro. Al principio Callum le había parecido verdaderamente ruin por

haberla retenido contra su voluntad en su isla, pero al final había comprendido que esa cárcel era en verdad su libertad. Con Callum podía elegir: estar con él, no hacerlo, cómo pensar, cómo comportarse... Siendo una Taylor solo había una opción para ella: ser infeliz. El resto de decisiones en su vida serían impuestas.

También intentó escaparse en numerosas ocasiones, todas ellas infructuosas. No había nadie en la ciudad que no la conociera y se sentía miserable cada vez que miraba a su padre a los ojos y percibía en ellos la tristeza y la vergüenza. Todo parecía haberse convertido en una pesadilla.

Cuando su padre no pudo sostener por más tiempo esa situación, se decidió por fin a tratar de hablar con ella.

Joanna leía en su habitación. Por suerte, había conseguido que Janet le trajera algunos de los libros de una pequeña tienda del puerto. Su curiosidad crecía día a día y más aún desde que decidiera comenzar a leer sobre la piratería en Singapur y en China, un territorio que para ella no había sido relevante hasta entonces, pero que estaba descubriendo con gran ilusión. Por las noches soñaba que lograba escapar de su casa y se subía en un barco mercante con destino a Asia. Se imaginaba recorriendo el mar, con prendas masculinas para ocultar su condición de mujer y a veces sonreía sola, sabiendo que algún día podría hacerlo.

Los golpes rítmicos en su puerta la sacaron de su ensoñación y Joanna se apresuró a levantarse del escritorio y a tomar el libro en sus manos.

—¡Un momento! —exclamó.

—¿Joanna?

—Un momento, padre.

Introdujo el libro en cuya portada de cuero se leía en letras doradas *Piratería en Asia oriental* dentro de la funda de seda de su almohada y después recolocó la colcha una vez más.

—Adelante.

Su padre entró en la estancia con semblante preocupado y Joanna reparó en

que, por primera vez en años, no llevaba peluca. Le pareció extraño, no recordaba haberlo visto sin ella ni una sola vez desde que era niña. Augustus vestía un traje ligero de color salmón, con chaquetilla ajustada y pantalones ceñidos hasta la rodilla. Sus zapatos, recién cepillados, brillaban a cada paso que daba.

—¿Cómo estás, hija?

Augustus se acercó para besarla en la mejilla y ella se dejó hacer. Después le ofreció asiento en uno de los dos pequeños sillones que amueblaban su habitación, colocados frente a su pequeño balcón desde el que ella podía ver con claridad a dos guardas de su padre que la vigilaban noche y día.

—Apenada, padre —respondió ella, como siempre hacía.

El juez nunca se terminaba de acostumbrar a esa contestación. Lo llenaba de tristeza y no habían sido pocas las veces que le había preguntado a qué se debía su pena, pero últimamente ya desistía de hacerlo, pues solo recibía como contestación que quería volver con «él». Joanna no decía su nombre, ya que no necesitaba hacerlo, su padre sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo.

—He recibido una invitación a tomar el té mañana en la casa del gobernador, Joanna. Tiene una hija de tu edad y no dudo de que podáis convertiros en buenas amigas.

Uno de los pilares fundamentales que Joanna había implementado a su carácter desde que había llegado a Port Royal era dejar de mentir. Ser sincera y expresar sus sentimientos y sensaciones todo el tiempo. Esto no era algo que agradara a las personas de su alrededor, nadie quería saber su opinión cuando Joanna comentaba que lord Collingwood era un estirado pagado de sí mismo y con la nariz a la altura de las estrellas. Tampoco era correcto que apareciera sin corsé la mayor parte de las ocasiones, mucho menos mientras clamaba que no tenía por qué soportar esa tortura de manera habitual... Pero así era Joanna: atreviéndose a expresar por primera vez todas aquellas cosas que había callado durante años.

—¿Está convencido de que quiere que vaya de visita a una casa de familia?

—¿Y por qué no iba a estarlo, hija mía?

La fe que su padre demostraba en ella era increíble. Cada día parecía levantarse creyendo que ella volvería a ser la misma de antes, que sería manipulable y sumisa como siempre había sido, que olvidaría sus semanas en el mar junto al pirata Callum Smith. Como si fuera tan fácil arrancarse de la piel algo que había quedado grabado.

—Porque intentaré escaparme, padre.

Sabía que cada palabra era un nuevo disgusto, lo sabía y le dolía. Pero más lo hacía permanecer allí.

—No digas eso, Joanna, por favor. El mundo ahí afuera es muy complicado, la vida no funciona a base de impulsos o sentimientos. Tienes que... debes actuar de un modo acorde a tu posición, a la persona que eres.

—¿Y si ya no quiero hacerlo? Padre, sé que usted no lo entiende y probablemente jamás llegue a hacerlo. Pero es así como me siento, no voy a cambiar mi opinión. —Siguió hablando tras un largo suspiro—. Y algún día, aunque sea dentro de diez años, uno de sus guardias se quedará dormido frente a mi puerta, o alguna de mis damas se distraerá mientras hace la colada y me perderá de vista. No sé cuándo será, pero alguien tendrá un pequeño fallo y me dará una oportunidad. Y entonces saldré de aquí, me subiré en el primer barco que encuentre, amigo o enemigo, y huiré, padre.

Se sintió orgullosa de ser capaz de emitir esas palabras, pues era algo que no habría conseguido hacer unos meses antes. El mentón de su padre tembló al escucharla, pero no pareció enfadarse.

Augustus Taylor había pasado muchas noches sin dormir, haciéndose a la idea de que su hija había perdido la razón y quería ser una pirata. Casi se planteaba la posibilidad de que eso hubiera sucedido como un castigo divino, después de que él hubiera ajusticiado a tantos filibusteros, traidores y hombres de mar que habían atentado contra la Corona Británica.

Los ojos del juez se entornaron con tristeza.

—Tu madre jamás habría querido esto para ti, Joanna.

Eso no le dolió tanto como cabría esperar. Si bien era cierto que no esperaba una respuesta así por parte de su padre, Joanna no recordaba a su madre, no tenía ninguna idea clara sobre cómo había sido. ¿Y si en realidad la hubiera apoyado de conocer su historia?

—Con el debido respeto, eso no puede saberlo, padre. Ni usted ni nadie —respondió Joanna al tiempo que apretaba los labios.

Augustus se puso en pie tras escucharla y ella hizo lo mismo un segundo después, dando por hecho que la conversación acababa en ese momento y que no habían llegado a ningún acuerdo.

—No sabes cuánto me duele que pienses así, Joanna.

Ella alzó la cabeza, aunque sus ojos se dirigieron al suelo con tristeza. No fue capaz de responderle.

Escuchó el sonido de los zapatos de duros tacones que calzaba su padre, resonar en el suelo cuando se dirigió a la puerta y salió de la habitación. Con el corazón aún acelerado, Joanna se acercó a la ventana lentamente y observó el brillante mar azul que se extendía a menos de una milla de la casa del juez Taylor. Vio algunos barcos y se sintió aún más desanimada al descubrir que ninguno de ellos se trataba del Liberté, el Belle Camille o el pequeño Zunzún. Después de tantos meses, Callum Smith seguía sin aparecer.

## CAPÍTULO 30

La casa del gobernador estaba cerca, a apenas cinco cuerdas en la pequeña Port Royal. Aun así, como siempre, el camino debía hacerse en el carruaje que el juez Taylor utilizaba como transporte cuando no quería salir de la ciudad, que no era muy grande.

Joanna trató de subirse al carruaje que tiraban dos caballos y maldijo sin contener su lengua tras pisar el ruedo de su vestido, hecho que la hizo resbalar. Habría estado a punto de caer de bruces, pero por suerte su hermano, Elliott, la agarró del antebrazo con firmeza antes de que esto sucediera.

—Caramba, hermanita. Hablas como un bucanero de Martinica.

Los juramentos no eran nuevos en Joanna, pero antes jamás se habría atrevido a pronunciarlos en voz alta.

Como de costumbre, se deshizo con brusquedad de la sujeción de su hermano y subió al carruaje con un gruñido. No había vuelto a hablar con Elliott desde que este la trajera a la fuerza a Port Royal, tras arrancarla del Zunzún y de Callum. Jamás iba a perdonárselo, desde luego, por mucho que este intentara retomar con ella una relación cordial.

Elliott subió al carruaje tras ella y el cochero cerró la puertecita de la caja de madera ornamentada, completamente cubierta para proteger de los intensos rayos de sol que incidían con fuerza sobre ellos a esa temprana hora de la tarde.

El carruaje no tardó en comenzar a moverse y el sonido de los cascos de los caballos llegó hasta ellos. Joanna apartó ligeramente la cortina de terciopelo



granate de su ventanilla, tratando de atisbar el exterior y planteándose cómo sería saltar del coche en movimiento. Probablemente no era la mejor de las ideas, a juzgar por su largo y pesado vestido. Era consciente de que podría llegar a ningún lugar corriendo.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —preguntó Elliott.

Ella no respondió. Lo último que Joanna quería era una charla familiar con su hermano ni que este se disculpara de nuevo con ella, como había hecho ya mil veces. En realidad, no había disculpas que valieran, puesto que Elliott jamás entendería lo que para ella significaba haber sido devuelta a Port Royal. Tampoco esperaba que pudiera comprender hasta qué punto sus actos habían hundido su vida, pues él era un señorito noble y varón egoísta que solo podía pensar en sí mismo.

—Vamos, Joanna. Al menos contéstame, trato de ser amable.

—No lo consigues, Elliott. Deja de intentarlo.

Él la miró de nuevo y se retiró el enorme sombrero de ala forrado en terciopelo de su cabeza para así poder establecer contacto visual. Joanna se vio obligada a dejar la ventanilla a un lado y se giró hacia su hermano, que la observaba con ojos de cordero degollado.

—Te juro, Joanna, que si hubiera sabido lo que significaba para ti permanecer en ese nido de... en ese barco pirata, jamás habría interferido en ello. ¡Creí que te tenían secuestrada bajo tu voluntad!

Joanna sintió que la rabia volvía a bullir en ella una vez más.

—¡Te dije que no era así! ¡Te lo repetí mil veces!

Elliott trataba de eludir parte de la culpa.

—¿Y cómo iba yo a saber que eso no era una estrategia de Smith para engañarme? Joanna, soy tu hermano mayor, toda mi vida he sabido que debía ser yo quien cuidara de ti... pero me lo has puesto muy difícil

—¿Yo te lo he puesto difícil? —preguntó ella, ofendida.

—¡Muchísimo! Yo siempre he sido la oveja negra de la familia y tú, mi hermana pequeña, perfecta y formal hasta la saciedad. Más inteligente que yo,

más fuerte que yo, más brillante... Por primera vez sentía que yo podía salvarte a ti, que no sería una ruina como hijo... y como hermano.

Las palabras de Elliott pugnaban por hacer mella en ella a la vez que Joanna se resistía. El carruaje pegó un salto y ambos tuvieron que agarrarse a su asiento antes de que la marcha se reanudara. Joanna se quedó sin aire un instante.

—No... no sé qué decirte, Elliott. Siempre he pensado que tú eras mucho más afortunado. Nadie te retendría contra tu voluntad si quisieras comprar un barco y lanzarte al mar a navegar. Padre trataría de ocultarlo, diría que estás viajando por Europa... pero jamás te prohibiría hacerlo. En cambio, yo... mírame. —Hizo un gesto derrotista con las manos, señalándose a sí misma—. Ni siquiera he podido elegir el maldito vestido que quería llevar hoy, lo ha hecho Janet por mí.

Se hizo el silencio entre ambos mientras se miraban, el carruaje dio un nuevo salto que casi amenazó con volcarlo.

—Yo... lo siento muchísimo, Joanna. De veras que lo lamento y, si pudiera deshacer lo que hice, créeme que no lo dudaría. Si tu deseo es unirse a un ejército de filibusteros, yo no soy nadie para cuestionarlo.

—Eres un caradura malcriado y mentiroso... —gruñó ella, bajando la vista a sus elegantes zapatitos azules, pero después volvió a levantar la barbilla, ligeramente conmovida por las palabras de Elliott—. ¿Lo dices de verdad?

Las cejas oscuras de Joanna se entornaron suavemente sobre sus ojos cuando realizó esa pregunta. Su hermano asintió efusivamente con la cabeza.

—Jamás he dicho nada más cierto en toda mi vida.

Con el tercer salto del carruaje y cuando el pequeño tocado azul que Joanna llevaba sobre el cabello saltó por los aires, Elliott corrió la cortina de su ventanilla por completo y se asomó por ésta.

—¡Maldita sea! ¿Qué está sucediendo para que no logre conducir con un mínimo de...?

Ni siquiera fue capaz de terminar la frase. Al instante comprendió que fuera

del carruaje, en mitad de la ciudad de Port Royal, varios caballos y carros pasaban por su lado con demasiada cercanía. Los relinchos de los animales se escuchaban por todas partes y algunos ciudadanos que cruzaban por la calle en ese momento gritaban a los jinetes, que parecían querer sembrar el caos en la ciudad o provocar un accidente.

—¿Qué sucede? —preguntó Joanna, sorprendida.

En cuanto miró por su pequeña ventanilla también ella se asombró ante el caos del exterior. No tenía ni idea de qué podía estar sucediendo, pero la joven gritó cuando un hombre con el rostro cubierto y subido a un caballo viejo estuvo a punto de chocar contra su lado del carruaje. Como él, había una decena más.

—¡Detenga el carro, por Dios! —exigió Elliott.

El cochero lo hizo al cabo de unos segundos y se bajó de este con rapidez. Abrió la puerta del coche del lado en el que se encontraba Elliott y lo miró como si acabara de encontrarse con un fantasma. El hombre estaba blanco como una estatua, estado ante el que Joanna abrió mucho los ojos.

—¡Esos locos quieren matarnos, señor Taylor! Han intentado que choquemos, que volquemos, ¡casi provocan una catástrofe!

En menos de un segundo los relinchos remitieron y una voz se alzó ente ellos. Un nuevo hombre apareció en escena.

—Nada más lejos de la realidad, amigo. Créame, lo último que intentaba era matarlos.

La piel de Joanna se puso de gallina al instante y quiso gritar, pero fue lo suficientemente comedida como para controlarse hasta que él se situó junto al carruaje.

Con el cabello negro y largo cayendo de forma despeinado y un pañuelo que le cubría gran parte del rostro, lo único que se veía claramente de Callum Smith eran sus ojos azules y expresivos que tardaron un momento en clavarse en ella. Sin previo aviso, Callum se encaramó al carruaje.

—Condúzcanos al puerto —le ordenó al cochero—. Al puerto, sin hacer

ninguna tontería ni tratar de desviarse. Mis hombres lo van a estar escoltando. —Señaló a la nube de caballos que unos minutos antes tanto revuelo habían causado en su pequeño viaje; para entonces, sus hombres los observaban a una distancia prudencial los unos de los otros. Trataban de no llamar demasiado la atención, pero no lo conseguían y era obvio que los guardias de la ciudad se apresurarían a detenerlos en poco tiempo.

—¡Haga lo que dice, rápido! —exclamó Joanna.

El pequeño cochero asintió con la cabeza y subió los pequeños escalones que lo condujeron de nuevo a su asiento. Callum se introdujo dentro de la caja del carruaje y asintió, satisfecho, cuando este comenzó a moverse antes incluso de que él pudiera sentarse.

Elliott, que no salía de su asombro, se quedó parado en un extremo de su asiento. Joanna no dudó un instante y se incorporó para lanzarse a los brazos del pirata. No podía creérselo aún, pues verlo allí parecía más un sueño que la realidad.

—Estás bien, estás bien... —sollozó ella.

—Estoy aquí, mi amor —susurró él en su oído al tiempo que la abrazaba.

Esas palabras habrían sido imposibles en sus labios unos meses antes, pero en ese momento era lo único que salía de ellos. Palabras dulces y promesas.

—No vamos a separarnos más.

—Nunca. —La voz de Joanna se rompió—. Nunca, Callum.

El abrazo tan fuerte, sentir el olor de Joanna en su nariz y tocar el tacto suave de su cabello... esas sensaciones se le antojaron tan intensas que Callum sintió que un par de gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Por fin volvía a estar con ella y sabía que podía llorar un mar entero solo por no separarse jamás de Joanna Taylor.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—He esperado tanto tiempo a que por fin pudieras salir de la casa... la hemos vigilado día y noche y conseguimos interceptar la invitación del gobernador. Gracias al cielo.

A su lado, Elliott los miraba con los ojos como platos, aunque sin atreverse a emitir ni un solo sonido aún. Cuando el carruaje giró, los dos amantes se vieron obligados a tomar asiento si no querían caer por culpa del traqueteo. Fue entonces cuando Callum se dirigió por primera vez al hermano de su amada.

—Si intentas algo, te juro que te cuelgo del palo mayor del Liberté.

Elliott compuso una sonrisa torcida.

—Justo las palabras que uno siempre espera escuchar de su cuñado. —Tomó aire—. No pienso deteneros de ningún modo, ¡Dios me libre! Bastante odio y rencor he tenido ya por parte de Joanna por lo que hice. A partir de ahora incluso te llamaré hermano si eso es necesario.

Las palabras de Elliott fueron amables y Joanna compuso una sonrisa al escucharlas. Al parecer su hermano quería apoyarla de verdad en la vida que ella había elegido.

—Volveremos a casa, Joanna. ¿Es lo que quieres?

Ella asintió con la cabeza, el placer la recorría de pies a cabeza con solo pensar en volver a sentir la arena bajo sus pies y abrazar a Allie y a Rodrick.

—¿Qué le dirás a padre? —le preguntó a Elliott.

—¿Qué habría de decirle, por Dios? Que me despisté un momento y te escabulliste entre la gente. Que te busqué por el puerto, pero me fue imposible encontrarte y cuando avisé a los guardias, ya era demasiado tarde.

—Le va a romper el corazón... —susurró ella.

Su hermano la miró con gesto dulce, tratando de animarla.

—Y a ti te lo rompe permanecer aquí. Él lo entenderá, Joanna. Quizás le tome años hacerlo, pero te perdonará. —Después se giró hacia Callum—. Lo siento, Smith. A ti no creo que llegue a perdonarte nunca.

—Viviré con ello —dijo él, no sin cierto sarcasmo.

El carruaje se detuvo de pronto y la voz del cochero flotó en el aire, temblorosa.

—Hemos llegado al puerto.

—No hay tiempo que perder —murmuró Callum, poniéndose en pie.

—Un momento —pidió Elliott y de inmediato comenzó a desabrocharse la capa de piel que podía cubrir su cuerpo por completo si él quería. Se la tendió a Callum, al igual que su gran sombrero de ala—. Toma. Te servirán para camuflarte un tiempo, parecerá que soy yo quien camina con Joanna.

Callum tardó unos segundos en aceptarlo, pero finalmente lo hizo, sabiendo que Elliott tenía razón. ¿Era posible que en realidad él se lamentara por lo que había hecho? Se colocó la capa con rapidez y se caló el sombrero hasta el punto en el que fue imposible distinguir ningún rasgo de su rostro. Tomó a Joanna de la mano.

—Gracias, Elliott —susurró ella, mirándolo con los labios apretados y la garganta tomada. No sabía cuándo volvería a ver a su hermano.

—Trata de no meterte en muchos líos, Joanna. No queremos que algún día te toque ser juzgada por padre.

—Tendremos cuidado.

—Y tú, Smith... mándale saludos a tu hermana de mi parte, dile que espero verla de nuevo muy pronto.

—Oh, es verdad, ¡casi lo olvido! —exclamó Callum. Un instante después soltó la mano de Joanna de entre las suyas y sin previo aviso le dio un puñetazo en la mejilla a Elliott—. Esto es de su parte. Me pidió muy encarecidamente que te lo diera en agradecimiento por las molestias causadas. Le resultó especialmente difícil recuperar su barco después de que lo robaras.

A pesar del dolor, Elliott consiguió sonreír al tiempo que se llevaba los dedos al lugar en el que su cuñado acababa de golpearlo. Supo que, al día siguiente, con toda probabilidad, comenzaría a hincharsele.

—Rebecca Smith, una mujer encantadora —musitó.

Con una última mirada de agradecimiento, Joanna saltó fuera del carruaje seguida por Callum y él se quedó solo en el coche. Una vez que se hubieron ido, Elliott cerró la puerta y observó cómo ambos se alejaban a través de la ventanilla. En el puerto había varios hermosos galeones, algunos de ellos de la

Armada Real Británica. El inmenso mar, que se desdibujaba en la lejanía, prometía un millón de lugares desconocidos que visitar y experiencias distintas por vivir.

Cuando las figuras de Joanna y Callum se perdieron al final del puerto, el cochero, aún temblando, se dirigió hacia Elliott.

—¿Qué debemos hacer, señor? ¿Avisamos a los guardias?

Elliott se quedó pensativo unos segundos. Sin Joanna ya no tenía por qué acudir a la casa del gobernador a tomar el té, de hecho, era algo que le apetecía hacer tanto como pasearse desnudo por las caballerizas de su mansión.

—No vamos a avisar a nadie. Lléveme a una taberna —le pidió al cochero—. La mejor de Port Royal... o la más cercana, como quiera. Tengo que estar bastante borracho para poder soportar lo que me dirá mi padre cuando se entere de lo acaba de suceder.

El coche comenzó a moverse y el monótono traqueteo relajó de nuevo a Elliott Taylor, que comenzó a planear su tarde en un salón de juego como si nada hubiera pasado.

## EPÍLOGO

*1680, en algún lugar del mar*

La isla jamás había bullido de actividad de esa manera. A pesar de tratarse de una isla secreta para la mayoría de gente, ciertas personas muy cercanas a Callum conocían de su localización y habían acudido esos días para la celebración más importante en la vida del pirata: su boda.

Desde la mañana se habían concentrado hombres y mujeres de todas partes allí: amigos de Callum, sus hombres de confianza, miembros de su familia... La noche anterior también Rebecca había llegado con su Belle Camille y su pequeña tripulación, formada tan solo por las personas de su mayor confianza.

La joven capitana reaccionó muy mal al encontrarse allí con Elliott Taylor, el odioso hermano de su cuñada, pero era consciente de que para Joanna era verdaderamente importante que él estuviera allí ese día. Al fin y al cabo, era el único miembro de su familia que podía hacerlo.

Antes de que se celebrara la ceremonia, en mitad de esa playa, Elliott apareció arrastrando una lujosa cajita de olmo que le llegaba hasta las rodillas sobre la arena. Todos se encontraban ya allí, tanto Callum como su hijo Rodrick y el resto de sus amigos. La única que faltaba era Joanna.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Callum al ver que portaba esa caja que daba la impresión de ser pesada.

—Es el regalo de bodas de mi padre.

Todos se quedaron en silencio al escuchar eso. ¿Hablaba del juez Augustus Taylor?



—¿Qué acabas de decir?

Joanna hizo su aparición en la playa, con un vestido blanco y largo que tan solo dejaba al descubierto sus brazos algo enrojecidos por su exposición constante al sol. La joven se acercó casi corriendo a su hermano, escandalizada por lo que acababa de escuchar. Después miró a Callum, abriendo mucho los ojos.

—El regalo de padre, Joanna. ¿Creías que no querría mandarte nada?

—Por el amor de Dios, Elliott. ¿Le has dicho a padre que voy a casarme con Callum Smith?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Padre sabe dónde te encuentras, es consciente de con quién estás... ¿qué diferencia puede haber?

—Calmaos —pidió Callum con voz grave y profunda—. Abramos el regalo primero. Quizás nos sorprenda.

Joanna prefería no compartir sus impresiones al respecto, puesto que no le habría extrañado en absoluto abrir ese cofre y encontrar dentro a toda la Armada Real Británica dispuesta a colgarlos a todos por piratería. Si no hubiera sido apenas una pequeña caja, habría creído que podía ser posible.

Callum y ella se acercaron al cofre y con un movimiento lo abrieron. Callum levantó la pesada tapa y los invitados a la boda contuvieron la respiración, sin saber a qué atenerse. Cuando Joanna introdujo su pequeña mano en la caja, su corazón se aceleró y tuvo que contener las lágrimas cuando estas amenazaron con salir de sus ojos.

Ante todo el mundo, Joanna sacó una cuerda blanca y larga con un nudo corredizo de ahorcado en su extremo. Verlo la partió en dos, eso solo podía significar que su padre la odiaba y jamás la perdonaría.

Callum tomó un pequeño sobre que acompañaba a la cuerda y sacó una breve carta de su interior. Se aclaró la garganta para leerla en voz alta.

—Desearía poder estar ahí para ser yo mismo quien te brinde mi regalo, hija. Entiende que, en mi posición, no puede ser de otra manera. Disfrútalo, por favor. Firmado: A. T.

Joanna dejó caer la cuerda entre sus dedos y su pecho comenzó a convulsionarse con un sollozo. Callum acudió con rapidez y la envolvió entre sus brazos con amor. Depositó un dulce beso en su cabello al tiempo que le susurraba cosas inaudibles para el resto de su público, pero que tenían como objetivo tranquilizarla.

—¿Por qué me hace algo así? —susurró Joanna en un gemido.

Definitivamente, ese amargo regalo había arruinado su boda. Si eso era lo que su padre pretendía, lo había conseguido sin lugar a dudas. El pequeño Rodrick se apresuró a abrazar también a Joanna, a pesar de no comprender del todo qué estaba sucediendo. Ella acarició de forma suave el cabello negro como el ébano del niño.

—Un momento. Este cofre... es de madre —intervino Elliott.

Joanna ni siquiera respondió. ¿Y qué tenía que ver que lo fuera? ¿Qué diferencia marcaba con su contenido?

—¿Y qué cambia eso? —preguntó Callum, que sí se mostró interesado.

—Pues que madre era... muy especial. Disfrutaba con los juegos y utilizaba este tipo de baúles para hacerlos. —Elliott se arrodilló frente al baúl, pensativo—. Lo que no recuerdo es cómo...

Con dos dedos presionó el fondo del cajón y este reaccionó al instante. De repente se descubrió en el cofre un falso fondo ante el cual todos ahogaron una exclamación.

—Padre nunca habría podido mandar un regalo así como juez... a no ser que lo ocultara. —Una brillante sonrisa se extendió por el rostro de Elliott.

Al instante Joanna se dejó caer frente al cofre, maravillada. En su interior distinguió seis botellas del mejor coñac francés que podía encontrarse, o al menos eso era lo que el juez inglés siempre decía. A su lado, en un pequeño joyero de madera brillante encontró las joyas que su madre había lucido en su boda: una gargantilla brillante y una cadena de perlas para su cabello.

Esta vez las lágrimas que se agolparon en sus ojos oscuros fueron de felicidad y los invitados admiraron el coñac con aprobación inmediatamente.

Cuando Callum la abrazó de nuevo ya no fue para consolarla, sino tan solo para apretarla contra su cuerpo y sentirla cerca.

—Espero que esas botellas sean suficientes para todos... ¿Por fin puedo dormir un poco más tranquilo ahora?

—Oh, no, pirata. Usted no va a dormir ni un solo segundo esta noche. Ni la próxima, ni la siguiente...

Cuando sus ojos se encontraron, Joanna sintió un escalofrío. Acto seguido se acercó y lo besó suavemente en los labios.

—Tú también te vas a convertir en pirata a partir de ahora. Lo sabes, ¿no, Joanna? —preguntó él con una sonrisa—. Espero que puedas vivir con semejante deshonra pendiente sobre tu cabeza. La gente hablará a tus espaldas.

Ella se encogió de hombros.

—Esa es otra de nuestras ventajas. Pueden hablar tanto como quieran, con tal de que nosotros nos amemos. Ya no tenemos que rendirle cuentas a nadie.

Después volvió a besarlo y ambos supieron que ya no tenían nada de lo que preocuparse. Sus problemas habían acabado y lo que les esperaba ahora era una emocionante vida juntos. Una vez más Callum le dio las gracias en silencio al mar por haber conducido hasta allí a esa mujer. Con ella entre sus brazos, tuvo la certeza de que ninguno de los dos volvería a estar solo nunca más.

FIN

## AGRADECIMIENTOS

A tanta gente que aguanta mis locuras absurdas de escritora: a mi madre, que me apoya a través de un teléfono (a más de mil kilómetros) y que tiene tanta fe en mí que no sé si seré capaz de no decepcionarla; a mi hermano, por sentirse más que orgulloso de que escriba (¿has llegado a leer hasta aquí?); a Águeda y Elizabeth, que me leen y me aconsejan... ah, y que todavía me aguantan; a Carlos, que me acompaña en la aventura; a las buenas personas que conocí en Londres mientras escribía esta novela y, como prometí, a Cormac y a Tabitha, que quizás algún día puedan leer estas líneas. A todas mis lectoras de Internet, que a veces hasta me hacen llorar con sus hermosos comentarios sobre cada una de mis historias. Al equipo de Selección RNR, porque son unas guerreras y siguen confiando en mis escritos. A mis amigas autoras de novela romántica, que crean magia de la nada, ¡sois maravillosas!

Y, por supuesto, al bueno de Oskar, que hasta en sueños me pide que apague la pantalla del ordenador y deje de escribir para poder dormir de una vez. ¡Gracias!

Si te ha gustado

# En algún lugar del mar

te recomendamos comenzar a leer

## Perfectamente Imperfecta

de *Fernanda Suárez*



## PRÓLOGO

Amberly escuchaba atenta las palabras de su padre escondida tras una de las puertas que conectaban la biblioteca y el despacho de su padre, aunque era cierto que una señorita no debe escuchar conversaciones ajenas y mucho menos escondida tras una puerta, no pudo evitarlo, la curiosidad y la necesidad por saber lo que pasaba en esos instantes en su familia fue, a su parecer, una razón más que válida, después de todo era su familia, le afectaría a ella de una u otra manera, no podía vivir en la ignorancia entre encajes, telas, vestidos y bailes.

—No sé qué hacer hijo —dijo su padre a su hermano—, las deudas se nos salieron de control, puedo llegar a terminar en la cárcel, la única opción que me queda es vender las pocas joyas de la familia que nos quedan, aún está el collar de diamantes en oro blanco con sus aretes, el del zafiro en el centro y el de la esmeralda adornada en oro, no los había vendido porque eran los favoritos de tu madre, pero es eso o sabrá Dios que nos deparará el futuro. — Amberly cubrió su boca con su mano para evitar que una exclamación saliera de esta, pero era que nunca se imaginó que su padre tuviera problemas de dinero.

—¿Y la dote de Amberly? Podemos usar una pequeña parte e invertir en negocios seguros, padre, a mí tampoco me gustaría perder las joyas de mamá. —Esa sería una buena idea, pensó la chica.

—No, eso no está a discusión, la dote de tu hermana no se toca, esa es su única oportunidad de encontrar al hombre de su vida, si alguien supiera en la situación económica que nos encontramos y que su dote desapareció, ningún hombre querrá cortejarla y no lo permitiré, no seré yo el causante de la desdicha de mi hija. —Amberly se quedó con la boca abierta; aunque su padre siempre había sido muy cariñoso con su hermano y con ella, nunca pensó que los llegaría a poner por encima, incluso, de su propio bienestar.

—Padre, pero Amberly podría ser nuestra única solución, podemos arreglar un matrimonio por conveniencia, un buen hombre que la respete y que nos ayude a solventar las deudas familiares, a este paso no quedará nada del Conde Warrington. —Claro, su hermano nunca fue especialmente cercano a ella, pero era entendible, mientras ella creció en la escuela de señoritas, su hermano se educaba para ser el futuro Conde de Warrington.

—¡Que no Andrew! Ya te lo dije una vez y te lo diré de nuevo: no usaré a mi hija como moneda de cambio para pagar mis errores.

—¡Entonces al menos permítame hablar con ella! ¿De verdad te parece justo que viva en una completa ignorancia en el asunto? Ella también hace parte de la familia. — ¡Exacto!, pensó ella, era injusto.

—No lo va a saber, déjala disfrutar de la temporada en paz, es su segunda temporada en Londres, no pienso arruinársela.

—¡Como quieras, padre! —dijo su hermano furioso y salió rápidamente del despacho, ella se escabulló por la puerta y subió corriendo a su habitación.

Al entrar, cerró la puerta de un golpe y se lanzó a su cama. ¿Por qué no me dijeron lo que estaba pasando?, se preguntaba. Era injusto, ella también hacía parte de esa familia y aunque fuera mujer, podía ayudarlos, o por lo menos eso pensaba; no le importaba su dote, no se pensaba casar, no a menos que fuera por amor.

Su padre siempre le había dicho que el día que llegara el momento de elegir con quien compartiría el resto de su vida, elegiría ella misma, nunca la obligaría a estar junto a un hombre que no la hiciera feliz; su padre siempre la consintió, nunca le faltó nada y todo lo que pidió lo tuvo, pero al escucharlo en la biblioteca se dio cuenta de cuán grande era su amor; y aunque a su madre no la recordaba porque murió cuando aún era muy pequeña, su padre siempre le había dicho que la amaba, a ella y a su hermano, más que a nada en el mundo, y era injusto con él que ella no le respondiera de la misma forma, y si ella podía ayudar lo haría, pero solo había una manera.

Prometió casarse solo por amor, por decisión propia, pero el amor a su

familia era tan grande que estaba dispuesta a todo, lo daría todo por ellos, por asegurarle a su padre su bienestar, felicidad y tranquilidad, por darle a su hermano su fortuna y el buen nombre de la familia, sin manchas por deudas, y eso era lo que haría, se los daría todo.

Ese día tomó una decisión, la más importante de su vida, pues prefirió poner a su familia por encima de su propia felicidad, pero valía la pena.

Esa noche había un baile en casa del marqués de Bristol, era la oportunidad perfecta para empezar con su plan, así que rápidamente se puso de pie y llamó a su doncella, tenía que alistarse, esa sería la primera noche de muchas, tal vez fuera la que definiese su futuro, era hora de buscar esposo.



## ¿Conservar su reputada vida llena de lujos y una buena posición social o arriesgarlo todo y entregarse a la pasión de un pirata para experimentar por primera vez la libertad?



El naufragio del Reina Mary Jane en el mar Caribe trae consigo la inesperada desaparición de Joanna Taylor, la hija de un afamado juez inglés decidido a instaurar la paz en las aguas gobernadas por la Corona Británica.

Tras despertar en una isla desconocida y rodeada de extraños, Joanna luchará por no ser reconocida por su verdadera identidad entre esa nube de lobos de mar que conforman una auténtica sociedad al margen de la ley en ese pequeño territorio.

El principal objetivo de la joven es escapar de allí, pero sus intentos se verán frustrados una y otra vez por el capitán Smith: el pirata más buscado del Caribe y un hombre misterioso y arisco que despierta toda clase de sensaciones en ella.

Joanna tendrá que decidir qué rumbo tomar...

**V. M. Cameron** es una escritora procedente del norte de España, aunque habitualmente reside en Londres. Escribe desde niña y ha cosechado un buen número de fieles seguidoras en la red a lo largo de los años, por lo que considera a sus lectores un pilar fundamental en la aventura de escribir. Dedicla la mayor parte de su tiempo libre a su pasión por la lectura, escritura y creación de nuevas historias. Se inclina por el romance, la novela juvenil y la fantasía. Estudiante de filología hispánica, siente verdadera fascinación por la música y es una viajera empedernida.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, V. M. Cameron

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-027-1

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

EN ALGÚN LUGAR DEL MAR

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS  
SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...  
SOBRE ESTE LIBRO  
SOBRE V. M. CAMERON  
CRÉDITOS